

Actas  
de la  
Mesa Redonda  
sobre  
Megalitismo Peninsular

en el  
XV Aniversario  
de la Asociación Española  
de Amigos de la Arqueología.

Organiza:  
Asociación Española  
de Amigos de la Arqueología,  
bajo el patrocinio  
de la Dirección General de Bellas Artes.

Coordina:  
Gonzalo Muñoz Carballo.

# Indice

---

Presentación .....	7
Fenómeno megalítico: Estado actual .....	11
<i>Rosario Lucas Pellicer</i> (Universidad Autónoma de Madrid).	
Megalitismo y arte rupestre esquemático: Problemas y planteamientos .....	21
<i>Antonio Beltrán Martínez</i> (Universidad de Zaragoza).	
Problemática do Megalitismo do Norte de Portugal .....	33
<i>Vítor Oliveira Jorge</i> (Universidad de Oporto).	
Megalitos en Extremadura .....	45
<i>Primitiva Bueno Ramírez</i> (Universidad de Alcalá de Henares).	
El Calcolítico en la Cuenca Media del Guadiana y la necrópolis de la Pijo- tilla .....	51
<i>Víctor Hurtado Pérez</i> (Universidad de Sevilla).	
Consideraciones en torno a la implantación megalítica onubense dentro del contexto del Neolítico y el Calcolítico del Suroeste peninsular .....	77
<i>Fernando Piñón Varela</i> (Universidad Complutense de Madrid).	
El Megalitismo en Andalucía Oriental: Problemática .....	97
<i>José Enrique Ferrer Palma</i> (Universidad de Sevilla).	
El fenómeno megalítico en Cataluña .....	111
<i>Josep Castells i Camp</i> (Servicio de Arqueología de la Generalidad de Cataluña).	
El Megalitismo en el Pirineo Occidental .....	133
<i>Teresa Andrés Rupérez</i> (Universidad de Zaragoza).	
Aspectos generales del fenómeno megalítico de la Submeseta Norte .....	145
<i>Germán Delibes de Castro y Manuel Santonja Gómez</i> (Universidad de Va- lladolid y Museo Provincial de Salamanca).	
Incineración parcial en los enterramientos colectivos eneolíticos del Sude- ste español (Comunicación) .....	165
<i>José Félix Idáñez Sánchez</i> .	

## Presentación

La Asociación Española de Amigos de la arqueología conmemoró el XV Aniversario de su fundación con una Mesa Redonda sobre el Megalitismo Peninsular que tuvo lugar en Madrid y Valencia de Alcántara (Cáceres) durante los días 8 a 14 de octubre de 1984. Este volumen recoge las ponencias presentadas por los investigadores participantes. Lamentamos que, causas imprevistas ajenas a todos, impidieran la presencia del Profesor Ignacio Barandiarán e igualmente sentimos que las exposiciones de la Dra. Ph. Kalb sobre el megalitismo del S. de Portugal y del Dr. L. Sáenz sobre el hábitat megalítico no hayan quedado reflejadas en estas Actas. A cuantos han hecho posible esta Mesa Redonda agradecemos su participación y colaboración en el presente volumen.

Aunque ya el Boletín de la Asociación anticipó en el n.º 20 una Crónica de la Mesa Redonda con las conclusiones y acuerdos en ella elaborados, creemos oportuno presentar aquí el fruto de los debates y actuaciones científicas de todos los participantes, con la seguridad de que este volumen enriquece, todavía más, su contenido.

### CONCLUSIONES

1. El fenómeno megalítico, en la Península Ibérica, se distribuye espacialmente en una serie de áreas con personalidad propia y proceso cultural diferenciado, aunque existen concomitancias e ideas afines patentes en las construcciones ortostáticas y en la adopción de la inhumación colectiva.
2. Las estructuras megalíticas están propiciadas por la litología gramática, pero no parece existir, en términos absolutos, un condicionante sedimentológico en la expresión de tal fenómeno.
3. La mayor densidad de estructuras ortostáticas (funerarias o no) corresponde a la fachada atlántica, en donde se delimitan distintos núcleos con penetración hacia el interior. Además, en estas áreas, el arte —grabado y pintura— se asocia, con relativa frecuencia, a los elementos constructivos.
4. En las zonas Sur y Sudeste de la fachada mediterránea la cuestión megalítica adquiere caracteres peculiares, especialmente por la profusión de construcciones en tholoi y su asociación a los grandes poblados calcolíticos.
5. Respecto a Levante, es incuestionable el eco del megalitismo, pero el vacío de «megalitos» en sentido amplio, supone un reto a la investigación futura.
6. El Noreste, especialmente la zona del Alto Ampurdán, evidencia una estrecha conexión con el área de Languedoc, y su emergencia, no retardaría, coincide, parcialmente, con el Neolítico de Fosas Catalanas.
7. En el istmo hispano-francés las afinidades abogan por una personalidad que podría denominarse «pirenaica»; además, según se ha constatado en esta Mesa Redonda, existe una neta vinculación entre el núcleo Central y Occidental de los Pirineos y estrechas conexiones con el megalitismo riojano y de las provincias de Burgos y Valladolid.

8. La localización del fenómeno en distintos núcleos de la cornisa cantábrica (Vascongadas, Asturias y Galicia) plantea la cuestión de relaciones y contactos entre éstas y otras áreas, ya sea por vía terrestre o marítima.

9. A lo largo de estas jornadas se ha evidenciado el polimorfismo de las estructuras que se insertan en el planteamiento global del megalitismo. Esta variedad morfológica, difícil de reducir a tipos básicos o a fases cronológicas concretas, no responde a la evolución lineal de modelos primarios, sino a la expresión específica de los diferentes núcleos.

10. La localización de los asentamientos de los constructores megalíticos debe ser tema prioritario en las investigaciones, puesto que sólo a través de las correlaciones existentes entre el desarrollo de los poblados (más o menos efímeros o permanentes) y la construcción y el uso de estructuras megalíticas, podrá resolverse la ardua problemática de la personalidad socio-económica de estas poblaciones, así como el dinamismo e interacciones en su largo proceso cultural.

11. Finalmente, por lo que respecta a las teorías actuales y tradicionales sobre el origen, desarrollo y agotamiento del megalitismo, esta Mesa Redonda, en el estado actual de la investigación de la Península Ibérica —y aun reconociendo que es preciso disponer de mayor cúmulo de datos para calibrar en su justa medida el mecanismo de las distintas zonas y las secuencias y graduaciones en el cambio cultural— se pronuncia en los siguientes términos:

a) Insiste en la distinción clara de áreas con personalidad diferenciada en correspondencia con la peculiaridad del substrato cultural, recursos y potencialidad económica, aunque en la expansión y perduración de este fenómeno, reconoce la existencia de ideas afines y de contactos intergrupales.

b) Defiende la adopción diversificada de este fenómeno, con orientación multilineal, paralela a las divergencias detectadas en la dinámica cultural de cada zona y de las tierras incluidas en el hinterland de los grupos más innovadores.

c) Salvo excepciones, ligadas al mecanismo de la expansión geográfica, las bases de este fenómeno, en los distintos territorios, no pueden considerarse retardatarias. En la actualidad, las fechas radiocarbónicas abogan por un inicio hacia finales del cuarto milenio, en comunidades estrictamente neolíticas, existiendo una sincronía total a lo largo del tercer milenio a. C., etapa en la que concurre la transición al calcolítico.

d) No se niega la posibilidad y existencia de contactos e interrelaciones entre las diferentes áreas peninsulares o extrapeninsulares (atlánticas, mediterráneas y continentales). La existencia de megalitos en Baleares, o los hallazgos más recientes en la geografía ibérica, prueban el alcance geográfico de estas cuestiones. Los mecanismos, vías y dirección de estas interrelaciones, así como su repercusión, según zonas, son objetivos presentes en la investigación actual que, a corto plazo y a medida que se intensifique la investigación interdisciplinar, proporcionarán respuestas más satisfactorias y contrastadas que ayudarán a comprender mejor el complejo fenómeno del megalitismo en la Península Ibérica.

## PROPUESTAS

1. Que la proyectada «Exposición sobre Megalitismo Peninsular» sea un motivo de encuentro de los investigadores en esta materia. De este modo se fomentaría el intercambio de conocimientos y problemas y se podría intentar la puesta en común de una nomenclatura uniforme, incluso con idénticos códigos de interpretación gráfica, con vistas a confeccionar un Inventario General o unos Corpora, acompañados de su correspondiente cartografía.

2. Que las distintas entidades responsables del Patrimonio Arqueológico (legado de la humanidad) tengan muy en cuenta la protección de estos monumentos megalíticos y arbitren las acciones pertinentes que garanticen la integridad y protección de cada uno de ellos, así como su conservación y consolidación antes y después de los trabajos de campo, con el ruego de que se contemple esta petición en las Leyes de Patrimonio.

3. Que se agilicen los procedimientos legales sobre la propiedad del terreno, con las acciones y consecuencias que ello conlleva, en pro de la investigación y protección en el sentido más amplio.

4. Que los permisos de excavación se condicionen a la presentación de un programa de objetivos y a la existencia de un equipo real, interdisciplinario, que se responsabilice de obtener el mayor cúmulo posible de datos científicos, con el fin de insertarlos en el engranaje general de los planteamientos y resolver paulatinamente los problemas específicos a nivel de área y de relaciones intergrupales. A este respecto sería de gran ayuda disponer de la colaboración, por vía oficial, de centros auxiliares en análisis, cartografía y prospección.

## PREVISIONES

Con vistas a un mejor entendimiento en la investigación y proyección futura, se insta a los investigadores presentes y futuros a un esfuerzo unitario que redunde en provecho general de la ciencia arqueológica. Por ello, y como base inicial, a la espera de poder concertar encuentros y reuniones periódicas que afiancen los criterios y perfilen un programa de actuación conjunta, se sugiere tener en cuenta las siguientes previsiones:

1. Antes de cualquier acción en el trabajo de campo, sobre todo si se presupone que los monumentos están intactos o escasamente alterados, tener muy presente la responsabilidad que se adquiere con este tipo de hallazgos y, en consecuencia, recabar todo tipo de colaboración y asesoramiento. Asimismo, para prevenir cualquier daño irreparable o incontrolado, se aconseja evitar la espectacularidad o el sensacionalismo, dando prioridad a las gestiones que generen auténticos resultados científicos.

2. En el estado actual de la investigación, la simple exhumación de objetos materiales es prácticamente irrelevante, a no ser que vaya acompañada de un estudio exhaustivo que signifique una auténtica aportación.

3. Para enriquecer este estudio es preciso abordar dos líneas compatibles y paralelas. A nivel del monumento centrar la atención no sólo en los límites estrictos del recinto funerario o del «megalito» en cuestión, sino también en la estructura total del hipotético complejo (túmulo, sistema constructivo, estratigrafía, fases, adiciones, arte...) y en el espacio en que se asienta. En suma, recuperar la máxima información sobre el proceso de construcción, procedencia de elementos, disposición... así como de la potencialidad económica y relación con el entorno (aislamiento, concentraciones, distancias...). A nivel del contenido —cultura material y documentación botánica, paleontológica y antropológica— registrar minuciosamente los hallazgos, sean del tipo que fueren, así como sus circunstancias, y complementar todo ello con los oportunos análisis y correlaciones homogéneas.

4. Con vistas a una información más actualizada y completa sería deseable el estudio y localización de materiales inéditos (colecciones privadas o centros oficiales), revisión de datos antiguos y publicación de excavaciones o trabajos inéditos.

5. Finalmente, como complemento de suma urgencia, se recomienda intensificar las prospecciones. Para racionalizar esfuerzos individuales y obtener mayores resultados es preciso organizar equipos coordinados y disponer de los medios necesarios para este tipo de trabajos, incluyendo el auxilio de la fotografía aérea, adecuada a estos objetivos.

LA JUNTA DIRECTIVA

# El fenómeno megalítico: Estado actual de la investigación

M.<sup>a</sup> Rosario Lucas Pellicer

Cuando en 1848, el inglés Algernon Herbert (1) inventó el término *megalithic*, consagrado en el Congreso Internacional de Antropología de 1867, no podía sospechar la fortuna del vocablo. Con el tiempo, derivado en «megalitismo» o unido a palabra «fenómeno» ha pasado a designar toda la secuencia temporal de la Europa prehistórica que enterró a sus muertos en cámaras superficiales erigidas con grandes bloques de piedra.

Mucha tinta ha corrido desde mediados del siglo XIX y muchos son los nombres y esfuerzos dirigidos a despejar las incógnitas de tan gigantescas y «rudas» construcciones. En 1984, tras más de un siglo de investigaciones, se contabilizan millares de megalitos y un caudaloso elenco bibliográfico al que se ha unido, muy tempranamente, el fruto de las nuevas tendencias arqueológicas, cautivadas por la particularidad del tema.

Desde hace 15 años, el impacto de las dataciones absolutas (2), las razonables dudas sobre los paralelos orientales (3) y, muy especialmente, el desarrollo de la llamada arqueología científica, de cariz antropológico (4), han impulsado y renovado las estrategias de la investigación, desviando el punto focal de los planteamientos hacia objetivos más ambiciosos.

El origen del fenómeno, la evolución morfológica de las sepulturas y cuestiones como quiénes fueron sus impulsores y de dónde y cuándo vinieron, que tanto preocuparon a los viejos maestros (5) han quedado relegadas a un plano secundario o integradas en las distintas variables manejadas en enfoques multidimensionales y sistémicos que abarcan, en un todo, hombre, espacio y comportamiento. Hoy, el interés se centra en comprender y explicar, dentro de un largo y vasto proceso, lleno de lagunas (6), la función desempeñada por los monumentos megalíticos en el sistema total de las diversas comunidades implicadas en su desarrollo. En consecuencia, lejos de la unidad propugnada en antiguas teorías, la investigación actual tiene como reto:

1) Conocer las causas que restringieron este fenómeno a un determinado ámbito de Europa.

2) Conjugar la supuesta homogeneidad ideológica latente en las grandiosas construcciones, con la diversidad cultural constatada en los núcleos que integran el megalitismo de Europa occidental, puesto que huelgan las referencias generalizadas a esta expresión humana —arquitectura de grandes bloques ortostáticos, apenas desbastados— presente en zonas alejadas en el espacio y en el tiempo, sin conexiones culturales *ni étnicas* (7).

## GEOGRAFIA Y CRONOLOGIA

Dentro del espacio en que se enmarca esta ponencia —desde las tierras que rodean el Mar Báltico al Mediterráneo, incluyendo la fachada atlántica y grandes islas, hasta la Península italiana (8)— hallamos el reflejo de esta diversidad (particularidades ecológicas, diacronía, distinto estadio técnico, variedad y heterogeneidad de estructuras y materiales...), aunque indudablemente existen afinidades y un cierto nivel de uniformidad temporal y económica que determinan las consideraciones unitarias del fenómeno. Precisamente la búsqueda de esas regularidades son objetivo de este tema con el fin de integrar el megalitismo de la Península Ibérica, objetivo de esta Mesa Redonda, en el marco de este espacio occidental, intentando aislar la concurrencia de variables que dan coherencia y homogeneidad a un hecho tan debatido, capaz de mantener su vigor durante más de dos milenios.

La dimensión temporal —la cronología— se va perfilando merced a la polémica datación radiocarbónica, a las calibraciones (9) e incluso a las fechas, no menos discutibles, obtenidas por Termoluminiscencia. Como síntesis cabe decir que se acepta la alta cronología de los megalitos bretones, próxima al V.º milenio (Kercado, Barnenez, Ile Geigno... entre

3900-3500 a. C.) (10) para el inicio más precoz de estas estructuras. En la Península Ibérica, y hasta el momento, los megalitos portugueses son los más antiguos (11) sin grandes diferencias temporales respecto a los del Golfo de Morbihan en Bretaña e Islas Británicas, sobre todo si se confirma la fecha radiocarbónica del sitio IV de Carrowmore, en el cementerio de Co. Sligo, Irlanda del Norte (12). Erección y uso se prolongan en los distintos sitios, continentales e insulares, hasta entrado el segundo milenio.

Las fechas mencionadas, eslabones extremos de una larga cadena de dataciones, demuestran la generalidad del fenómeno desde mediados del IV.º milenio y a lo largo del III.º, afectando desde el punto de vista económico y técnico a las comunidades productoras del Neolítico y a los inicios del Cobre (Calcolítico), agotándose a la par que se intensifica y expande el conocimiento de la metalurgia (Edad del Bronce).

El escalonamiento cronológico y la repartición geográfica de los monumentos tienden a demostrar que estamos ante un fenómeno periférico, estrechamente conectado, en la etapa más antigua, con la franja costera del litoral atlántico y, no pocas veces, con suelos bien drenados y arables. *A priori* se puede decir que la dirección de la expansión parte de la costa hacia el interior y no a la inversa (13). En el plano regional, la dinámica, mucho más compleja, aboga por la tendencia a ganar altura y a diversificar el emplazamiento a medida que transcurre el tiempo.

## PROCESO CULTURAL

En este devenir está inmerso el proceso cultural que, a ritmo diferenciado, genera los cambios particularizados en cada espacio. La aloctonía del neolítico más occidental (atlántico y mediterráneo) implica en sus primicias orígenes y vías distintas escalonadas en el tiempo. Las bases de la subsistencia depredadora suponen, en cada zona, un proceso singular de aculturación entre tradiciones autóctonas y nuevas formas de vida. Las condiciones ecológicas —recursos, disponibilidad del suelo y potencial agrícola y ganadero— juegan un importante papel, junto con el nivel técnico, en la intensidad y opción de las actividades económicas y en los patrones adoptados para ocupar y explotar más ventajosamente el espacio (14).

En el tercer milenio, y sin coincidencia temporal absoluta, aumenta la sedentarización y se percibe el aprovechamiento y penetración en tierras menos deseables (15). La reorientación socioeconómica refleja fuertes divergencias regionales y locales, interrelacionadas, probablemente, con el avance y diversificación de la vida campesina y su interacción con una serie de acontecimientos desigualmente distribuidos: uso del arado (16), tracción animal (17), progreso de la minería (18), metalurgia (19), intensificación de intercambios (20), irrigación artificial (21), fortificaciones (22)... En suma, innovaciones tecnológicas que de alguna manera fomentan diferencias e imponen comportamientos diversificados que canalizan el dinamismo de los cambios.

A escala social estamos ante comunidades igualitarias que, en los estadios finales, evolucionan hacia

categorías de rango y clase, cimentando las bases de las comunidades jerarquizadas de la Edad del Bronce (23).

## CRITERIOS DE UNIDAD

En este ámbito heterogéneo se enmarca la emergencia y desarrollo del «horizonte» megalítico. La postura religiosa ante la muerte y los criterios de evolución morfológica por diferencia temporal y espacial, siguiendo rígidos prototipos a partir de un «centro difusor», se han diluido en supuestos sociales y económicos teorizados por la última generación de arqueólogos ingleses y norteamericanos. Este nuevo enfoque exige reconsiderar los principios que unifican las especificidades y dan cuerpo a la controvertida unidad.

La etimología del término se había confrontado con la noción de arquitectura ciclópea (24) y se aplicaba a diversas categorías de estructuras funerarias y a otros monumentos de finalidad discutida (menhires, alineaciones, cronlechs...) interpretados siempre en términos religiosos con fuerte trascendencia social (25). Sin embargo la denominación, reduccionista y simplificada, excluye otra serie de construcciones —«megalíticas sin megalitos»— (26) que se incorporaban con pleno derecho dentro del fenómeno: estructuras de mampostería y falsa bóveda (comúnmente denominadas *tholoi*), cuevas artificiales... porque su aspecto externo, planta y muy especialmente su destino, *receptáculos fúnebres*, concuerda plenamente con las sepulturas auténticamente megalíticas (27).

En esta unidad, y en oposición a las tumbas simples, se valora como denominador común el *enterramiento colectivo* (28) y la *monumentalidad* (29), constatándose, frente a la cremación más o menos intensa de los cadáveres (30) la fuerza de las inhumaciones sucesivas en cámaras ocultas y recubiertas por un enorme *túmulo* de tierra o piedras de disposición meticulosa y sistemática que envuelve y protege uno o varios de estos «loca» fúnebres (31).

Más allá de las diferencias morfológicas en las estructuras internas (pasillos, transeptos, cámaras, galerías, fachadas...), de los distintos sistemas de cerramiento (arquitrabado, falsa bóveda), naturaleza de los materiales constructivos (bloques monolíticos, mampuestos...), dimensiones, etcétera, actualmente se enfatiza que todas estas construcciones, incluidas las hipogéicas, delimitan un *área organizada y específica* (32) que rebasa y excede el emplazamiento funerario, oculto por el montículo del túmulo y bien delimitado en su perímetro. Dominio, visibilidad y amplitud de horizonte, contrastan con las fosas planas, de tal forma que, aun la más modesta de estas construcciones, adquiere por su propia naturaleza y durabilidad un carácter monumental que sublima la idea de la muerte y convierte el emplazamiento en *punto focal* del espacio geográfico, impregnado de *connotaciones simbólicas* (33).

Monumentalidad y simbolismo en relación con la muerte conciernen también al aparato externo de otra categoría de estructuras no megalíticas en sentido estricto, que encerraron en su interior construcciones de madera (el ejemplo mejor documentado

es el de Fussell's Lodge (34) y que justifican la integración en el fenómeno megalítico de las distintas modalidades de *cairns* y *barrows* —montículos de piedra o tierra— de distribución atlántica, con o sin cámara en origen, y en ocasiones carentes de restos humanos (35).

Este valor simbólico de «espacio consagrado», diferente al área profana de las actividades domésticas, se reafirma con los ejemplos que evidencian la multiperiodicidad y acumulación estructural, la erección sobre suelos ocupados con anterioridad, el paso de componentes no megalíticos a megalíticos y el prolongado uso de los monumentos (36).

A las casuísticas apuntadas hay que añadir que las nuevas excavaciones y los monumentos estudiados de antiguo ponen de manifiesto que los rituales (37) de toda esta variedad de monumentos están conectados con prácticas de intensa manipulación y trasiego de restos humanos, acompañados de depósitos votivos, receptáculos temporales, fuegos... difíciles de encasillar en una normativa, y sin interrelación aparente con la presencia o ausencia de manifestaciones artísticas (38), pobreza o riqueza de los ajuares e incluso con la tendencia a la dispersión o nucleización topográfica de los monumentos (39).

Estas y otras modalidades pueden estar mediatizadas por tradiciones locales, diferencias en el tiempo, condicionamientos geológicos y humanos... pero, en la actualidad, se subordinan, genéricamente, al dominio económico y social y aunque se admita la restricción en el derecho al uso funerario, no se desvirtúa la unidad (40).

Todos los investigadores reconocen, por encima de tanta versatilidad, que aun la más simple de estas estructuras requiere una planificación normalizada, un ingente despliegue de energía humana, encadenada en metódicas operaciones y tiempos que encauzan y racionalizan el esfuerzo de preparar, mover y disponer organizadamente todo el aparato interno y externo del monumento (41). Esta inversión de energía, dado el nivel tecnocómico y la ausencia de comunidades de poder (42), sólo se explica por la *cooperación y participación comunal*.

Este criterio de trabajo corporado, así como la redundancia de técnicas y elementos arquitectónicos presentes en el aparato externo de los montículos funerarios, se maneja como otro criterio más para integrar también, dentro de este mismo fenómeno, construcciones «no megalíticas ni estrictamente funerarias» que tanto desarrollo alcanzaron en las Islas Británicas: *causewayed enclosures* o  *camps*, anteriores al estadio final de los grandes Henges (43).

Se trata de espacios abiertos que pueden cubrir varias hectáreas, sin construcciones sólidas en su interior. El perímetro, irregular en forma, está delimitado por largas zanjas atrincheradas, complementadas con bancales, empalizadas... configurando áreas semejantes a los círculos o anillos de piedras cuyos elementos se conjugan y amplían en ejemplos tan famoso como Stonehenge y Avebury.

Destino y uso se han relacionado con actividades económicas y defensivas y, efectivamente, la finalidad puede ser múltiple y variable, según las circunstancias, pero la localización de fosas, depósitos rituales,

ofrendas, restos humanos, esqueletos de animales en conexión anatómica, hallazgos tan excepcionales como las hachas..., todo ello dispuesto deliberadamente, reiterando las particularidades de los círculos de piedra, demuestra que, en la mayoría de casos, estamos ante expresiones no materiales que reclaman la función de *centros ceremoniales* cuyo carácter comunal se extiende desde el hecho mismo de su conformación hasta la participación, más o menos activa, en las prácticas allí realizadas (44).

Técnicas arquitectónicas y materiales evocan paralelos continentales en el ámbito de la TRB, pero las actividades no domésticas, complementarias de los rituales funerarios, como en el caso de Hambledon Hill (45), sólo tienen explicación satisfactoria si conciernen a la esfera ideológica, por interacción de los sistemas social y religioso. Ritos y ceremonias, a parte de cumplir funciones más amplias, servirían para aglutinar a las poblaciones dispersas y fomentar la comunicación (46).

Recapitulando lo expuesto se puede decir que la noción tradicional de monumento megalítico se amplía y refuerza incorporando los siguientes aspectos:

— Túmulos que evidencian parcamente la arquitectura interna o los depósitos fúnebres.

— Empleo de madera y otros materiales no megalíticos en la construcción parcial o total de los receptáculos funerarios.

— Espacio organizado cuya monumentalidad reclama, simbólicamente, su carácter de «centro».

— Multiperiodicidad en uso, extensible al emplazamiento y remodelación interna o externa de algunos monumentos.

— Intensidad de rituales anteriores, simultáneos o posteriores a la deposición de cadáveres y organización de elementos. El fuego y la cremación pueden estar presentes acompañando o no a las inhumaciones definitivas.

— Esfuerzo colectivo e inversión de energía, a distinto nivel, en ciertos casos superior al de los efectivos humanos depositados en la tumba.

— Carácter megalítico de los grandes espacios abiertos, no tumulares, ni funerarios, destinados a prácticas de finalidad ideológica.

En síntesis, las pautas unificadoras que confieren la categoría de «monumentos megalíticos», recaen no sólo en la arquitectura que utiliza grandes bloques ortostáticos de piedra, sino en las construcciones coetáneas que han exigido un *gran esfuerzo colectivo* en interacción con las siguientes concurrencias:

1) *Énfasis en la muerte y en los rituales.*

2) *Durabilidad y monumentalidad* deliberadamente planificadas.

3) *Foco o centro simbólico*, organizado y definido.

## ORIGENES Y EXPLICACION DEL DESTINO

Estas generalidades que, ciertamente, deben de manejarse con prudencia y en su aplicación particular habrán de verificar estos supuestos dentro de su contexto específico, lleva a abordar, una vez más, los debatidos orígenes. La fuerza de los razonamientos impone aceptar el origen autóctono, explicado

como resultante de un proceso dinámico que interrelaciona los cambios inherentes al avance de la vida campesina en las distintas zonas y la reacción humana de prevenir o atajar las circunstancias adversas que amenazan la estabilidad de los grupos sociales.

No es lícito silenciar que algunos investigadores esgrimiendo argumentos que recuerdan la vieja teoría hiperdifusionista de Elliot Smith, como en el caso de McKie (47) o con matices más o menos moderados como Savory (48) o Schüle (49) siguen insistiendo en el origen oriental que, preciso es también decirlo, tanto arraigo tiene entre nuestros investigadores por la peculiar ubicación de la Península Ibérica y las constantes relaciones mediterráneas a lo largo de nuestra historia (50).

No obstante, en la década de los 70 la autoctonía cobra un renovado vigor y los planteamientos, cimentados por la cronología, llevan a recordar la postura de hombres tan señeros y familiares como el de Don Pedro Bosch Gimpera, quien siempre defendió el indigenismo de los megalitos europeos por evolución de las pequeñas cistas portuguesas, que, en un ambiente pastoril del IV.º milenio, mantenían sin ruptura las tradiciones epipaleolíticas.

Esta teoría tuvo también su eco en la posición, llamémosle dual, del matrimonio Leisner y aprovecho esta mención para rendir desde aquí el merecido reconocimiento y homenaje a quienes nos han legado los «Corpora» más útiles, todavía no superados, de nuestro megalitismo peninsular. Tras la muerte de G. Leisner en 1957, doña Vera que hubiere cumplido 100 años en febrero de 1985, siguió en la brecha consagrada a estos mismos estudios. Cuando excavó el grupo de Carapito, en 1966, en unión con el también desaparecido Lionel Ribeiro, tenía 81 años y en la revisión infatigable realizada en el verano de ese mismo año, y en la que tuvo oportunidad de colaborar, una de sus metas se dirigía a confirmar el carácter neolítico de las pequeñas «antas». Su larga vida, truncada en 1972, a los 87 años, puso fin a su entusiasmo, colmado por su fecunda obra y por los extraordinarios datos de la campaña de 1966, en especial de Carapito I (Aguar da Beira, Viseu) (51), con sus piedras grabadas, un ajuar extraordinario y la entonces sorprendente fecha radiocarbónica de  $5060 \pm 50$  b. p. (2900 a. C.), que junto a la de Orca dos Castenairos (Vila Nova de Paiva, Viseu) ( $5060 \pm 50$  b. p. = 3110 a. C.) llegaban a la historia de la investigación en un momento que podemos considerar revolucionario y que marca la transición hacia los nuevos rumbos de este tema.

La tesis indigenista de Bosch Gimpera y de Piggott (52) se remodelan en las publicaciones de Powell (53), Giot (54), Daniel (55), Kaelas (56) o Clark (57). Con criterios diferentes y sin apartarse completamente del difusionismo, se defienden los orígenes indígenas. Daniel asume la existencia de antecedentes de madera, «estructuras megaxílicas», y el gradual reemplazamiento de sus elementos por bloques de piedra. Clark (58), reforzado por la visión de Kaelas, reivindica, al igual que Case (59) y otros autores los precedentes epipaleolíticos de los concheros bretones de Teviac y Höedic para el ritual colectivo de los megalitos, justificando el carácter periférico del fenómeno por su conexión, sin ruptura, con la econo-

mía de la pesca y del marisqueo y por el progreso de la navegación como medio de transporte.

El hecho, circunstancial o consecuente, de que los más antiguos megalitos coincidan geográficamente con esas áreas marginales de intensa actividad pesquera en terrenos que contaban con cierta organización en los enterramientos, cobra nuevo valor ante las teorías que propugnan el *origen poligénico*.

Esta teoría apuntada en principio por Daniel (60) y especialmente formulada por Renfrew, a partir de 1973 (61), y a la que se han unidos la mayoría de investigadores (62) postula que, independientemente y a ritmo diferenciado, diversas regiones de Europa occidental (63) abocan en el megalitismo, fenómeno que condensa en sus variadas manifestaciones las respuestas sociales para expresar la cohesión social, y la identidad de los grupos con el fin de defender la estabilidad y permanencia en un espacio concreto del territorio (64).

Determinados componentes de los estadios finales del Epipaleolítico/Mesolítico son manejados por buena parte de investigadores como variables y parámetros retrospectivos que incidirán en la especificidad de las primeras comunidades neolíticas (65). A saber:

- Los recursos fluviales, marinos y costeros están presentes en la dieta de los primeros campesinos.
- Con anterioridad al tráfico de materias primas y objetos neolíticos, algunos grupos epipaleolíticos habían desarrollado activamente los intercambios y la navegación.

A todo esto habría que añadir:

- 1) Las poblaciones epipaleolíticas reducen la movilidad y se emplazan preferentemente en zonas costeras, estuarios, riberas... controlando un vasto espectro económico en muy pocos kilómetros. No lejos de estas áreas aparecen los más antiguos asentamientos neolíticos.
- 2) Los enterramientos organizados, en algunos casos auténticos cementerios como en Vedbaek (Dinamarca), o tumbas de elaborado ritual, preceden en el espacio y en el tiempo a las construcciones funerarias del horizonte megalítico.
- 3) La estabilidad, bien argumentada por las investigaciones, favoreció la aparición de rasgos tecnoculturales que autores como Indrelic (66), Bailey (67) y Zozlowski (68) interpretan como signos de identidad grupal y delimitación de territorio.

Aunque C. Renfrew no asume con tanta fuerza estos precedentes (69), la interpretación de esta idea de territorialidad reiteradamente expuesta en sus escritos ha sido avanzadilla de los nuevos enfoques y ha contribuido a valorar las tumbas dentro de su contexto. Las diversas explicaciones de carácter funcional parten de los siguientes principios:

Los monumentos megalíticos son la respuesta socioeconómica por la que han optado las comunidades atlánticas ante tensiones que exigían unas fórmulas de aglutinación. Los campesinos invierten en sus suelos un enorme esfuerzo y mantenerse en ellos es trascendental. La identidad del grupo y el *filum* generacional se expresa mediante las tumbas y la mo-

numentalidad exhibe y legitima ante «los otros» sus derechos a ocupar un territorio.

Como opinan Renfrew y otros autores, la emulación, el orgullo y sobre todo la competencia pueden estar presentes en la magnitud y elaboración de las estructuras funerarias, pero estos sentimientos, sin otras circunstancias, no son suficientemente relevantes como para impulsar y conservar la fuerza y el vigor del fenómeno durante dos milenios y la elección de unos signos de identidad tan costosos tiende a explicarse como defensa ante tensiones desestabilizadoras que obligaban a reforzar y asegurar la continuidad del orden económico y social.

Esta explicación social y adaptativa contenta a seguidores del funcionalismo y a defensores del materialismo cultural y está calando profundamente, pero es un problema de cambio estructural y exige verificar grado y categoría de esas presiones capaces de provocar crisis y desajustes. Si, lógicamente la respuesta es similar, causa o causas serán comparables y recaerán en peculiaridades específicas de este ámbito occidental.

Al comparar el neolítico continental con el de la periferia se advierte un fuerte contraste. En la tierras del interior aparecen precozmente asentamientos de buen tamaño y fuerte nucleización y, en apariencia, la muerte no preocupa demasiado. Los terrenos son óptimos y los avances rápidos. Además no existen factores que limiten la expansión. Por el contrario, en el mosaico de grupos occidentales, los asentamientos, muy mal documentados, hacen sospechar que durante largo tiempo se mantiene un mínimo humano de agrupación y estabilidad y, conforme avanza el tiempo, la muerte, los monumentos funerarios, parecen llenarlo todo. Por otra parte, los frutos de la tierra se consiguen con denodado esfuerzo (clareado, tala, roza...) y la obligada vinculación al campo se alcanza por el constante desafío entre la naturaleza y el hombre. Las circunstancias favorecen las desigualdades y la vulnerabilidad de los grupos más débiles, y, aun así, los hombres invierten gran parte de su tiempo y trabajo en erigir tumbas y practicar ceremonias.

¿Cuál es la razón?

## MOTIVACION

La causa (o causas) de la tensión (o tensiones) se investiga tomando como modelos hechos antropológicos que, salvando la distancia temporal, sirven de paradigma a una respuesta semejante: la relevancia de la muerte —los ancestros— y la intensidad de energía colectiva dedicada a ceremonias y ritos.

Binford (70), Bloch (71) y otros antropólogos (72) han contribuido con sus escritos e investigaciones al análisis de las circunstancias y al desarrollo de esos modelos antropológicos. En la aplicación al campo de la arqueología destacan, por su carácter pionero, C. Renfrew; por su consideración a la Península Ibérica, R. Chapman.

Para Renfrew (73) las diferencias en la emergencia, magnitud y desarrollo de los monumentos megalíticos se interaccionan con el crecimiento demográfico inherente al progreso de la vida campesina.

Mientras las sociedades de Europa continental y oriental canalizaban los excedentes humanos por emigración, los campesinos marginales de Europa atlántica y nórdica tuvieron que mitigar los conflictos mediante prácticas funerarias y rituales que reafirmaban la delimitación del territorio y los derechos sobre el suelo.

Tomando como referencia la distribución de los monumentos funerarios en el área de Wessex (74), su relación con suelos arables y la cantidad de energía necesaria para las distintas categorías de monumentos, llega a una serie de conclusiones de orden temporal y social:

1) Los «megalitos» más modestos y numerosos son indicadores simbólicos de la conducta territorial de pequeños grupos paritarios. Construcción y rituales garantizan la comunicación con los antepasados y la continuidad y cohesión social.

2) En un estadio más avanzado, el paso al centralismo y a las «jefaturas» (75) trae consigo una remodelación económica, social y religiosa pareja a las construcciones más monumentales. Con la participación en los grandes monumentos, auténticos centros espaciales, se reafirman y consolidan los vínculos y alianzas ente los diferentes segmentos que conviven en un amplio territorio, organizado jerárquicamente a semejanza del nuevo orden social.

R. Chapman analiza el panorama con otras perspectivas. Toma como denominador común la existencia de áreas específicamente delimitadas y organizadas para depositar a los muertos y justifica este comportamiento por la formación de grupos de descendencia, ante tensiones vinculadas a factores no humanos: crisis de recursos en un sentido muy amplio (comida, agua, campo y otros productos no necesarios para la mera subsistencia) cuya naturaleza varía en el espacio y en el tiempo (76).

Cuando los recursos que se consideran críticos para un espacio concreto llegan al límite, control y acceso requieren una respuesta que puede recaer en un nuevo orden social: los linajes legitiman los vínculos con los antepasados y los derechos sobre los recursos críticos y la territorialidad se expresan simbólicamente por la delimitación de áreas específicas para colocar a los muertos —«formal disposal areas»— que, organizadas a semejanza del nuevo orden social, garantizan y mantienen con las prácticas religiosas y ceremoniales el acceso y control a tales recursos.

De acuerdo a estos planteamientos la emergencia del megalitismo no puede considerarse intrusiva porque este tipo de soluciones se había experimentado entre comunidades epipaleolíticas, ya que este concepto de «área funeraria» es extensible también a los cementerios de tumbas planas (77). La aparición de tales áreas sin antecedentes previos va unida a grandes cambios en la subsistencia, asentamientos y sociedad. En el caso del Sudeste español, ante la progresiva aridez del suelo, el agua fue uno de estos recursos críticos y los cambios implicados en su control quedan reflejados en la formalización de la necrópolis de los Millares.

Ni Renfrew ni Chapman puntualizan el abandono de tales prácticas y en sus proposiciones la metalurgia del cobre no puede considerarse la causa del ocaso.

El auténtico cambio está unido al avance de la sepultura individual (grupos cordados y campaniformes) coincidente con el progreso agrícola y técnico en sentido muy amplio y con la consolidación de los grandes poblados fortificados. Este paso a la Edad del Bronce, con toda la problemática del poder y la jerarquización, conlleva la reorientación ideológica de una nueva etapa sucesora en el orden temporal y humano de los eventos del megalitismo (78).

## RECAPITULACION Y PROSPECTIVA

Las teorías expuestas han abierto un nuevo horizonte a los estudios. El origen poligénico y la idea de territorialidad se incorporan de lleno a futuras perspectivas, pero en honor a la verdad hay que decir que esta última teoría no es completamente nueva porque en su fondo subyace la vieja noción de panteón familiar: de veneración, respeto y reconocimiento de antepasados y lazos familiares; del aumento entre generaciones —constructores y usuarios—. La utilización y pervivencia de estos monumentos durante decenas de años, incluso siglos y la solidez de la estructura son conceptos que velada o explícitamente se han valorado siempre. En la finalidad de los menhires siempre privó la interpretación de marcas de territorio, incluso la abusiva relación de los monumentos con cañadas, caminos naturales, márgenes de pastos... y «pastores trashumantes» (79) trazaba en su delimitación áreas frecuentadas y compartidas periódicamente, aunque no se expresaran en términos de «modelos» y «patrones».

No obstante, las formulaciones y la ideología que encierran los planteamientos actuales son nuevos, en especial la hipótesis de territorialidad a distinto nivel de integración social y la búsqueda de tensiones y concurrencias para explicar el fenómeno.

A nivel general, ninguna de las hipótesis formulada resiste por sí misma una contrastación crítica. Los datos a considerar son muy fragmentarios y las fechas absolutas, cuando las hay, no resuelven tan compleja problemática. Adoptar una u otra postura no es cuestión de personalismos y a nivel de futuro se impone calibrar y mensurar los acontecimientos y, lógicamente, las variables tienen que extraerse, tras excavaciones modélicas, de la interrelación poblados/tumbas/disponibilidades técnicas y económicas/ambiente ecológico/relaciones humanas, proyectando los resultados desde el nivel inferior —el pequeño segmento social— hasta la categoría más amplia de relación intergrupal y espacial.

Ciertamente, considerando los elementos comunes podemos hablar de una Europa Megalítica, al igual que nos referimos a la Europa de los Castillos, pero la auténtica motivación, posiblemente múltiple y condicionada por el aparato ideológico —el lenguaje religioso que comunica y canaliza la estructura socio-económica— sólo se hallará en el análisis contextual de las diversas áreas.

Como punto final hay que volver, una vez más, a las tan traídas y llevadas relaciones con Oriente, hoy

en decadencia. La opción puede ser cuestión de modas y tan peligroso es caer en el difusionismo como única interpretación, como en las convergencias a ultranza. Si las diferencias con el área más continental merecen una confrontación de hechos, en mi opinión tampoco se debe marginar, por encima de las diferencias ecológicas, el evidente contraste entre el área atlántica y mediterránea. Muchos de los objetos «exóticos» que habían sustentado la teoría de las colonias se consideran hoy como bienes de prestigio en buena parte (marfil, cáscaras de huevo de avestruz...) resultado de un comercio direccional (80) sin que se explique satisfactoriamente la «aventura» de su trayectoria desde el Norte de África a la Península, obviando el «aire mediterráneo» de un buen número de hallazgos, entre ellos los ídolos.

Chapman (81), al igual que hizo Renfrew en 1967, recalca que no hay un solo ejemplo que sostenga las relaciones Oriente-Occidente motivadas por la metalurgia. Sin embargo, análisis por isótopo de plomo han demostrado que las fuentes del cobre utilizado en la figurilla del «Sarcedote Desnudo» de Khafaje (82) fechada en 2400, en tiempos de Sargón de Acad (coetáneamente al esplendor de Ebla) se localizan en Almería y aunque las correlaciones cronológicas planteen no pocos problemas está demasiado cerca de la época que debatimos.

¿Cómo compaginar tanta ambigüedad?

Como una alternativa más, especialmente dirigida hacia las discutidas relaciones mediterráneas y peculiaridades de las distintas áreas respecto a las manifestaciones simbólicas y materiales, me atrevo a recordar la posibilidad de aplicar modelos de intercambio comparables a los «anillos Kula». Aparentemente son complicados sistemas de ritos y ceremonias que implican infinitas formalidades y desplazamientos, pero mediante estos sistemas y bajo un ropaje religioso se equilibran carencias y excedentes económicos de interés para todas las comunidades integradas (83) con mayor circulación de materiales e ideas que de los propios hombres.

La diversidad cultural y espacial obligan a ser muy cautos en cualquier generalización. Unidad no significa uniformidad y los caminos que surcan una trayectoria tan extensa en el orden geográfico y temporal han podido ser múltiples con convergencias y desviaciones. La Península Ibérica es por sí sola un claro ejemplo de las similitudes y contrastes entre unidades diferenciadas en el espacio y en la pluralidad de orientaciones.

El Coloquio Inter-Universitario de Porto (noviembre de 1983) brindó la oportunidad de dar a conocer los resultados del megalitismo del Noroeste y Asturias. A lo largo de esta Mesa Redonda quedarán reflejados los avances de los restantes núcleos de nuestro territorio (magníficamente sintetizados, en su apreciación global, por Arribas y Molina en su reciente publicación de 1984). Exposiciones y controversias ayudarán a perfilar con mejores argumentos tan honda problemática. Sólo resta desear que estos debates sean fructíferos.

## NOTAS

(1) Herbert, A.: *Ciclops Christianus*, Oxford, 1848.

(2) Daniel, G. E.: *Carbon 14 dates and the Chronology of European Megaliths*, «Actes VII Cong. Int. Sc. Preh. et Prot.», 1970, T. I, págs. 536-539; Giot, P. R.: «The impact of Radiocarbon Dating on the Establishment of then Prehistoric Chronology of Brittany», *Proc. of Preh. Soc.*, n.º 37, 1971, págs. 208-217; Renfrew, C.: *Before Civilization. The Radiocarbon Revolution and Prehistoric Europe*, Jonathan Cape, London, 1973.

(3) Renfrew, C.: «Colonialism and Megalithism», *Antiquity*, n.º 41, 1967, págs. 276-288. A partir de este artículo son muchos los investigadores preocupados por estas cuestiones. Vide, entre otros, los comentarios de R. de Balbin: «Problemática actual de la cronología radioactiva en relación con la tradicional durante el Megalitismo y el Eneolítico», en M. Almagro Gorbea y M. Fernández Miranda (eds.): *C-14 y Prehistoria de la Península Ibérica*. Fundación March, Madrid, 1978, págs. 71-81; Muñoz, A. M.: *La Edad del Bronce en el Sureste de España*. Ponencia XVI Cong. Nac. de Arq. Murcia y Cartagena, 1982, págs. 11-27; Ramos, A.: «Interpretaciones secuenciales y culturales de la Edad del Cobre en la zona meridional de la Península Ibérica. La alternativa del materialismo cultural», *Cuad. de Preh. de la Univ. de Granada*, n.º 6, 1981, págs. 203-256; Arribas, A. y Molina, F.: «Estado actual de la investigación del megalitismo en la Península Ibérica», en J. Fortea (ed.): «Francisco Jordá Oblata». *Scripta Praehistorica*, Salamanca, 1984, págs. 63-112.

(4) Gibbon, G.: *Anthropological Archaeology*, Columbia University Press, New York, 1984 (con extensa recopilación bibliográfica). La serie «New Directions in Archaeology», editada por Cambridge University Press, recoge y fomenta London, 1975.

(5) Daniel, G.: *The Megalith Builders of Western Europe*, Hutchinson, London, 1958 (2.ª ed. Penguin Books, 1963); Id., «Megalithic Answers», *Antiquity*, n.º 44, 1970, págs. 260-269; Id., *150 Years of Archaeology*, Duckworth, London, 1975.

(6) Fundamentalmente la localización de asentamientos y la reconstrucción paleoecológica. Síntesis de este tipo de investigaciones en las Islas Británicas en I. Simmons and M. Tooley (eds.): *The Environment in British Prehistory* (la etapa neolítica por A. G. Smith et alii págs. 125-209), Duckworth, London, 1981. Como orientación a problemas y metodología: G. de G. Sieveking et alii, (eds.): *Problems in Economic and Social Archaeology*, Duckworth, London, 1976; A. Sheridan and Bailey (eds.): «Economic Archaeology: towards an Integration of ecological and social approaches», *British Arch. Reports*, 96, Oxford, 1981; I. Hodder et alii: «Pattern of the Past», *Studies in Honour of David Clark*, Cambridge Univ. Press, Cambridge, 1981.

(7) Bailloud, G.: «El megalitismo», en A. Leroi Gourhan (ed.): *La Prehistoria*, Nueva Clío, Madrid, 1972, págs. 243-247. Estos fenómenos independientes siempre se comentan en las obras de carácter general.

(8) Los límites dependen del concepto de megalitismo y pueden llegar desde Polonia hasta el Mediterráneo Oriental, incluyendo o no la arquitectura de las Islas del Mediterráneo Central. Vide como generalidad C. Renfrew ob. cit. nota 2.

(9) La calibración intenta ajustar las fechas C-14 a años de calendario. El error se estima en 350 años por 2000 a. C. y 800 en 5000 a. C. Las fechas calibradas tienden a expresarse en abreviaciones mayúsculas, reservando las letras minúsculas [b. p. (*before present*) y b. c.=a. C.] para las no calibradas; Clark, R. M.: «A calibration curve for radiocarbon dates», *Antiquity*, n.º 49, 1975, págs. 251-166. Para ampliar referencias en C. Renfrew (ed.): *Problems in European Prehistory*, Edinburgh University Press, Edinburgh, 1979, págs. 310 y ss., caps. 16 a 18.

(10) L'Helgouach, J.: «Les civilisations néolithiques en Armorique» y P. R. Giot: «Le megalithisme. Dolmens et

Menhirs, le phénomène megalithique en France», en H. de Lumley (ed.): *La préhistoire française*, Ed. C. N. R. S., Paris, 1976, T. II, págs. 365-374 y 202-210 respectivamente. Dataciones absolutas en pág. 873. El monumento de mayor antigüedad es el de Kercado en Carnac (5840 ± 300 b. p.).

(11) Si se aceptan las fechas de Termoluminiscencia, Anta do Gorginos y Poço do Gateira se situarían hacia mediados del V.º milenio (vide comentarios en A. Arribas y F. Molina, ob. cit. nota 3). La fecha más antigua por C-14 corresponde a la mamoá 3 de Outeiro de Gregos en la Sierra de Aboboreira cerca de Porto: 3280 ± 75 a. C.; Oliveira, V.: *Megalitismo do Norte de Portugal*, «Coloquio Inter-Universitario de Arqueología do Noroeste», Porto, 1983 (Ponencia policopiada).

(12) Burenholt, G.: *The Carrowmore excavations: excavation seasonal 1980*, Stockholm, 1981, cit. en A. Whittle, *Neolithic Europe: A Survey*, «Cambridge World Archaeology», Cambridge Univ. Press, 1984, pág. 128. El sitio IV de Co. Sligo es una tumba de corredor con un montículo bajo y circular protegido por piedras y en la cámara central han aparecido gran cantidad de huesos humanos quemados. También en Irlanda el hábitat de Ballynagilly —3795 ± 90 a. C.— se aproxima a esta fecha. En Inglaterra el monumento funerario más antiguo es el de Lambourn, un *long barrow* de la zona de Berkshire, fechado en 3415 ± 180 a. C. y en Escocia otro *barrow* sin cámara megalítica —Dalladies— se sitúa en 3240 ± 105 a. C.: Renfrew, C. (ed.): *British Prehistory*, (cap. 3 «The Neolithic» por I. F. Smith págs. 137-136 y cap. 4, págs. 137-164, «Scottish chambered tombs and long mound» por A. S. Henshall), Duckworth, London, 1980 (3.ª ed.).

(13) Este aspecto costero se enfatiza desde las publicaciones de Gordon Childe y se valora muy especialmente en G. Clark: *Mesolithic Prelude*, Edinburg Univ. Press, 1980, págs. 92-100. La distribución queda claramente contrastada en los mapas incluidos en J. V. S. Megaw and D. D. A. Simpson: *Introduction to British Prehistory*, Leicester Univ. Press 2.ª (ed.) 1981; Clark, G.: «The economic context of dolmens and passage graves in Swden» en V. Markotic (ed.) *Ancient Europe and the Mediterranean*, Aris and Phillips, Warminster, 1977, págs. 35-49; Giot, P. R.: ob. cit. nota 10, con mapas de secuencias temporales que demuestran la dispersión y penetración por el interior de Francia. Idéntico sentido se observa en la Península Ibérica y, hasta el momento, los monumentos atlánticos son mas antiguos que los emplazados hacia el Mediterráneo.

(14) El Neolítico del Mediterráneo Central y Occidental se relaciona con los grupos más orientales de cerámica impresa, mientras el neolítico occidental, de mayor alcance y más complejo en orígenes y contactos, se vincula con la tradición del neolítico danubiano de las cerámicas de bandas (LBK-Linearbandkeramik) y la formación de los grupos Chassey, Michelsberg, Windmill-Hill... La colonización de las Islas Británicas, desde distintos núcleos, es muy controvertida, aunque se tiende a admitir, al igual que para la Europa nórdica, la penetración, coincidente con el desarrollo del megalitismo, de la fuerza expansiva de la TRBK (Tricterrancherkerkultur= cultura de vasos de embudo). Estos complejos problemas ampliamente discutidos y documentados en T. Champion et alii: *Prehistoric Europe*, Academic Press, London, 1984 y A. Whittle: o. c. nota 12.

(15) Este momento coincide con la llamada «Revolución de los productos secundarios»; Sherratt, A. G.: «Plough and pastoralism: aspects of the secondary products revolution», en I. Hodder et alii (eds.): ob. cit. nota 6, págs. 261-305. Véase también T. Champion et alii: o. c. nota 14 (cap. 5) y A. Whittle: o. c. nota 12 (cap. 6).

(16) Huellas de arado se han localizado en el suelo del *long barrow* de South Street, Wiltshire, S. de Inglaterra (quizá anteriores a 2800 a. C.), en Sarnowo, Kujavian (Polonia) y en otros de Dinamarca; posibles ejemplares de maderera en el yacimiento inglés de Sweet Track y en el suizo





mortuary practices», en I. Hodder (ed.): *Symbolic and structural Archaeology*, Cambridge Univ. Press, 1982, págs. 129-154.

(73) C. Renfrew, C.: o. c. notas 2, 23 y 75.

(74) Vide más puntualizaciones de este autor en, «The megalith builders of western Europe», en J. D. Evans *et alii*: o. c. nota 69, págs. 72-81; *Id.*, «Socio-economic change in ranked societies», en C. Renfrew and S. Shennan: o. c. nota 23, págs. 1-8.

(75) Aunque Renfrew sólo considera un tipo de jefatura, la «redistribuidora», caben, dentro de este nivel, una enorme variedad de modelos, más o menos impulsores o pasivos. Los requisitos para comprobar la existencia de «chiefdoms», en C. Renfrew: «Monuments, mobilization and social organization in Neolithic Wessex», en C. Renfrew (ed.): o. c. nota 23, págs. 539-558.

(76) Chapman, R.: o. c. nota 29.

(77) Esta precisión en R. Chapman, nota 29, pág. 81. La idea abarca también las tumbas monumentales del Bronce Egeo, restringidas a las áreas de suelo fértiles.

(78) Gilman, A.: «The development of social stratification

in Bronze Age Europe», *Current Anthropology*, n.º 22, 1981, págs. 1-23.

(79) Chapman, R.: «Transhumance and megalithic in Iberia», *Antiquity*, n.º 53, 1979, págs. 208-215 y nota 48.

(80) Harrison, R. J. and Gilman, A.: o. c. nota 20.

(81) Chapman, R.: «Autonomy, ranking and resources in Iberian prehistory», en C. Renfrew and S. Shennan: o. c. nota 23, pág. 48.

(82) Dayton, J. E.: «Geology, Archaeology and Trade», en J. G. Best and M. W. Vries (eds.): *Interaction and Acculturation in the Mediterranean*, Amsterdam, vol. II, págs. 153-168. Para hallazgos de procedencia española, pág. 163, 165-166. Se menciona un lingote de plata localizado en Ur y de origen almeriense.

(83) Harris, M.: *El desarrollo de la teoría antropológica*, Siglo XXI, Madrid, 1978. En págs. 486-490, este autor señala, frente a la explicación religiosa de los anillos kula de las Islas de Trobriand (Nueva Guinea) difundida por Malinowski, que, periódicamente, el hambre azota a estas poblaciones y las fórmulas religiosas sólo son una respuesta adaptativa para compensar las tensiones económicas.

## Megalitismo y arte rupestre esquemático: Problemas y planteamientos

Antonio Beltrán Martínez

### I. EL MEGALITISMO COMO FENOMENO CULTURAL (1)

El «megalitismo» como rito o moda funeraria es un fenómeno que se adscribe a culturas muy diferentes, sin formar una etapa o edad prehistórica y mucho menos una «cultura» en sí misma. Si responde a ideas religiosas y sociales que separan las tumbas individuales de las colectivas que ahora se introducen, desde un punto de vista intelectual no pueden considerarse como manifestaciones diferentes de un pensamiento los enterramientos en cuevas artificiales o naturales o en estructuras de madera, bajo túmulo, más que desde un punto de vista formal.

La base de la cuestión está en determinar si los enterramientos megalíticos son parte de un cambio cultural que lleva aparejados nuevos modos de expresión plástica y que, por tanto, puede provocar un «arte» diferente y peculiar o si nos hallamos frente a un simple fenómeno secundario en relación con un cambio esencial que tiene su arranque en causas más profundas que provocan una nueva mentalidad.

Desde un punto de vista cronológico las primeras manifestaciones del megalitismo se sitúan en Bretaña y en el área portuguesa a partir de la segunda mitad del IV milenio y su difusión es propia de los grandes cambios culturales del III. Culturalmente si bien se inicia con el Neolítico, tiene su expresión más concreta en el Eneolítico. Quiere decirse que coincide en el tiempo con los finales del arte rupestre «levantino» y con el gran cambio que supone el «arte esquemático», por lo menos en la Península Ibérica.

Desde el punto de vista de la extensión geográfica el megalitismo, sin prejuzgar el punto de origen, aparece en la fachada atlántica desde Bretaña a los países nórdicos y a Galicia, en Irlanda e Inglaterra, hasta Portugal y en el Mediterráneo en el Egeo, Creta y Micenas, en Malta, Sicilia y Cerdeña; falta en la región del Danubio y en los Balcanes y en el Este y Sur de Italia, hasta el Ródano y la región de Hanno-

ver y este vacío se repite en España desde el Segura al Llobregat, aproximadamente, y en el interior, en la Meseta central desde la orilla derecha del Ebro con la salvedad de los dólmenes riojanos (Nalda y Clavijo) hasta las zonas de Salamanca, León y Extremadura.

Desde el punto de vista de dispersión geográfica, el arte levantino ocupa también regiones teóricamente bien delimitadas entre la Sierra Guara del Prepirineo y Lérida hasta Murcia y Almería al Sur y por el interior hasta Teruel y Cuenca. Jordá aseguró que donde existían enterramientos megalíticos no había arte levantino, pero las fronteras de esta expresión artística deben ser revisadas (como quizá el concepto general de «arte levantino») y es posible incluir en tal estilo pinturas del Tajo de las Figuras y de otras comarcas muy alejadas del «Levante», si bien los núcleos esenciales se sitúan en la zona de las sierras interiores orientales hasta el litoral mediterráneo. En cambio el arte esquemático lo hallamos en la Península en toda su extensión, aunque sus núcleos más antiguos podamos llevarlos a la zona del Sudeste, sin incluir en el concepto las «estilizaciones» que arrancan del arte «levantino» por una simplificación de formas.

Queda, pues, claro el sincronismo y la ocupación de los mismos territorios por parte del megalitismo y el arte esquemático, aunque éste alcance una mayor difusión geográfica que aquél. En muchas ocasiones la pintura o los grabados se encontrarán sobre las mismas piedras de los megalitos, aunque surja la duda de si fueron ejecutados cuando las tumbas se construyeron o añadidos después y resulte difícil interpretar su significado para que podamos establecer la relación tumba-arte con seguridad.

Es indudable que el impacto en la estructura social provocado por la metalurgia como técnica, el perfeccionamiento de la agricultura, la aparición de los núcleos urbanos y el desplazamiento de la vida cavernícola consiguiente a las innovaciones del III

milenio, suponen una novedad que debe ser tenida en cuenta al valorar los cambios en la expresión plástica que, en definitiva, no es más que el reflejo de los modos de vida y de la organización de la sociedad. La minería, el comercio de metales, el dominio de las rutas y de las explotaciones supondrán una más activa relación entre los pueblos y una estratificación y jerarquización que no existía en las sencillas sociedades agrícolas incipientes. Resulta demasiado simple explicar el cambio de rito funerario por diferencias religiosas, pero es indudable que las estructuras patriarcales y la existencia de grupos dominantes pueden justificar el uso de una mano de obra numerosa y sumisa que se refleja en el penoso trabajo de obtención, transporte y erección de piedras de enorme volumen y peso. La presencia de diademas de oro en algún cráneo de los enterramientos colectivos puede permitir pensar en un rito de respeto hacia una jefatura que podría enlazarse con los sacrificios rituales de servidores del Oriente próximo. Pero evidentemente las cuevas sepulcrales desde Murcia y Valencia a Cataluña, con ausencia de dólmenes, y la coexistencia de éstos con cuevas al norte del Llobregat hacen pensar que la cultura de pastores que utilizó los dólmenes, más o menos complicados y monumentales, no puede separarse radicalmente de la que enterró sus muertos en cuevas; esta aparente disociación morfológica de las tumbas queda clara en el vacío en la zona de Lisboa entre los núcleos del Algarbe y del norte de Portugal.

A nuestros efectos resulta de interés el origen y difusión del fenómeno megalítico, aunque no insistiremos en la polémica entre «occidentalistas» y «orientalistas». Las fechas obtenidas recientemente demuestran que los núcleos dolménicos más antiguos pueden llegar al 4000 en la península Armórica y alcanzar el 3500 en las Islas Británicas y en la Península Ibérica, mientras los *tholoi* de Micenas no rebasarían el 1300 o el 1200 y las grandes construcciones de Malta podrían fecharse hasta el 2800, siendo levemente más antiguas las de Sicilia y Cerdeña y bastante más recientes las del Mediodía de Francia.

Para el tema del arte, tanto parietal como mobiliario, interesa señalar que los megalitos de Beira y Tras Os Montes pueden fecharse entre el 3100 y 2900, en tanto que Villa Nova de San Pedro y los Millares, con fechas algo más bajas, ofrecerían, en el caso de la última estación, representaciones de arte mueble y sobre cerámica de interés excepcional; volveremos sobre ello.

En nuestros planteamientos excluimos las estelas antropomorfas y el arte mobiliario, cargando el acento sobre la pintura y grabado parietales.

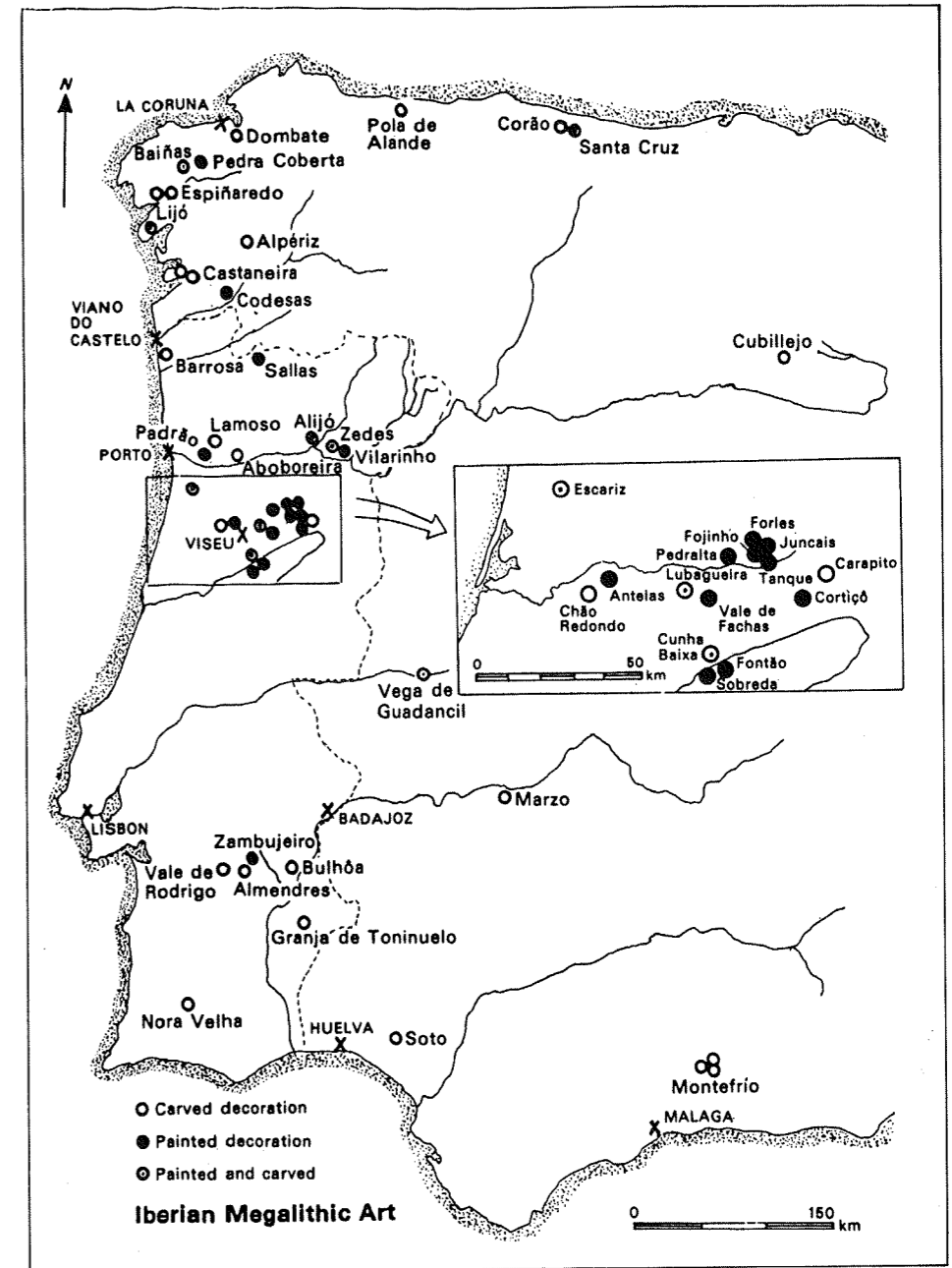
## II. EL ARTE ESQUEMÁTICO EN LA PENINSULA IBERICA (2)

El término «arte esquemático» es convencional, pues el esquematismo como corriente artística lo encontraremos también en la época paleolítica y en la que se asigne al arte «levantino». En cualquier caso usaremos el adjetivo independizándolo de la simple idealización o simplificación de formas y no aceptando que sea una simple fase final de un proceso evolutivo regular.

Existe, qué duda cabe, una estilización formal en el arte levantino que puede dar lugar a la consecución de «formas elementales» cuya coincidencia con las fórmulas esquemáticas no significa una relación de causalidad. Ripoll piensa que el arte esquemático es un momento final de la evolución de la pintura en abrigos que se desarrolla en la zona oriental de la Península desde el Mesolítico y el Neolítico hasta el principio de la Edad de los Metales. Sin duda uno y otro arte coinciden en el espacio, bien en abrigos contiguos o en los mismos covachos, con indudables repintados que repiten formas primitivas o dicho de otro modo, las gentes del arte esquemático aprovecharon los abrigos levantinos y respetaron sus figuras a las que añadieron las propias. Un buen ejemplo puede ser el hombre en doble y del abrigo de Arpán, en el barranco de Villacantal, donde las pinturas levantinas no sólo tienen añadidos esquemáticos, sino que están flanqueadas por dos covachos con signos abstractos (3). Así como entre el arte paleolítico y el levantino hay una solución de continuidad formal, cronológica y de situación (no cuentan las excepciones como las figuras de tendencia esquemática de la cueva del Castillo y otras semejantes), el arte levantino y esquemático coexisten y se yuxtaponen. Pero, en primer lugar, hay una extensa zona peninsular donde no hay arte levantino y sí esquemático; y, sobre todo, los nuevos signos no resultan de una mera evolución de formas, tal como demuestran los hombres y mujeres en forma de halteres, bitriangulares, arboriformes, en phi, ancoriformes, etc. o los ojos, semejantes a los originados en el culto de Tell Brack, etc. Estos signos no son consecuencia de una transformación de formas, sino la introducción de conceptos simbólicos nuevos, en los que tienen un papel especial los laberintos, las espirales, los círculos, los meandros y las combinaciones geométricas. Para Jordá tanto el arte levantino como el esquemático supondrían una aculturación neolítica procedente del Mediterráneo oriental que se extendería del 6000 al 1000 o al 600, iniciándose en un esquematismo estático para terminar con un esquematismo dinámico y poseyendo momentos naturalistas intermedios. En la Val Camonica, Anati ha identificado formas esquemáticas humanas infrapuestas a yacimientos neolíticos y en la cerámica del Oriente próximo hallamos esquematizaciones que pueden llegar hasta esta fecha. El descubrimiento de la cueva de Porto Badisco, al que nos referiremos más adelante, con cierre en el Eneolítico, lo que garantiza una fecha *ante quem* para signos complicados, tipológicamente y en apariencia mucho más modernos, puede ser revelador.

En el arte levantino (4) es evidente que el número de líneas y de signos a los que conviene el calificativo de esquemáticos es casi tan numeroso como el de figuras animales, independientemente de que la mayor parte de las figuraciones humanas se alejan mucho del naturalismo para alcanzar la categoría de esquemas que no dejan jamás de mostrar la preocupación de sus autores por la representación del movimiento; pero es que, además, en varias cuevas que hemos investigado directamente, la superposición de figuras animales naturalistas sobre otras esquemáticas muestra que, cronológicamente, el esquematismo es más antiguo que el naturalismo, en esos casos; así se comprueba en la cueva de La Sarga (Alcoy, Alicante), con ciervos sobre líneas de diverso

Carta de distribución del arte megalítico peninsular, según E. Shee Twohig.



tipo y color diferente a los animales; en la cueva de la Araña el caballo cayendo, vertical, que corta un zig-zag, o bien el toro naturalista sobre la zancuda estilizada de Cantos de la Visera (Yecla, Murcia) (5).

La coexistencia en España del arte «levantino» y del «esquemático» en determinadas zonas geográficas y la datación de aquél, que según diversos autores puede llegar desde una época de entronques con el arte paleolítico hasta el Bronce final, fuerza a consideraciones que complican el problema. La mayor parte de los autores suponen que no hay solución de continuidad en la evolución que se iniciaría con el «arte levantino» y terminaría con el esquemático. La diferencia es que Breuil haría empezar el «levantino» en el Gravetiense, para alcanzar su apogeo en las etapas epigravetiense y magdalenense —fases 8-9 de Minateda—, extinguiéndose el naturalismo en el Mesolítico y continuando la esquematización en el

Neolítico y la Edad del Bronce. Pericot, tras una fase muy oscura en sus orígenes, vinculada con el Epigravetiense y el Magdalenense, extendería el arte «levantino» hasta el Neolítico, en el que, paralelamente al nacimiento del arte esquemático, se agotaría, siguiendo éste hasta principios de la Edad del Hierro. Almagro supone un origen mesolítico para el arte «levantino», que evolucionaría a lo largo del Neolítico, siendo el arte esquemático propio de las Edades del Bronce y del Hierro y ambos escasamente relacionados entre sí. Jordá, como hemos visto, dataría el arte «levantino» en el Neolítico, alcanzando su máxima potencia en el Bronce I y su extensión a lo largo de esta Edad, que vería el origen del arte «esquemático», coexistiendo ambos durante mucho tiempo (6).

Veremos las opiniones de Bosch Gimpera y Ripoll cuando tratemos de las etapas seminaturalistas y se-

miesquemáticas y del esquematismo. El problema lo planteamos en el *Valcamonica Symposium* (7) y aceptamos en el arte «levantino» una fase IV, posterior al 2000, con aparición de équidos, cánidos y domesticación, pastoreo y agricultura iniciales, en la que se podrían incluir las bailarinas de los Grajos (8) y las mujeres que trabajan la tierra con picos, que nos llevarían hasta el Eneolítico. Entonces, mientras en Andalucía encontraríamos un arte que procede de Oriente y que no encuentra ninguno otro constituido, a Levante llegaría más tarde, actuaría sobre una pintura indígena, muy arraigada, que no dejaría de imponer algún elemento local a las nuevas aportaciones; por ejemplo, en el Cingle de la Gasulla, el jinete con casco y caballo con atalajes no puede ser anterior al 1200 y, sin embargo, es bastante naturalista (9); por el contrario, el seminaturalismo de que habla Bosch Gimpera en el Sur, fundamentalmente, se despegaba totalmente de las representaciones animales de Levante. Es necesario advertir que los términos que utilizamos no tienen, en la mayor parte de los casos, valor cronológico absoluto, sino meramente cultural. Si los levantinos son gentes replegadas en las serranías, donde continúan viviendo como cazadores y recolectores mucho tiempo después de la llegada de los agricultores y pastores a las vecinas llanuras litorales, no podemos llamarles neolíticos ni les convienen referencias cronológicas, sino denominaciones que hagan referencia a sus modos de vida. En ambientes geográficamente contiguos pueden desarrollarse dos artes distintos y sincrónicos, con penetraciones hacia el interior de las nuevas ideas neolíticas y metalúrgicas, que a la larga acabarán sustituyendo el viejo arte de los serranos, que, no obstante, pudo ejercer algunas influencias en el nuevo arte que se instaló en su zona.

Existe la tendencia a considerar el esquematismo de las representaciones figurativas como consecuencia de una línea evolutiva, partiendo del arte «levantino», idea que nos parece muy discutible si se plantea con carácter general; ante todo hay que tener en cuenta que esto sería válido tan sólo para la zona «levantina» y que el arte esquemático se extiende por toda la Península, también donde no hay arte «levantino». Por otra parte no podemos calificar como abrigos «levantinos», por el mero hecho de su situación geográfica, a los que se encuentran entre las sierras de la orilla derecha del Ebro y algunos más al Norte; Teruel, Cuenca, Valencia, Murcia, Almería y el Mediterráneo; llamar levantino al abrigo de Doña Clotilde en la Losilla de Albarracín (Teruel), por ejemplo, es absurdo; y lo mismo podemos decir de muchas figuras que no son «levantinas» por el mero hecho de estar pintadas junto a otras que sí lo son. Conviene insistir en que las pinturas esquemáticas ocupan toda la Península y coexisten con las «levantinas» donde éstas existen, incluso en los mismos abrigos (10). Lo que ocurre es que en los abrigos «levantinos» hay figuras naturalistas y esquemáticas y en los «esquemáticos» solamente de estas últimas; más aún, las figuras animales son siempre naturalistas en mayor o menor grado en la pintura «levantina» y siempre esquemáticas en los abrigos de la Edad del Bronce, dejando aparte los supuestos seminaturalismo o semiesquematismo, de los que hablaremos después. En la zona meridional de Levante es frecuente que cerca de abrigos levantinos haya otros esquemáticos, como en Nerpio, en Los Grajos o en la Cañaica del

Calar (11); en la más septentrional, en cambio, algunos signos o frisos enteros de la Edad del Bronce se añaden a los anteriores levantinos, como se ve en Cogul, Val del Charco del Agua Amarga o Minateca (12).

Habría, pues, que abandonar la idea de que el arte esquemático del Eneolítico surge, en España, como una evolución del «levantino» y aceptar que resulta de la aportación de nuevas ideas y de un cambio absoluto de mentalidad, en la que no solamente hay una tendencia esquematizante de tipo artístico, sino también la introducción de nuevos símbolos (ídolos oculados, hombres «abetos», «ancoriformes», etc.) y de abstracciones que pueden ir desde la representación de simples puntos o rayas hasta signos astrales (soles, estrellas), fenómenos abstractos (líneas de lluvia, meandros de agua, concéntricos y espirales, rayos solares) y otros incomprensibles al no poderlos subrogar en la mente de quien los realizó.

Las dificultades para identificar el proceso de estilización las resolvió Breuil y con él Bosch Gimpera, hablando de fases subnaturalistas y subesquemáticas, con lo que se clasificaban ambiguamente figuras que no encajaban exactamente en los conceptos clásicos. Hoy sabemos que las cosas son mucho más complicadas y que las simplificaciones de los cuadros generales y teóricos distan mucho de estar acordes con la realidad.

Las primeras reacciones contra estas posturas corresponden a las críticas de Almagro que enlazaba el arte esquemático con el levantino y directamente desde el Sudeste de España con Troya, el Egeo y Egipto, que hacía contemporáneos los enterramientos dolménicos con el arte esquemático, pero que aceptaba la llegada de nuevas ideas estéticas y una evolución a partir de ellas semejante a la de «escritura pictórica» oriental. Pilar Acosta procedió analíticamente a comparar los prototipos de fecha indudable de la costa Siria y del Egeo con los motivos bien diferenciados del arte esquemático hispano.

El método comparativo permitiría establecer caminos que irían desde Çatal Hüyük en la llanura de Konnia, a Beldibi en la región de Antalia, a Magura en Bulgaria y a Porto Badisco en el sur de Italia y jugar con Olmeta du Cap, en el norte de Córcega, como un elemento de posible retorno desde la Península; pero creemos que las cosas son más complicadas y que no estamos aún en condiciones de establecer síntesis válidas.

Si valoramos elementos aislados podemos llegar a conclusiones equivocadas, al menos con carácter general. Así el mundo atlántico de los petroglifos de las islas de La Palma y del Hierro, en las Canarias, la figura femenina de Tara, en Gran Canaria o las «pintaderas» de La Palma, podrían permitirnos establecer relaciones tipológicas con el Neolítico del noroeste de África, Irlanda, la figura femenina de Kato Terapetra en Creta o las «pintaderas» del Neolítico de Thesalia o del Danubio y de las estaciones del Sur de Italia. Pero esto lo haríamos separando elementos concretos del conjunto cultural y olvidando las posibilidades de evolución en círculo cerrado. La semejanza de los meandros de Belmaco con los laberintos intestinales de Mesopotamia o de los concéntricos de la Zarza, en la misma isla de La Palma, con

los semejantes de todo el mundo de grabados que va de los Alpes italianos y Monte Bego a Carschenna en Suiza, a Hannover, al valle del Boyne o a Galicia, etcétera no puede conducir a ningún resultado práctico, salvo admitir que existe una idea básica en las creencias del mundo eneolítico que se refleja en forma parecida en diversos lugares. La aparición de puñales, alabardas, hachas y otros útiles fácilmente identificables, aunque resulte imposible su clasificación exacta, aproxima más a realidades cronológicas y culturales. Si comparamos la figurita pintada de El Salt en Penáguila con los colgantes de los Blanquiazares de Lébor, podremos aproximarnos a coincidencias no elementales, pero estaremos sujetos a la dependencia de las figuras «ancoriformes» en general.

Como hipótesis de trabajo podríamos sintetizar nuestras opiniones sobre el arte esquemático hispano en la siguiente forma:

a) El arte esquemático español es consecuencia del cambio cultural producido por la llegada de elementos procedentes de Oriente, con relaciones encajadas en la metalurgia y prospección de metales, hallándose la Península en una situación económico-cultural neolítica.

b) La fecha absoluta de la iniciación del nuevo arte esquemático no es anterior al IV milenio.

c) Los puntos de llegada de estas novedades son el Sur y el Sudeste de España.

d) Este nuevo arte no es una continuación del levantino, aunque en éste una tendencia general a la idealización y a conseguir formas simples vengán a fundirse con las aportaciones innovadas.

e) El nuevo arte se extiende por toda la Península y forma parte de un potente movimiento intelectual y artístico común a todo el Mediterráneo, a casi toda Europa y al tercio septentrional de África, con variaciones regionales y características especiales en el mundo atlántico y, en lo que afecta a España, en Galicia y las islas Canarias.

f) El arte esquemático coincide en las zonas de implantación de los sepulcros megalíticos con estas manifestaciones funerarias, pero aparece en los más diferentes ambientes y no parece estar forzado por el rito sepulcral, sino ser ambas manifestaciones de un fondo cultural amplio.

g) La perduración del nuevo arte puede crear núcleos retardatarios en zonas del interior de la Península ajenas al arte levantino y que sólo por esporádicos movimientos comerciales recibieron la metalurgia.

h) El final, no del esquematismo, sino de este ciclo esquemático de la Edad del Bronce llega hasta las penetraciones hallstáticas y clásicas, especialmente de los colonos orientales y del mundo ibérico.

Muy recientes descubrimientos vienen a mostrar que las afirmaciones generales precedentes deben ser sujetas a una revisión constante. Serían estos, el descubrimiento de cientos de estaciones pintadas en la región de Cocentaina (13), que confirman el descubrimiento de La Sarga (14), con un arte abstracto y esquematizante de grandes figuras más antiguo

que el naturalista levantino; las pinturas de tres cuevas del monte de la Peña Rubia de Cehegín (15), con enterramientos colectivos eneolíticos, y realizaciones de estilo levantino sin ningún signo esquemático; coincidencia de figuras levantinas y esquemáticas en el abrigo de Arpán, sin solución de continuidad; pinturas de Porto Badisco, con yacimiento que en su momento más antiguo remonta al 3900 ± 55, en un hogar de la fase de Serra d'Alto y cierre de la cueva en el Neolítico (16).

Dentro de la Edad del Bronce, y teniendo en cuenta que las nuevas aportaciones llegan desde el Mediterráneo oriental y central, no cabe la menor duda que podrán identificarse prototipos y que será preciso establecer grados de evolución a lo largo de sus dos milenios de vigencia. En ocasiones hallaremos estos signos pintados o grabados en dólmenes (17), otras veces se repetirán los motivos en cerámicas, colgantes, objetos de hueso, etc.

No se excluyen las influencias indígenas ni el que, de una u otra forma, la presencia del arte levantino, en cuyos abrigos pintaron las gentes de la Edad del Bronce, haya supuesto un punto de referencia; pero, en cualquier caso, ambos artes son radicalmente distintos e inconfundibles, reflejan dos mentalidades distintas y dos formas diferentes de expresarlas plásticamente. El arte «levantino» es narrativo y el esquemático conceptual. Esto vale incluso para los casos en que dentro de los abrigos levantinos hallamos escenas de agricultura inicial o de pastoreo, que podrían significar artísticamente el momento final del arte «levantino» en el Neolítico, mientras los neolíticos de la costa y los metalúrgicos del Sur y del Sudeste iniciaban, con sus primeras prospecciones metalíferas, un arte nuevo.

De aquí que la portentosa obra del abate Breuil sobre el «arte esquemático» de la Península, haya incluido estaciones cuya falta de homogeneidad es evidente, no pudiéndose manejar correctamente sus materiales sin tener en cuenta que este arte, complejo y de dos milenios de duración, es el resultado de una operación histórica (18). Es preciso admitir en él diferencias regionales que no coinciden con las utilizadas por Breuil para agrupar los abrigos pintados en su citada obra con fines exclusivamente descriptivos. Aunque resulte demasiado simplista, podría separarse la región meridional y occidental con enterramientos megalíticos, la zona donde hubo pinturas «levantinas» y la extensa comarca de los petroglifos gallegos.

Desde un punto de vista metodológico, el modo de fechar los conjuntos llamados «esquemáticos» podría apoyarse en los siguientes criterios:

A) Desde el punto de vista de la cronología relativa, por su propia evolución interna, partiendo del origen que se fije. En este sentido tienen importancia los planteamientos de Bosch Gimpera y Ripoll y las ideas de Kühn acerca del seminaturalismo y el semiesquematismo, aunque no resuelvan totalmente la cuestión.

B) También con ordenación relativa, la resultante de superposiciones de pinturas «esquemáticas» y «levantinas», estudiadas en la publicación de los abrigos, pero sin un trabajo de conjunto, no demasiado

1		4		7		10	
2		5		8		1 Human figure	
3		6		9		2 Skin skeuomorph	
						3 Rows of triangles or V's	
						4 Saw-tooth motif	
						5 Vertical serpentiforms	
						6 Horizontal serpentiforms	
						7 Radial-line motifs	
						8 Circles	
						9 U motifs	
						10 'The Thing'	

Motivos del arte megalítico peninsular según E. Shee Twohig.

fácil de hacer ante la ausencia de repetición sistemática de dichas superposiciones. Lo dicho vale también para los colores. Así lo comprobó Breuil en Alpera.

C) Puede proporcionar cifras absolutas la comparación con otras pinturas datadas o con los objetos originales representados en ellas, tal como ha hecho Pilar Acosta en sus numerosas referencias a yacimientos orientales.

D) En algún caso puede servir para datación absoluta el soporte de las pinturas o grabados cuando se pueda demostrar la contemporaneidad de unos y otros, por ejemplo en el caso de los dólmenes u otros monumentos megalíticos.

E) Finalmente, el caso de las cuevas cerradas en fecha conocida, que supone una data *ante quem* para las manifestaciones artísticas del interior.

P. Bosch Gimpera ha combinado la ordenación relativa del arte «levantino» y esquemático con algunas fechas absolutas (19): separa en el arte levantino un período clásico que sitúa, sobre todo, en el Paleolítico Superior, y otro «seminaturalista» que conduce, finalmente, al arte esquemático. Se funda en las superposiciones de los abrigos de la Laguna de la Janda (Benalup de Sidonia, antes Casas Viejas, Cádiz), en las que las figuras de los animales más antiguos son bastante naturalistas y los diferentes estilos que se superponen muestran el deterioro progresivo del arte hasta el esquematismo (20). El arte seminaturalista ha pasado por varias fases, de las cuales las primeras conservan las figuras bastante correctas, aunque alejadas del naturalismo de las del período «clásico»; así algunas figuras de las Batuecas, sobre todo

el «felino» y las cabras del abrigo del Zarzalón, así como los ciervos del abrigo de Cerro Rabanero del Collado del Aguila en Sierra Morena (21). Otro grupo, de formas más rígidas y sin movimiento, pero con siluetas bien trazadas, comprende hombres con animales, tal vez asnos, a los que aquéllos tienen por las bridas, como los Canforos de Peñarrubia (Jaén), Boniches (Cuenca) y Cueva de Doña Clotilde (Albarracín, Teruel) (22), e incluso en este último hay una superposición de dos etapas del mismo estilo y se encuentra un árbol, tal vez un pino. Bosch compara el yacimiento de la cueva de Doña Clotilde, publicado por Almagro, con el de la capa superficial de la cueva de la Cocina (Dos Aguas), datado por radiocarbono en  $4300 \pm 300$ , con lo que fecha el seminaturalismo en el V milenio; en esta misma fase hace entrar las escenas que demuestran la existencia de agricultura inicial en el arte levantino, como las mujeres con palos cavadores de Dos Aguas (23).

En una fase más avanzada de la evolución del seminaturalismo estarían los abrigos de Valdejunco, en Arronches (Portalegre, Portugal) y los de Valonsadero (24); el seminaturalismo degenerado que no llega al esquematismo aparece en los sepulcros megalíticos, como los de la galería cubierta de Orca dos Juncas (Beira), que se fecharían entre el 3000 y 2700 (25). Este arte sería seguido del principio del verdadero esquematismo que se desarrollaría en el Eneolítico; una fecha clave es la de los ciervos incisos sobre el vaso de los Millares, cuya altura se data en  $2340 \pm 95$ ; los mismos se encuentran sobre los vasos de tipo campaniforme de Las Carolinas (Madrid) y de Palmella y la estilización humana en el dolmen de Soto (Trigueros, Huelva), donde se hallaron vasos campaniformes como en los Millares (26).

Por fin, la última fase del esquematismo, donde ya no hay figuras animales, sino exclusivamente humanas, se encuentra en los grabados del final de la evolución megalítica, como en la cueva de Menga, el Barranc de Espolla, la roca de la Torre de Hércules, en La Coruña, y los grabados y pinturas de Peña Tu (Vidiago, Asturias); el mobiliario de El Barranc tiene vaso campaniforme III de tipo marítimo y el puñal de Peña Tu es de transición del Eneolítico al Bronce pleno, entre fines del III milenio y los primeros siglos del II (27).

Hasta aquí Bosch Gimpera, muchas de cuyas manifestaciones son discutibles, aunque la idea general sea importante; hay que advertir, por otra parte, que ya Kühn expuso la idea del seminaturalismo y el semiesquematismo, como hizo también E. Anati en una exposición de tipo general (28).

Por su parte, E. Ripoll, partiendo de su fase D del arte «levantino», a la que llama «de transición a la pintura esquemática», piensa que ésta es la suma de una tendencia estilística del arte levantino final y la llegada de unas influencias exteriores, espirituales y seguramente religiosas que facilitan el paso hacia un simbolismo que se expresa, a veces, por verdaderos ideogramas; la expansión de tales ideas religiosas se relaciona con la cultura dolménica, sus lejanas raíces orientales y con sus portadores, los prospectores de metales (29). Estamos de acuerdo con la última parte de su razonamiento y no tanto con la consideración del arte esquemático como una evolución del levantino final. Sus límites cronológicos los llevaría desde el establecimiento de los eneolíticos en el Sudeste hasta las últimas perduraciones de la Edad del Bronce. Volviendo a manejar las superposiciones de la Laguna de la Janda, aceptaría una fase seminaturalista representada por los dos grandes ciervos y otras figuras, datable no mucho más allá del 2500 por comparación con las decoraciones de Los Millares. En cuanto a las pinturas de los Canforos de Peñarrubia, las incluiría en las fases de transición al arte esquemático y en esta fase, corroborando las ideas del abate Breuil, que encontró en el suelo cerámica de «aspecto eneolítico» (30). Acepta nuestra datación en el Neolítico e incluso en una primera fase de la Edad del Bronce para la escena de caza de un équido de la Selva Pascuala, de Villar del Humo, que es también la opinión de E. Anati, atribuyéndoles una fecha alrededor del 3000 al 2500 a. de J. C.

Respecto de materiales arqueológicos que pueden relacionarse con las pinturas esquemáticas, enumera cerámicas, ídolos de distintos tipos, ancoriformes, etcétera, especialmente las representaciones oculadas de los vasos de Los Millares (tumba núm. 15, núm. 7), asociados con ciervos, zig-zags, soles, triángulos, etcétera, como se ven en cerámicas que ya hemos citado de Las Carolinas o Palmella (31). Alude también Ripoll al «árbol de la vida» procedente del área mesopotámica, de la que pasaría al Egeo en el Bronce Antiguo y seguiría hasta occidente con la cultura dolménica (32). Otro tema válido para la comparación es el doble signo triangular acoplado, con muchos precedentes en el Mediterráneo central desde el Heládico superior de Serraferlicchio, y en el oriental con muchísimos paralelos en estas figuras en muchos otros objetos y signos manejados desde antiguo. En cuanto a paralelos mediterráneos, aduce las pinturas neolíticas de Çatal Hüyük, las de Levanzo, los círcu-

los y espiraliformes de Hal Saflieni, en Malta, Grotta Scrita de Olmetta du Cap (Córcega) (33), a las que se podrían añadir las de Porto Badisco, cuya boca fue obstruida a principios del Eneolítico, con lo cual se obtiene una importante fecha *ante quem* para las pinturas esquemáticas que contiene, estudiadas y publicadas por P. Graziosi (34). Las fechas de las estaciones antecitadas son el 6500 a 5700 para Çatal Hüyük; neo-eneolítico para Levanzo; 2000 a 1400 para las pinturas maltesas, y 1200 a 1000 para las de Olmetta.

Un esfuerzo considerable es el llevado a cabo por Pilar Acosta (35) para establecer la tipología, seriación y evolución de las figuras y signos del arte esquemático partiendo de la publicación de Breuil, tratando de establecer el origen y difusión de cada uno de ellos por medio de cartas de distribución y la cronología por comparaciones con materiales muebles del Oriente próximo, del Mediterráneo oriental y de la Península. El problema esencial está en las seriaciones y agrupaciones, en las que no siempre resulta clara la ordenación cronológica, sobre todo cuando se manejan tipos demasiado sencillos cuyos paralelos y síntomas evolutivos pueden ser meras convergencias o diferencias personales en la realización artística. Las conclusiones que obtiene P. Acosta en su estudio es que el «arte esquemático» nace a fines del Neolítico, siendo los abrigos más antiguos los más próximos a los puntos de penetración de los orientales y datando algunos de los motivos (con la terminología que les adjudica) en la siguiente forma: Biotriangulares, partiendo de Ugarit antiguo y medio 2 (de mediados del III milenio a 1750) en el Bronce I pleno de España y transición del Bronce I al II (Biotriangular antropomorfo de Carigüela de Piñar); Triangulares, del Heládico final III A (siglo XIV), Ugarit reciente II (1450-1365); Halteriformes, de Troya I-VIII, de principios del III milenio al 1200, y en España del Bronce II en la necrópolis de Monachil; Esteliformes (en forma de estrella), Tell Brack II (2100-1900) y en España Carigüela IX, del Neolítico final y Cerro de la Virgen de Orce II C con campaniforme final; Cuadrúpedos de Mersin, en el Calcolítico final, tumba 2 de Vunus, de principios del II milenio, y Carigüela de Piñar, nivel XI del Neolítico final; los Ramiformes de Tell Brack III (2100-1900), tumba 2 de Vunus y nivel XIV de Carigüela del Neolítico medio. Hay que añadir todo el material comparativo de los ídolos oculados (Tepe Gawra IV milenio, Tell Brack V, 3100-2600, Jericó tumba K 2 de fines del IV milenio, Troya I-IV de principios del III milenio al 13000, cerámicas de Stentinello, IV milenio a fines del III; Castelluccio 1850-1400), de las placas y de otros motivos.

Aparte de estas consideraciones generales es necesario estudiar las cuestiones que cada nueva cueva o abrigo con pinturas plantea; así, por ejemplo, las figuras seminaturalistas de mujeres con vestidos y adornos del abrigo de Los Organos, en Despeñaperros, donde juntamente con un ciervo radicalmente esquematizado dos mujeres con el cuerpo formado por triángulos opuestos por el vértice, irregulares, muestran la estructura del corpiño y de la falda, además de líneas y círculos en la cabeza, de carácter ornamental, es decir, con una escasa dosis de esquematismo (36), sobre todo si se compara con las no muy lejanas figuras humanas de La Graja de Miranda o de La Graja de Jimena.

Otro tanto sucede en el abrigo de La Sarga (Alcoy, Alicante), donde las pinturas «levantinas» de ciervos se superponen a trazos esquemáticos, pero son anteriores a esquemas de covachos vecinos, con un «hechicero» sólo remotamente parecido al de la Cueva de los Letreros o al de La Pileta, cuadrúpedos en un estado muy avanzado de esquematización, una estilización en «phi» y unos extraordinarios meandros laberitiformes que se separan mucho de las líneas de El Retamoso, en Despeñaperros, o la Cimbarra de Aldeaquemada y las líneas curvas y paralelas de Nossa Senhora de Esperança (37).

Otro ejemplo de la extraordinaria complejidad de los problemas nos lo proporciona el abrigo de El Salt (Peñaguila, Alicante), donde en medio de figuras de la más absoluta esquematización hay una humana, ancoriforme, idéntica a los colgantes eneolíticos de los Blanquizares de Lébor (Murcia) o de La Barsella (Torremanzanas, Alicante) y muy semejante a un signo del dolmen de Soto, al del dolmen de Barras en Espolla (Gerona) y al de Peyra Escrita (Pirineos orientales). La figura es eneolítica, aunque el resto de las pinturas parezcan muy posteriores (38).

En el abrigo de El Calvario de Onteniente (Valencia) la homogeneidad de los signos en forma de X, de doble Y y otros, parecen llevar el conjunto a una época evolucionada del Bronce medio o tal vez final; pero un signo ancoriforme no desentonaría menos que en el abrigo del Salt (39).

Quiere decirse que, independientemente de las ideas generales expuestas, que nos parecen válidas, es necesario realizar muchos trabajos analíticos antes de que las síntesis resulten maduras e irrefutables.

Creemos que los grabados gallegos y portugueses, aun respondiendo a un cambio cultural análogo al de las pinturas del resto de la Península, tienen unas peculiaridades que probablemente se originan en su origen atlántico y en contactos muy distintos, que habría que llevar al mundo del Noroeste europeo, especialmente Irlanda, pero también a los yacimientos de Europa central, como Carschenna, en Suiza, algunas piedras grabadas de Val Camonica, de diversas zonas de África y de la Isla de la Palma, en Canarias. Todo ello sin renunciar al origen remoto mediterráneo, en el Asia anterior y en las vías de difusión del Neolítico y Eneolítico (40).

### III. PINTURAS Y GRABADOS SOBRE DOLMENES

No existe una separación entre los grabados y pinturas que hallamos directamente sobre las piedras de los diferentes megalitos y los que pueden hallarse sobre paredes rocosas en abrigos, produciéndose la mayor diversidad, además, en los casos que conocemos en la Península.

Es difícil garantizar la cronología de estas manifestaciones con precisión y sobre todo asegurar que fueron ejecutados cuando se erigieron las tumbas, pues muy bien podrían ser añadidos posteriormente. Por otra parte no resulta fácil hallar una explicación funeraria para todos o algunos de ellos. En el caso de cuevas sepulcrales colectivas, como ocurre en Peña Rubia, en Cehégín, tampoco hay la menor diferencia entre los frisos pintados en Las Palomas,

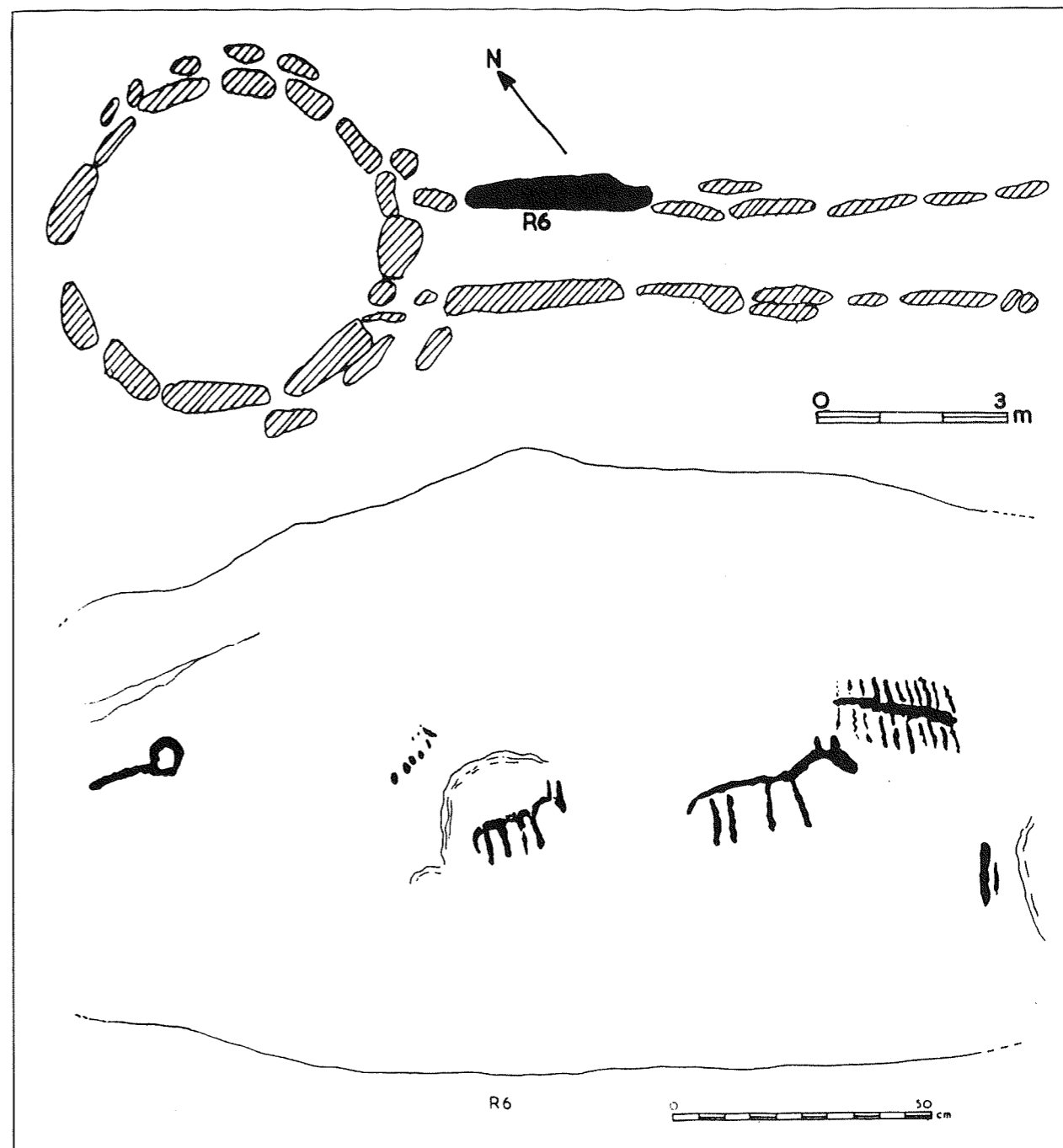
Las Conchas y el Humo y los demás levantinos al aire libre, con escenas venatorias y representaciones humanas en diversas actitudes, sin que ninguna de ellas pueda ponerse en relación con ritos de enterramiento; claro que tampoco puede afirmarse la contemporaneidad de pinturas y yacimientos.

En estas condiciones no resulta determinante la coincidencia del arte esquemático y de los megalitos, debiendo insistirse en que ambas manifestaciones culturales son fenómenos que enlazan con ideas generales básicas del Eneolítico y la Edad del Bronce, sin que puedan establecerse relaciones singulares y específicas entre ellos. No es fácil, por tanto, explicar cada uno de los casos de dólmenes con grabados o pinturas.

Una síntesis a la que nada tenemos que añadir, seguida de un catálogo y del estudio de las relaciones del arte megalítico ibérico con el de Francia e Irlanda puede verse en la citada obra de E. Shee Iwoning (41) de la que reproducimos las cartas de distribución referentes a la Península, con una gran densidad en Beira Alta, Alemtejo y zona norte del Duero en lo que se refiere a pinturas y algunos ejemplos en Galicia y Asturias, aparte de los grabados al sur del Tajo y los ejemplos más alejados del dolmen de Soto, en Huelva, del de Lubillejo y el de Huidobro en Burgos, grabados en la cueva de Menga y los ya citados en el Barranc, en Espolla (42).

Dos Santos Junior en 1930 recogía catorce casos en Portugal, nueve de ellos en Beira Alta y uno en Alemtejo, siendo los restantes de la zona norte del Duero; se conocía la pintura sobre el dolmen de la Capilla, en Cangas de Onís y el de Melón, en Orense y el de Jallas, en La Coruña. En el Museo de Belem, en Lisboa, se guarda una losa lateral de la Orca de Junoais con dos personas yuxtapuestas, en color rojo, no completamente esquemáticas y otras tres aparecen en un dolmen de Padrão. Hay muchos hallazgos más, pero vamos a tomar aquéllos como ejemplo. Las representaciones humanas no llegan a la esquematización lineal, sino que diseñan las formas del cuerpo, aunque sea elementalmente. Este es el caso de Juncões o de Tanque, sin perjuicio de que en los mismos lugares pueda adivinarse en líneas pintadas muy confusos trazados antropomórficos, que aparecen con más o menos claridad en otros lugares como Fojinho, Forles o Moiros de Sabedra. Se plantea así la sincronidad o no de la ejecución de formas que Bosch llamaría seminaturalistas o semiesquemáticas según los casos y las puramente esquemáticas e incluso indiscutibles y como consecuencia el significado de unas y otras figuras en relación con el soporte donde están pintadas; en todos los casos que hemos citado, las diferentes pinturas no parecen componer escenas y tienen el mismo aislamiento y la dispersión que se aprecia en los frisos parietales. Las representaciones animales son escasísimas en los ejemplos citados, hasta el punto de que por ejemplo se identifican sólo los tres cuadrúpedos (llamados cabritas demasiado expeditivamente) de Juncões, pintados en rojo y de 165 mm. de largo el mayor de ellos, que tampoco son esquemáticos en sentido estricto.

Las pinturas de Pala da Mouro en Vilarinho da Castinheira presenta un conjunto geométrico más homogéneo en el que se alternan signos en forma de



Cubillejo de Lara de los Infantes, Salas de los Infantes, Burgos (según Uribarri y Osaba).

8, que podrían relacionarse con las esquematizaciones humanas halteroides con trazos curvos; y algo semejante ocurre en Casa da Mouro, de Zedes, pero con intervención de esquematizaciones humanas con tipos distintos en cada uno de los casos; uno con cabeza circular, cuerpo rematado por piernas abiertas en ángulo y brazos levemente arqueados; otro con línea central del cuerpo terminada en cabeza y en faló y brazos y piernas arqueados y paralelos, y tres en forma de doble Y sin cabeza, además de un signo que parece un pájaro, otro en forma de 8 y líneas curvas. En Sales un 8 se prolonga por una línea y se completa el conjunto por meandros, serpentiniformes, pequeños trazos y conjuntos lineales

abstractos. Finalmente en Padrão evidentes serpentiniformes, incluso mostrando el remate de las líneas por ensanchamientos que podrían ser la cabeza, se combinan con meandros, dos de ellos paralelos con una figura humana de brazos y piernas arqueadas en el centro y otro cerrando un espacio oval.

Mención especial merecen las composiciones decorativas, pintadas en rojo y en negro sobre una imprimación blanca de fondo, de las que la más interesante es el de Cota, con dos conjuntos, en los que predominan los ramiformes verticales y paralelos, cuatro en uno de los casos, que podrían ponerse en relación con los ejemplos de Sierra Morena, Extre-

madura y Almería y otro de los casos con estilizaciones en forma de triángulos componiendo un friso rectangular bordeado por líneas negras en cuya parte superior podrían identificarse dos esquematizaciones femeninas semejantes a los ídolos almerienses. Remotamente podría pensarse en las pinturas de las cámaras de la zona de Gáldar, en Gran Canaria, del tipo de la Cueva Pintada. Estas pinturas de aparente propósito arquitectónico son peculiares de una zona concreta y parecen ser exclusivas de lo dolménico.

Muy compleja es la composición de Jallas, en La Coruña, con dos paneles en rojo o negro sobre blanco, también con agrupaciones de triángulos y líneas onduladas o meandros y en una de las piedras un confuso trazado antropomórfico, semejante al de algunas estelas del Bronce medio.

Finalmente el dolmen de la Capilla, presenta bandas de zig-zags, verticales, en color ocre, que tiene paralelo con ejemplos de Sajonia, tal como registró el abate Breuil, y que ha estudiado detenidamente M. A. de Blas Cortina, sin que sea necesario resumir sus conclusiones.

Pueden aun citarse el megalito de Penausen I en Salas, Asturias, con trazas de pintura, el signo grabado en el Moyón de la Corrala, en el concejo de Aller, Codesas, en Galicia y otros ejemplos que nada añaden a lo que ya queda dicho.

Los grabados difieren considerablemente de los conjuntos pintados que acabamos de aducir. Se trata de estilizaciones repetidas en forma de halteres o escutiformes, en Espiñadero, o esquemas cruciformes humanos en Axeitos o rígidos con las manos terminadas en dedos en Belas, círculos en Ginzo o un claro antropomorfo con los elementos más diferenciados salvo la cabeza en la piedra de Abamia en el Museo Arqueológico Nacional. El conjunto más interesante, aunque enormemente disperso y falto de

unidad es el del dolmen de Soto, en donde hay un grabado de signo oculado, con arco ciliar, nariz y ojos, pero éstos sin rayos, y dos signos circulares con ápice lateral hacia afuera, puñales triangulares, alguno de ellos con empuñadura, un signo que podría ser una hacha emangada como las que aparecen en los dólmenes de Morbihan, una supuesta hacha y estilizaciones humanas de varios tipos llegando a lo que pensamos puede ser una pareja, el hombre anoriforme y la mujer con el cuerpo y la cabeza y brazos representados por una línea semejante a una punta de flecha y la parte baja del cuerpo en forma circular, según convencionalismo bien conocido. Hay también círculos simples y otros concéntricos con líneas radiales al exterior, como las que se encuentran en todo el arte esquemático (p. e. Valonsadero en Soria o grabados de la isla de la Palma o del Atlas).

Muy distintos son los grabados de la cueva de Menga, con una estrella y cuatro representaciones esquemáticas de mujeres, entre otras.

Una mención especial habría que hacer del conocido ídolo de Peñatu, de los grabados del Barranc, en Espolla y de la estela con signos astrales de la Granja de Toniñuelo.

Digamos, para concluir, que para precisar el sentido de este arte «Dolménico», en pintura y grabado, deben valorarse no sólo los elementos aislados definidos por comparación con supuestos modelos, sino los conjuntos y el grado de integración de aquéllos en éstos; y también que debe siempre tenerse en cuenta la sincronización o divergencia cronológica de la pintura y el grabado y del soporte. Parece claro que la pintura es consustancial a monumentos de zonas concretas y que puede tener un componente funerario, en tanto que buena parte de los grabados, sobre todo los de Cubillejo de Lara, el de Huidobro, de su mismo estilo, según noticia de G. Delibes, Soto y Menga están vinculados a representaciones parietales en monumentos no megalíticos.

## NOTAS

(1) La síntesis de estos problemas y su puesta al día puede verse en cualquiera de los manuales recientes, como por ejemplo, la *Historia de España*, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, I, Barcelona 1980, por Miguel Tarradell, págs. 73 y ss. y *Manual de Historia Universal*: I. Prehistoria, Ediciones Nájera, Madrid 1983, «La cuestión del megalitismo» por Teresa Chapa y Germán Delibes, págs. 322 y ss. y bibliografía en pág. 345, a la que remitimos.

(2) Antonio Beltrán: «El problema de la cronología del arte rupestre esquemático español», *Caesaraugusta* 39-40, Zaragoza, 1958, págs. 5 y ss. Y «El arte esquemático en la Península Ibérica: Orígenes e interrelación, Bases para un debate», *Zephyrus*, XXXVI, 1983, y en este número monográfico sobre Arte Esquemático en la Península Ibérica, las aportaciones al Congreso de Salamanca de 1982. Fundamental el trabajo de Elisabeth Shee Twohig, *The Megalithic Art of Western Europe*, Oxford, 1981.

(3) A. Beltrán y V. Baldellou: «Avance al estudio de las cuevas pintadas del barranco de Villacantal», *Altamira Symposium*, Madrid, 1981, págs. 131 y ss. y bibliografía en

la pág. 140. En la covacha de Arpán aparecen figuras de cérvidos de tipo naturalista clásico levantino, con repintados posteriores, incluso de corrección de un cuadrúpedo, que debe ser de la «época esquemática», aparte del hombre esquemático en doble Y del mismo color y los dos covachos laterales con representaciones esquemáticas y abstractas. Este covacho se halla a unos 800 metros aguas arriba de la cueva poco profunda de Fuente del Trucho con pinturas paleolíticas.

(4) A. Beltrán: *Arte rupestre levantino*, Zaragoza, 1968, y *Adiciones*, 1978, y una puesta al día en *Da cacciatori ad allevatori. L'arte rupestre del Levante spagnuolo*, Milán, 1980 y posteriores ediciones en inglés, alemán, español, con adiciones (1983) y francés. Cfs. en esta obra la bibliografía.

(5) A. Beltrán: *Algunos problemas que plantean las superposiciones de pinturas en el arte rupestre levantino*, «XI Congreso Nacional de Arqueología, Mérida, 1968», Zaragoza, 1970, pág. 225.

(6) La síntesis de estas ideas puede verse en *Prehistoric Art* y en el cuadro resumido por E. Ripoll, pág. XI, en los

papeles previos al coloquio de Wartenstein. Aunque existen publicaciones posteriores, el coloquio de Burg Wartenstein sentó las ideas sobre el arte levantino de los principales especialistas en 1964. Martín Almagro: *El problema de la cronología del arte rupestre levantino español*, pág. 103; H. G. Bandi, *Einige Überlegungen zur Frage der Datierung und des Ursprungs der Levantekunst*, pág. 113; A. C. Blanc: *Sur le problème de l'âge de l'art rupestre du Levant espagnol et les moyens a employer pour résoudre ce problème*, pág. 119; P. Bosch-Gimpera: *La cronología de las pinturas rupestres levantinas*, pág. 130; Henri Breuil: *Les roches peintes leptolithiques de l'Espagne Orientale* (no se publicó el texto que se difundió en multicopia previamente a la reunión); R. Lantier: *Propos sur l'art rupestre de l'Espagne Orientale*, pág. 145; L. Pericot: *Sobre algunos problemas del arte rupestre del Levante español*, pág. 151; E. Ripoll: *Para una cronología relativa del arte levantino español*, pág. 167, Francisco Jordá: *Sobre la cronología del arte rupestre levantino*, «XII Congreso Nacional de Arqueología, Jaén, 1971», Zaragoza, 1973, pág. 85; *Sobre posibles relaciones del arte levantino español* «Miscelánea Breuil cit.», 1964, pág. 467; «Notas sobre el arte rupestre del Levante español», *Caesaraugusta*, 21-22, 1964, pág. 7; «Notas para una revisión de la cronología del arte rupestre levantino», *Zephyrus* XVII, 1966, pág. 47; James Mellart: *Çatal Hüyük, a neolithic town in Anatolia*, Londres, 1967.

(7) *Debat sur l'art rupestre de la Peninsule Iberique et de France*, Capo di Ponte, 1970, pág. 101, y A. Beltrán, *Acerca de la cronología de la pintura rupestre levantina, ibídem*, pág. 87.

(8) A. Beltrán: *La cueva de los Grajos y sus pinturas rupestres en Cieza (Murcia)*, Zaragoza, 1969.

(9) E. Ripoll: «Representación de un jinete en las pinturas rupestres de Cingle de la Gasulla, Castellón», *Zephyrus*, XIII, 1962, pág. 91.

(10) A. Beltrán: *La cueva del Charco del Agua Amarga y sus pinturas levantinas*, Zaragoza, 1970, Figs. 15 y 47, por ejemplo.

(11) A. Beltrán: *Los abrigos pintados de la Cañiaca del Calar y de la Fuente del Sabuco, en el Sabinar (Murcia)*, Zaragoza, 1972.

(12) M. Almagro: *El covacho con pinturas rupestres de Cogul (Lérida)*, Lérida, 1952.

(13) La superposición de pinturas geométricas o esquemáticas sobre otras naturalistas levantinas la advertimos al publicar, «Las pinturas prehistóricas de La Sarga (Alcoy), El Salt (Panáguila) y El Calvari (Bocairente)», *Trabajos varios del S. I. P.*, Valencia, 1974, aunque la figura serpentiforme de la Sarga la hicimos eneolítica, equivocadamente. El mismo fenómeno se repite en Cantos de la Visera y la Araña. El Centro de Estudios Contestanos de Cocentaina ha realizado el descubrimiento de una larga serie de abrigos en la región como los del Pla de Petracos en Castell de Castell, Vall de Gallinera en Benirrama y otras en la Sierra del Benicadell, que demuestran la existencia de una fase geométrica-esquemática más antigua que la naturalista en muchos abrigos de Levante; Cfs. Mauro S. Hernández Pérez y Centre D'Estudis Contestans: *Arte esquemático en el país valenciano. Recientes aportaciones*, Salamanca, 1982, y de los mismos: «Consideraciones sobre un nuevo tipo de arte rupestre prehistórico», *Ars Praehistórica*, I, Barcelona 1982, página 179 y bibliografía complementaria en las notas 1-3, y «Vorbericht über die Erforschung der Felsbildkunst in der Provinz Alicante», *Madrider Mitteilungen*, 24, Maiz, 1983, páginas 32 y ss.

(14) El «hechicero» de La Sarga es la figura más directamente afectada por el descubrimiento de los abrigos de Cocentaina. Cfs. A. Beltrán: *La Sarga*, cit.

(15) Las pinturas en color rojo, estilo levantino y en absoluto esquemático, pero muy evolucionadas, de las cuevas sepulcrales de la Peña Rubia de Cehegín, suponen una evolución muy tardía del arte levantino, excepcionalmente realizadas en el interior de cuevas y cuya autenticidad nos parece indiscutible, según el Informe que remitimos

al Ministerio de Cultura, aún inédito. La posibilidad de que se trate de pinturas funerarias tendría que apoyarse en su vinculación a los enterramientos colectivos al pie de las pinturas. La anécdota pintoresca está en las declaraciones de un pintor de Cehegín de haber sido el autor de todas o parte de estas pinturas.

(16) Paolo Graziosi: *Le pitture preistoriche della grotta di Porto Badisco*, Firenze, 1980, y artículos previos a este libro (Cfs. pág. 180). A. Beltrán: «Las pinturas de Porto Badisco y el arte parietal 'esquemático' español», *Caesaraugusta* 53-54, 1981, pág. 183, y con el mismo título, pero con muchas modificaciones del texto, en *Annali del Museo Civico della Spezia*, II, 1979-1980 (aparecido en 1982).

(17) G. y V. Leisner: «Die Malereien des Dólmen Pedra Coberta», *IPEK*, IX, Berlín, 1934; y «Nuevas pinturas megalíticas en España», *Investigación y Progreso*, VIII, 1934, pág. 146; *Die Megalithen der Iberischen Halbinsel*, I, *Der Süden*, Berlín 1943.

(18) Abbé Henry Breuil, M. C. Burkitt y Montagu Poullock: *Rock paintings of Southern Andalusia. A description of a Neolithic and Copper age art group*, Oxford, 1929. Abbé Henry Breuil: *Les peintures rupestres schématiques de la Peninsule Ibérique, Lagny, 1933*. I, Au Nord du Tage; II, Bassin du Guadiana; III, Sierra Morena; IV, Sud-Est et Est de l'Espagne (1935).

(19) P. Bosch Gimpera: «La chronologie de l'art rupestre seminaturaliste et schématique et la culture megalithique portugaise», *Rev. da Faculdade de Letras, Lisboa*, 9, 1965; «La chronologie de l'art rupestre seminaturaliste et schématique de la Peninsule Ibérique», *La Préhistoire, problèmes et tendances* (Homenaje a R. Vaufray), París, 1968, página 71.

(20) Breuil: *Les peintures*, cit. J. Cabré y E. Hernández Pacheco: «Avance al estudio de las pinturas prehistóricas del extremo Sur de España (Laguna de la Janda)», *Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas*, 3, Madrid, 1914.

(21) Breuil, loc. cit. Almagro: *Historia de España de Menéndez Pidal*, I, Madrid, 1947, págs. 472 y 474 y figs. 396 y 402.

(22) Creemos que las pinturas de Villar del Humo (no están en el término de Boniches) no representan una escena de doma, sino de caza; A. Beltrán: «Sobre la pintura rupestre levantina de un caballo cazado a lazo, del abrigo de Selva Pascuala, en Villar del Humo (Cuenca)», *Miscelánea Lacarra*, Zaragoza, 1968, pág. 81. E. Hernández Pacheco: *Prehistoria del Solar Hispano. Orígenes del arte pictórico*, Madrid, 1959, pág. 420. M. Almagro: «Un nuevo grupo de pinturas rupestres en Albarracín: La cueva de Doña Clotilde», *Teruel*, I, 2, 1949, pág. 90.

(23) Almagro: en *Prehistoric Art* cit., pág. 105.

(24) J. R. Santos Junior: *Arte rupestre*, «I Congresso do Mundo Portugues», Porto, 1942. Teógenes Ortego: «Las estaciones de arte rupestre en el monte de Valonsadero, de Soria», *Celtiberia*, 2, Soria, 1951, pág. 275.

(25) Santos Junior, loc. cit. G. y V. Leisner: «Die Maleerien des Dolmen Pedra Coberta», *IPEK*, IX, 1934. Cfs. también L. Alburquerque, O. Da Veiga y A. Viana: «O dolmen pintado de Antelas (Oliveira de Frades)», *Comunicações dos Serviços Geológicos de Portugal*, XXXVIII, Lisboa, 1957, página 325.

(26) G. y V. Leisner: *Die Megalithen der Iberischen Halbinsel*, cit. láms. 12 y 156. A. del Castillo: *La cultura del vaso campaniforme y su extensión por Europa*, Barcelona, 1928. H. Obermaier: «El dolmen de Soto», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 32, Madrid, 1924.

(27) E. Hernández Pacheco y J. Cabré: «Las pinturas prehistóricas de Peña Tu», *Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas*, 2, Madrid, 1914.

(28) H. Kühn: *El arte rupestre de Europa*, Barcelona, 1957, con fases sensorial paleolítica, mesoneolítica e imaginativa de la Edad del Bronce: puesto al día en «Die Felsbilder Europas», Stuttgart, 1971. E. Anati: «Quelques re-

flexions sur l'art rupestre d'Europa», *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, LVII, 1960, pág. 692.

(29) E. Ripoll: *Cuestiones en torno a la cronología del arte rupestre pospaleolítico en la Península Ibérica*, «Simposio de arte rupestre», Barcelona, 1966, pág. 165.

(30) Breuil, *loc. cit.* III, págs. 6 49-54. Una nueva copia del friso en Guy Tamain: «Los Canforos de Penarrubia. El Centenillo (Jaén), Espagne. Nouvelle analyse des peintures rupestres», *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, LX, 1963, 11-12, pág. 828.

(31) O. G. S. Crawford: *The Eye Goddess*, Londres, 1957. Pilar Acosta: «Representaciones de ídolos en la pintura rupestre esquemática española», *Trabajos de Prehistoria*, XXIV, Madrid, 1967. M.<sup>a</sup> J. Almagro Gorbea: «Algunos ídolos cilíndricos megalíticos desconocidos», *Ampurias*, XXVIII, 1966, pág. 49, y «Los ídolos del Bronce Hispano», *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, XII, Madrid, 1973.

(32) J. P. Garrido y E. Orta: «Un nuevo tipo de ídolo del Bronce I hallado en San Bartolomé de la Torre (Huelva)», *Ampurias*, XXVI-XXVII, 1964-65, pág. 221.

(33) A. Beltrán: «Las pinturas esquemáticas de Olmetta du Cap (Córcega)», *Monografías Arqueológicas*, 5, Zaragoza, 1969, pág. 73. Alguna semejanza con las pinturas maltesas tiene la Cueva Pintada de Gáldar. Cfs. con este título, sobre estas pinturas de Gran Canaria, A. Beltrán y J. Alzola: *Monografías Arqueológicas*, 18, Zaragoza, 1974.

(34) P. Graziosi: *Levanzo. Pitture e incisioni*, Florencia, 1962. Del tomo *Le pitture preistoriche delle grotte di Porto Badisco e S. Casarea*, «Accademia Nazionale dei Lincei», VIII, XXVI, Roma, 1971, y «Le pitture di Porto Badisco», *Atti della XIV riunione scientifica dell' Instituto Italiano di Preistoria e Protostoria*, Florencia, 1972, pág. 15.

(35) Pilar Acosta: *La pintura rupestre esquemática en España*, Salamanca, 1968.

(36) En algunos de nuestros trabajos hemos tratado de desarrollar, parcialmente, algunas de estas ideas. Especialmente en *Las pinturas esquemáticas de Lecina (Huesca)*, Zaragoza, 1972, con la evolución de las figuras de cuadrúpedos y la diferenciación de cabras, équidos y bóvidos. *La Cueva de los Grajos y sus pinturas rupestres en Cieza (Murcia)*. Zaragoza, 1969, la figura humana. *Pinturas esquemáticas de la Fenellosa en Beceite (Teruel)*, Zaragoza, 1969, hombres sobre animales; y *Las pinturas esquemáticas y abstractas del Castillo de Villafamés (Castellón)*, Zaragoza, 1969.

(37) Juan González Navarrete: *Nuevas pinturas rupestres en Jaén: El abrigo de los Organos en Despeñaperros*, «Publicaciones del Museo Provincial», 1, 1970.

(38) A. Beltrán: *Las pinturas rupestres de La Sarga*, en colaboración con V. Pascual, Publicaciones del SIP, Valencia, 1974. Manuel de Góngora y Martínez: *Antigüedades prehistóricas de Andalucía*, Madrid, 1968. H. Breuil: *Les peintures cit.*, IV, 9, II, XXXV y III, XL. A. Beltrán: *Los grabados del Barranco de Balos (Gran Canaria)*, Las Palmas, 1971, págs. 132 y ss. «El arte rupestre canario y las relaciones atlánticas», *Anuario de Estudios Atlánticos*, Madrid, Las Palmas 1971, núm. 17, pág. 281. Cfs. aquí lo referente al tema del laberinto, la espiral y figuras semejantes. Juan Cabré, *Las pinturas rupestres de Aldeaquemada*, Madrid, 1917.

(39) A. Beltrán: Publicación del SIP de Valencia citada. I Ballester Tormo: «La covacha sepulcral de Camí Real, Albaida», *Archivo de Prehistoria Levantina*, I, 1928, pág. 61. José Beldá: «Excavaciones en el Monte de la Barsella, término de Torremanzanas (Alicante)», *Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, núm. 112, Madrid, 1931, lám. X, número 14. L. Pericot: *La civilización megalítica catalana y la cultura pirenaica*, 1.<sup>a</sup> ed., Barcelona, 1926, lám. VI y 2.<sup>a</sup> ed. *ibídem* 1950, fig. 127. Jean Abelanet: «Permanence d'un art schématique dans les Pyrénées Orientales» *Travaux de l'Institut d'Art Préhistorique*, V, 1962, fig. 5, 23. M. Almagro: *Las estelas decoradas del Suroeste Peninsular*, Madrid, 1966, pág. 133.

(40) A. Beltrán: Publicaciones del SIP de Valencia, cit.

(41) Cfs. el problema en Emmanuel Anati: «Arte rupestre nelle Regioni occidentali della Penisola Iberica», *Archivi di Arte Preistorica*, Capo di Ponte, 1968.

(42) E. Shee Twohig: *loc. cit.*, págs. 13 y ss. y catálogo en página 143, con 50 estaciones.

Breuil: *Les peintures schématiques cit.* I, pág. 49 y IV. Dos Santos Junior: *Pinturas megalíticas do Concelho de Carazeda em Ancaes*, Porto 1930. Leite de Vasconcellos: *Religiões de Lusitania*, I, 1907. Mendes Correa: «As pinturas do dolmen de Padrão», *O Archeologo Portugues*, XXVI, 1929, y *Revue Anthropologique*, 1929-1930. Vega del Sella: *El dolmen de la capilla cit.* J. Coelho: «Polychromie mégalithique dans la Beira Alta», *V. Congrés d'Anthropologie et Archéologie Préhistorique*, 1930. V. Correia: «Gravuras do dolmen da Pedra dos Mouros (Belas)», *Terra Portuguesa*, 1917, pág. 9. M. A. de Blas Cortina y J. A. Rodríguez Asensio: «El Moyón de la Corrala, un monolito del alto Aller», *Bol. del Instituto de Estudios Asturianos*, 88-89, 1976, pág. 779. Miguel Angel de Blas Cortina: «El Megalito de Penausen I (Salas, Asturias)», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 9, 1980, pág. 67. Del mismo «La decoración parietal del dolmen de la Santa Cruz (Cangas de Onís, Asturias)», *Bol. I. E. A.*, 98, 1979, pág. 717. José Luis Urizarri Angulo: *El fenómeno megalítico burgalés*, Burgos, 1975, pág. 65.

## Problemática do Megalitismo do Norte de Portugal

Víctor Oliveira Jorge

Nos últimos anos, particularmente a partir de 1978, reiniciaram-se os estudos sobre o megalitismo do Norte de Portugal, tema que está hoje ocupando vários investigadores. Tal tema é porém vasto e complexo, como julgamos ter demonstrado na obra *Megalitismo do Norte de Portugal: o distrito do Portos monumentos e a sua problemática no contexto europeu*, a qual condensa os nossos conhecimentos até aos inícios de 1982 (1). Desde então, três novas campanhas de escavações foram feitas, por nós e por outros arqueólogos, que nos permitem avançar novos dados, e delinear melhor certos aspectos da problemática; a nossa exposição articular-se-á, assim, em torno de certas questões nodais que se levantam aos estudiosos deste assunto. Como todos os balanços, também este terá de certo vida efémera, pois se destina a ser mais ou menos rapidamente superado pelo movimento incessante da pesquisa; o que será um bom sinal, pois o progresso da investigação pré-histórica baseia-se, obviamente, nesta retroacção permanente entre a teoria e a prática, entre a «ordem» que pomos nos dados agora ao nosso dispor, e a «desordem» que novos elementos virão introduzir.

E bem sabido que os *monumentos sepulcrais cobertos por uma mamoa* são extremamente abundantes no Norte de Portugal —por simples convenção, referimo-nos apenas à área a norte do rio Douro—, onde constituem elemento típico das paisagens dos *plateaux* graníticos (2); o seu número actual excede largamente o milhar. Porém, a extrema ruína das estruturas propriamente funerárias que essas mamoas contem, e o pequeno número de escavações científicas realizadas —praticamente confinadas, para já, ao distrito do Porto (3)— não nos permite generalizar a designação de «megalíticas» as tais mamoas. De facto, nos monumentos assim habitualmente denominados nota-se um acentuado polimorfismo, que vai desde o dólmen de apreciáveis dimensões, com câmara e corredor (por exemplo, Anta da Barrosa, Caminha, ou Anta de Santa Marta, Penafiel) até à ab-

solta ausência de câmara, seja ela dolménica ou de tipo cistóide (Mamoa 5 de Outeiro de Gregos, Baião) (4), ou à existência de uma grande «fossa funerária» recoberta por uma mamoa, como no caso do monumento 2 da Chã do Santinho, escavado em 1984. A falsa impressão de homogeneidade que nos é transmitida pelos montículos tumulares arruinados, normalmente implantados em chãs, e, com frequência, agrupados, e a facilidade com que o nosso hábito lhes atribui o epíteto de «megalíticos», terão de ser progressivamente substituídas pela análise detalhada que só a escavação permite e, a partir dela, por uma nomenclatura mais diversificada e apropriada a cada tipo de monumentos. As constantes rapidamente observáveis, topográfica (localização sistemática em *plateaux*) e morfológica (montículos artificiais) poderão esconder um grande número de variáveis, sujeitas a leis que podem ter dependido de factores cronológicos, sociológicos, ou outros; assim, a própria cartografia rigorosa das mamoas só atingirá todo o seu interesse por ex., em termos da lógica que presidiu à sua implantação no espaço —quando soubermos o que é que estamos exactamente a cartografar—, uma vez que no mesmo núcleo ou conjunto (isto é, agrupamento de núcleos) monumental, se podem ter sobreposto diferentes «lógicas», tanto mais que é de esperar uma longa vigência temporal de tais «necrópoles». O conjunto megalítico mais estudado do Noroeste peninsular —o da Serra da Abo-boreira, no distrito do Porto— está aí para o provar.

### A LOCALIZAÇÃO DOS MONUMENTOS

Ao nível do Norte de Portugal no seu conjunto, a distribuição dos monumentos resume-se em poucas palavras: Entre-Douro-e-Minho e região ocidental de Trás-os-Montes. São bem conhecidas as grandes concentrações do Alto Minho, por exemplo, ou, já em Trás-os-Montes, as de Montalegre, Vila Pouca de Aguiar e Alijó. Entretanto, no distrito de Bragança, dificilmente se ultrapassará a trintena de mamoas,





Figura 1. O distrito do Porto (a negro) no Norte de Portugal e no conjunto da Península.

aliás em referências antigas que, apesar de tudo, conviria confirmar.

Quanto à localização propriamente dita, pode dizer-se que ela praticamente coincide com as manchas graníticas, tendo sido esta rocha a matéria-prima utilizada na grande maioria das construções. Contudo, conhecem-se cada vez mais monumentos implantados em zonas de xisto, como a Mamoia de Gestosa (Vila Nova de Gaia) ou, no vizinho concelho de Gondomar, a Mamoia dos Crastos.

Os monumentos surgem geralmente agrupados, em pequenos núcleos que, por sua vez, se integram em conjuntos mais ou menos extensos; tais agrupamentos aproveitam normalmente zonas planas, situadas a diferentes altitudes, que podem ir de alguns metros apenas acima do nível do mar, a c. de 1.300 m. nas superfícies aplanadas das montanhas do Alto Minho. Casos há, porém, de monumentos que se encontram intencionalmente isolados, quer em posição proeminente na proximidade de «necrópoles» (Mamoia do Alto do Catorino, em Carrzedo de Alvão, por exemplo), e parecendo estabelecer uma hierarquia em relação aos agrupamentos mais baixos, quer em situações que sugerem que tais mamoas foram concebidas de forma mais individualizada, o que pode estar em relação com a sua época de construção, quiçá mais tardia (Dólmen de Santa Marta, Penafiel).

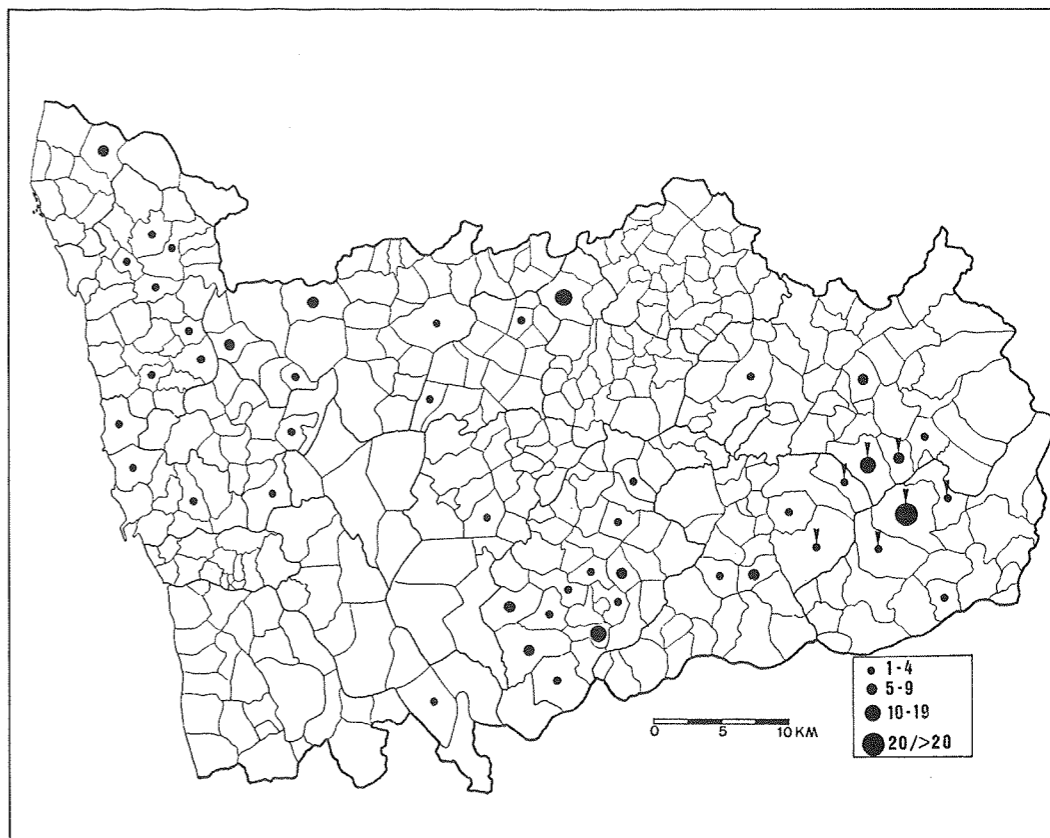
De um modo geral, porém, é o grande agrupamento que nos surge, adentro do qual se notam pequenas discontinuidades espaciais (quer marcadas pela diferença de cotas, como no conjunto megalítico da Serra dos Campelos, em Lousada —distrito

do Porto— quer por acidentes do terreno, como na Serra da Aboboreira, em que os afloramentos graníticos delimitam pequenas chãs) que assim isolam os diversos núcleos de cada conjunto.

#### AS ESTRUTURAS EXTERNAS: AS MAMOAS

As escavações realizadas, o aspecto superficial de muitas mamoas, e os cortes produzidos acidentalmente nelas, pela abertura de estradas ou outros motivos, mostram que se trata normalmente de montículos artificiais de terra, com frequência revestidos por uma couraça protectora de lajes ou blocos imbricados. Esses montículos, tendo sido essencialmente formados por acumulação de solo vegetal, humoso, pouco consistente, foram sofrendo, com o tempo, um processo de compactação, que lhes diminuiu a altura original, permitindo o afloramento das estruturas internas, dolménicas ou outras, já de si arruinadas por violações. As escavações efectuadas mostram que os sedimentos utilizados nesses montículos são de origem local, tendo provavelmente sido retirados das áreas vizinhas dos actuais monumentos, o mesmo acontecendo com as lajes que constituem as couraças pétreas. Tais sedimentos apresentam por vezes manchas de solo mais escuro e humoso, com uma forma repetida e volume muitas vezes constante, que denunciam o modo como as mamoas eram construídas: a terra era transportada para o local, provavelmente em unidades individuais, sendo acumulada contra os esteios da câmara, previamente colocados na posição vertical, razão pela qual tais manchas tendem a apresentar uma inclinação concordante com o declive das «encostas»

Figura 2. Densidade do monumentos megalíticos no distrito do Porto (per freguesias). Assinaladas com seta as freguesias que se integran (parcial ou totalmente) na Serra da Aboboreira.



do monumento. Estes sedimentos contêm por vezes carvões, de variado calibre, os quais podem aparecer em áreas circunscritas, parecendo corresponder a pequenas fogueiras feitas durante a erecção dos *tumuli*, talvez com finalidade ritual. Idêntica finalidade poderiam ter queimadas mais extensas, denunciadas por camadas de carvões, e até pedras carbonizadas, na base de alguns dos *tumuli* (como por exemplo, na mamoia da Sr.<sup>a</sup> da Guia, na Aboboreira), embora se possa pensar que tais camadas se relacionam com a limpeza da vegetação que previamente cobria os locais em que assentaram os monumentos (5); num caso —Mamoia da Mina do Simão, Aboboreira, Amarante— parece ter existido um solo de ocupação humana anterior à erecção do *tumulus*, o que explicaria os abundantes carvões nele encontrados.

As couraças pétreas revelaram-se, nos monumentos escavados, como estruturas cuidadosamente elaboradas, com os seus elementos, por vezes profundamente imbricados, assegurando uma poderosa protecção dos montículos. As lajes, escolhidas certamente pela sua forma propícia, eram encaixadas umas nas outras de modo hábil, mostrando quase sempre uma perfeita adaptação do seu formato ao interstício que iam preencher. Sendo, de modo geral, de tamanho médio, elas eram às vezes substituídas por lajes de grande porte, capazes de cobrir uma superfície maior; este sistema, porém, não conferia à construção uma consistência tão grande como no primeiro caso considerado. Na parte superior das mamoas, a couraça, a ajuizar pelos monumentos escavados, era normalmente constituída por uma única camada de lajes, a qual repousava sobre um man-

to de calhaus angulosos, de pequeno tamanho, permitindo estes últimos um mais sólido assentamento sobre a terra e tapando todos os interstícios; na periferia dos monumentos, a espessura das couraças, adensava-se, formando uma verdadeira coroa periférica de contenção do *tumulus*. Não raro, tal coroa era externamente delimitada por grandes lajes dispostas obliquamente, definindo uma espécie de «fecho» exterior da mamoia.

Não obstante, a partir de 1982 novos tipos (ou variantes) de mamoas foram escavados. A Mamoia de Gestosa, em Vila Nova de Gaia, implantada numa mancha xistosa, era construída, não com solo humoso, mas com argila compacta, e revestida por uma couraça de blocos de quartzo; superficialmente, estes eram de pequenas dimensões, mas sobrepunham-se a uma camada de grandes blocos. Como na Aboboreira, a mamoia fechava externamente através de uma autêntica coroa circular de contenção periférica. Um outro exemplar de polimorfismo é o da mamoia 2 de Cabritos (Amarante, Serra da Aboboreira), em cuja parte central a couraça não existia; assim, entre o contraforte da câmara e o revestimento periférico notava-se uma área construída só com terra, sem cobertura pétreas. Mas o facto mais interessante foi a descoberta de monumentos que profundamente se diferenciam da clássica mamoia em terra e com revestimento de pedras, uma vez que se apresentam somente constituídos por um imbricado de blocos e lajes, particularmente espesso na parte central do *tumulus*, e justaposto a uma camada de solo de potência variável. A este tipo de estruturas chamamos *cairns*, para as distinguir das anteriores. Um desses monumentos, a que já atrás fizemos re-

ferência, é precisamente a mamoa 5 de Outeiro de Gregos, na Serra da Aboboreira; nele não existia qualquer câmara funerária. Um outro exemplo é o da mamoa 4 de Meninas de Crasto, na mesma área (6). Trata-se de uma mamoa baixa (c. de 1 m.), mas de apreciável diâmetro (c. de 15 m.), e com um anel megalítico periférico; embora as suas estruturas internas não se tenham conservado, sabemos que tais estruturas devem ter existido, pois a escavação revelou a presença, ao nível do saibro, de nevativos de esteios ou lajes que, primitivamente, aí devem ter estado implantados. Na parte em que se encontrava mais bem conservada, a mamoa apresentava o referido imbricado de blocos e lajes, sobreposto a um nível lenticular de saibro depositado pelos construtores, o qual por sua vez selava uma camada de solo humoso, com carvões, camada essa que possivelmente já existia no local quando o monumento foi construído. De facto, não se tratava, aqui, de acumular terra em grande quantidade para constituir um montículo semi-esférico, bem destacado na paisagem e capaz de albergar um monumento megalítico de tipo dolménico. A intenção era de construir uma mamoa bastante mais baixa, menos saliente no terreno, formada por um imbricado pétreo, cuja base, mais ou menos plana (e já não de perfil inferiormente convexo como no caso das couraças de revestimento) se poderia sobrepor a um solo anteriormente existente no local, «selando-o», de algum modo. Tal processo construtivo encontrava-se também bem ilustrado no *cairn* que rodeava a pequena câmara poligonal da Mamoa I de Outeiro de Gregos, igualmente na Aboboreira (7).

A estratigrafia de algumas mamoas escavadas — nomeadamente Outeiro de Antê 1 e 3, Outeiro de Gregos 2 e 3, Meninas do Castro 2, Chã de Parada 3, Mina do Simão, todas na Serra da Aboboreira — mostrou a presença de um nível escuro, humoso, mais ou menos desenvolvido em área, pouco espesso, subjacente aos monumentos. Esse nível estratigráfico indubitável aparecia, em torno das câmaras, selado por uma fina camada de saibro calcado, certamente contemporânea da construção, tanto mais que sobre ela assentavam os contrafortes em que se baseava a estabilidade das estruturas dolménicas. Que poderiam representar tais níveis? A reposta mais natural seria, perante a observação empírica e os dados da bibliografia estrangeira (8), pensar-se que estamos perante restos de solos superficiais antigos, anteriores à construção das mamoas, as quais, soterrando-os, os tornaram de algum modo fósseis, isto é, de algum modo imunes aos variadíssimos factores que fazem um solo viver, e evolucionar (paleossolos ou solos enterrados). A realidade pode, porém, ser mais complexa do que isso, convido, para cada caso, efectuarem-se análises (pedológicas, sedimentológicas, palinológicas, etc.) que nos esclareçam de forma completa quanto à natureza exacta de cada um desses níveis subjacentes às mamoas. Numas (Outeiro de Gregos 3) poderemos de facto estar perante restos de solo antigo (dado o seu elevado teor de húmus -9-), quiçá amputado do seu horizonte superficial; noutras perante um nível de ocupação humana, um habitat anterior à construção funerária, como parece acontecer com a Mamoa da Mina do Simão, a que já atrás aludimos; haverá ainda que explicar a importante percentagem de fósforo que ocorre em alguns desses níveis, recentemente detectada pelas

análises pedológicas (10). Seja como for, tais níveis são ricos de ensinamentos sobre a paisagem contemporânea dos construtores de megálitos, e sobre as alterações que o homem lhe provocou, pelo que é altamente desejável que se possam incrementar, nos próximos anos, as colaborações que vários colegas da área das ciências naturais nos têm prestado (11).

#### AS ESTRUTURAS INTERNAS: DOLMENS, CISTAS

Apesar do pequeno número de escavações realizadas apontar para um acentuado polimorfismo, mesmo ao nível dos núcleos de cada conjunto (basta atentar nos cinco monumentos principais estudados em Outeiro de Gregos, na Serra da Aboboreira - (12)-, podemos dizer que a estrutura megalítica mais frequente no Norte de Portugal é o dólmen de pequenas dimensões. Tal modéstia de proporções dá, aliás, o tom ao megalitismo do Noroeste peninsular no seu conjunto (N. de Portugal e Galiza), se comparado com o da região de Salamanca-Zamora, ou do Alto Alentejo ou das Beiras.

As câmaras simples podem ser poligonais ou rectangulares, inscrevendo-se estas últimas naquilo a que se tem convencionado chamar «cistas megalíticas» (S. Bento das Peras, Vizela; Antela da Portelagem, Espoende, por exemplo). O dólmen «típico» é o de câmara poligonal, quer ela seja fechada ou aberta, quer se apresente de forma regular ou irregular. De qualquer modo, no detalhe, tais estruturas podem apresentar considerável variação (na dimensão do espaço funerário, no tipo de planta adoptada, etc.), como as próprias escavações da Aboboreira têm evidenciado. Por exemplo, Outeiro de Gregos 2 e 3 possuíam câmaras poligonais, de pequeno tamanho (diagonais variando entre 1,60 e 1,30 m.), muito provavelmente fechadas; a Mamoa I de Outeiro de Antê tinha, pelo contrário, uma anta enorme, aberta a nascente, de planta sub-elíptica alongada, com cerca de 3 m. de comprimento; por seu turno, a Mamoa da Mina do Simão (que se revelou como o monumento mais bem conservado do conjunto, a seguir ao dólmen de Chã de Parada, bem conhecido monumento nacional, provido de câmara poligonal alargada e de corredor) apresentava uma câmara poligonal alongada, de 9 esteios, de planta sub-elíptica e aspecto geral que poderíamos caracterizar como «naviforme».

Entre os dólmenes simples e os de corredor inscreve-se um tipo que designaríamos como «dólmen com vestíbulo», no qual a entrada se encontra simbolicamente marcada por duas lajes baixas, uma de cada lado do acesso à câmara; como exemplos, poderíamos apontar o dólmen de Zedes (Carrazeda de Ansiães) ou o dólmen da Chã de Alijó, ambos em Trás-os-Montes.

No que toca aos dólmenes de corredor (nitidamente minoritários em relação aos de câmara simples), grupo em que nunca aparecem os monumentos de corredor alongado como os que surgem na vizinha Beira Alta ou no Alentejo, tornou-se clássica a distinção apontada para Noroeste por G. Leisner (13) entre aqueles em que a câmara e o corredor estão bem diferenciados, em planta e alçado (tipo Chã de Parada), aqueles em que tal diferenciação diz apenas respeito à câmara, e, finalmente, aqueles em que

a indiferenciação atinge a planta e o alçado. Dado o pequeno número de monumentos deste grupo conhecidos, a inexistência de escavações científicas e o seu não muito bom estado de conservação, torna-se por vezes difícil enquadrar cada caso no esquema tripartido apontado. Conhecemos monumentos em que é nítida a distinção entre corredor e câmara, ao nível da planta, como o dólmen da Barrosa (Caminha) ou a Anta de Santa Marta (Penafiel); por sinal, são esses os casos em que o corredor atinge maiores proporções (c. de 5 m. e c. de 6 m. de comprimento, respectivamente); já ao nível do alçado tal distinção é mais problemática, dado o mau estado de conservação dos corredores (de qualquer modo, a existir, essa indiferenciação parece-nos mais provável no monumento de Penafiel do que no de Caminha, no qual o primeiro esteio conservado do corredor é já bem claramente mais baixo do que a câmara, marcando pois uma ruptura de volumes).

De qualquer forma, os dólmenes do tipo dos acima indicados são raros. Normalmente, estamos perante um corredor curto, como, por exemplo, no dólmen de Chã de Parada (Baião), já citado, que parece ter possuído originalmente três esteios de cada lado do corredor (c. de 3,70 m. de comprimento); ou como no dólmen de Lamoso (Paços de Ferreira), com 4 esteios de cada lado e c. de 3 m. de comprimento; ou, ainda, como no dólmen de Vilarinho da Castanheira (Carrazeda de Ansiães), com dois esteios de cada lado, sendo os exteriores menos largos e dispostos de forma a estreitar um pouco o espaço da entrada (c. de 2,5 m. de comprimento).

Ainda relativamente aos dólmenes simples — grupo em que se inserem todos os monumentos recentemente escavados por métodos científicos — é interessante acrescentar que a estabilidade das câmaras repousa geralmente na existência de um contraforte em

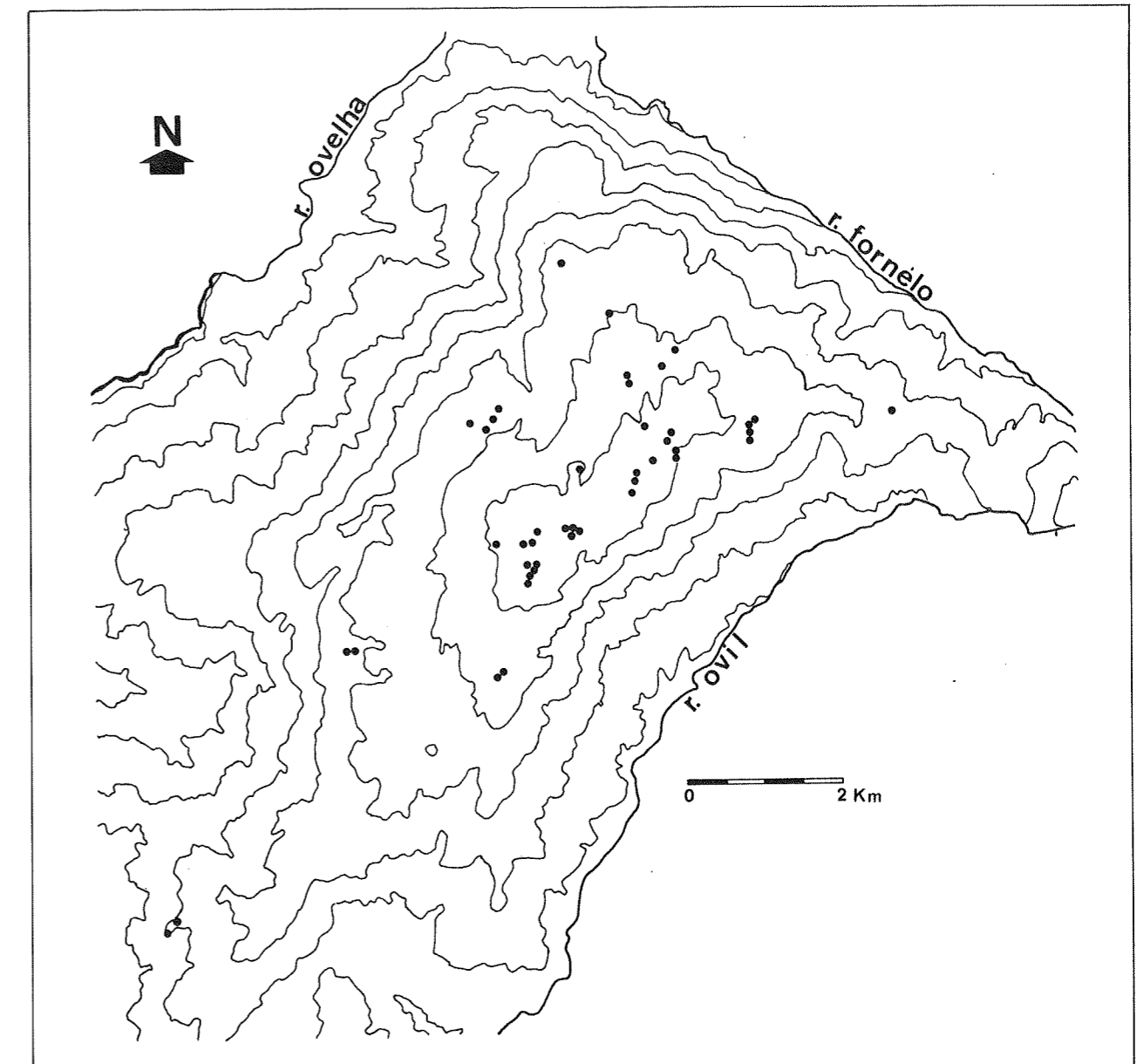


Figura 3. Conjunto megalítico da Serra da Aboboreira.



Figura 4.  
Mamoia 2 de Outeiro  
de Gregos (1979).



Figura 5.  
Mamoia 1 de Outeiro  
de Ante (1980).  
Os esteios encontra-  
se numerados.



Figura 6.  
Mamoia 2 de Meninas  
do Crasto (1982).

torno das mesmas. As suas dimensões podem variar porém muito, uma vez que tal estrutura se limita, em certos casos, a uma simples cintura de pedras junto à base exterior dos esteios (Mamoia 2 de Meninas do Castro, na Aboboreira), enquanto que noutras (Mamoia 1 de Ante, Mamoia 3 de Chã de Parada, no mesmo conjunto) estamos perante um amontoado de lajes e blocos de tais proporções, que não seria desajustado falar de um autêntico *cairn* interior. Evidentemente que o peso da própria tampa sobre os esteios, e o facto de alguns destes se encontrarem enterrados no saibro da base, contribuiriam também para a manutenção da estrutura arquitectónica; porém, era sobre o contraforte que tal estabilidade fundamentalmente assentava, sendo notável a pequena profundidade da maioria das fossas de implantação de esteios, ou, até, o facto de muitos destes se encontrarem praticamente pousados na superfície da rocha de base. Os dois sistemas (esteios pousados e esteios enterrados em fossas) foram aliás encontrados em conjugação no mesmo monumento (Mamoia 2 de Outeiro de Ante), dificultando a reconstituição das arquitecturas originais a partir dos seus negativos actualmente legíveis no subsolo.

Finalmente, um outro tipo de estrutura (que, embora superficial, vem a propósito referir aqui) existente em torno de certas câmaras e a alguma distância destas é um anel lítico de grandes blocos, tendente a revelar melhor o espaço sepulcral, zona, de certo, sagrada por excelência. Se, num caso, tal anel se sobrepunha à couraça de revestimento e era constituído por grandes blocos irregulares (Mamoia 1 da Abogalheira, Serra da Aboboreira, Amarante), noutras o mesmo anel compunha-se de blocos escolhidos pela sua forma regular, dando à estrutura um aspecto linear; mas, ainda aqui, tal anel tinha funções estruturais diferentes, pois que, num caso (Mamoia 2 de Meninas do Crasto) assentava directamente nas terras do *tumulus*, interrompendo aí a couraça de revestimento, enquanto que noutra (Mamoia 1 de Outeiro de Gregos) servia de contenção exterior ao *cairn* envolvente da câmara.

#### ALGUMAS CONSIDERAÇÕES DE CONJUNTO

Conjugando os nossos dados actuais sobre os diferentes tipos de mamoas e de arquitecturas internas que apresentam, podemos formular algumas questões que deverão ser úteis à orientação das próximas investigações:

— no interior do Norte de Portugal, ou, mais especificamente, na área correspondente ao actual distrito de Bragança, o fenómeno megalítico parece ter tido uma escassa presença, não se conhecendo aí grandes necrópoles, como as de Alvão ou Montalegre, na área ocidental de Trás-os-Montes;

— em todo o Norte do País, o tipo de monumento predominante é o dólmen de pequenas dimensões, de câmara simples, envolto por uma mamoia contruída com terra e revestida por um imbricado de pedras. Tais monumentos surgem normalmente agrupados, em zonas planas, facilitando (pelo menos nas actuais condições da cobertura vegetal) o seu destaque na paisagem;

— os monumentos podem ocorrer às mais diferentes cotas, desde as planícies litorais até às super-

fícies aplanadas do interior, por vezes a altitudes que ultrapassam largamente os 1000 m. acima do nível do mar;

— em cada conjunto, por vezes em cada núcleo, existem monumentos de diferente dimensão ou tipologia. Embora as razões de tal facto sejam ainda difíceis de definir, é possível que as explicações se venham a encontrar ao nível cronológico (sobreposição, no mesmo conjunto, de monumentos de épocas diferentes) e/ou sociológico (hierarquia de monumentos, semelhantes ou não, relacionada com a hierarquização social). Um outro aspecto que haverá que explicar é a ocorrência de monumentos em situação de (maior ou menor) isolamento, bem como a implantação de certas mamoas em zonas topograficamente dominantes em relação a áreas de localização de conjuntos megalíticos. Finalmente, há que esclarecer o significado de presença de certas estruturas nas imediatas proximidades de algumas mamoas.

#### OS ARTEFACTOS

É bem sabido que o espólio dos monumentos megalíticos do Norte de Portugal é normalmente pobre, em quantidade e qualidade; além disso, dado o estado de profunda violação em que geralmente se encontra o enchimento das câmaras, torna-se difícil distinguir os artefactos contemporâneos das construções, daqueles que se ligam a utilizações ulteriores dos monumentos. Eis por que, na breve inventariação que se segue, não estabeleceremos tal diferenciação.

#### I. INSTRUMENTOS LITICOS

##### a) Pedra Lascada

1. *Micrólitos geométricos*. Predominam os trapézios assimétricos com truncatura maior alongada e os segmentos de círculo;
2. *Pontas de seta*. As de base triangular são as mais abundantes;
3. *Lâminas e lamelas*. As primeiras são mais numerosas do que as segundas e, adentro delas, as lâminas de secção trapezoidal predominam;
4. *Outros objectos*. Pontas de dardo (?), raspadores, furadores, etc.

##### b) Pedra polida

1. *Machados*. Os machados de contorno rectangular ou sub-rectangular e os de contorno trapezoidal ou sub-trapezoidal são os mais representados; a forma da secção dominante é a rectangular ou sub-rectangular;
2. *Enxós*. Objectos menos representados do que os do grupo anterior. De assinalar a recente descoberta, na Mamoia da Mina do Simão (Aboboreira, Amarante), de três enxós, em perfeito estado de conservação, na parte inferior do enchimento da câmara;
3. *Goivas*. Ocorrem raramente;
4. *Braçadeiras de arqueiro*. Objectos raros, também.

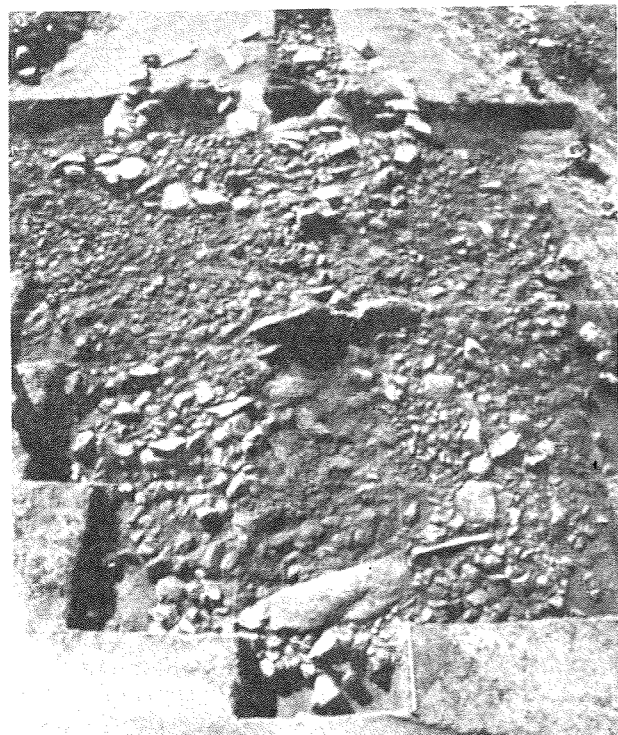


Figura 7. Manoa 1 de Outeiro de Gregos (1980).

### c) Outros objectos líticos

1. *Moinhos manuais*. Frequentes, tanto relativamente ao elemento dormente como ao móvel. Ocorrem muitas vezes como material de aproveitamento, utilizado nas construções. De assinalar que na Mamoa da Mina do Simão acima citada, se verificou que o pavimento da câmara, ainda parcialmente conservado, era constituído por elementos móveis de moinhos manuais colocados lado a lado;

2. *Percutores*. Também frequentes;

3. *Cristais de quartzo*. Surgem igualmente com frequência.

4. *Objectos que podemos considerar como cultuais*. Raros. De destacar uma placa de granito, em forma de «paleta», proveniente do «dólmen pequeno» de Perafita, Alijó, conservada na Museu Nacional de Arqueologia (14), e um objecto de cerâmica, profundamente cozida, em forma de «cogumelo», encontrado na Mamoa 2 de Outeiro de Ante, Aboboreira (15).

## II. CERÂMICA

### Quanto à forma:

a) *Vasos abertos*. Em calote de esfera, de perfil semi-elíptico, de perfil situado entre o sub-cilíndrico e o tronco-cónico, tronco-cónicos, etc.;

b) *Vasos fechados*. De forma esférica, muito fechada; *idem*, com leve estrangulamento no colo; semi-esféricos; ovóides; sub-cilíndrico com leve estrangulamento no colo; carenados, etc.

### Quanto à decoração:

a) *Vasos lisos e com decoração mamilar*. os mais abundantes;

b) *Vasos com decoração lisa ou impressa não campaniforme*: vasos com impressões na superfície interna;

c) *Vasos campaniformes*. Dos grupos pontilhado marítimo, pontilhado geométrico, e Ciempozuelos-Palmela. De assinalar a recente descoberta, na Mamoa 1 da Chão do Carvalho, Aboboreira (Marco de Canaveses), de um significativo conjunto de fragmentos de vasos campaniformes, atribuíveis aos grupos pontilhado marítimo (de bandas) e Ciempozuelos-Palmela (16).

Ainda no que toca à cerâmica, gostaríamos de referir aqui que no provável solo de ocupação detectado sob a Mamoa da Mina do Simão, Amarante, se encontraram, entre outros restos de vasos, abundantes fragmentos de um recipiente liso, com perfurações situadas abaixo do bordo, permitindo a quase total reconstituição da forma. Trata-se, pois, do único vaso cerâmico, *in situ*, com posição estratigráfica bem definida, proveniente de uma escavação dolménica do Norte do país.

## III. ARTEFACTOS METÁLICOS

Raros, destacando-se pontas de cobre de tipo Palmela e três espirais em prata, estas provenientes, respectivamente, de Mamoinha do Monte da Cerca (Espesinde), da Mamoa 1 de Outeiro de Gregos e da Mamoa 4 de Meninas de Castro (Aboboreira). Apesar dos dois últimos achados não se encontrarem *in situ*, uma vez que se verificaram, respectivamente, no fundo de uma câmara profundamente revolvida por violações e na parte superficial do monumento, em resultado também de violações, não deixa de ser interessante referir que nos encontramos, nos dois casos, perante *cairns*, tipo arquitectónico que consideramos com probabilidade tardio, e possivelmente datável do Bronze inicial, época em que encaixariam bem estas espirais em prata.

## IV. OBJECTOS DE ADORNO

Relativamente raros, destacando-se as *contas de colar* de tipos e matéria-primas diversos, nomeadamente de variscite (Mamoa 2 de Outeiro de Ante, Mamoa 2 de Outeiro de Gregos, na Aboboreira, Mamoa de Guilhabreu, Vila do Conde) e de azeviche (Mamoa 1 de Abogalheira e Mamoa 4 de Meninas do Castro, ambas na Aboboreira).

## PROBLEMAS CRONOLÓGICOS

Graças às escavações realizadas da Aboboreira, começámos nos últimos anos a dispor de datas de radiocarbono, infelizmente ainda em pequeno número, que nos permitem formular algumas questões, em bases minimamente seguras, sobre o posicionamento cronológico do fenómeno megalítico no Norte de Portugal e no Noroeste peninsular em geral. As mais interessantes são:

Monumento	n.º amostra	data a. p.	data a. C.	Observações
Mamoa 3 de Outeiro de Gregos (Baião)	KN - 2765	5200 ± 65	3250 ± 65	Carvões de madeira provenientes do <i>tumulus</i>
Mamoa 3 de Outeiro de Gregos (Baião)	KN - 2766	5230 ± 75	3280 ± 75	Carvões de madeira provenientes do <i>tumulus</i>
Mamoa 2 de Outeiro de Gregos (Baião)	CSIC - 547	4950 ± 50	3000 ± 50	Carvões de madeira provenientes do solo existente sobo <i>tumulus</i> ( <i>terminus post quem</i> para a construção do monumento)

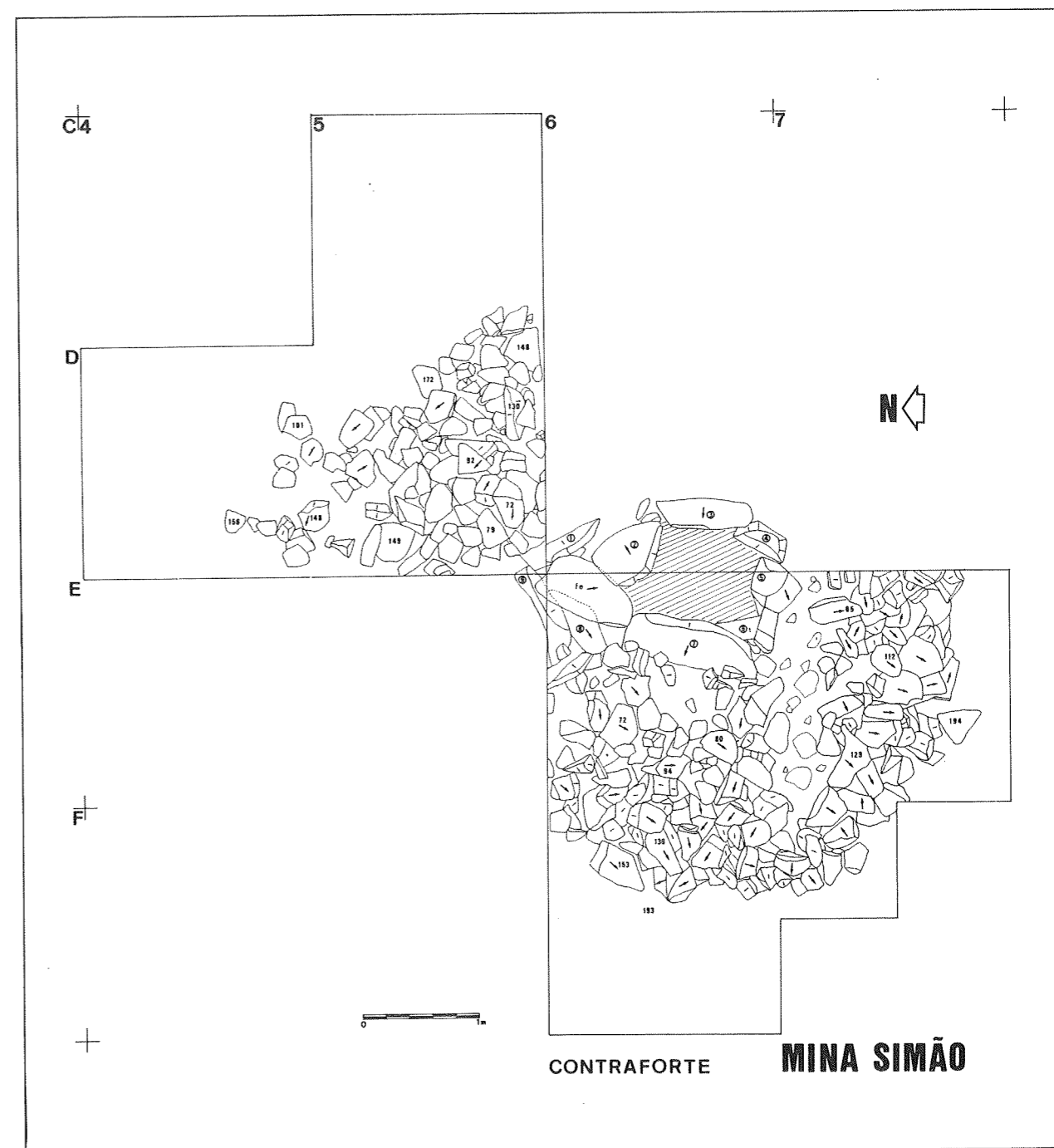


Figura 8. Câmara e Contraforte da manoa da Mina do Simão (1983).

Os dois monumentos assim datados situam-se a cerca de 100 m. um do outro e são do mesmo tipo (pequena câmara megalítica poligonal, com toda a probabilidade fechada). As duas primeiras datas, muito coerentes entre si, dizem respeito a amostras recolhidas em sedimentos *in situ* do *tumulus*, e situam a sua construção na segunda metade do IV.º milénio a. C. Comparando esses resultados com a data de 3000 a. C. como *terminus post quem* para a Mamoa 2 de Outeiro de Gregos, podemos pensar que entre a construção dos dois monumentos distaram cerca de 300 anos. Será a esta época genérica —segunda metade do IV.º milénio, passagem para o III.º milénio— que deverá atribuir-se o início do megalitismo do Norte do país, ligado a monumentos de espaço sepulcral diminuto e proporções modestas? Seria extremamente arriscado afirmá-lo, como é evidente. Seja como for, lembremos que por essa época se estavam já construindo, na Beira Alta, monumentos de grandes dimensões, com corredor, como nos mostra, por exemplo, a data de 3110 ± 50 obtida para carvões provenientes do fundo da câmara da Orca dos Castenairos (Vila Nova de Paiva) e que, no Alentejo, se aceitamos as datas, obtidas pelo método da termoluminescência, por Whittle e Arnaud (17), o megalitismo tinha já uma longa história. Mantém-se pois, em relação ao Norte de Portugal a tradicional dúvida de se saber se o fenómeno megalítico é, aqui, um elemento derivado do Sul, mas que não conheceu, como aí, uma evolução tão rica (em termos de grandiosidade de arquiteturas e de diversidade de espólios a elas associados) ou se são manifestações, à partida, coetâneas, que depois se desenvolveram em sentidos diferentes. Se esta última hipótese se viesse a verificar, então, como é óbvio, os monumentos datados de Outeiro de Gregos marcariam já uma fase mediana do processo, podendo ter convivido (em termos de criação de arquiteturas e sua utilização primária) com megalitos de maior porte, como os dólmenes de grande câmara (Outeiro de Ante 1, Chã de Parada 3) ou até de câmara e corredor (Dólmen de Chã de Parada) que existem na Serra da Aboboreira.

Continuamos, na verdade, sem poder optar entre três modelos explicativos do fenómeno megalítico diacronicamente considerado. O primeiro, seria um modelo evolucionista unilinear, que levaria dos pequenos dólmenes iniciais, de câmara fechada, aos grandes dólmenes de câmara aberta, e, depois, aos dólmenes de corredor clássicos, continuando com os dólmenes com corredor de maiores proporções, e mais ou menos indistinto da câmara (em termos de transição gradual de espaços e dimensões) até às cistas megalíticas, às cistas ainda providas de *tumulus* ou de qualquer marcação superficial, capaz de identificar a sua presença no terreno, e, finalmente, às sepulturas «planas». O segundo, seria aquele que admitiria a contemporaneidade do surgimento de soluções diferentes, nomeadamente de pequenos e grandes dólmenes, com ou sem corredor. O terceiro, finalmente, aceitando o megalitismo como um longo processo de desenvolvimento arquitectónico cumulativo, encararia a possibilidade de uma evolução do simples para o complexo, sem exclusão, todavia, da coetaneidade, a partir de determinado momento, de formas «simples» e «evolucionadas». Esta última hipótese levar-nos-ia, por exemplo, a admitir que, em certa fase da evolução megalítica, monu-

mentos de maiores dimensões (ou situados em posição topográfica dominante) se teriam vindo sobrepor às necrópoles tradicionais, ou se teriam, mesmo, colocado em posição de isolamento na paisagem. A confirmar-se esta hipótese, tornam-se evidentes as interessantes ilacções de ordem sociológica que ela permitiria, no sentido de se admitir a progressiva implantação de uma hierarquia no seio social, de início ligada à hierarquização espacial e dimensional dos túmulos, e, por fim, mercê de um ritual funerário cada vez mais individualizador, à redução das suas dimensões e à sua menor acentuação na paisagem.

### O PROBLEMA DOS HABITATS

A dificuldade de identificação dos habitats dos construtores de megalitos, bem conhecida em toda a Europa atlântica, põe-se também para o Norte de Portugal. Duas reflexões prévias podem, contudo, auxiliar-nos a circunscrever este problema:

— em primeiro lugar, é pouco provável que as populações que tumulavam nos dólmenes vivessem em habitats concentrados a estáveis, isto é, de longa duração. Se assim fosse, tais aldeias teriam deixado marcas no terreno suficientemente importantes para que a moderna arqueologia tivesse detectado pelo menos algumas delas, o que, relativamente à área que aqui nos importa, até à data não aconteceu. Ora, se atentarmos no que se passa com os povoados com cerâmicas «de tipo Penha», em curso de estudo por Susana O. Jorge que, pelo menos a ajuizar pelos dados actuais, parece terem sido em parte contemporâneos do fenómeno megalítico, logo constataremos o profundo contraste que estabelecem com o tipo de ocupação do solo e o modo de vida que o megalitismo pressupõe. Trata-se de habitats riquíssimos em artefactos e, até certo ponto, em estruturas, atestando a definitiva fixação do homem à terra no Noroeste peninsular, fixação que, no caso do mundo megalítico, parece ainda situar-se sobretudo ao nível dos túmulos, isto é, ao nível simbólico da memória colectiva. Para além dos complexos problemas que esta aparente dualidade cultural levanta (como, por exemplo, o de se saber em que tipo de estruturas enterravam os mortos os homens que utilizaram as cerâmicas de «tipo Penha», ou o de se determinar até que ponto a fracção de artefactos depositados nos túmulos megalíticos como oferendas é representativa da totalidade da cultura sua contemporânea), o que é um facto é que a própria existência dos habitats com cerâmicas de «tipo Penha» nos mostra que nada impedia, à partida, que outros tipos de povoados pré-históricos se tivessem conservado no Noroeste peninsular, caso tivessem atingido a importância que permitisse tal conservação.

— Em vários pontos da Europa megalítica (países nórdicos, Irlanda, Bretanha francesa por exemplo) existem indícios de que habitats e túmulos estariam numa relação espacial próxima, advogando G. Clark, por exemplo, que a implantação dos cemitérios nos permite tirar ilacções sobre a área de exploração preferencial (*catchement area*) dos respectivos construtores (18). Se, no Norte de Portugal, traçarmos um círculo em torno dos núcleos sepulcrais, cujo raio corresponda aproximadamente a uma hora de ca-

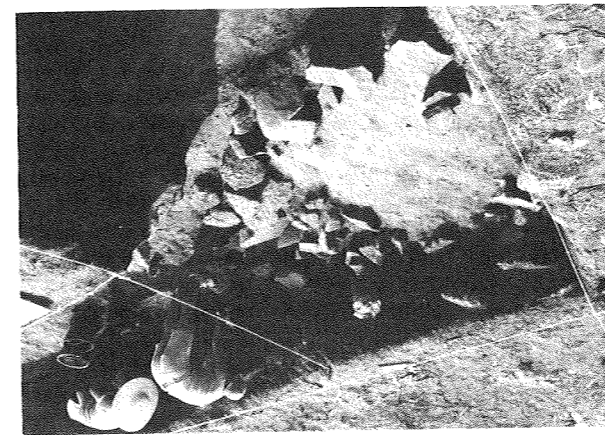


Figura 9. Mamoa 2 da Cha do Santinho (1984). Ao Centro, nível de saibro selando a «fossa funeraria» subjacente (visto de NE).

minho a partir do hipotético habitat, encontraremos áreas ecológicas diversificadas, de vale e de *plateau*, que podem ter oferecido ao homem possibilidades muito variadas. E lógico estarmos perante formas de economia mista, com prática da caça (sugerida pela presença de micrólitos que, pelo menos em parte, poderão ter actuado como pontas de seta e, também, por pontas de seta políaceas), do pastoreio, e da agricultura (comprovada pela frequente ocorrência de moínhos manuais nas sepulturas, a atestar o cultivo de cereais, e, indirectamente, por machados polidos e enxós, instrumentos ligados ao ciclo agrícola), abarcando cada uma dessas actividades o seu espaço próprio. No entanto, se tal modo de vida se baseava numa tecnologia elementar, com prática de queimadas para a abertura de áreas para o cultivo e esgotamento fácil da capacidade produtiva dos solos, ele conduziria necessariamente a uma deslocação periódica do habitat, que seria intencionalmente frágil; se essa deslocação periódica tendesse a estabelecer um certo rotativismo (cujo pólo fixo poderia precisamente ser o túmulo) natural é que o próprio trabalho da agricultura viesse a «apagar» traços anteriores deixados pela ocupação humana. Tal facto, associado à intensa erosão que, ao longo dos tempos, teriam sofrido os solos então utilizados (sobretudo se se situassem em *plateaux* progressivamente desnudados de vegetação) explicaria a actual inexistência, no registo arqueológico, de vestígios habitacionais. Estes poderiam porém ter-se conservado sob monumentos ulteriormente construídos no mesmo local. Será talvez essa a razão da ocorrência, em alguns monumentos da Aboboreira, de ténues indícios de uma possível ocupação anterior: lajeira estruturada encontrada na base da Mamoa 1 da Serrinha; buracos de poste e um vaso detectados sob o lajeado periférico da Mamoa 1 de Outeiro de Gregos; restos de vasos cerâmicos e objectos líticos, juntamente com abundantes carvões, no solo subjacente à Mamoa da Mina do Simão.

### ARTE MEGALÍTICA: MENIRES

Uma breve referência, a concluir, a outros dois tópicos do megalitismo do Norte de Portugal.

A arte *dolménica*, que uma recente obra de E. Shee Twohig tratou exhaustivamente (19), dispensan-

do-nos aqui de demoradas descrições, manifesta-se sobretudo nos seguintes monumentos:

Dólmen da Barrosa, Âncora (Caminha). Insculturas em três lajes, encontradas durante as escavações de J. de Castro Nunes em 1948. Linhas onduladas (serpentiformes) e sinais em U constituíam base de respectiva ornamentação.

Dólmen da Fonte Coberta da Chã de Alijó (Alijó). Gravuras (covinhas, sulcos) e restos de pintura a vermelho num dos esteios, detectados por C. Neiva nos anos trinta.

Dólmen de Vilarinho da Castanheira (Carrazeda de Ansiães). Motivo pintado a vermelho na laje da cabeceira, constituído por uma forma sub-rectangular, com apêndices, interpretável como antropomórfica, ou como representando uma pele esticada de animal, seg. E. Shee.

Dólmen de Zedes (Carrazeda de Ansiães). Além de covinhas e sulcos na face externa da tampa, restos de pintura em quatro esteios da câmara, inicialmente reconhecidos (tal como no monumento anterior) por Santos Júnior, nos anos trinta, e recentemente revistos por E. Shee, que neles distinguiu elementos serpentiformes, um báculo e um motivo ancoriforme.

Dólmen de Chã de Parada (Baião). Serpa Pinto detectou, nos anos trinta, restos de pintura a vermelho no esteio da cabeceira deste monumento, actualmente invisíveis. A mesma laje apresenta quatro representações de um motivo de difícil interpretação, constituído por um «corpo de traços paralelos e base trapezoidal» (seg. Shee e G. Martínez -(20)-) e forma geral dissimétrica, tendo de um dos lados um apên-

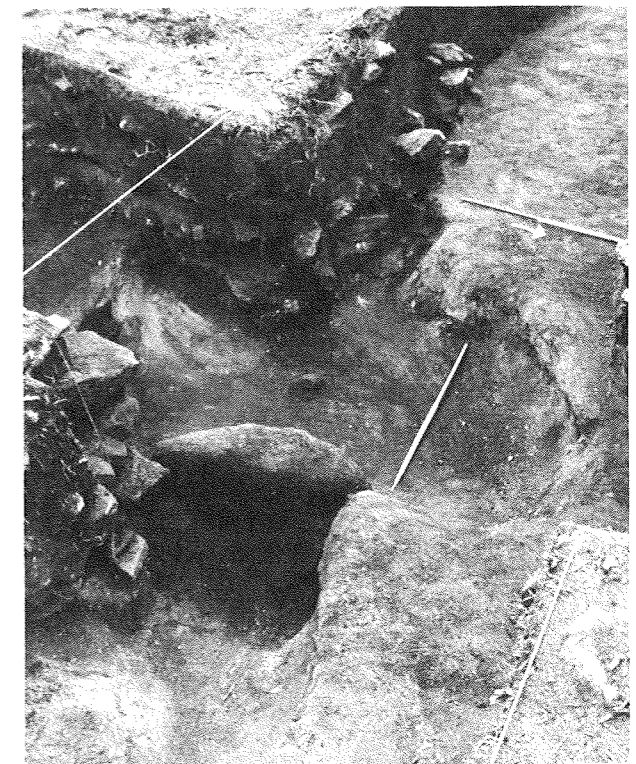


Figura 10. Mamoa 2 da Chado Santinho (1984). Um momento da escavação da «fossa funeraria» que a mamoa cobria.

dice de contorno curvo. Noutros esteios pode ver-se uma figura radiada, um motivo composto por dois círculos, lado a lado, e uma pequena covinha entre a base dos dois («face ocultada»?) e uma figura que lembra vagamente um 8.

Dólmen de Padrão, Vandoma (Paredes). Mendes Corrêa publicou, em 1929, pinturas visíveis em fragmentos de esteios desde monumento. Os motivos mais importantes eram, mais uma vez, os ondulados ou serpentiformes e uma figura humana com braços e pernas arqueados. De notar que, ao contrário dos casos anteriores, a decoração se apresentava aqui com carácter bicolor (vermelho e negro).

Presença, pois, no Norte de Portugal, de dólmenes gravados, de dólmenes pintados, e de dólmenes decorados simultaneamente de ambas as formas. Torna-se evidente que, na totalidade dos casos, nos encontramos perante simples restos de uma ornamentação simbólica hoje impossível de reconstituir na sua integralidade, o que praticamente inviabiliza a sua in-

terpretação. Facto tanto mais de lamentar quanto é certo sabermos, por outros exemplos peninsulares (Antelas, Oliveira de Frades; Pedra Coberta, Corunha, por exemplo) que os dólmenes decorados evidenciavam muitas vezes uma organização de conjunto, que de modo algum se pode confundir com a simples justaposição de motivos, por nós hoje de algum modo arbitrariamente isolados.

No que toca aos *menires*, lembremos que existem apenas dois casos inequívocos no Norte do País: o de Luzim, no concelho de Penafiel, e o de S. Paio De Antas, Esposende, ambos em zonas onde estão assinaladas mamoas. Ilustram dois tipos diferentes desta classe de monumentos, pois que um, o de Luzim, é uma simples laje de forma irregular, enquanto que o de S. Paio de Antas se apresenta afeijado, com secção sub-elíptica. Os chamados «menires» das Turrinheiras (Cabeceiras de Basto) e do «Penedo Longo» (Amarante) não passam de forma naturais (22).

## NOTAS

(1) Dissertação de doutoramento em Pré-história e Arqueologia apresentada à Faculdade de Letras do Porto em 1982.

(2) O que não significa que não possam aparecer sobre formações de diferente natureza geológica, como o xisto, como o adiante se verá.

(3) De referir o recente início da escavação de um monumento megalítico em Trás-os-Montes, no Concelho de Sabrosa, por A. A. de Bacelar Gonçalves, da Fac. de Ciências do Porto.

(4) V. V. O. Jorge, A.: «Mamoas de Outeiro de Gregos, um 'tumulus' não megalítico da Serra da Aboboreira (Baão)», *Arqueologia*, 6, Dez. de 1982.

(5) Possuímos alguns resultados provisórios da análise polínica de sedimentos subjacentes ao contraforte da câmara da Mamoas 2 de Out.<sup>a</sup> de Gregos (Baão), que apontam para uma importância considerável da vegetação arbórea relativamente ao estrato herbáceo (agradecemos a J. Mateus e P. Queirós, do Museu Nacional de Arqueologia, de Lisboa, esta informação).

(6) V. O. Jorge: «Escavação das mamoas 2 e 4 de Meninas do Castro, na Serra da Aboboreira», *Arqueologia*, 7, Junho de 1983.

(7) V. O. Jorge: «Escavação da Mamoas 1 de Outeiro de Gregos (Serra da Aboboreira - Baão)», *Portugalia*, n. s., I, 1980.

(8) V. por ex., G. W., Dimpleby e M. C. D. Speight: «Buried soils», *Advancement of Science*, 26, 1969.

(9) M. A. Valeriano Madeira e J. M. Bettencourt Medina: «Ensaio de aplicação da Pedologia à Arqueologia. O caso das mamoas da Serra da Aboboreira. Resultados e perspectivas», *Arqueologia*, 4, Dezembro 1981.

(10) Informação comunicada por M. A. Valeriano Madeira, do Instituto Superior de Agronomia, de Lisboa, a quem agradecemos.

(11) Nomeadamente, contributos no domínio da Pedologia (v. nota 9 *supra*) e Paleobotânica (equipa do Museu Nacional de Arqueologia e A. R. Pinto da Silva, da Estação Agrónoma Nacional, Oeiras).

(12) V. *op. cit.* nas notas 1. e 4.

(13) *Verbreitung und Typologie der galizisch und nordportugiesischen Megalithgräber*, Marburg, 1938 (reprint Lisboa, 1977).

(14) Como o n.º 9616. V. H. Botelho, in *O Arqueólogo Português*, IV, 1898, pág. 187.

(15) Por A. A. Huet de B. Gonçalves (respectivo relatório no prelo).

(16) Agradecemos a Domingos J. da Cruz esta informação.

(17) «Thermoluminescent dating of Neolith and Chalcolithic pottery from sites in Central Portugal», *Archeometry*, 17, 1, 1975.

(18) «The economic context of dolmens and passage graves in Sweden», *Ancient Europe and the Mediterranean*, Warminster, 1977.

(19) *The Megalithic Art of Western Europe*, Oxford, Clarendon Press, 1981.

(20) «Tres tumbas megalíticas decoradas en Galicia», *Trabajos de Prehistoria*, 30, 1973.

(21) Recentemente foram descobertas pinturas, a vermelho, no dólmen 3 de Chã de Parada (Aboboreira), escavado por F. A. Silva.

(22) Ao longo do presente texto, e relativamente à Serra da Aboboreira, foram utilizados dados provenientes de algumas escavações não realizadas pelo autor, cuja referência agora se completa: Mamoas 1 da Abogalheira, por E. J. Lopes da Silva e A. Leite da Cunha (1979-1980); Mamoas 4 de Outeiro de Gregos, por Domingos J. da Cruz e Maria de Jesus Sanches (1890); Mamoas 1 da Serrinha, por Fernando A. Silva (1982); Mamoas 1 da Chã do Carvalhal, por Domingos Cruz (1982); Mamoas 3 de Chã de Parada, por Fernando A. Silva (1982-1983). A Mamoas de S. Simão foi escavada pelo autor, de colaboração com Maria da Luz Oliveira (1983). Em 1984 foram escavadas mais 4 mamoas: monumentos 1 e 3 de Cabritos (pelo autor, de colaboração com Raquel Vilaça) e mamoas 1 e 2 da Chã do Santinho (pelo autor); os respectivos resultados serão em breve publicados na revista *Arqueologia* (1985).

## Megalitos en Extremadura

Primitiva Bueno Ramírez

El estudio del fenómeno megalítico en el Suroeste de la Península parece hoy día un punto clave para la explicación de gran parte del megalitismo peninsular. Sólo el análisis detallado de cada monumento con sus características arquitectónicas y el ajuar que se le asocia y, sobre todo, el conocimiento de los lugares de hábitat, nos proporcionará algún día datos más coherentes que los que hoy manejamos.

La zona de Extremadura española es especialmente rica en este tipo de manifestaciones. Los escritos de don José Viu (1) en 1852 comenzaron a llamar la atención sobre la existencia de numerosas antas en la zona de Mayorga y Valencia de Alcántara. Otros hallazgos son notificados por Barrantes en 1875 (2) Tubino en 1876 (3), Vilanova y Piera en 1889 (4), Rada y este mismo en 1890 (5). Ya en este siglo, el Marqués de Monsalud (6) escribe sus exploraciones en la Vega de Harnina y Rosox de Luna sus investigaciones en la zona de Miajadas (7). V. Paredes, en 1909 (8) relata las excavaciones de Sande en los dólmenes de Garrovillas y las suyas propias en los dólmenes del Cerro de la Horca. Los trabajos de Hernández Pacheco en Extremadura desembocan en la publicación de los dólmenes y pinturas de Alburquerque (9).

Los catálogos de J. Mélida (10) señalan el hito más importante de los estudios referidos a la zona. Efectivamente, Mélida recoge todas las noticias anteriores que actualiza estructurándolas a modo de catálogo de monumentos con una descripción de los mismos y sus ajuares, así como de los objetos que en este momento se encontraban en los Museos de Cáceres y Badajoz, algunos ya recogidos en el siglo anterior por Romero de Castilla (11). Mélida establece por primera vez dentro de los sepulcros megalíticos de la región, una clasificación según su tipología con una implicación cronológica en la que se plantea la incidencia de los influjos orientales.

El siguiente capítulo en la investigación es el protagonizado por G. y V. Leisner, más por su aportación a la teoría interpretativa general que por su estudio de la zona extremeña donde únicamente se li-

mitan a reflejar los datos de los catálogos de Mélida (12).

Con una intención menos ambiciosa, M. Begger realiza su memoria de Licenciatura en 1959 (13) ordenando los datos conocidos y aportando los que provenían de sus prospecciones, documentando con plantas, alzados y descripciones hasta un total de 66 dólmenes. Las noticias de más hallazgos se suceden, sin otro interés que el meramente acumulativo (14), hasta que se produce la excavación del dolmen de Lácara por M. Almagro y otros de la zona de Mérida y Valencia de Alcántara (15). Podemos decir que estos últimos trabajos inauguran la línea actual de la investigación dirigida a la documentación arqueológica de estos monumentos.

Posteriormente trabajos arqueológicos son los de Cleofé Rivero (16), los que llevó a cabo Rosario Lucas en los dólmenes de la Zafra de Valencia de Alcántara o las síntesis sobre la provincia de Cáceres de M. Beltrán (17).

Nosotros nos hemos planteado la cuestión como el análisis de una cultura que no se ciñe a los límites políticos de la Extremadura actual y que hay que considerar en relación a los datos de la cercana zona portuguesa y a las provincias de Salamanca, Córdoba, Toledo y Huelva. De ahí que nuestros trabajos se hayan dirigido a las zonas de mayor posibilidad de relación. Así la documentación con situaciones, plantas, alzados y excavación de la zona de Barcarrota tan cercana al importante núcleo megalítico de Elvas; por otro lado, los trabajos desarrollados en la sierra de Huelva, especialmente en la ribera del Chanza. Las excavaciones de los dólmenes de Azután y La Estrella, en Toledo, importante nexo entre el megalitismo de la Meseta Sur y la zona extremeña, y, por último la exhaustiva documentación de los conjuntos megalíticos de Valencia de Alcántara y Santiago de Alcántara.

Todo ello, nos ha llevado a constatar la existencia de diferentes técnicas constructivas que implican

fundamentalmente dos momentos cronológicos que pueden demostrarse fehacientemente en los puntos álgidos de su desarrollo. Como ya señalaban los Leisner, parece clara la dicotomía de principio entre las cámaras ortostáticas con o sin corredor propiamente megalíticas y las construcciones de mampostería con cubierta de falsa cúpula. Para las una tenemos fechas de C14 (Orca dos Castenairos, 3110 a. C.; Carapito I, 2900 a. C.) que nos llevan al IV y III milenio y que aún son más altas si consideramos el C14 calibrado o la TL; para las otras, el C14 arroja fechas de mediados del III milenio en adelante. Es decir, nos hallamos no sólo ante una diferencia temporal, sino también ante el cambio que significa el paso de una cultura neolítica que no conoce el metal a un colectivo que utiliza el cobre y fabrica objetos con él.

Este importante hecho cultural nos plantea una cuestión metodológica de base. Si llamamos megalitismo a todo, estamos hablando de una cultura unitaria que ocupa tres milenios de antes de la Era y que alberga monumentos y ritos muy variados e incluso objetos arqueológicos bastante dispares, además de una connotación social diferente que viene dada por el conocimiento de técnicas metalúrgicas y por la existencia de poblados fortificados a partir de mediados del III milenio, en evidente relación con los monumentos tipo *tholos*.

En definitiva, que si continuamos englobando dentro de la denominación «megalitismo» esta amplia gama de monumentos, poblados y objetos por continuar la tradición investigadora, hemos de ser conscientes de lo que ello implica culturalmente y dirigir nuestros estudios al estudio de cada una de las formas, al modo de relación de ambas facies, pues es evidente también que coinciden en algún momento de su desarrollo aportándose mutuamente diferentes elementos técnicos, constructivos, ideológicos, etcétera.

Nosotros analizaremos brevemente aquí los monumentos megalíticos ortostáticos de la zona extremeña.

#### CARACTERÍSTICAS CONSTRUCTIVAS

Ya Mérida comentaba la uniformidad de los tipos ortostáticos extremeños. En general, se admite que éstos constan de una cámara poligonal o de tendencia circular con o sin corredor. Suelen construirse con grandes ortostatos de granito prácticamente sin preparar, aunque también existen como hemos podido comprobar, construcciones realizadas en pizarra como las del Porquero en Valencia de Alcántara o las de Santiago de Alcántara, por poner algún ejemplo.

En este último caso, se trata de cistas megalíticas o pequeñas galerías, tipo hasta ahora inédito en la zona y bastante interesante a la hora de documentar los momentos iniciales del megalitismo extremeño en relación con las vecinas necrópolis portuguesas de cistas como Ourique, Monchique o Antas da Barroca. El material suele ser pobre y fundamentalmente hachas de piedra pulida, microlitos y hojas de sílex, además de alguna cerámica lisa. Nuestros sepulcros de Baldío Mochón o Valle Pepino son sensiblemente similares al Anta 10 das Areias o al Anta

1 da Herdade de Falcoeira, estudiados por los Leisner en la zona de Reguengos (18).

Un momento posterior está representado por las grandes cámaras con corredor, pues la existencia de cámaras sin corredor no está suficientemente bien documentada. De las primeras señalaremos una serie de características arquitectónicas que nos parecen interesantes.

Las cámaras poligonales adquieren esta forma al encontrarse los ortostatos apoyados unos sobre otros para sostenerse entre ellos. En estos casos, la cámara tiene 6 ó 7 ortostatos que llegan a alcanzar los 3 metros de altura como en el dolmen de la Mezquita (Valverde de Leganés. Badajoz). Otras veces se obtienen cámaras circulares a base de ortostatos perfectamente recortados y encajados unos junto a otros. Entonces la cámara tiene 12 ó 14 ortostatos y diámetros mayores (5 metros). Este es el caso del sepulcro de Jerez de los Caballeros o de los de Magacela y Azután, por poner algunos ejemplos.

Aquí se plantea el problema de la cubierta. En el caso de Jerez se reconocen las hileras que formaban parte de la falsa cúpula; en los otros, el problema no queda claro, pues nuestras excavaciones en Azután y la Estrella no proporcionan ni un sólo elemento de laja pequeña que hiciera pensar en una cubierta similar. Es de destacar que tanto en Azután como en Magacela, las piedras de la cámara situadas junto al acceso del corredor son de mayor altura y están inclinadas hacia el interior de la cámara al modo de los monumentos techados con *chapeaux*. Podríamos pensar en varias lajas adinteladas o quizá en una cubierta precedera de ramas y palos.

Las cámaras suelen ser cerradas pero también se da la existencia de algún ortostato recortado de menor tamaño que el resto y que deja un espacio libre entre éste y la cubierta. Hemos documentado esto en el dolmen de la Mezquita y otros de la zona de Barcarrota y en las cámaras de Magacela y Azután y lo que es más, siempre en la misma posición respecto a la entrada. Se trata de la segunda piedra a la izquierda del ortostato central. Este es un hecho que nos llama la atención y que de momento resulta inexplicable. No parece lógico que introdujeran los cadáveres por este lugar pues es más fácil el acceso del corredor. Tampoco parece explicación que se trate de un lugar por donde comprobar el estado de conservación de los enterramientos, pues el túmulo debía cubrir por completo la cámara, como hemos observado en Azután.

Un caso particular dentro de los componentes arquitectónicos de la cámara es el círculo de ortostatos que rodea a ésta en el dolmen de Azután y en el de la Estrella, dejando un espacio intermedio que alguna vez debió de ser utilizado, como demuestra el haber hallado en su interior cerámica y microlitos, además de decoraciones en la cara interna de los ortostatos. No hemos de confundir estos aditamentos de la cámara con los cromlechs que se señalan alrededor de algunos dólmenes vascos, por lo general de menor tamaño que las piedras de la cámara y que son más bien una especie de contrafuerte de ésta, así el anillo de losas de Galupa II (19). En el caso que señalamos, los ortostatos poseen la misma altura que los de la cámara. Círculos parecidos

se han documentado en la cercana provincia caceña (El Guadalperal) y en la provincia de Salamanca.

Por lo que se refiere al modo en que las piedras han sido colocadas, en los casos comprobados, se ha realizado una pequeña fosa del tamaño del ortostato en el terreno para encajarlas —caso de las cistas de Santiago— o se han hincado en el terreno entibándolas con grandes cantos como se observa en el dolmen de la Mezquita.

En cuanto a los corredores, aparte de su longitud, podemos distinguir arquitectónicamente unos corredores realizados con piedras hincadas a la misma altura del terreno que la cámara, pero de menor tamaño que las de ésta, que son la mayoría, y otros cuya función arquitectónica es más que discutible. Este es el caso del corredor del dolmen de La Mezquita que decrece enormemente desde 1,50 metros de altura junto a la cámara hasta 40 cm. en las piedras finales; más parece una señalización hacia la cámara que una galería de acceso e incluso es dudable que tuviese cubrición alguna pues sería imposible pasar a través de él.

Igualmente significativo es el caso de Azután, donde las piedras del corredor, excepto las dos más cercanas a la cámara están literalmente hincadas en el túmulo, a 50 cm. de altura respecto del suelo de la cámara.

Otro elemento interesante es el túmulo. Muy pocos son los que han llegado hasta nosotros por diferentes causas; no obstante en lo que hemos podido analizar revelan un sustancial esfuerzo con el fin de obtener una construcción artificial de un perímetro en ocasiones considerable alrededor del monumento megalítico.

En las cistas de Santiago observamos un túmulo bastante ceñido a la longitud máxima de éstas, hecho que también hemos podido documentar en sepulturas semejantes de la zona de Alcántara. Está constituido por una amalgama de tierra y piedras contenida por bloques de cuarzo blanco. La particularidad más notoria es que el color de la piedra destaca a lo lejos en la superficie de la colina artificial ejerciendo en el paisaje una señal evidente de localización. Este hecho también lo observa V. Oliveira Jorge en los túmulos de Outeiro da Gregos (20).

Otros túmulos son de mayor tamaño con un diámetro en torno a los 20 metros y están compuestos también de piedra y tierra. Destacan por su especial elaboración el de Azután con tres líneas de contención de enormes bloques de granito y los de algunos dólmenes de Valencia de Alcántara, especialmente el de las Datas II. Por otra parte, suele apreciarse en ellos cierta intención de disposición radial entre las piedras que forman la masa tumular.

Es evidente que el túmulo jugaba un papel tan importante por lo menos como el de la propia construcción megalítica.

#### CULTURA MATERIAL

A las gentes que erigieron estos monumentos corresponde una cultura material que en líneas generales es conocida de todos, por lo que tan sólo se-

ñalaré algunas características que parecen interesantes a la hora de emitir un juicio sobre la asociación de ciertos ajuares a un determinado tipo de planta y las implicaciones cronológicas que ello revela.

#### Lítico

En lo que se refiere al grupo de pulidos, la pieza más representada es el hacha de sección rectangular con los filos pulimentados y el resto desbastado. Ello no obsta a la presencia de hachas totalmente pulimentadas de secciones más gruesas, con tendencia al círculo.

En este grupo han de incluirse también azuelas y cinceles, generalmente realizados con fibrolita ve-teada y de pequeño tamaño, lo que ha llevado a la denominación genérica de hachitas votivas. Quizá podríamos pensar en su función para trabajos especializados de madera o piel.

Los instrumentos en piedra pulida de mayor tamaño, tipo azada o similar, son muy poco conocidos.

En cuanto a la industria sobre lámina y lasca, lo primero que destaca es la gran abundancia en todos los dólmenes de microlitos trapezoidales con retoque abrupto o semiabrupto. Este es el caso del dolmen de Lácara, el de Azután; algunos de Valencia de Alcántara como El Corchero, Las Tapias, las Lanchas, otro de la provincia de Cáceres como el de la Vega del Niño, etc. Ciertamente, no aparecen en todos en la misma proporción, siendo mayoría en el de Azután o en el de la Vega del Niño, dato interesante si tenemos en cuenta que se trata de excavaciones recientes y que en ambos casos se documentan igualmente deshechos de talla, núcleos, perforadores, microrraspadores, etc., es decir, una industria mucho más compleja de la que se adscribía al ajuar de los dólmenes en la época en que muchos de ellos fueron materialmente vaciados. Aparecen también núcleos de cristal de roca como ya se ha señalado en otras ocasiones.

Los diferentes tipos de punta de talla bifacial están presentes y sólo conocemos bases excavadas y aletas desarrolladas en Lácara, pero todas se encontraron en el corredor con puntas Palmela y algún fragmento de campaniforme.

En cuanto a la cuestión de las hojas retocadas, poco tenemos que añadir a lo ya dicho, salvo señalar que faltan por completo las grandes hojas retocadas tan típicas de los ajuares propios de los *tholoi* calcolíticos.

La *cerámica* aparece en su totalidad sin decoración, exceptuando el fragmento impreso del dolmen de las Tapias I. Suelen ser formas de cuenco y, con mucha frecuencia, vasos de paredes rectas y fondo prácticamente plano. Quizá los vasos más interesantes para nosotros por su estado de conservación son los del dolmen de la Estrella que entran dentro de las formas globulares tan comunes en los sepulcros con material antiguo de Reguengos. Lo cierto es que la cuestión cerámica resulta difícil de analizar debido al generalizado estado fragmentario de la misma y hemos de basarnos más directamente en los datos que nos proporcionan los lugares de habitación. No obstante pueden destacarse algunas formas indicativas como la cuchara del dolmen de El Corchero o la

presencia de almagra en algunas piezas del dolmen de Azután y del de La Zafra.

El objeto más común dentro de los adornos personales son las cuentas discoidales de pizarra o de diferentes formas en piedras duras generalmente de color verde. Por su originalidad destacan los adornos en piedra verde de Las Eras del Garrote en el Museo de Cáceres.

## RITUAL DE ENTERRAMIENTO

En principio, podemos afirmar que los sepulcros megalíticos son un lugar de enterramiento colectivo, si bien hoy día se plantean cuestiones de funcionalidad como referencia de un grupo respecto a su territorio o lugar de reunión cultural —esto último señalado en dólmenes de profusa decoración—. Personalmente, creo que estas cuestiones no son incompatibles y que el esfuerzo grupal que representa una construcción de este tipo implica algo más que el mero culto a los muertos y quizá ello pueda relacionarse con las funcionalidades señaladas u otras que no son desconocidas.

El primer problema que se nos plantea respecto a los sepulcros extremeños es que prácticamente no se han recuperado restos humanos en las excavaciones, pues en la mayor parte se trata de antiguas exoliaciones y todo lo que podemos saber es que se observaron gran cantidad de huesos como nos dice el Marqués de Monsalud o Paredes en alguno de sus escritos. La única referencia al tema que poseemos son los restos del dolmen de Azután, hoy en estudio por la doctora Garralda. Es de destacar en primer lugar la gran cantidad de huesos humanos que encontramos en la cámara y ninguno en el corredor; por otra parte la inconexión anatómica era evidente pero de ello no podemos deducir nada puesto que la cámara fue removida en época moderna. Otro dato a señalar es la profusión de huesos pintados en rojo que plantea una vez más el tema de los enterramientos secundarios.

Enterramientos primarios o secundarios, éstos se realizaban con algún ritual de una complejidad que hoy desconocemos y que comenzaría por la disposición del cadáver junto a los vasos —quizá con comida— y los útiles además de sus adornos personales entre los que se encontrarían las placas decoradas. La existencia de otro tipo de ceremonias nos la indica la presencia de grabados y el reconocimiento de algunos espacios reservados o destacados de algún modo especial. Este es el caso de la hoguera que encontramos en la galería de Baldío Morchón en Santiago de Alcántara, sobre la que aparecía una piedra profusamente decorada con cazoletas.

Este hecho se repite de modo similar en Azután, donde en un lateral de la cámara y bajo un ortostato decorado con cazoletas en el anverso y con un grabado semicircular en el reverso, se hallaba una losa de pizarra con cazoletas en ambas caras y sobre ella una pieza granítica paralelepípeda en cuyo frente superior aparecía una gran cazoleta.

Estos datos reflejan efectivamente, la existencia de un ritual más complejo que nuevas excavaciones nos ayudarán a matizar.

Por otra parte, no hemos de olvidar que dentro de las cuestiones de ritual hemos de integrar la decoración de los dólmenes y los objetos muebles que en ellos aparecen, pues su directa asociación sólo puede entenderse como una preparación de los monumentos con una finalidad que desconocemos pero que en buena lógica debe remitirse a la ideología que propició este tipo de construcciones.

Aquí podría plantearse la diferencia entre unos dólmenes decorados profusamente, otros que lo están menos y otros que no lo están en absoluto. Ello podría responder a la importancia mayor de algunos monumentos dentro de un grupo porque constituyesen efectivamente el hito de referencia de éste o porque representasen a algún poder. Lo que es cierto es que de momento con los datos disponibles nos resulta muy difícil explicar estas innegables diferencias.

## ARTE

El modo de plasmación de estas ideas y el concepto de la vida y la historia de estas gentes es lo que nosotros hemos agrupado en una serie de tipos y hemos dado en denominar arte megalítico y arte esquemático.

Evidentemente, esta es una hipótesis discutible pues aún hoy día no se ha generalizado una opinión sobre el origen del arte esquemático. No obstante puede afirmarse a través de los paralelos que nos proporcionan los objetos arqueológicos como algunas cerámicas impresas (21), un origen neolítico para el mismo y una vigencia importante que coincide con el desarrollo de la cultura megalítica. Naturalmente, aquí surge la cuestión de la aceptación o no de una fecha neolítica para la erección de estos monumentos, pese a lo cual puede admitirse la segunda parte de la hipótesis que haría coincidir buena parte del desarrollo del arte esquemático con la cultura megalítica.

Dentro del arte esquemático se incluyen diversas técnicas, así la pintura, el grabado al aire libre o sobre objetos muebles.

Asociados a los dólmenes se documentan tanto objetos decorados que éstos contienen, como decoraciones de las que las piedras del monumento son el soporte, con iconografías similares a las que aparecen en lo que llamamos arte esquemático.

En el primer caso, es decir, en el de los objetos decorados que se incluyen en el ajuar de los enterramientos están los ídolos muebles que en la zona extremeña se limitan fundamentalmente a las placas con decoraciones geométricas y antropomorfas. Una versión de estas placas que incluso aparecen con manos y collares o con los brazos separados son las estelas antropomorfas.

La riqueza de estos objetos en este área concreta y la abundancia de estelas antropomorfas, nos está hablando de la gran fuerza que en la zona posee esta tradición de representación humanizada que formará parte del sustrato local de las denominadas estelas del Suroeste, como se desprende de la iconografía de algunos tipos humanos como el de la estela de Torrejón el Rubio (22).

Detenemos en el análisis de las estelas antropomorfas excede la intención de este trabajo, aunque no dejaré de señalar el hecho de que estas piezas repiten una iconografía que encontramos en las placas, en el arte pintado o en piezas del mismo tipo que conocemos en la vecina zona portuguesa y en otros lugares europeos. Parece evidente que estas estatuas-menhir y estelas antropomorfas adoptan en toda Europa características regionales propias pese a que responden a una misma intención expresiva que se desarrolla a partir del neolítico final.

Por lo que se refiere a las figuraciones que encontramos en el interior de los dólmenes extremeños, se diferencian algunos tipos que pueden agruparse del siguiente modo:

**Cazoletas.** Destacan por su profusión. Hemos comprobado su existencia en la parte superior de la tapa de algunos dólmenes, en la laja de la cabecera de Baldío Morchón, en la piedra de su corredor, en la decoración del dolmen de Magacela, en la de Azután y La Estrella. En muchos casos, como en el de Magacela y Azután, las cazoletas situadas en la parte superior de los ortostatos no se veían una vez colocada la cubrición y quizá haya que interpretarlas con un intento de dotar de cierta significación a la piedra que hoy desconocemos.

**Antropomorfos.** Aparecen grabados en Azután —uno de los tipos que Breuil denominó cuadráticos en la pintura esquemática extremeña— y La Estrella donde son cruciformes y de brazos en asa. En Magacela se trata de un ramiforme con una gran cazoleta en la parte superior.

**Motivos geométricos.** Cuadrados y rectángulos en Azután.

## NOTAS

(1) Viu, J.: *Extremadura. Colección de sus inscripciones y monumentos*. Madrid, 1852.

(2) Barrantes, V.: *Aparato bibliográfico para la Historia de Extremadura*. Madrid, 1875.

(3) Tubino: Monumentos megalíticos de Andalucía, Extremadura y Portugal. *Museo Español de Antigüedades*. Tomo VII. 1876, págs. 309, 316 y ss.

(4) Villanova y Piera, J.: *Valencia de Alcántara en el contexto megalítico peninsular*. 1889.

(5) Rada Delgado, J.; Vilanova y Piera, J.: Geología y Protohistoria ibéricas. *Historia General de España*. Vol. I. Madrid, 1890-1894.

(6) Monsalud: «Prehistoria de Extremadura. La Vega de Harnina en Almendralejo». *Revista de Extremadura*. Tomo II. 1900, págs. 193-201.

(7) Roso de Luna, M.: «Notas arqueológicas». *Revista de Extremadura*. Tomo VII, 1906, págs. 433-439.

(8) Paredes, V.: «De la sociedad excursionista extremeña y algo de Prehistoria de Extremadura». *Revista de Extremadura*. Tomo XI, 1909, págs. 418-427 y 433-442.

(9) Hernández Pacheco, E.: «Apuntes de geología extremeña». *Revista de Extremadura*. Tomo III, 1901, núm. XX, páginas 49-60 y núm. XXI, págs. 97-109.

Hernández Pacheco, E. y Cabrera, A.: «Pinturas prehis-

*Armas*. Sólo conocemos la hoja triangular del mismo tipo que las de Soto del sepulcro de Magacela, incluso realizada con la misma técnica de abrasión.

*Idolos*. Se pueden considerar como tal los ancoriformes del dolmen de Magacela.

Todos estos grabados en algunas ocasiones van acompañados de pintura, como hemos comprobado en Soto I, Los Gabrieles (Huelva), donde se han conservado o en estelas como la de Nossa Senhora de la Esperança (23) y Peñatú (24).

En definitiva, tenemos en la Extremadura española unos monumentos funerarios clara continuación de los conocidos en Portugal; pero con unas características propias, como las Arquitecturas de Azután y La Estrella o como la profusión dentro de lo que cabe de decoración y algunas cuestiones de ritual que nos llevan a pensar que las construcciones megalíticas occidentales y la expresión que como cultura representan tiene una vida propia en cada región con una fuerte huella del sustrato local, como de hecho ya se ha comprobado arqueológicamente en la zona portuguesa.

*Grosso modo*, podríamos hablar de pequeñas cistas o galerías de pizarra, sepulturas de corredor corto y cámara pentagonal y sepulturas de cámara circular y corredor largo, mostrando entre ellas una fuerte relación que nos lleva a plantear la contemporaneidad de sepulcros como el de Azután y La Estrella con los de Valencia de Alcántara, por poner un ejemplo, explicando las diferencias arquitectónicas como un camino abierto a la expresividad propia de grupos regionales. En suma, entender la arquitectura dolménica en relación con los ajuares para dar lugar a una seriación más humana que la puramente tipológica.

tóricas de la región de Alburquerque». *Comisión de Investigaciones paleontológicas y prehistóricas*. Madrid, 1916

(10) Mérida, J.: «Arquitectura dolménica ibérica. Dólmenes de la provincia de Badajoz». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. Madrid, 1914.

Mérida, J.: «Monumentos megalíticos en la provincia de Cáceres». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, 19. Madrid, 1920.

Mérida, J.: «Grupo de dólmenes del término de Barcarrota (provincia de Badajoz)». *Sociedad Española de Antropología*. Mem. Tomo III, 1924.

(11) Romero de Castilla, T.: *Inventario de los objetos recogidos en la Comisión Provincial de Monumentos de Badajoz*. Badajoz, 1896.

Romero de Castilla, T.: «Comisión de Monumentos históricos y artísticos de la provincia de Badajoz». *Revista de Extremadura*. Tomo I, 1900, págs. 253-260.

(12) Leisner, G. y V.: *Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel*. Berlín, 1959, págs. 298-329.

(13) Berges, M.: *Megalitismo en Extremadura*. Tesis de Licenciatura, Madrid, 1959.

(14) Sayans Castañón, M.: *Artes y pueblos primitivos de la Alta Extremadura*. Plasencia, 1957.

Soria Sánchez, V.: «Hallazgos arqueológicos recientes en



Extremadura». *XV CNA*. Zaragoza, 1977-Zaragoza, 1979, páginas 903-914.

Soria Sánchez, V.: «Noticias arqueológicas recientes en Extremadura». *XII CNA*. Zaragoza, 1975, págs. 37-44.

Soria Sánchez, V.: «Informaciones sobre arqueología extremeña». *Revista de Estudios Extremeños*. Tomo 29, 1973, Tomo 1, págs. 509-512.

Soria Sánchez, V.: «Restos arqueológicos en Extremadura». *XII CNA*. Jaén, 1971; Zaragoza, 1973, págs. 857-864.

Sos Baynat, V.: «Hallazgos prehistóricos de Logrosán». *Revista de Estudios Extremeños*. 1977, núm. II, Tomo XXXIII, páginas 261-280.

(15) Almagro, M.: «Los dos dólmenes de la 'Dehesa de la Muela'. La Roca de la Sierra (Badajoz)». *Trabajos de Prehistoria*, XVI. Madrid, 1965.

Almagro, M.: «Excavaciones en el sepulcro megalítico de la Pizarrilla, Jerez de los Caballeros (Badajoz)». *Trabajos de Prehistoria*, X. Madrid, 1963.

Almagro, M.: «Megalitos en Extremadura I y II». *Excavaciones Arqueológicas en España*, núms. 3 y 4. Madrid, 1962.

Almagro, M.: «Un ajuar dolménico excepcional procedente de la Granja de Céspedes de Badajoz». *Homenaje a Cayetano Merigelina*. Murcia, 1961-1962.

Almagro, M.: «Excavaciones en el sepulcro de corredor megalítico de Lácara, Mérida (Badajoz)». *Revista de Estudios Extremeños*, 1959, Tomo XV, núm. 2, págs. 249-314.

(16) Rivero de la Higuera, M.<sup>a</sup> C.: «La planta del dolmen

de Leoncillo I (Vilar del Rey, Badajoz)». *XI CNA*. Mérida, 1968. Zaragoza, 1970, págs. 260-264.

(17) Beltrán Lloris, M.: *Museo de Cáceres, Sección de Arqueología*. Ministerio de Cultura, 1982.

Beltrán Lloris, M.: *Estudios de arqueología cacereña*. Zaragoza, 1973.

(18) Leisner, G. y V.: *Antas de Reguengos de Monsaraz*. Lisboa, 1951, pág. 22, Est. XXXVII.

(19) Apellaniz, J. M.: «Los dólmenes de Galupa I y II (Trucios, Carranza, Vizcaya)». *Noticario Arqueológico Hispánico*. X, XI y XII, 1966-68. Madrid, 1969, págs. 121-122.

(20) Oliveira Jorge, V.: *O megalitismo do Norte de Portugal*. Porto, 1983, pág. 701.

(21) Marcos Pous, A.: «Sobre el origen neolítico del arte esquemático peninsular». *Corduba Archaeologica*, núm. 9, 1980-81, págs. 63-71.

Navarrete, M. S.; Capel, J.: «Avance al estudio del material de la cueva de Prado Negro (Iznalloz, Granada)». *XIV CNA*. Zaragoza, 1977, pág. 367.

(22) Bueno, P.; Piñón, F.; Torres, F.: «Tres nuevas estelas del Suroeste». *Revista de Estudios Extremeños*. En prensa.

(23) Breuil, H.: «La roche peinte de Valdejuncos». *Terra Portuguesa*, año II, núm. 13-14, 1917, pág. 26.

(24) Bueno, P.; Fernández Miranda, M.: «El Peñatu de Vi-diago. Llanes (Asturias)». *Altamira Symposium*. Madrid, 1981, págs. 451-468.

## El Calcolítico en la Cuenca Media del Guadiana y la necrópolis de la Pijotilla

Víctor Hurtado Pérez

Hasta hace muy pocos años la Cuenca Media del Guadiana ha adolecido de falta de excavaciones por las que pudiésemos interpretar la secuencia cultural de la prehistoria extremeña. A pesar de ello la presencia del fenómeno megalítico era patente a través de las numerosas estructuras dolménicas que se encuentran en la región. Los escasos datos que se han obtenido de ellas —en su mayor parte se encuentran expoliadas— muestran la conexión que Extremadura tuvo con la Cultura del Alentejo portugués, siendo una prolongación de ésta, especialmente al norte del río Guadiana.

En la actualidad se han comenzado a excavar varios poblados calcolíticos y a realizar sistemáticas prospecciones arqueológicas que demuestran la aglomeración de yacimientos en la Cuenca Media del Guadiana y la importancia que la zona adquiere durante este momento cultural. A través de esta información podemos ahora esbozar un ensayo del desarrollo cultural del Calcolítico extremeño y la posible conexión de las sepulturas con determinadas fases.

Una de las mayores dificultades con las que se tropieza en el estudio del Megalitismo es precisamente intentar establecer la evolución de las sepulturas y su correspondencia con las fases de poblados, por lo que los hallazgos de hábitats con necrópolis asociadas resultan muy importantes. Por el momento en la Cuenca Media del Guadiana sólo ha aparecido el yacimiento de la Pijotilla (Badajoz) con tal asociación y éste aún se encuentra en proceso de excavación; pese a ello creemos que ya es posible adelantar algunas conclusiones que se pueden exponer como hipótesis para la comprensión de este momento en la mencionada zona.

Es preciso tener en cuenta que se trata de esbozar en esta ponencia las consideraciones en torno a los resultados obtenidos sin que podamos documentar a fondo todo lo expuesto, ya que ello tendrá lugar en una próxima publicación. Por otra parte los esca-

sos poblados excavados hacen que el estudio sobre el Calcolítico extremeño sea considerado incipiente y la secuencia cultural de la zona poco estable aún, pero creemos que es necesario ir estableciendo los puntos de apoyo que se matizarán y consolidarán en futuros trabajos.

### EL CALCOLITICO EN EL SUDOESTE PENINSULAR: LAS BASES DE ESTUDIO

Hasta hace pocos años el período Calcolítico había sido dividido en dos fases, precampaniforme y campaniforme, denominadas I y II y precedidas por los nombres de los dos yacimientos de mayor relieve en el sudeste y sudoeste peninsular, como son Los Millares y Vilanova de San Pedro respectivamente. Esto suponía que el elemento base para la identificación cultural y el encuadre de un determinado yacimiento en una de las fases fuese la aparición o ausencia de campaniforme, quedando este período condicionado por tal fósil director. Sin embargo, en la actualidad se tiende a considerar facies sin campaniforme o zonas donde el Campaniforme llega con retraso y a la revisión misma del fenómeno campaniforme. E igualmente se procura matizar más pormenorizadamente el Calcolítico incrementando sus fases o subdividiendo las ya existentes identificándolas por zonas concretas.

A este respecto hemos procurado atender al estudio de zonas en el sudoeste peninsular con objeto de diferenciar o identificar la que nos ocupa, la Cuenca Media del Guadiana. En el sudoeste existe una cierta homogeneidad cultural que permite su unificación, diferenciándose de otros círculos peninsulares; incluso se está llegando a matizar fases dentro de él atendiendo a determinadas formas cerámicas cuyo funcionamiento es el mismo en los yacimientos excavados hasta ahora.

En 1979 tuvo lugar una Mesa Redonda en Setúbal (Portugal), sobre la Prehistoria del Sudoeste, donde



Figura 1. Situación de la Cuenca Media del Guadiana y la Pijotilla.

se trató especialmente el período Calcolítico. A través de los arqueólogos que habían trabajado en el Sudoeste y de acuerdo con los resultados obtenidos por C. Tavares y J. Soares en varios yacimientos del sur portugués (1), se establecieron tres fases del Calcolítico definidas por la aparición de ciertas formas cerámicas y su carácter porcentual.

Estas fases se identifican como sigue:

— La primera por la presencia de un recipiente cerámico predominante que los portugueses denominan «*taça carenada*» —o cazuela carenada— caracterizada por su gran anchura y una corta pared recta o inclinada sobre la carena mientras que la parte inferior suele ser redondeada, más o menos profunda.

— La segunda fase correspondería al Calcolítico Pleno. Continúa la forma anterior pero en un porcentaje muy bajo respecto a una nueva forma que hace ahora su aparición, el «*plato*», en general muy ancho, bajo, con bordes preferentemente engrosados, bruñido el interior y tosco el exterior.

— La tercera fase se caracteriza por la intrusión de la cerámica campaniforme entre los elementos característicos de la fase anterior.

Este esquema sirvió de base para la identificación y desarrollo de los yacimientos calcolíticos como hi-

pótesis de trabajo. Posteriores excavaciones continúan afirmando esta evolución, aunque conviene tener en cuenta que en la mayoría de los casos se trata de estratigrafías en horizontal y que aún no se conoce plenamente la primera fase por hallarse varios yacimientos en vías de excavación o publicados parcialmente. Pero sí es interesante observar el comportamiento de las formas cerámicas, similares en todo el sudoeste y que incluso llegan a afectar el sudeste, donde en las Peñas de los Gitanos de Montefrío se vuelve a confirmar esta seriación, esta vez sobre estratigrafía vertical (2).

Así pues, para el estudio del Calcolítico en la Cuenca Media del Guadiana hemos procurado aplicar esta secuencia con objeto de situar en ella los poblados excavados hasta ahora y en particular La Pijotilla.

#### LA SECUENCIA CULTURAL DE LA CUENCA MEDIA DEL GUADIANA. LA PIJOTILLA

La denominación de Cuenca Media del Guadiana es debida a que en ella se sitúan las excavaciones de los poblados calcolíticos que vamos a mencionar y en los que se identifican las diferentes fases. Por otra parte las prospecciones arqueológicas indican que es precisamente en el tramo del río Guadiana situado

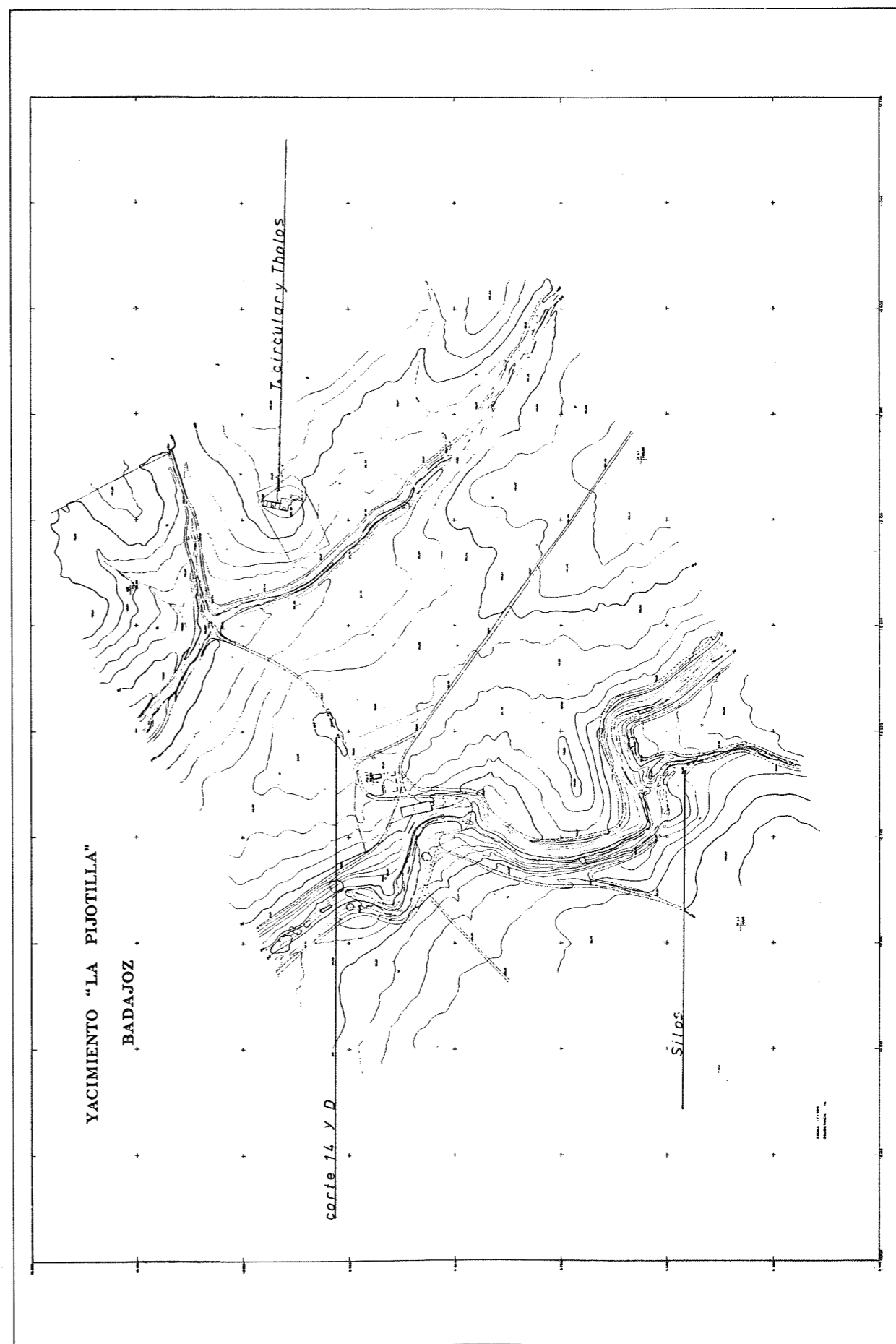


Figura 2. Situación de las excavaciones en el yacimiento.

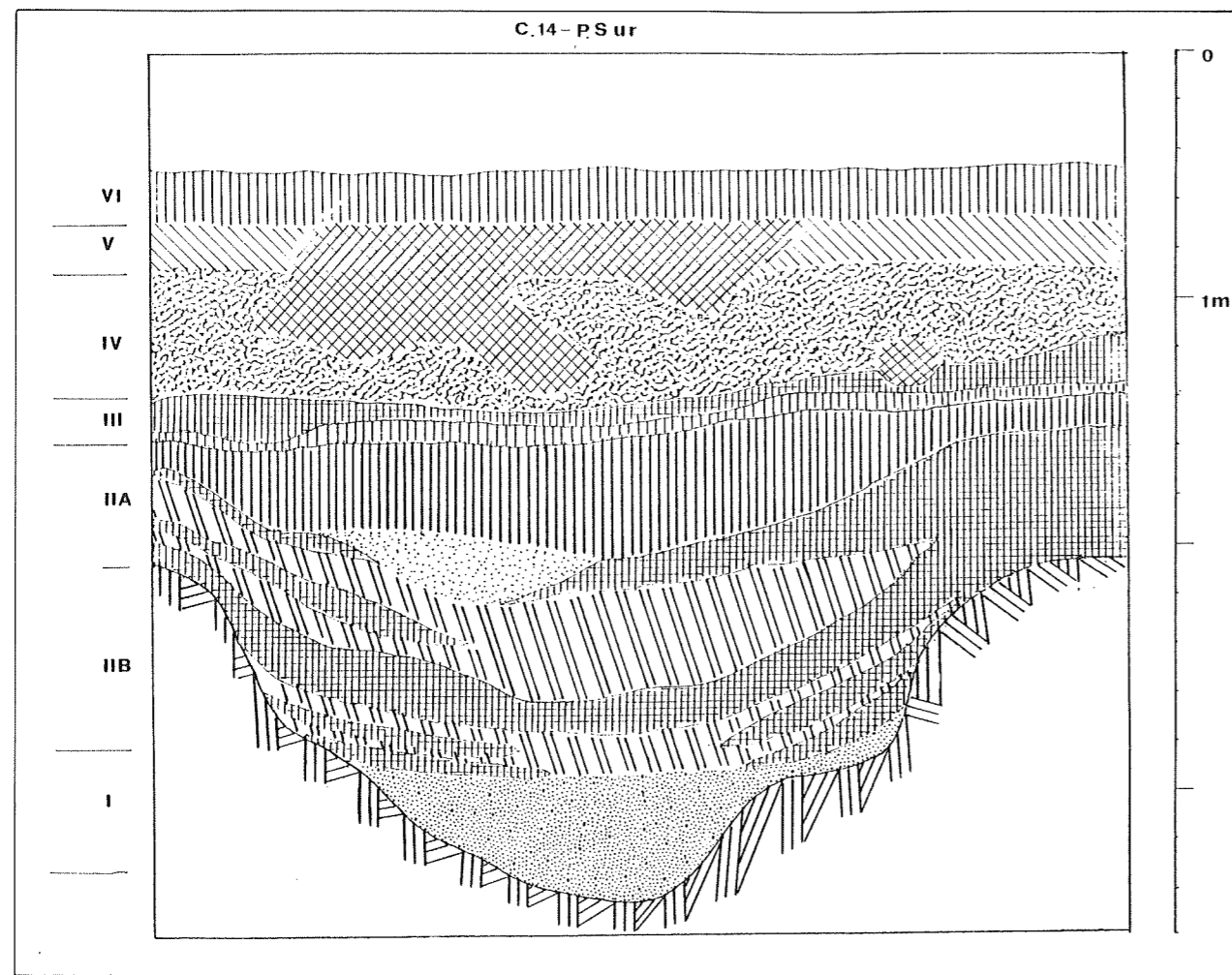


Figura 3. Pared Sur del Corte 14 y sección de la zanja.

en la provincia de Badajoz y en una relativamente estrecha franja al norte y sur del mencionado río donde se localiza la mayor aglomeración de yacimientos de este período cultural y donde se encuentran aquellos elementos que mejor definen la particular idiosincrasia de esta zona respecto de otras del sudoeste (Fig. 1).

#### I. ARAYA

Araya, yacimiento cercano a Mérida y actualmente en vías de excavación, representa la primera fase del Calcolítico en la zona, según los materiales hallados en superficie y en el primer sondeo (3). Aquí aparece un contexto muy similar al «Horizonte de Vale Pincel II» (4) o al de Papaúvas, Huelva (5), con la característica forma de cazuela carenada en un porcentaje muy superior a otras de tradición neolítica. Muy interesante resulta el hallazgo de una figurilla femenina realizada en barro cocido que supone la primera representación plástica naturalista de este período y un posible precedente de las figuras humanas de «brazos cruzados» del Calcolítico Final.

#### II. EL LOBO

El yacimiento de El Lobo se encuentra a las afueras de Badajoz capital (6). En él aparecen ya los

característicos «platos», tan frecuentes en el Calcolítico Pleno del sudoeste, sin embargo continúa siendo alto el porcentaje de cazuelas carenadas; también abunda la cerámica con decoración a la almagra —que posteriormente tiende a disminuir—; la industria lítica es de signo arcaizante —aunque creemos que muchos útiles son aprovechados de graveras más antiguas próximas al yacimiento— y aparecen ídolos, placas y báculos que indican el contacto con la zona alentejana — es quizá en este momento cuando haya que situar el apogeo de los dólmenes y la extensión de la Cultura del Alentejo en la Extremadura española—.

En los materiales de El Lobo se advierte una notable diferencia respecto de los de Araya y una mayor aproximación a los de la Pijotilla, pero resulta importante atender al carácter porcentual de los mismos y a la aparición de nuevos elementos para llegar a la matización de un desarrollo entre uno y otro yacimiento. Por otra parte es posible que el Lobo sea coetáneo de la Pijotilla, pero sólo en un primer momento de este último puesto que inmediatamente después encontramos determinados materiales que no aparecen en el primero y que sin embargo son detectados en otros, dando así una mayor conexión cultural a la Cuenca Media del Guadiana, cuando ya El Lobo ha sido abandonado.

### III. LA PIJOTILLA

El yacimiento de la Pijotilla, situado a 30 km al sudeste de la capital, ha sido dado a conocer en diversas publicaciones con motivo de la aparición en él de ciertos hallazgos que pueden calificarse de espectaculares (7). Uno de ellos lo constituyen los numerosos y variados ídolos cuya cantidad hace que por ahora la Pijotilla sea el yacimiento con mayor número de ídolos hallados en la Península Ibérica. También en superficie se localizaron otros materiales que, como la cerámica campaniforme, los vasos de piedra o los metales, mostraban la riqueza del yacimiento hasta el punto de resultar sorprendentes tales hallazgos en una zona considerada marginal. Incluso se llegó a pensar si el lugar sería un centro de culto en el que confluían manifestaciones de diferentes zonas culturales; pero las excavaciones y los estudios que hemos realizado indican que se trata de un yacimiento que por su situación de enclave entre la Extremadura portuguesa y el Valle del Guadalquivir recibe las aportaciones de ambas, además de la Meseta cuando tuvo lugar el apogeo del campaniforme Ciempozuelos.

La aparición de la Pijotilla coincide con el momento de pleno desarrollo del Calcolítico, cuando se in-

tensifica el comercio y consecuentemente los contactos culturales que enriquecen con nuevos productos el monótono contexto anterior. Este desarrollo se traduce también en cambios que afectan a las estructuras funerarias.

III a. El primer momento de ocupación del yacimiento de la Pijotilla comienza con un alto porcentaje de «platos» —superior al de El Lobo— y vasos cerrados; las cazuelas carenadas quedan reducidas a una escasa representación. Las formas cerámicas y sus porcentajes son muy similares a las que se encuentran en Valencina de la Concepción, Sevilla (8), yacimiento con el que la Pijotilla tiene mucha afinidad; incluso en ambos se desarrolla un sistema de zanjás cuya primera finalidad es difícil de precisar pero que en el caso de la Pijotilla se aprovechó como «basurero», rellenándose rápidamente (Figs. 3 y 4).

También en el primer nivel se encuentra una interesante decoración cerámica que ha sido considerada «fósil director»; se trata de las llamadas «pastillas repujadas» cuya técnica consiste en perforar la pared del vaso desde el interior hasta formar un pequeño abultamiento externo o pastilla, lo que la diferencia notablemente de otras decoraciones en relieve en su ejecución, pero puede ser confundida si

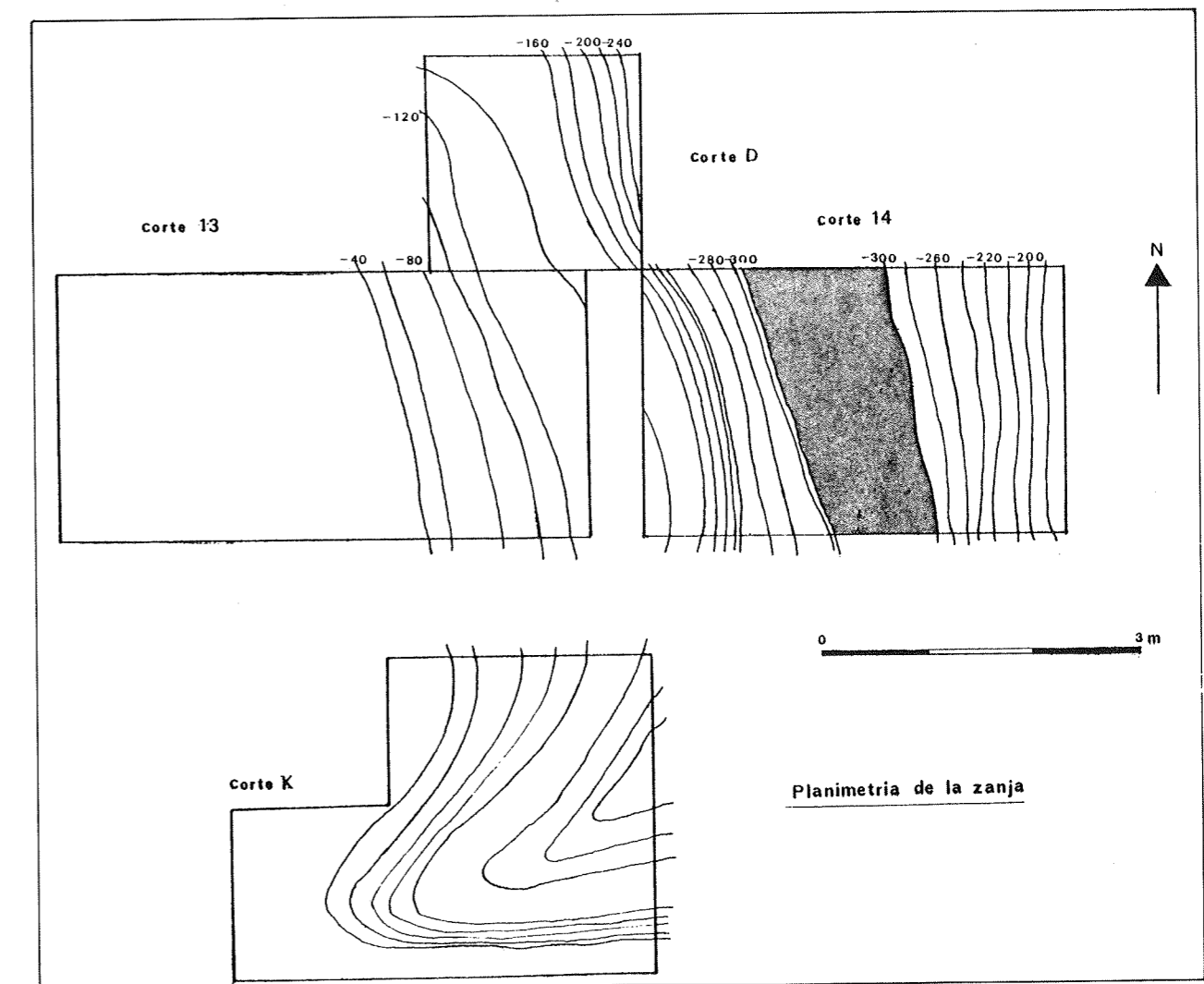


Figura 4. Planta de la zanja en el poblado.

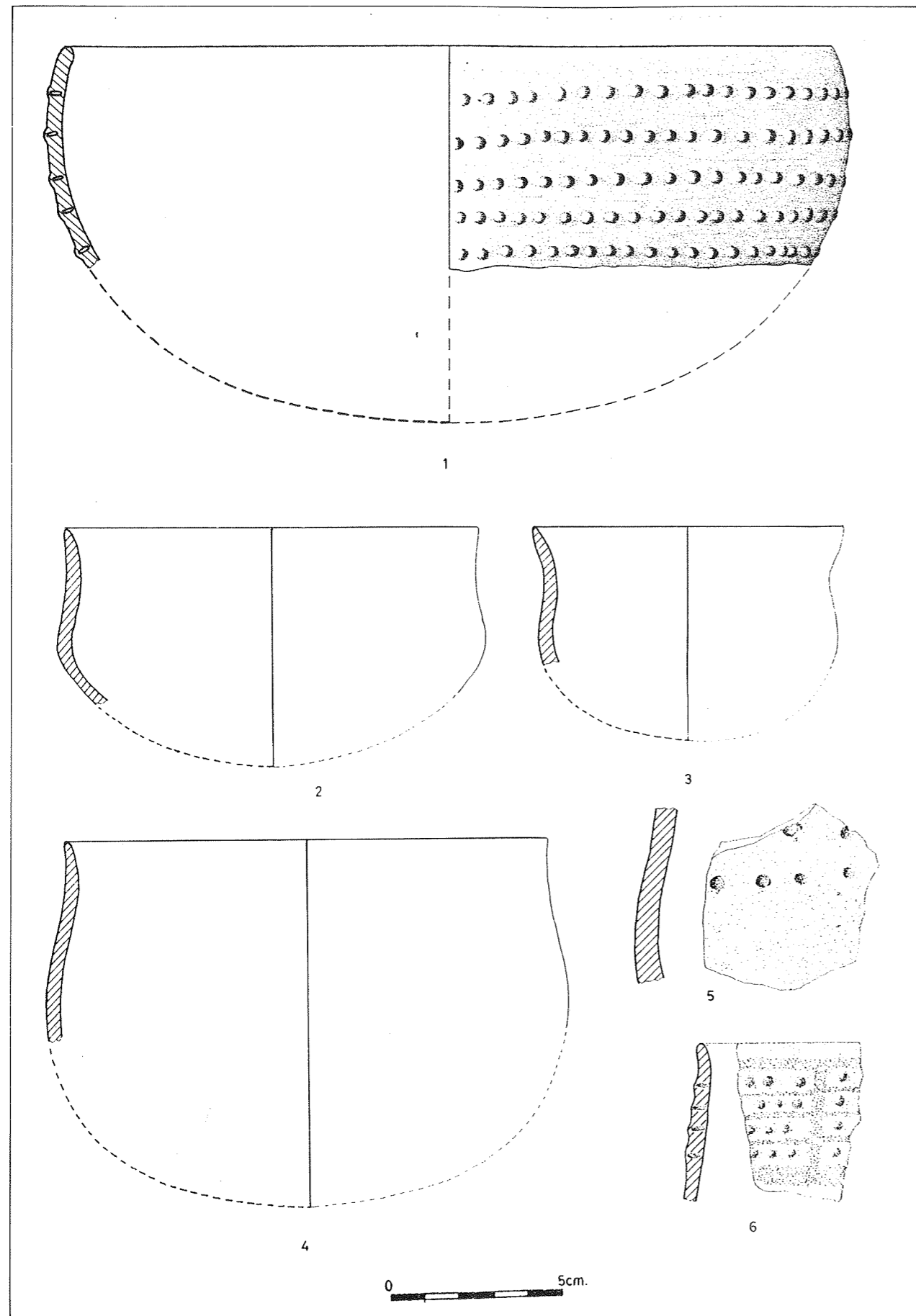


Figura 5. Decoración de «pastillas repujadas» y vasos de la 1.ª Fase.

se atiende sólo al elemento decorativo (Fig. 5,1). En su estudio (9) hemos podido localizarla en diversos yacimientos cuya distribución en el mapa señala una vía terrestre que une el sudeste francés con el sudoeste peninsular y con una cronología que, por ahora, concede una mayor antigüedad a la cerámica francesa.

Otro vaso cerámico de este momento nos resulta de especial interés y que hemos denominado de «paredes finas» por la característica estrechez de sus paredes. En los estratos inferiores se presenta bajo una forma globular de cuello suavemente indicado, con un diámetro inferior a los 14 cm y una altura que no sobrepasa los 10 cm, generalmente compacto y reducido. Esta cerámica va a dar lugar en los estratos siguientes a formas carenadas más acusadas y a reducir diámetros y alturas hasta llegar a la forma que será característica del Horizonte de Atalaia; es un tipo muy a tener en cuenta para el estudio de las formas del Bronce en el sudoeste (Fig. 5,2-4).

III b. El segundo momento está representado por el hallazgo de una cabaña que se asienta sobre el relleno de la zanja antes mencionada y cuando ésta ha perdido ya su utilidad. La estructura apareció parcialmente en el Corte 14 de la zona central del yacimiento, completamente quemada, pero se adivinaba su forma oval (Fig. 6). La cabaña se había construido con ramajes y recubierta con barro como se desprende de algunas pellas halladas; en el interior se encontraba un silo conteniendo una gran vasija globular, un plato que servía de tapadera de la misma y un ídolo característico de la Pijotilla (Figs. 7-8 y 9.1).

El hecho de que la cabaña debiera abandonarse quizá precipitadamente permitió la localización de numerosos materiales *in situ*, aunque muchos de ellos casi carbonizados; este es el caso de una extraña pieza de hueso muy fragmentada y que hemos reconstruido en forma rectangular: presenta una decoración de incisiones paralelas en una mitad y otra línea en cada borde por el anverso y reverso. Probablemente se trate de un objeto doméstico cuya finalidad se nos escapa por ahora (Fig. 9, 7).

Los materiales que consideramos de esta segunda fase de la Pijotilla continúan con las características anteriores, aunque se aprecia un descenso en el porcentaje de platos y cuencos semiesféricos, mientras que ascienden los cuencos de casquete esférico y los pequeños vasos de borde ligeramente entrante. Asimismo aumenta la decoración y, además de continuar las «pastillas repujadas» y el triángulo puntillado (sin enmarcar por incisiones) aparecen ahora trazos oblicuos, unguilaciones, motivos esteliformes, botones o pastillas aplicadas junto al borde y la decoración peinada—realizada con un peine y formando motivos ondulados—; de esta última decoración nos interesa destacar su asociación a las «pastillas repujadas», pues en su dispersión por la Península Ibérica presenta la misma trayectoria, a veces en los mismos yacimientos, hasta el punto que ambas se encuentran en un vaso de Vilanova de San Pedro demostrando su coetaneidad (10).

Otros materiales son espátulas de hueso con cabeza triangular, agujas de cabeza estrangulada y segmentada, dientes de hoz, piezas pulimentadas con ranura transversal y perforación, vasos de mármol y

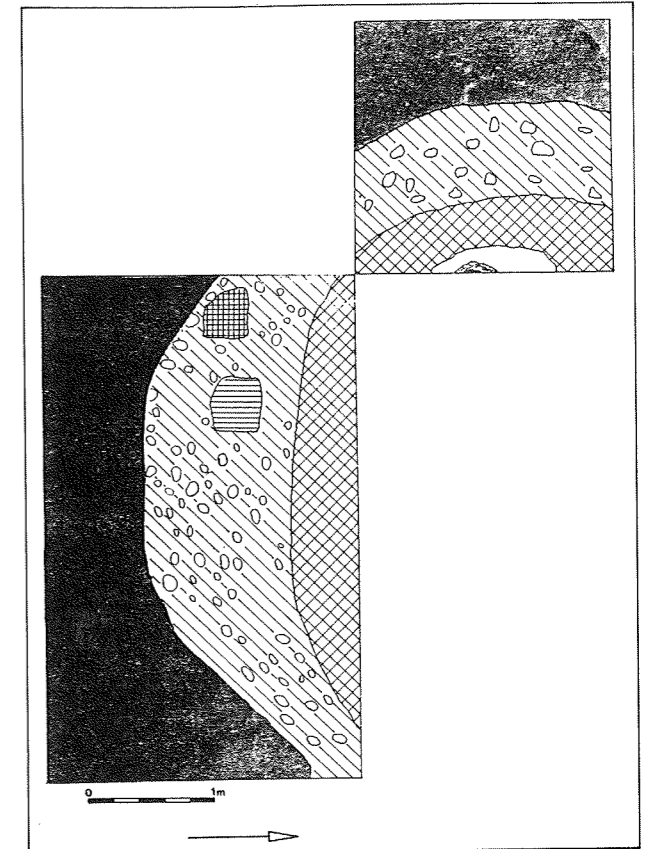


Figura 6. Planta de la cabaña de la 2.ª Fase en los cortes 14 y D.

presencia de cobre representada por una lámina anular (Figs. 9, 2-6, 8-12).

Hemos de tener en cuenta que muchos de estos elementos mencionados tienen aquí su razón de ser debido al contexto en el que aparecen, es decir, en el interior de una cabaña, mientras que los estratos inferiores pertenecen a un basurero en el que posiblemente no se encontrarían algunos de estos objetos. Y esto no quiere tampoco decir que sea ahora únicamente cuando hacen su aparición, pues en el caso del cobre hemos de suponer, en buena lógica, que fuera utilizado desde incluso antes del asentamiento en la Pijotilla; sin embargo la repetición de hallazgos de metal en estratos paralelos de otros Cortes indica que en este momento se asiste a una mayor utilización de piezas de cobre.

Uno de los hallazgos más interesantes es el del ídolo localizado en la boca del silo, el cual seguramente se había deslizado desde el suelo de la cabaña (Fig. 9,1). Su interés radica no sólo en el hecho de hallarlo en un determinado contexto estatigráfico—son muy escasas las piezas de este tipo aparecidas en el transcurso de excavaciones—, sino también en su asociación a una cabaña y establecer un estudio evolutivo con los ídolos de superficie. Por otra parte hemos podido constatar a través de él las distintas variantes del tipo en el Sudoeste peninsular y la limitación a zonas concretas de cada una de ellas.

Se trata de una pieza que presenta un motivo similar a otros abundantes en el sudoeste como son los ídolos oculados cilíndricos, pero a diferencia de

éstos el de la Pijotilla es de soporte aplanado y no cilíndrico y en el motivo aparecen unas grandes y anchas cejas.

La pieza hallada en estratigrafía es de forma rectangular, mientras que en superficie se han hallado otras generalmente espatuliformes con ángulos suavemente redondeados. Piezas similares a las de la Pijotilla han aparecido en otros puntos de la Cuenca Media del Guadiana (11) aunque con unos pequeños matices diferenciadores, como ángulos acusados y forma estilizada que nos han llevado a plantear una hipótesis de evolución en la Cuenca Media del Guadiana. Según ésta las piezas rectangulares y trapezoidales serían las más antiguas y evolucionarían hacia las espatuliformes con una tendencia final a la estilización y el pronunciamiento de los ángulos. De acuerdo con ello habría que considerar las piezas de la Pijotilla como las más antiguas de la zona. Sin embargo creemos que tal evolución tendría lugar en un corto espacio de tiempo, como también lo serían las últimas derivaciones o variantes del tipo oculado a las que habría que situar en una misma fase (12).

Conviene señalar también que la aparición de estos ídolos oculados en la Pijotilla y su adscripción a la Cuenca Media del Guadiana hizo que nos planteáramos la distribución del tipo en general. Así observamos que las variantes quedaban limitadas a zonas concretas, una a la Extremadura portuguesa, otra al Algarve, dos al Valle del Guadalquivir y una a la Cuenca Media del Guadiana y que cada una de ellas no invadía las otras zonas. Esta especial limitación geográfica de las variantes del ídolo oculado hizo que pudiésemos diferenciar zonas culturales en el sudoeste, establecidas en cinco al incluir el Alentejo (13), siendo las variantes del tipo oculado el reflejo de un comportamiento cultural que debe ampliarse a otros elementos.

Es posible pensar que esta delimitación tenga una razón de ser de mayor interés que la simple varia-

ción estilística o interpretación de un tipo de ídolo; hasta ahora tales variantes pueden servir para darnos cuenta de la existencia de zonas culturales dentro del círculo del sudoeste y comprender así la particularidad de comportamiento durante el Campaniforme del llamado «Horizonte de Ferradeira» o el «Complejo Carmona».

En la Pijotilla no existe aún Campaniforme, pero esto no quiere decir que no haya hecho su aparición ya en otras zonas, como en la Extremadura portuguesa.

Posterior a este momento observamos un abandono del poblado de la Pijotilla o quizá un traslado de población a otro punto cercano, todavía sin excavar.

III c. La tercera fase de la Pijotilla se conoce muy deficientemente debido a las remociones que ha tenido la zona excavada desde la superficie, pero el hecho más significativo es la presencia de cerámica campaniforme, aunque en muy escasa proporción, (Fig. 10, 14). También en algunos puntos aparecen indicios de estructuras de habitación construidas con piedras, aunque muy destruidas; este dato indicaría la evolución sufrida por las cabañas, mucho más consistentes.

#### LA NECROPOLIS DE LA PIJOTILLA

Las tumbas excavadas hasta ahora hacen suponer que la necrópolis se sitúa en la zona este del yacimiento, al menos el conjunto más importante de ellas y el mejor conservado; en otros puntos se evidencian restos de sepulturas arrasadas por el arado. Muy posiblemente los traslados del poblado hicieron que las zonas desocupadas se utilizaran para enterramientos, como demuestra el hecho de hallar algunos restos humanos en la zona central, sobre el lugar donde localizamos estructuras de habitación.

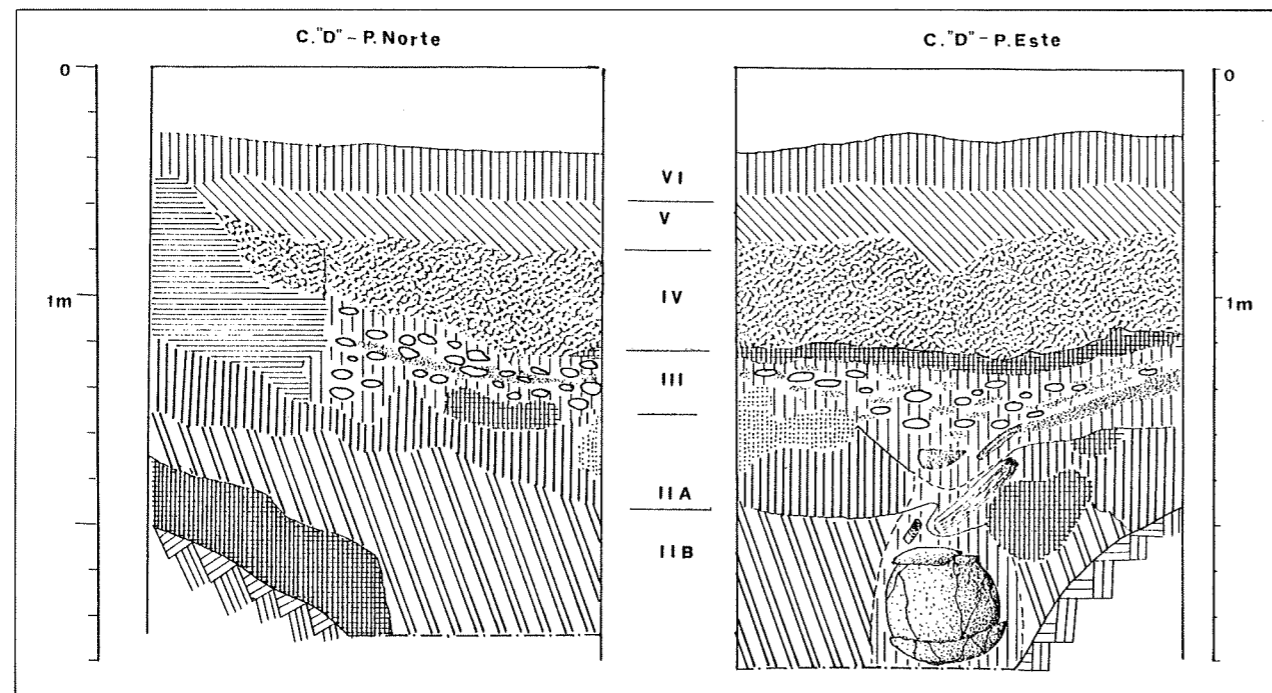


Figura 7. Vista del silo en la Pared Este del Corte D.

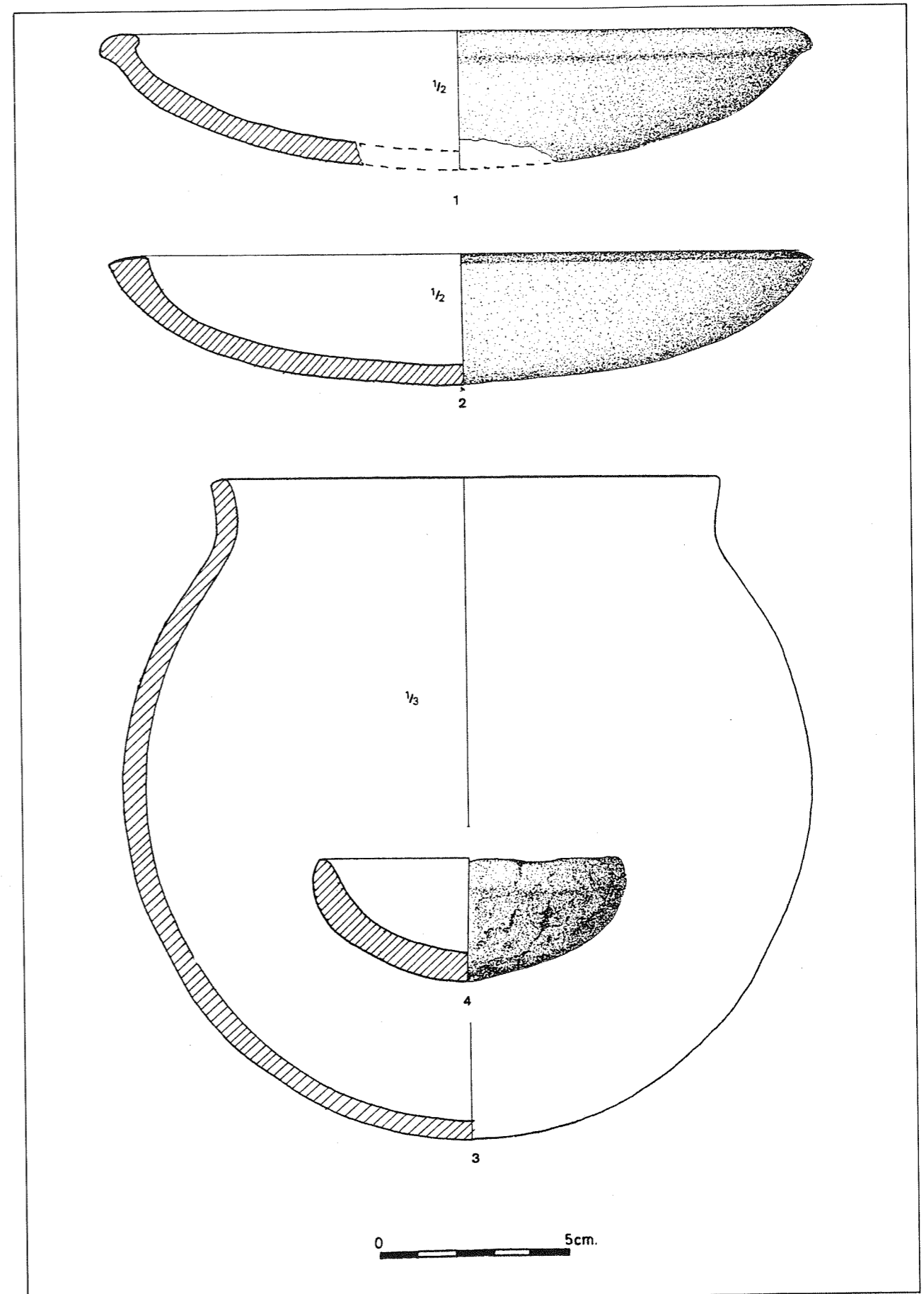


Figura 8. Cerámica del silo. Corte D 2.ª Fase.

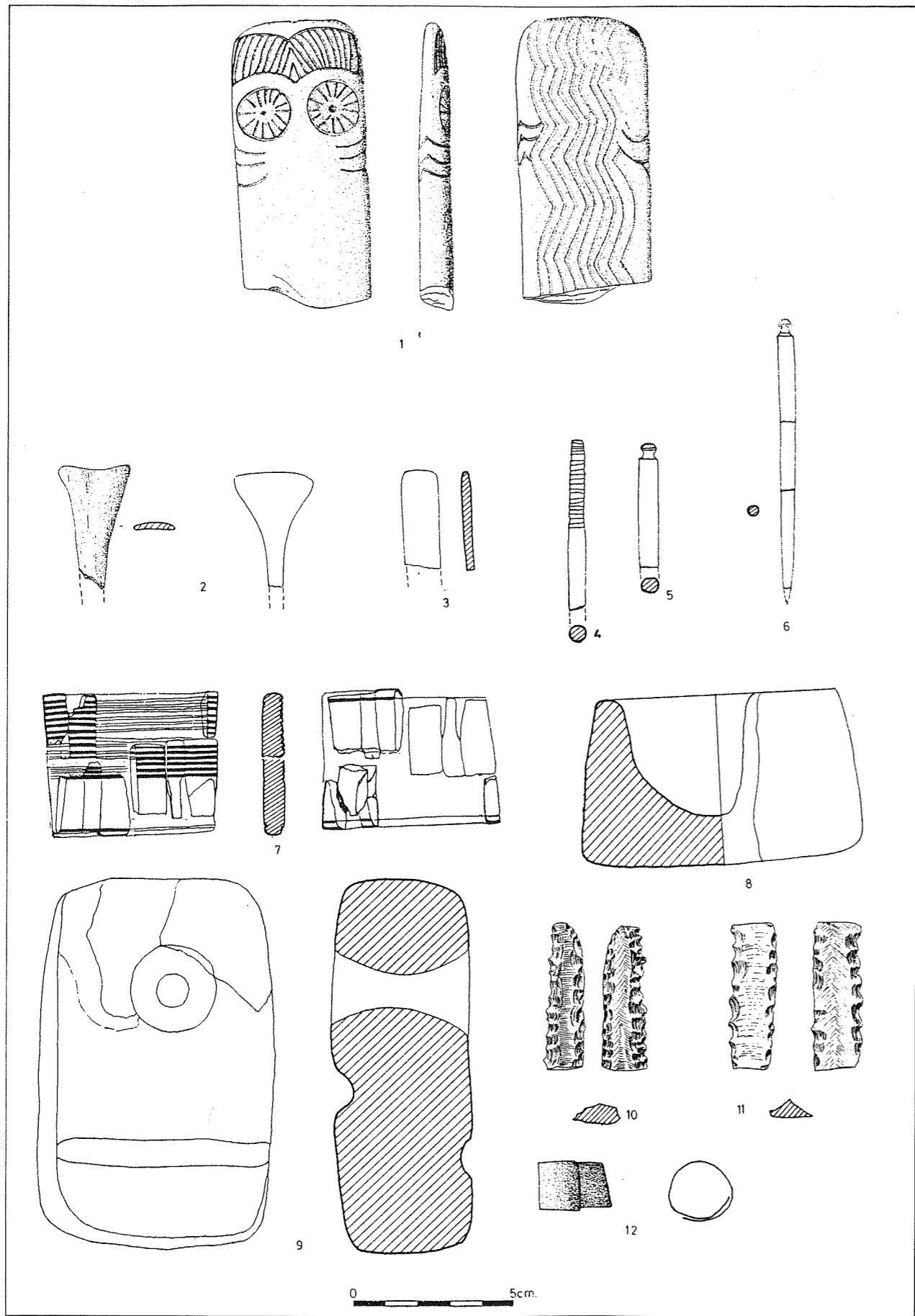


Figura 9. Materiales de la 2.<sup>a</sup> Fase. 1-8. Mármol. 2-7. Hueso. 10-11. Sílex. 9. Piedra granítica. 12. Cobre.

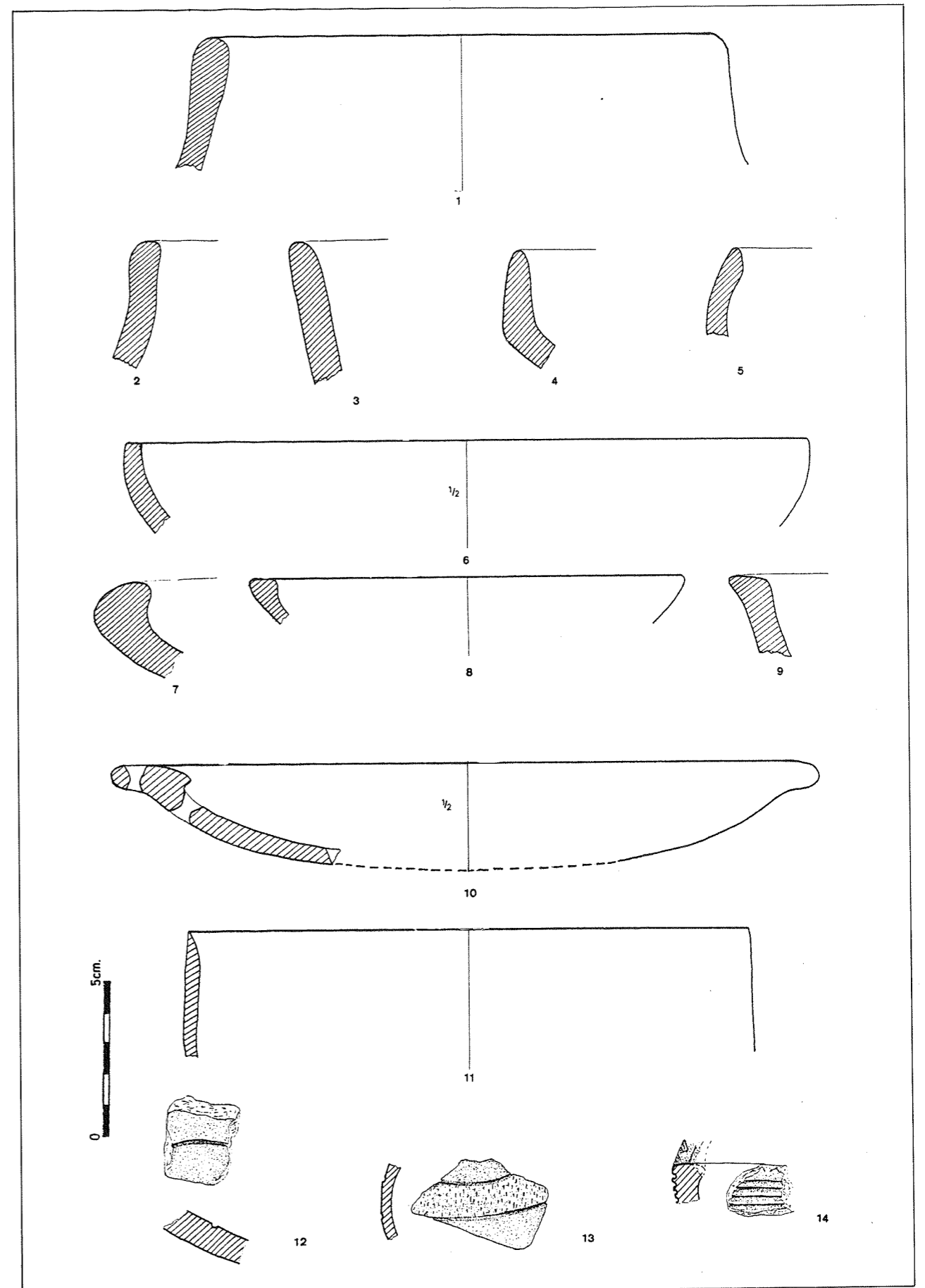


Figura 10. Cerámica de la 3.<sup>a</sup> Fase. Corte 14.

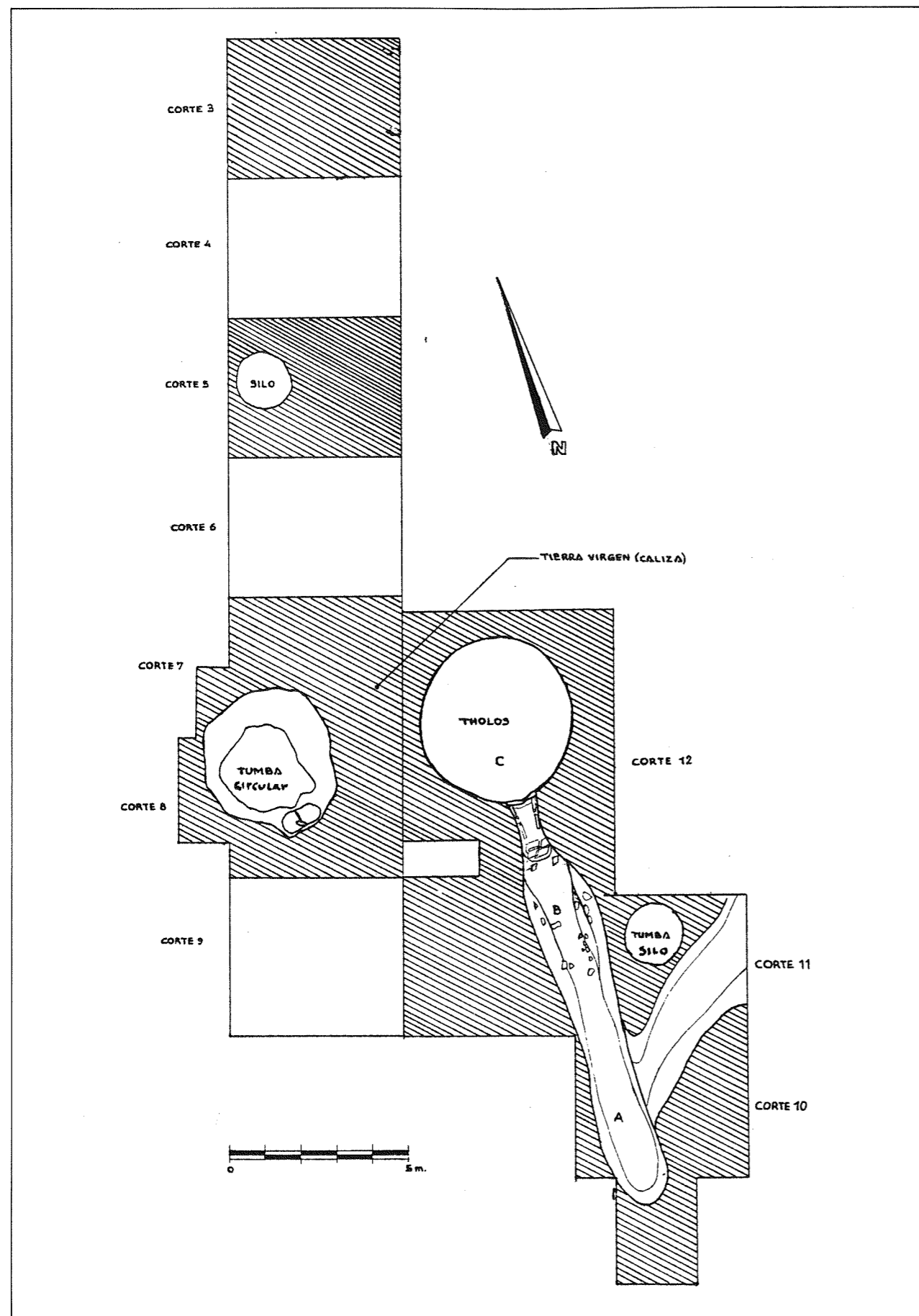


Figura 11. Necrópolis. Zona Este. Situación de las sepulturas.

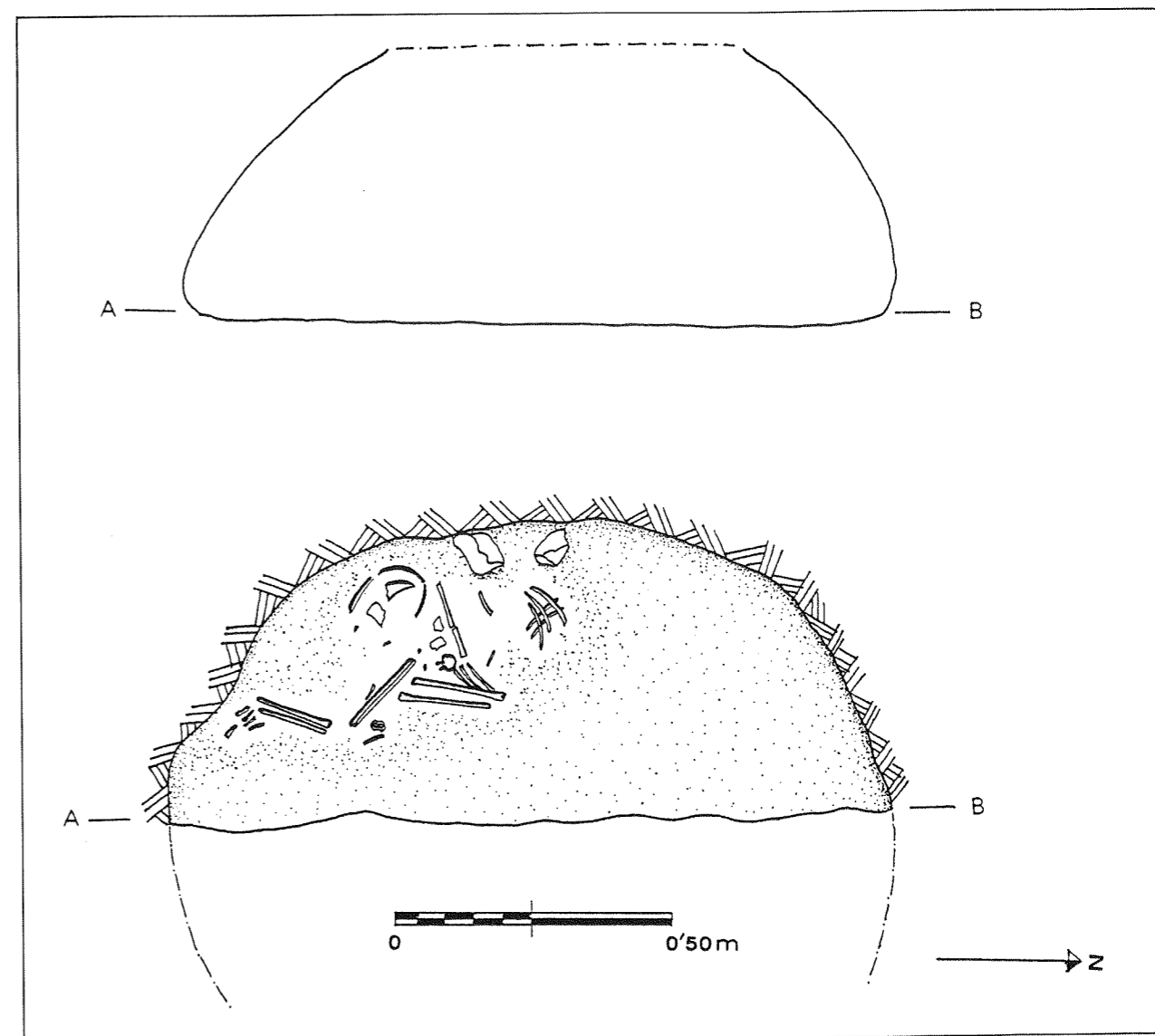


Figura 12. Sección y planta del silo 1.

En la zona este aparecieron una tumba circular y un *tholos* con gran cantidad de enterramientos, además de los restos de otro *tholos* muy destruido e indicios de varias sepulturas aún sin excavar (Figs. 2 y 11). En la zona sur hemos localizado dos silos de enterramiento individual, pero este tipo no parece limitado a una zona concreta sino que se extiende por varios puntos (Fig. 2). Así pues son varios los tipos de sepulturas hallados en este yacimiento y esta variedad también se refleja en los ajuares.

**Los silos.** Los silos de la zona sur fueron hallados casualmente al desprenderse parte de la pared formada por un arroyo torrencial. Esto hizo que sólo, pudiéramos excavarlos parcialmente, lo que unido a la expoliación de uno de ellos hace que los datos se reduzcan a un enterramiento *in situ*; sin embargo es posible demostrar la utilización de estos silos para enterramiento y diferenciarlos de otros existentes en el yacimiento para almacén.

Los silos tienen forma abovedada, de paredes curvas muy inclinadas al interior y de escasa altura. Se encuentran excavados en la tierra, de arcilla muy

compacta; los de almacén, por el contrario, suelen aparecer en la roca caliza. Las dimensiones varían de unos silos a otros, con alturas de 60 cm a 80 cm, diámetros máximos de 130 cm a 170 cm y entrada de unos 60 cm en forma circular (Figs. 12 y 13).

El silo 1 era el que mejor se conservaba, aunque sólo en su mitad. En su interior se encontraron los restos de un inhumado infantil, colocado en posición fetal, recostado sobre el lado derecho y con la cabeza en el lado oeste y dirigida al sur (Fig. 12). Los materiales hallados en él se encontraban muy deteriorados, sin ninguna disposición especial y formando parte del relleno de tierra, por lo que resulta difícil considerarlos como ajuar; más bien parece que han sido arrojados allí cuando se cubrió la sepultura con tierra y piedras. Por otra parte la cerámica es poco significativa si consideramos que los fragmentos de «platos» localizados forman parte del repertorio común de las distintas fases del yacimiento. Sólo un fragmento de vaso de «paredes finas», carenado y bruñido, podría matizar algo más el momento de la inhumación a partir de la segunda fase del yaci-

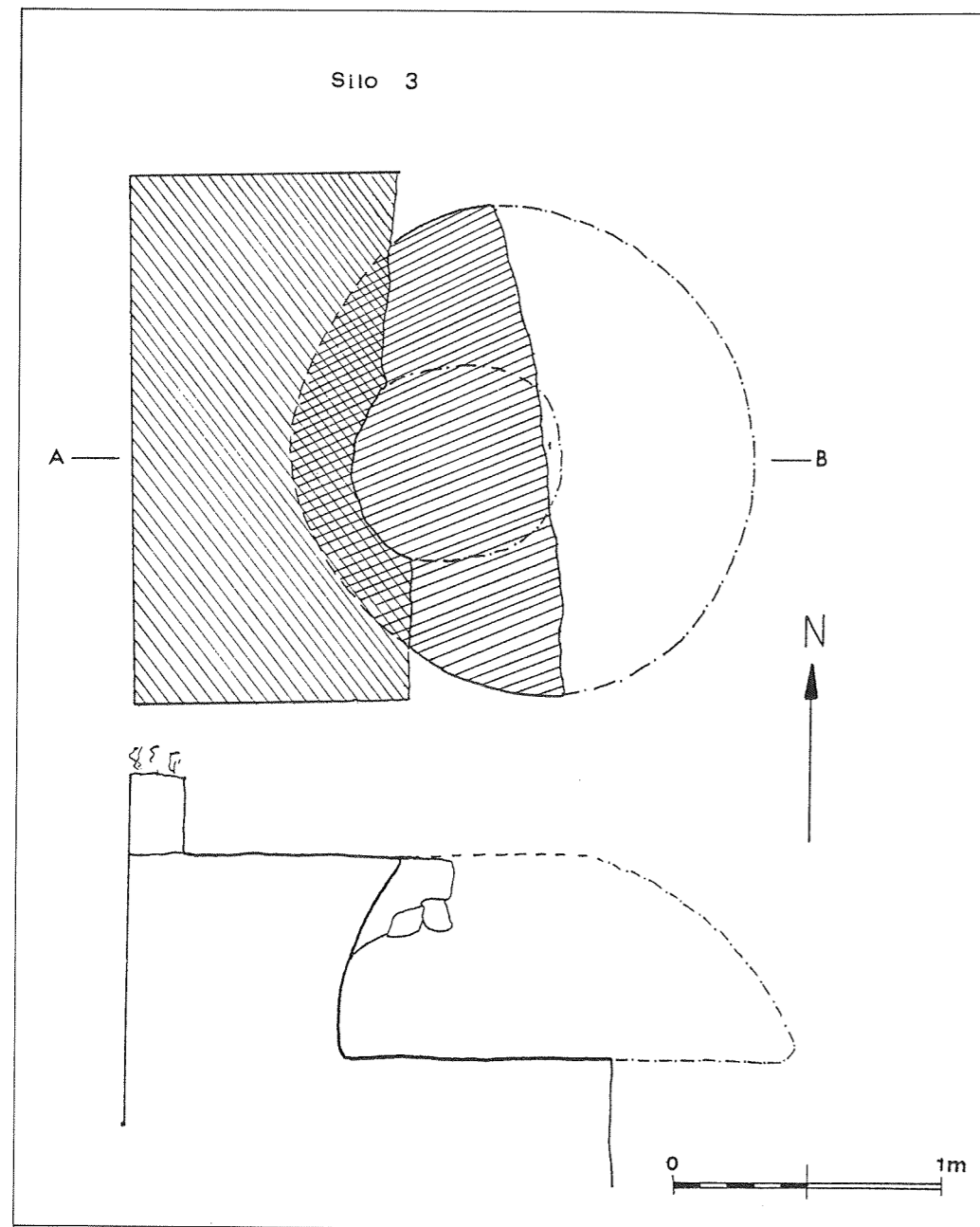


Figura 13.  
Planta y sección  
del Silo 3.

miento; aun así resulta difícil su adscripción a un determinado momento.

En la zona este y junto al *tholos* hallamos otro enterramiento en silo. Aquí había desaparecido la mitad superior por la acción del arado, el cual había llegado incluso a rozar los huesos humanos (Fig. 14). Estos se encontraban no en el centro sino junto al arco norte, colocados en posición fetal, con la cabeza hacia el este y mirando al sur. A su alrededor no aparecieron más que unas piedras situadas a los pies y ningún resto de ajuar, lo que podría ser debido al arrastre del arado.

Este silo resulta interesante por su situación respecto al *tholos* y porque creemos que el enterramiento se efectuó aprovechando un silo de almacén destruido anteriormente; esto debe ser así ya que debajo del inhumado localizamos una tierra de co-

lor diferente conteniendo fragmentos de cerámica, es decir, el silo se había construido en primer lugar con una finalidad distinta a la de enterramiento, posteriormente se abandonó y fue utilizado para una inhumación, aunque no se limpió completamente.

Al lado mismo de la mencionada sepultura se encontró una zanja que parte del corredor del *tholos* hacia el este y es muy posible que el silo fuera ocupado con posterioridad a la construcción del *tholos*; de otra forma creemos que hubiera sido destruido o aún más alterado durante la construcción del *tholos* o con los actos rituales que debieron tener lugar a su alrededor, como evidencian los restos que allí aparecieron.

*El tholos.* Situado en la zona este del yacimiento es la sepultura mayor y más compleja de las halladas en el yacimiento (Fig. 15).

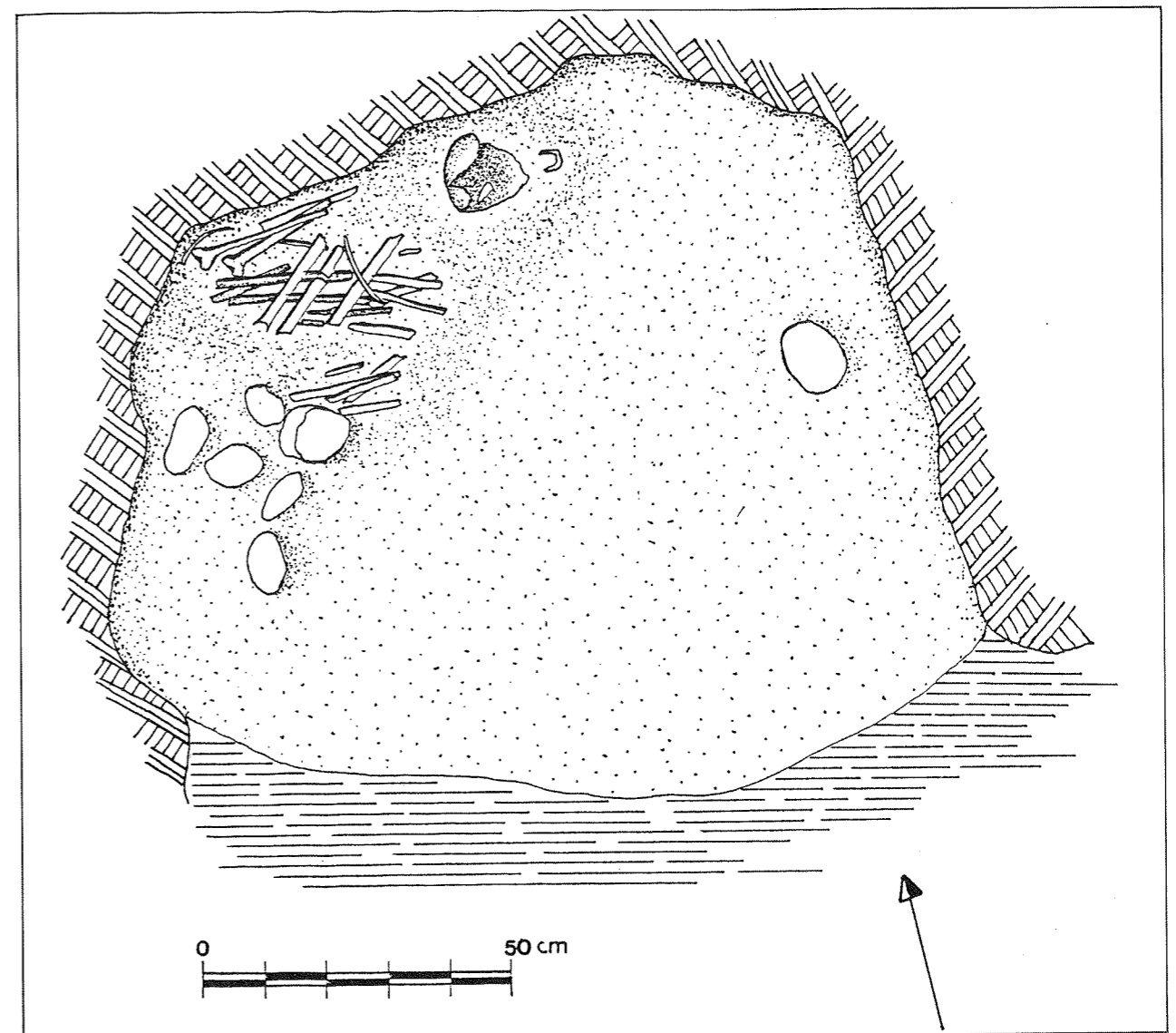


Figura 14. Planta del enterramiento en silo junto al *tholos*.

Su localización fue debida a las zanjas de detección que realizábamos eliminando la tierra removida sobre la caliza hasta encontrar coloraciones oscuras; en la superficie no se detectaba ninguna elevación especial del terreno o cualquier otro vestigio que advirtiera su presencia y ni siquiera en la prospección aérea que realizamos se pudo apreciar alguna mancha de tierra que indicara la situación de estructuras.

*El tholos* se encuentra excavado en la roca caliza casi en su totalidad puesto que únicamente se había levantado con piedras la cubierta de la cámara. Con la entrada orientada al sur tiene tres partes bien diferenciadas, dos corresponden al corredor y una a la cámara (Fig. 16).

El corredor es una larga zanja excavada en la roca. El primer tramo «A», el más meridional, es una prolongación del atrio propiamente dicho, de paramentos paralelos y con una longitud de 6 m. delimitado en el extremo sur por un cierre curvo y separado del siguiente tramo por un pequeño escalón. El segundo tramo «B» lo hemos subdividido en dos partes,

una descubierta, o «B 1» que hace las veces de atrio y se encuentra delimitado por dos hileras de piedra de tamaño mediano; tras él se encuentra el tramo «B 2», cubierto, el auténtico corredor. Aquí aparece una puerta de acceso al interior construida con dos piedras dispuestas verticalmente a modo de jambas y cubierta con varias losas de pizarra. El suelo comienza ahora a descender en rampa con dos escalones en cada extremo; las paredes están formadas por la misma roca caliza y sólo al final, junto a la cámara, se colocan unas losas de pizarra para revestimiento. La cubierta es mixta, la más próxima a la entrada con losas de pizarra de tamaño irregular y con una longitud que no llega a alcanzar la anchura del corredor, por lo que se disponen unas sobre otras formando quizá originalmente —se encontraban derrumbadas sobre la tierra de sedimentación y han debido desaparecer las losas más superficiales— una pequeña falsa bóveda; el resto de la cubierta está formado por la misma roca caliza, como si se tratase de una cueva artificial (Fig. 16).

La cámara es de forma circular con un diámetro que oscila entre 4,20 m. y 4,60 m. Se encuentra excavada



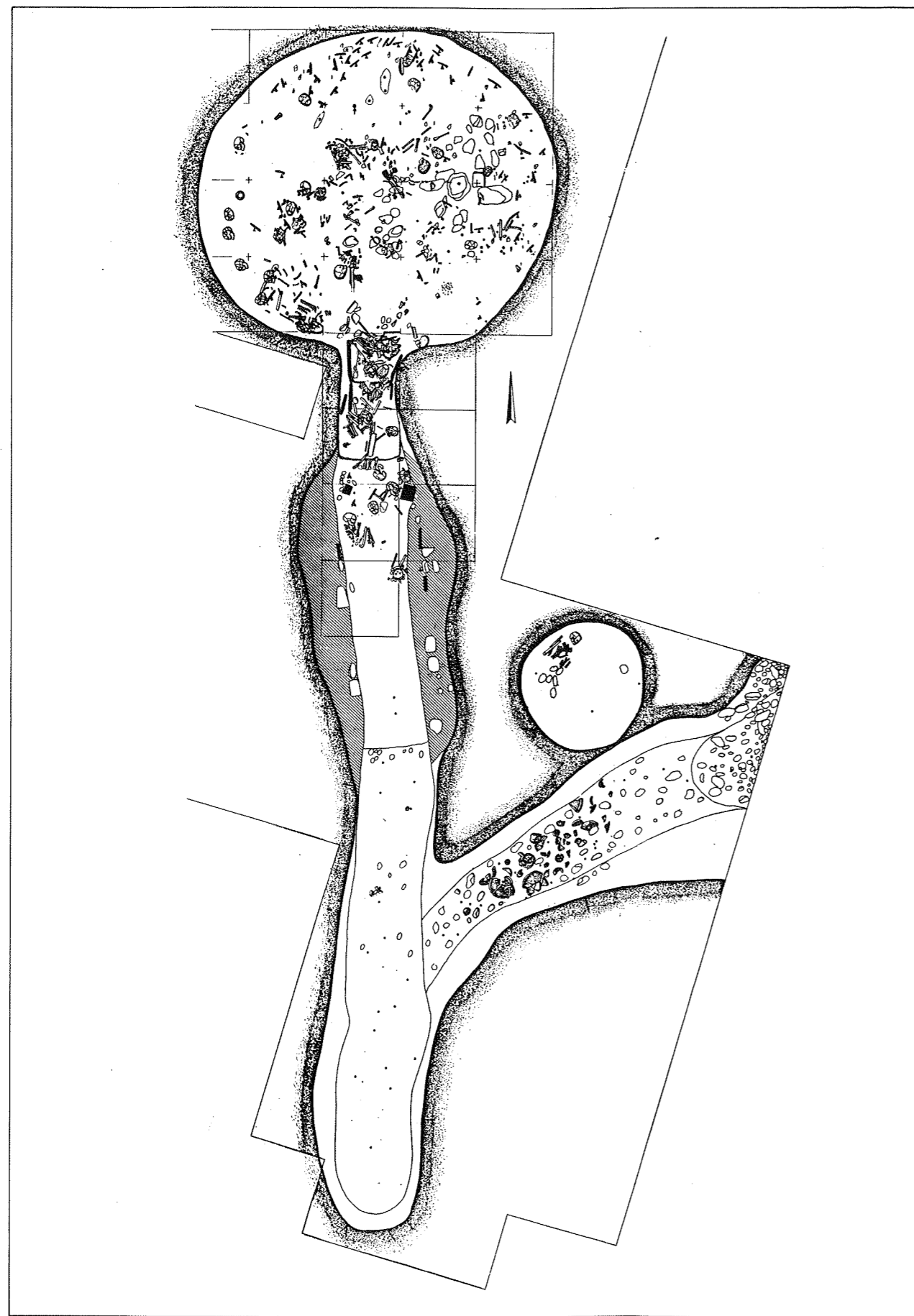


Figura 15. Planta del tholos.

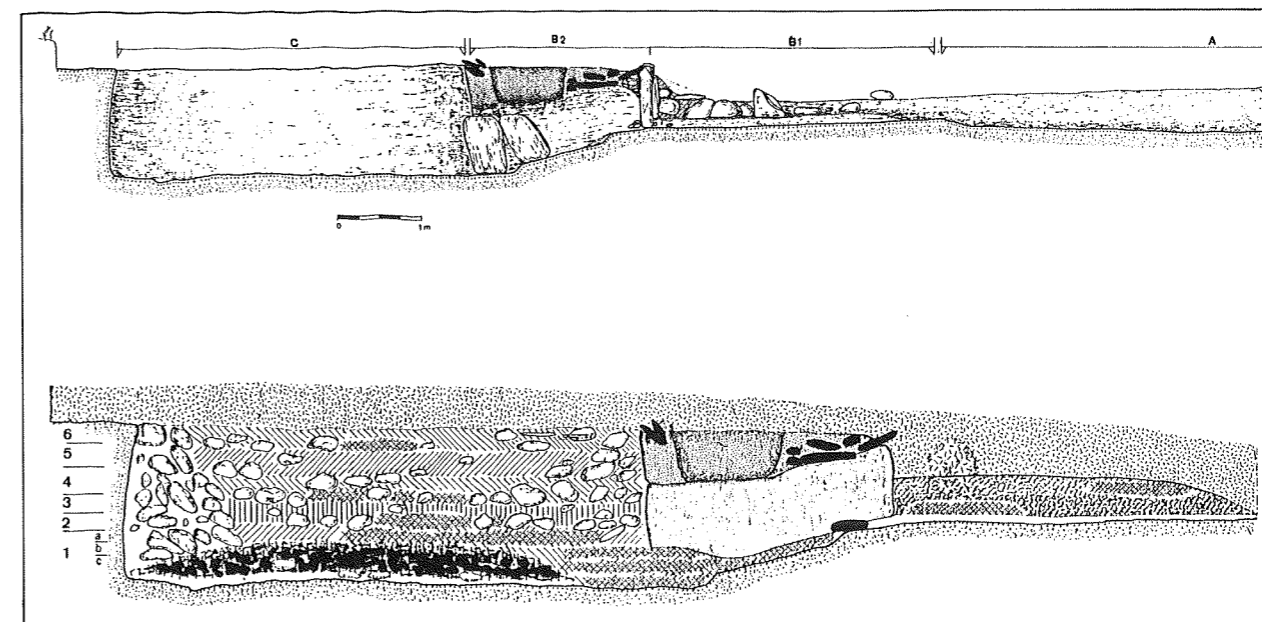


Figura 16. Sección (arriba) y estratigrafía del tholos (abajo).

en la roca a una profundidad máxima de 1,10 metros, siendo ésta la altura de las paredes o del zócalo a partir del cual comenzaría la construcción de la cúpula cerrada por aproximación de hiladas; este cierre se inicia ya desde el suelo, puesto que las paredes se van estrechando ligeramente en altura (Fig. 16).

En el interior de la cámara encontramos gran cantidad de piedras calizas de forma irregular que formarían la cubierta abovedada. Sin embargo tales piedras no parecen muy aptas para este tipo de construcción y no encontramos restos de argamasa entre ellas que, por el contrario, sí apareció en las losas que cubrían la entrada. La falta de efectividad de las piedras calizas y el hecho de que no fueran planas motivaría el inmediato derrumbe de la falsa cúpula. En el exterior no hallamos ningún resto que evidenciara el sistema de soporte de la falsa cúpula, ni túmulo ni anillos de piedra; es posible que tras el derrumbamiento se hubieran retirado las piedras y tierra del túmulo o que se hubieran empleado en otra construcción o también que hayan desaparecido por la acción de las labores agrícolas, pero resulta sorprendente que no queden vestigios teniendo en cuenta además que en la superficie y muy próxima a la cámara encontramos otra sepultura con los materiales *in situ* y que en el interior de la cámara aparecieron numerosas piedras que podían haber sido retiradas con mayor motivo para no entorpecer los nuevos enterramientos.

Los restos óseos resultaron muy numerosos. En la cámara los niveles de inhumaciones se superponían hasta alcanzar el nivel superficial, llegando a constituir un auténtico osario.

Según la reconstrucción que hemos podido realizar, la cubierta se hundió después de los enterramientos que componían el primer nivel, el más abundante en cuanto a número de huesos hallados; posteriormente se continuó enterrando por encima de la cámara, apartando las piedras de derrumbe y colocando los cadáveres en el centro; de esta forma

apreciamos cinco niveles más superpuestos que en algunos puntos de la cámara se encontraban totalmente revueltos por las intrusiones desde niveles superiores.

Por otra parte se continuó enterrando en el corredor e incluso, cuando éste estaba totalmente ocupado, en el exterior y aquí en dos niveles (Fig. 16, B). Así pudimos contabilizar en cerca de 100 las inhumaciones que tuvieron lugar en el *tholos*.

El ajuar resultó muy escaso. La mayor parte de los enterramientos poseía un ajuar individual consistente en un cuchillo de sílex, un trozo de ocre junto al cráneo y a veces una punta de flecha. Solamente en el nivel inferior encontramos un vaso de alabastro, un peine de hueso, una cuenta de collar de piedra verde y una falange de animal pintada de ocre que podría ser un ídolo (Fig. 18).

En el exterior del *tholos* y concretamente en la zanja transversal que parte hacia el NE del corredor, se hallaban numerosos fragmentos cerámicos, al parecer intencionadamente rotos y quemados. De ello se podría deducir que aquí tuvo lugar una serie de ceremonias fúnebres consistentes en inmolar los objetos que habían sido utilizados en algún ágape ritual.

La mayoría de la cerámica presenta formas similares a las que encontramos en el Corte 14, aunque de menor tamaño, debido quizá a su carácter funerario. Los vasos cerrados aumentan respecto al porcentaje del Corte 14, hasta el punto que estas formas representan el 37,2 por 100 del total. El número de «platos» desciende a semejanza de lo que ocurre en el estrato II del Corte 14. La cerámica decorada es muy escasa; se limita a una composición cuadrada rellena de impresiones ovales en el interior de un «plato», una decoración basculante realizada con una concha junto al borde y un fragmento pintado en *chevrons* sobre un soporte (Figs. 17 y 18). Esta escasez decorativa es la misma que se advierte en lós es-

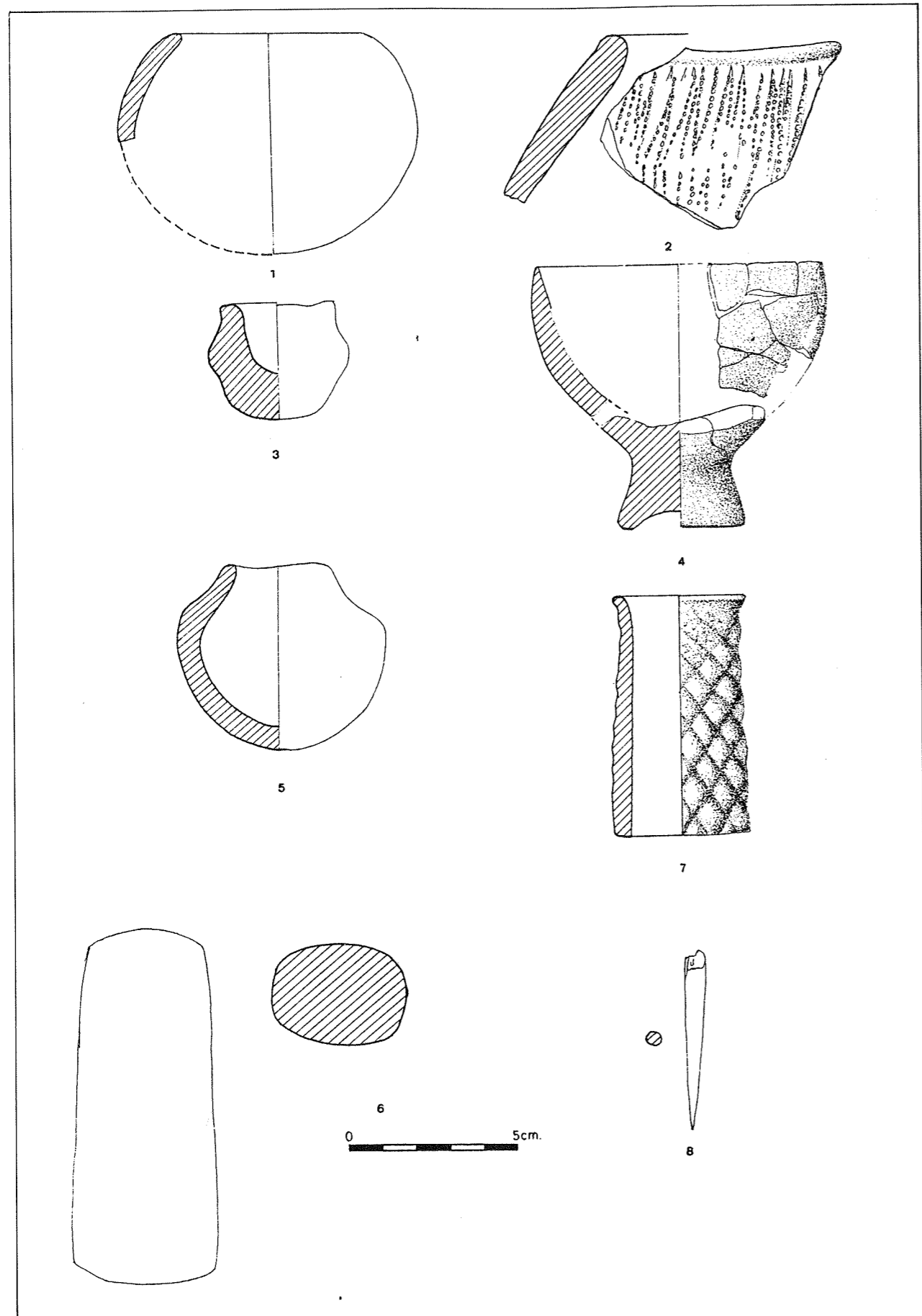


Figura 17. Ajuar del tholos. 1-5. Cerámica. 6. Idolo cilindro. 7-8. Hueso.

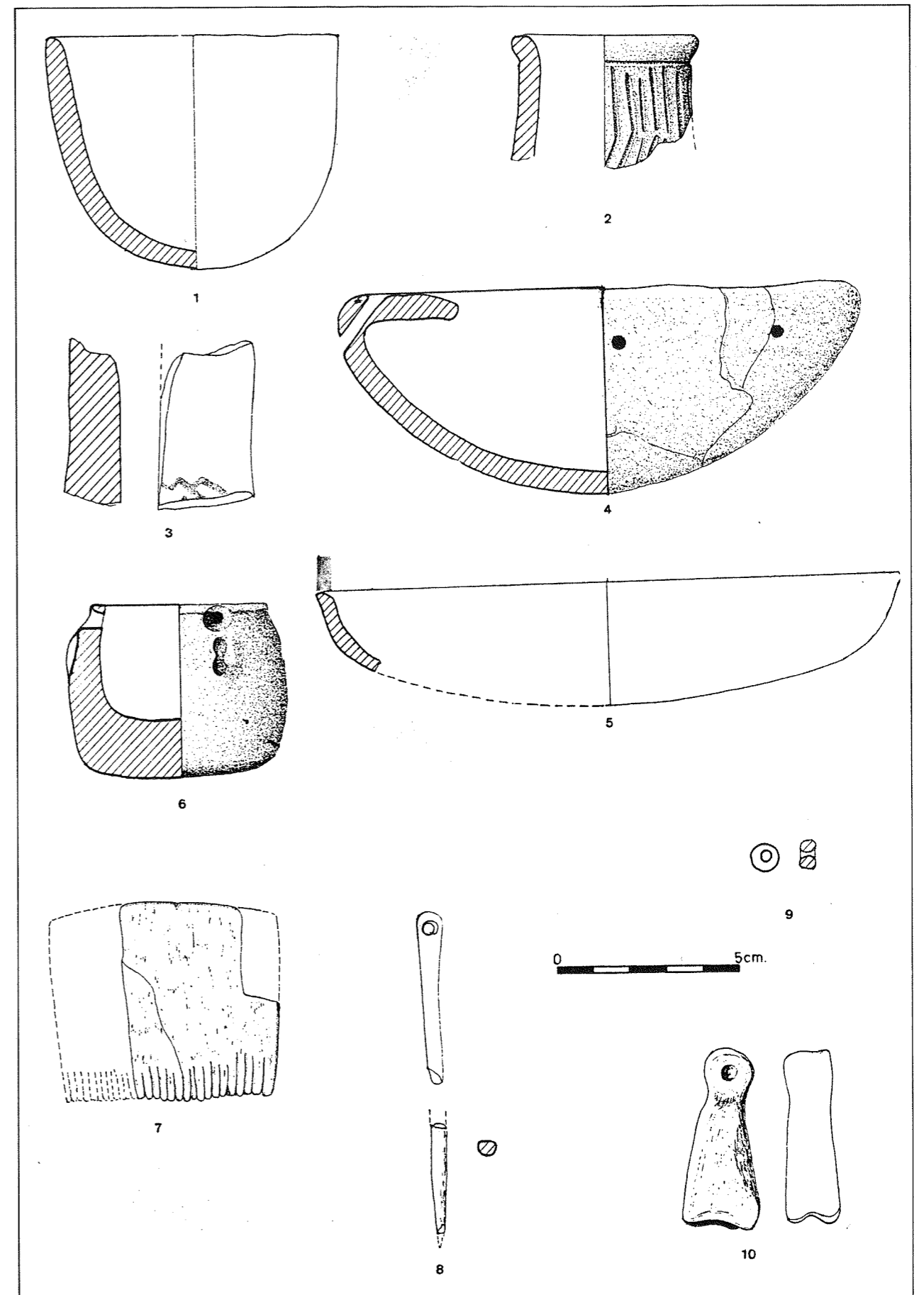


Figura 18. Ajuar del tholos. 1-5. Cerámica. 6. Mármol. 7-10. Hueso.

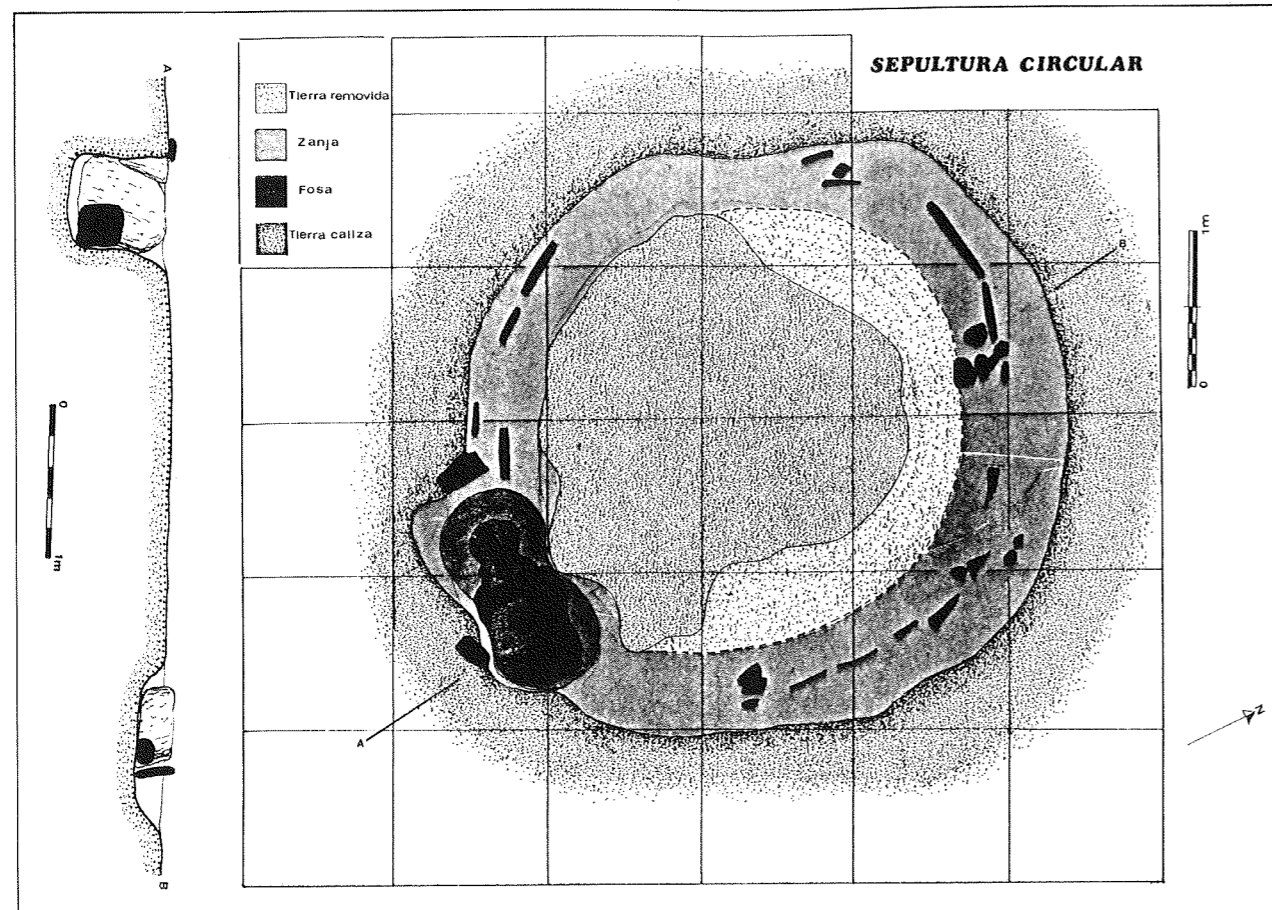


Figura 19. Planta y sección de la tumba circular.

tratos inferiores del Corte 14, aunque no aparece la característica «pastilla repujada».

La casi nula presencia de ídolos en el *tholos* podría ser también un argumento en favor de la paralelización con los primeros momentos del hábitat de la Pijotilla; la presencia de un cilindro liso de mármol, el mencionado ídolo falange con ocre y una placa lisa de pizarra junto a un enterramiento del corredor contrastan con la riqueza y variedad de representaciones de ídolos en el yacimiento que parecen comenzar en la segunda fase.

El estudio del *tholos* resulta muy interesante, no sólo por lo que se puede deducir en cuanto a ritual se refiere, sino especialmente por su estructura. Esta resulta una clara mixtificación entre la construcción superficial característica de los *tholoi* con cubierta en falsa cúpula y la cueva artificial. Tal consideración se produce en la misma planta por el alargamiento del corredor, o sector A, que es propio de las cuevas artificiales de la Extremadura portuguesa, como también los estrechamientos en el sector B 2 o la disposición de acceso a la cámara en rampa e incluso la cubierta del corredor B 2 concebida como una cueva artificial. La similitud llega a ser más estrecha si tenemos en cuenta la zanja Este cuyo único paralelo lo hallamos en la tumba de Palmela 2 (14). Esto demuestra la conexión existente entre la Cuenca Media del Guadiana y la Extremadura portuguesa que se hará mayor en la segunda fase de la Pijotilla como demuestran los diversos materiales propios de

aquella zona y que únicamente encontramos en este yacimiento.

Por otra parte conviene tener en cuenta la característica del terreno en la Pijotilla para comprender la complejidad de este *tholos*, puesto que la composición del suelo es muy blanda para realizar en él una cueva artificial, aunque estamos convencidos de que esta última sería la concepción ideada para la sepultura según se observa en la planta a pesar de que al final tuvieron que emplear el sistema de cierre de *tholos*.

*La tumba circular.* Cerca de la cámara del *tholos* hallamos otra tumba, ésta de forma circular con una zanja excavada en el suelo formando el contorno (Figs. 11 y 19). Su proximidad al *tholos* y el hecho de haber invadido el área del túmulo si éste se hubiese conservado —ya dijimos que la cúpula del *tholos* se destruiría poco después de ser levantada— nos hace valorar su posición estratigráfica posterior, como veremos más adelante.

La planta tiene forma circular, de contorno algo irregularizado, con un diámetro máximo de 3,80 m. Para su construcción se había excavado una pequeña zanja que formaba el perímetro y en cuyo interior se colocaron las pizarra dispuestas verticalmente y sujetas con la tierra que se utilizó para rellenar la mencionada zanja; de esta forma el límite de la tumba sería la parte visible de las lasjas.

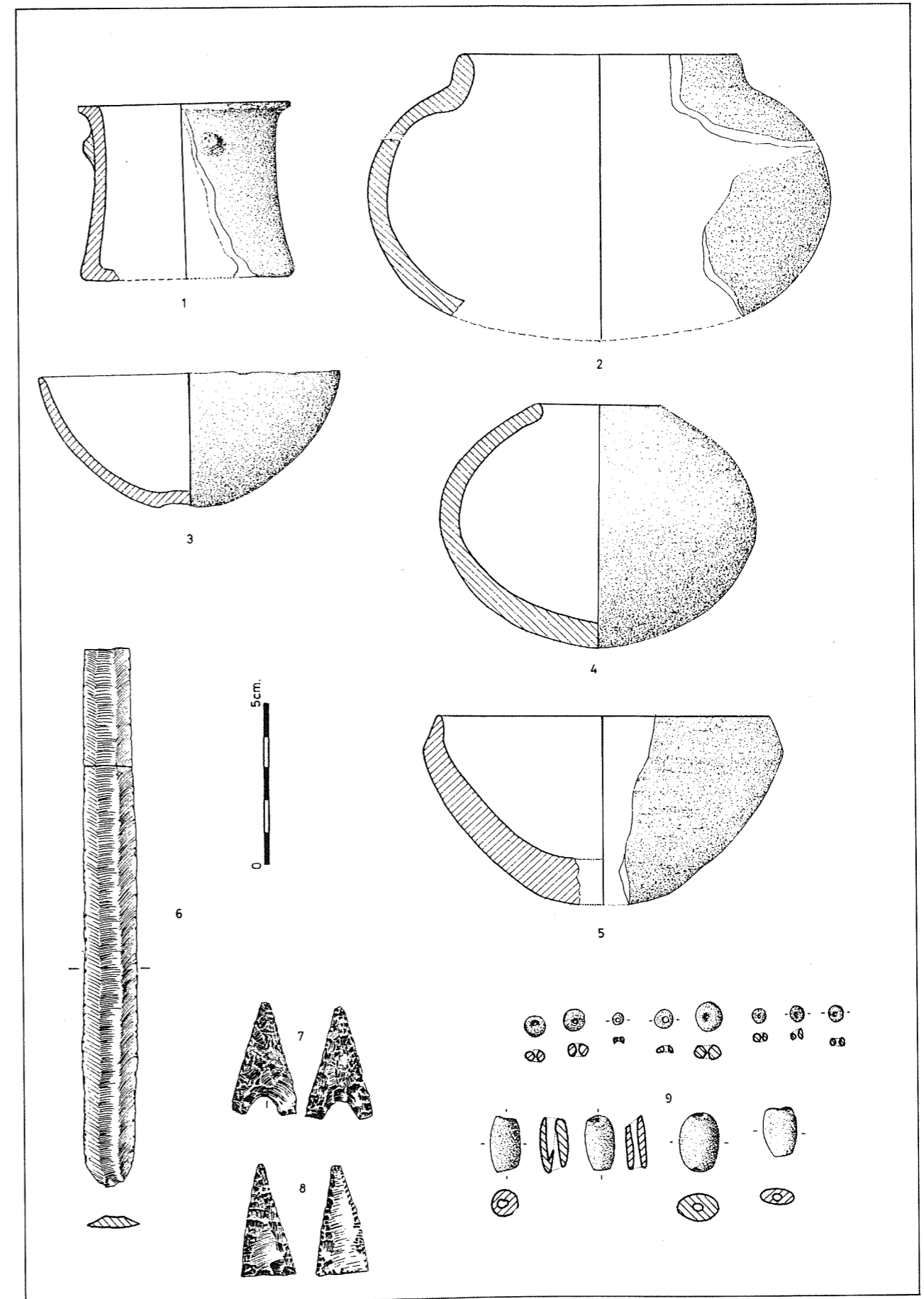


Figura 20. Ajuar de la tumba circular. 1-5. Cerámica. 6-8. Sílex. 9. «Piedra verde».

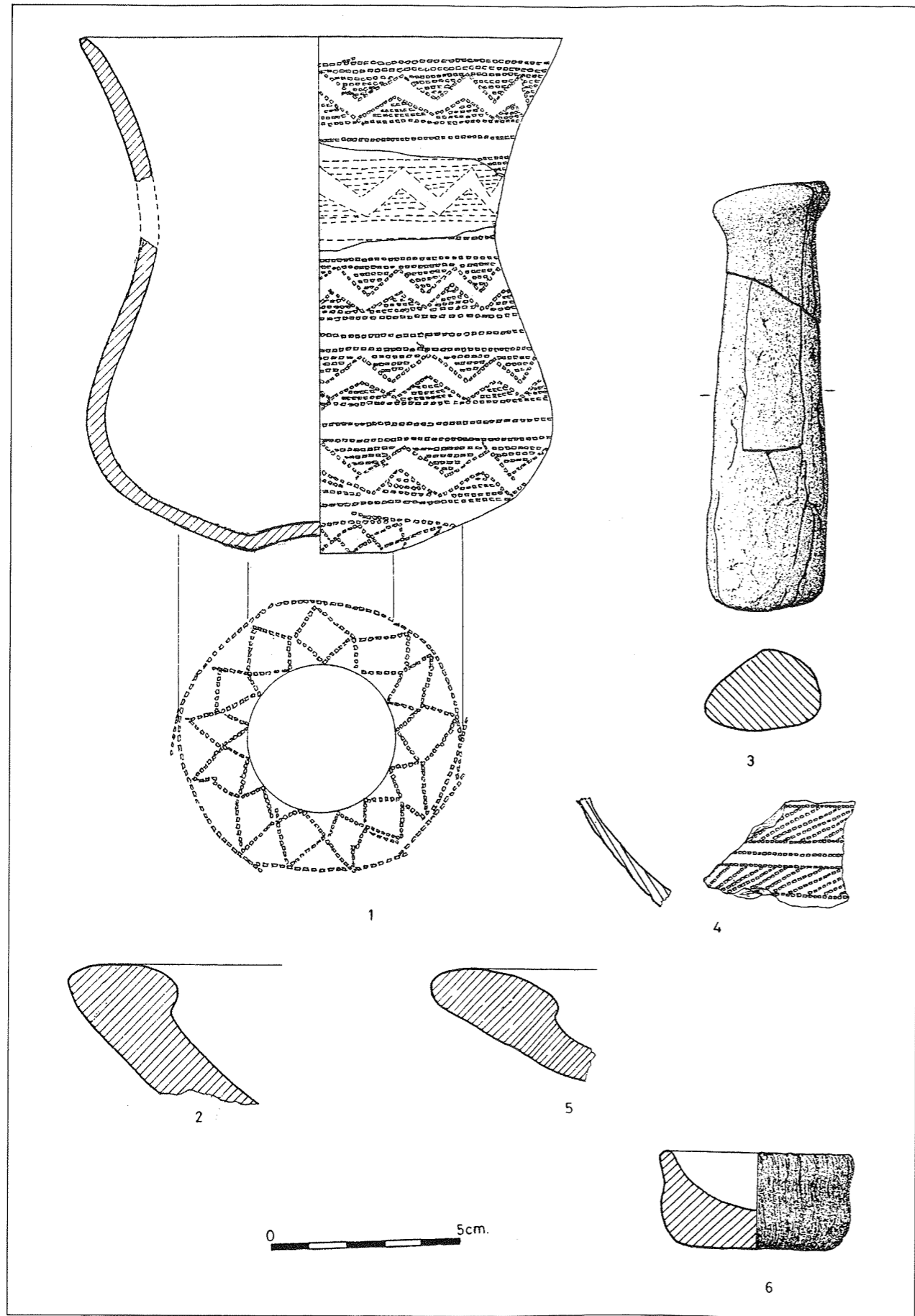


Figura 21. Ajuar de la tumba circular. 1-2, 4-5. Cerámica. 3-6. Caliza.

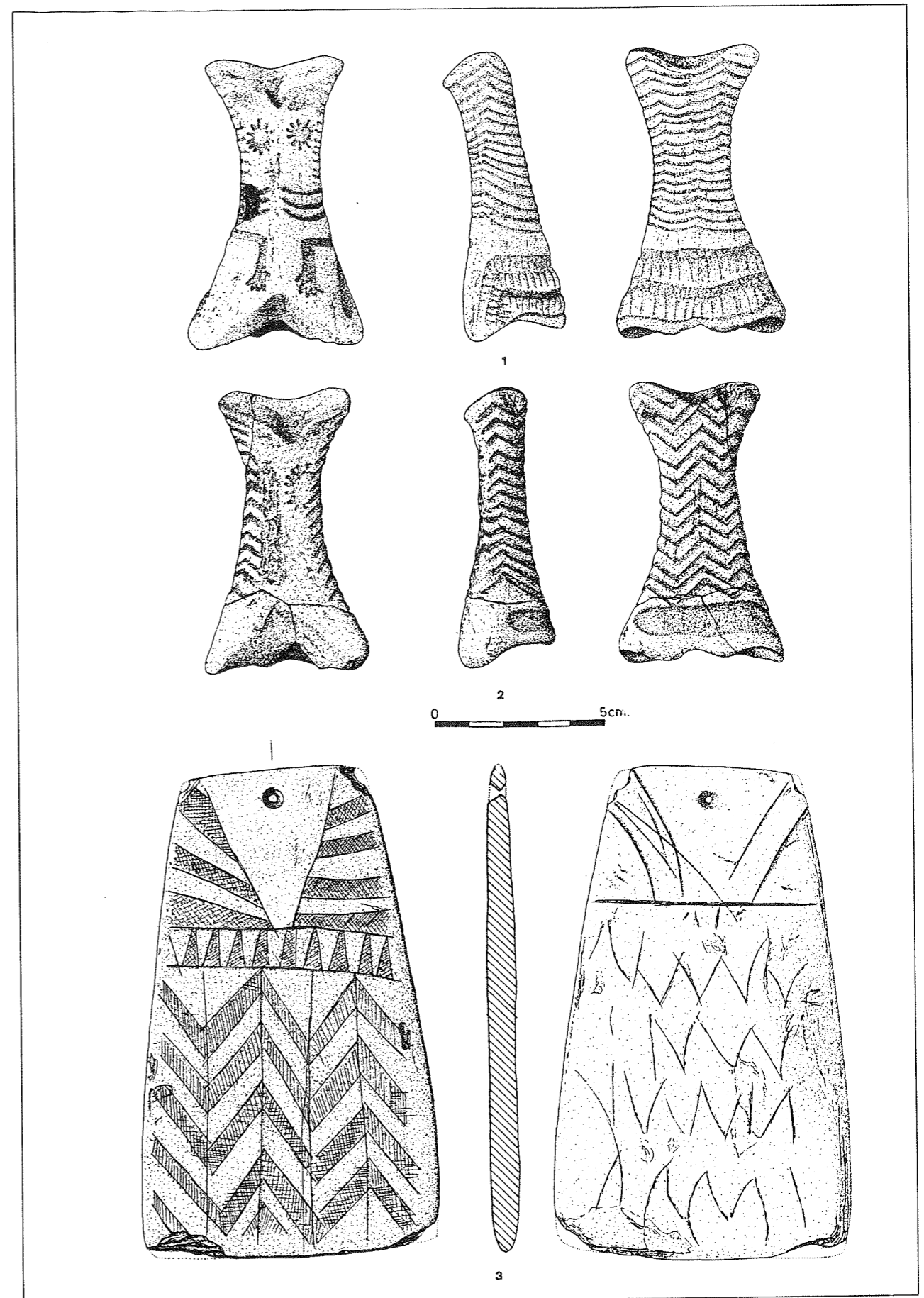


Figura 22. Idolos de la tumba circular.

La tumba circular apareció muy alterada como consecuencia de haber penetrado en ella la máquina de subsolación; sin embargo conseguimos paralizar la labor y los materiales no fueron arrastrados sino sólo volteados, con lo que creemos que fueron todos recuperados.

En el arco sur del perímetro se encontraba una oquedad que, evidentemente, había invadido con posterioridad la tumba circular al romper el contorno de la zanja. Esta «cista» tenía forma de ocho, con medidas de 1,30 m. de longitud por 0,70 m. de anchura máxima y 0,70 m. de profundidad (Fig. 19). En el centro apareció una losa de pizarra dividiendo en dos sectores la tumba; en uno de ellos hallamos otras losas de pizarra y dos cráneos colocados a media altura, además de varios fragmentos de cerámica muy tosca que habrían pertenecido a un cuenco de borde impreciso. En el otro sector únicamente aparecieron una vértebra y un fragmento de fémur que no sabemos si pertenecerían a los mismos individuos antes citados.

Según cálculos del doctor García Sánchez, de la Universidad de Granada, en el interior de la tumba circular se practicaron 34 inhumaciones, de las que resultó imposible determinar su posición debido a la remoción del arado.

El ajuar era más rico que el del *tholos*; además de los cuchillos y puntas de flecha de sílex, comunes a ambas sepulturas, encontramos cuentas de collar en «piedra verde», pequeños vasos cerámicos, un vaso de mármol, cerámica campaniforme y varios ídolos (Fig. 20-22).

La cerámica campaniforme consistía en un vaso casi completo decorado con cinco franjas rellenas de series de triángulos afrontados y separados entre sí por espacios en blanco con una horizontal intermedia. Otro vaso, muy fragmentado, estaba decorado a peine, del tipo Marítimo clásico, con línea intermedia horizontal (Figs. 21,1 y 4). Esta cerámica ilustra bien el momento de ocupación de la tumba en la última fase de la Pijotilla, paralelizable a la tercera fase del Corte 14, donde únicamente aparece.

Entre los materiales más sobresalientes y también diferenciadores de la tumba circular respecto del *tholos* se sitúan los ídolos, especialmente dos falanges decorados en cuyo anverso presentan motivos oculados con tatuaje facial y uno de ellos con los brazos indicados en ángulo recto que nos hace relacionarlos con los ídolos placas «con manos» del Alentejo (Fig. ). Además se localizaron siete falanges sin decorar, un ídolo placa completo y otro fragmentado (Fig. 22,3) y un ídolo tolva o «de cuello» —gola para los portugueses— del tipo característico de la Extremadura portuguesa —otro elemento que muestra la conexión existente entre ambas zonas— (Fig. 21,3).

La estructura y el ajuar de esta sepultura se diferencian notablemente de las del *tholos* y en principio nos hacen pensar que corresponden a distintos momentos. La aparición de vasos campaniformes en la tumba circular frente a la no existencia de los mismos en el *tholos* puede suponer una posterioridad de la primera, aunque somos conscientes de que la ausencia de campaniforme —según nos está demostrando la experiencia en el SW— no tiene por qué

ser indicativo de antigüedad, sobre todo teniendo en cuenta la escasez con que este material suele aparecer en zonas apartadas de los grandes focos y aun su mínima representación en la estratigrafía de este yacimiento.

Por otra parte, y como ya mencionamos antes, la situación de la tumba circular junto a la cámara del *tholos* denota una construcción posterior si tenemos en cuenta las características de los *tholoi*. Estos precisan de un túmulo de tierra cuyo diámetro invadiría, en este caso, a la tumba circular, lo que no parece tener sentido disponiendo de un gran espacio, de haber sido así habría destruido parte de dicha tumba. Por el contrario, si la tumba circular se construye con posterioridad al *tholos* afectaría al túmulo de éste, resultando ilógico si se podía construir dos metros más al oeste; sin embargo creemos que el túmulo del *tholos* había desaparecido en el momento de la construcción de la tumba circular al derrumbarse la falsa cúpula y de esta forma no se afectaron ni una ni otra estructura. Pero, además, en el caso de existir el túmulo del *tholos*, la evidencia arqueológica demuestra que no fue afectada la tumba circular, lo que debemos interpretar como una construcción posterior.

En Guadajira, yacimiento situado a unos cinco km al norte de la Pijotilla, hemos excavado una tumba circular que fue descubierta casualmente al hacer una trinchera en la carretera. La tumba se encontraba abierta en la roca, sobre un pequeño promontorio; contenía varios enterramientos —había sido saqueada por vecinos del pueblo a cuyas faldas se encontraba— y un ajuar basado fundamentalmente en pequeños vasos (15). Estos eran muy homogéneos en su fabricación, de horno reductor, negros, de paredes muy delgadas, compactos y bruñidos; muchos de ellos carenados, similares a los que ya comentamos aparecían en la Pijotilla y que denominamos de «paredes finas». La diferencia radicaba en la proporción, puesto que el conjunto de estos vasos suponía el 90 por 100 respecto a las tradicionales formas calcolíticas y especialmente los «platos», que quedaron reducidos a dos fragmentos. En este sentido la tumba de Guadajira supone una continuación en la curva porcentual de formas cerámicas establecidas en la estratigrafía de la Pijotilla, según la cual los «platos» descienden considerablemente en los últimos momentos; el mismo porcentaje de «platos» encontramos en la tumba circular de la Pijotilla.

Junto a la tumba de Guadajira encontramos parte de otra también excavada en la roca pero que formaba ángulo y sería el resto de una cista en cuyo interior aún conservaba un vaso pequeño de forma cerrada de los que suelen aparecer junto a vasos carenados en el «Horizonte de Atalaia».

La tumba circular de Guadajira creemos que representa ya el paso al Bronce Pleno, sirviendo de nexo entre la Pijotilla y los enterramientos en cista. Pero es muy poco aún lo que conocemos de este nuevo período en la Cuenca Media del Guadiana debido a la escasez de hallazgos —en parte hemos de suponer una regresión demográfica y la reutilización de sepulturas colectivas, como en Colada de Monte Nuevo (16)— y a la falta de investigación de la prehistoria extremeña.

## NOTAS

(1) Tavares, C. y Soares, J.: «Contribuição para o conhecimento dos povoados calcolíticos do Baixo Alentejo e Algarve». *Setúbal Arqueológica*, II-III, 1976-77, págs. 179-272, Setúbal (Portugal).

(2) Arribas, A. y Molina, F.: «El poblado de los Castelleros en la Peña de los Gitanos, Montefrío (Granada)». *Monogr. 3. Cuad. Preh. Univ. Granada*, 1979, Granada.

(3) Enríquez, J. J.: «Avance al estudio de los materiales procedentes de Araya, Mérida (Badajoz)». *Pyrenae*, 1981-82, Barcelona. E información oral.

(4) Tavares, C. y Soares, J.: *op. cit.* 1976-77, págs. 204 y ss.

(5) Ruiz-Mata, D. y Martín, J.: «Noticias preliminares sobre los materiales del yacimiento de Papaúvas, Aljaraque (Huelva)». *Cuad. de Preh. y Arq. Univ. Autónoma*, Madrid, 4, págs. 35 y ss., 1977.

(6) Molina, L.: «Poblado del Bronce I de El Lobo (Badajoz)». *Not. Arq. Hisp.* IX. (Madrid), 1980.

(7) Hurtado, V.: «Los ídolos calcolíticos de la Pijotilla (Badajoz)». *Zephyrus XXX-XXXI*, Salamanca, 1980. «Los ídolos del Calcolítico en el Occidente peninsular». *Habis*, 9, Sevilla, 1978. «Las figuras humanas del yacimiento de la Pijotilla». *Madrider Mitteilungen*, Heidelberg, 1981.

(8) Ruiz Mata, D.: «El yacimiento de la Edad del Bronce de Valencina de la Concepción, Sevilla, en el marco cultural del bajo Guadalquivir». *Actas del I Congr. H.ª de Andalucía. Preh.ª y Arq.*, 1983.

(9) Hurtado, V. y Amores, F.: «Relaciones culturales entre el SE francés y la Pijotilla (Badajoz) en el Calcolítico: las pastillas repujadas y el campaniforme cordado». *Habis*, 13, Sevilla, 1982.

(10) Paço, A. y Jalhay, E.: «El castro de Vilanova de San Pedro». *Act. y Mem. de la Soc. Esp. de Antr. Etn. y Preh.*, XX. Madrid, 1945, lám. XXV, 8.

(11) Molina, L.: «La colección de ídolos-cilindros del Museo Arqueológico Provincial de Badajoz procedentes del sepulcro megalítico de Los Fresnos». *Rev. Arch. Bibl. y Museos*, LXXXI, n.º 3, Madrid, 1978.

Almagro, M.ª J.: «Los ídolos del Bronce I Hispano», Vol. XII, *Bibl. Praeh. Hisp.* Madrid, 1973, lám. XXI y Fig. 24.

(12) Nos referimos a la variante de ídolos cilindro existente en el Valle del Guadalquivir, de la que derivaría la de la Pijotilla y Cuenca Media del Guadiana. Creemos también que los ídolos oculados del Algarve y Extremadura portuguesa deben corresponder a la misma fase; de esta forma las distintas variantes serían interpretaciones zonales de un mismo tipo, pero cabe, a su vez, la posibilidad de derivaciones entre ellas que se debieron producir rápidamente.

(13) El Alentejo funciona como una zona más de las que componen el SW. El hecho de que no aparezcan ídolos oculados de mármol es quizá por el carácter arcaizante y el fuerte conservadurismo que limita a muy pocos los tipos de ídolos.

(14) Leisner, G. y V.: «Die megalithgräber der Iberischen Halbinsel». *Der Westen*, 1965, Berlín, Taf. 98.

(15) Hurtado, V.: «La excavación de una sepultura circular de la Edad del Bronce en Guadajira (Badajoz)». *Homen. a Cánovas Pesimi*. Badajoz, 1985, págs. 25 y ss.

(16) Schubart, H.: «Tumba megalítica con enterramientos secundarios de la Edad del Bronce de Colada de Monte Nuevo de Olivenza». *XII C. A. N. Jaén*, Zaragoza, 1971, páginas 175-190.

# Consideraciones en torno a la implantación megalítica onubense dentro del contexto del Neolítico y el Calcolítico del Suroeste peninsular

Fernando Piñón Varela

El objeto de estas páginas no es otro que el planteamiento de algunos de los problemas suscitados en el estudio de la cultura megalítica en Huelva, una de las áreas donde este fenómeno reviste una más acusada personalidad como expresa el nutrido y variado registro de sus construcciones y ajuares. No se trata, pues, de un ámbito cultural arbitrariamente acotado a una demarcación administrativa, sino del estudio de un conjunto de singulares testimonios cuya distribución resulta enmarcada dentro de las coordenadas propias de la actual circunscripción provincial.

## 1. El marco físico

En el S. O. de la Península, fronteriza y con una superficie de 10.085 km<sup>2</sup> y 111 km de costa, se encuentra Huelva, cuyo paisaje, en líneas generales, se ajusta al progresivo escalonamiento de Norte a Sur del relieve. Son cuatro las unidades diferenciadas en el territorio comprendido entre los cauces del Guadiana y su afluente el Chanza, al Oeste, y el complejo de caños del estuario del Guadalquivir, a Levante y que surcan los cursos del Piedras, el Guadalquivir y, sobre todo, el Tinto y el Odiel, en los que se recogen los aportes de una compleja red de arroyos y cauces menores.

La primera de ellas, septentrional y montañosa, es la derivada de la presencia de una serie de sierras, como la de Aracena, estribaciones occidentales de Sierra Morena, jalonando el tránsito entre la península extremeña y la depresión bética. Es un terreno abrupto, básicamente paleozoico de pizarras y cuarcitas, con suelos pardorrojizos pobres en humus. Al Sur, perdiendo altura, se sitúa la extensa peniplanicie de pequeñas cadenas entrelazadas, también paleozoica y con suelos débiles y depauperados, que configura el Andévalo, a su vez bordeado por los suaves y espaciosos terrenos miopliocénicos, con suelos del complejo pardoserosen, de la Campiña o Condado. A mediodía, paralela a la costa, entre los

cabezos miopliocénicos y el mar, se localiza el cordón de dunas litorales, registrándose la presencia de suelos salinos de la marisma y de los regosuelos.

En función de estas características y del clima mediterráneo subtropical, de matiz oceánico, la vegetación presenta una similar gradación en altura, más dentro de unos rasgos xeromorfos con un estrato arbóreo integrado por distintas variedades de *Quercus* y un sotobosque constituido por lentiscos, jaras, torviscos, romeros y contuesos. En la orla litoral, además del pino arraigan las especies halófilas. En las últimas décadas, este paisaje ha experimentado una intensa y grave alteración en virtud de la repoblación, propiciándose el desarrollo de estepas subseriales pobladas de garrigas y maquis, e incluso, espacios semidesertizados (Márquez Fernández, 1978).

La información sobre las características del primitivo marco ambiental no son muy abundantes refiriéndose al área litoral, circunstancia por la cual, para el resto de la provincia sólo cabe arriesgar una serie de conjeturas. En este sentido, interesan los datos geomorfológicos y palinológicos extraídos de este territorio por cuanto contribuyen a esclarecer los patrones de asentamiento y la distribución espacial de las comunidades neolíticas y calcolíticas en ellos documentadas. Así, la existencia de una gran laguna, cerrada parcialmente por la flecha de Punta Umbria, cuyas aguas bañarían la base de los cabezos de la Huelva protohistórica (Belén, Fernández Miranda y Garrido, 1977. 13-16, 365-369) conclusión que ha de observarse en relación a la similar transformación del paisaje a causa de una penetración marina, apuntada para la desembocadura del Guadalquivir (Abad Casal, 1975; Gabala Laborde, 1934, 1949, 1952; Menteau, 1976, 1978).

El segundo tipo de evidencias, que conjuntamente inducen a considerar de modo bien distinto al actual el entorno ecológico en que se desarrolló el quehacer de estas comunidades, son las relativas a la inferencia de una época Atlántica para la formación

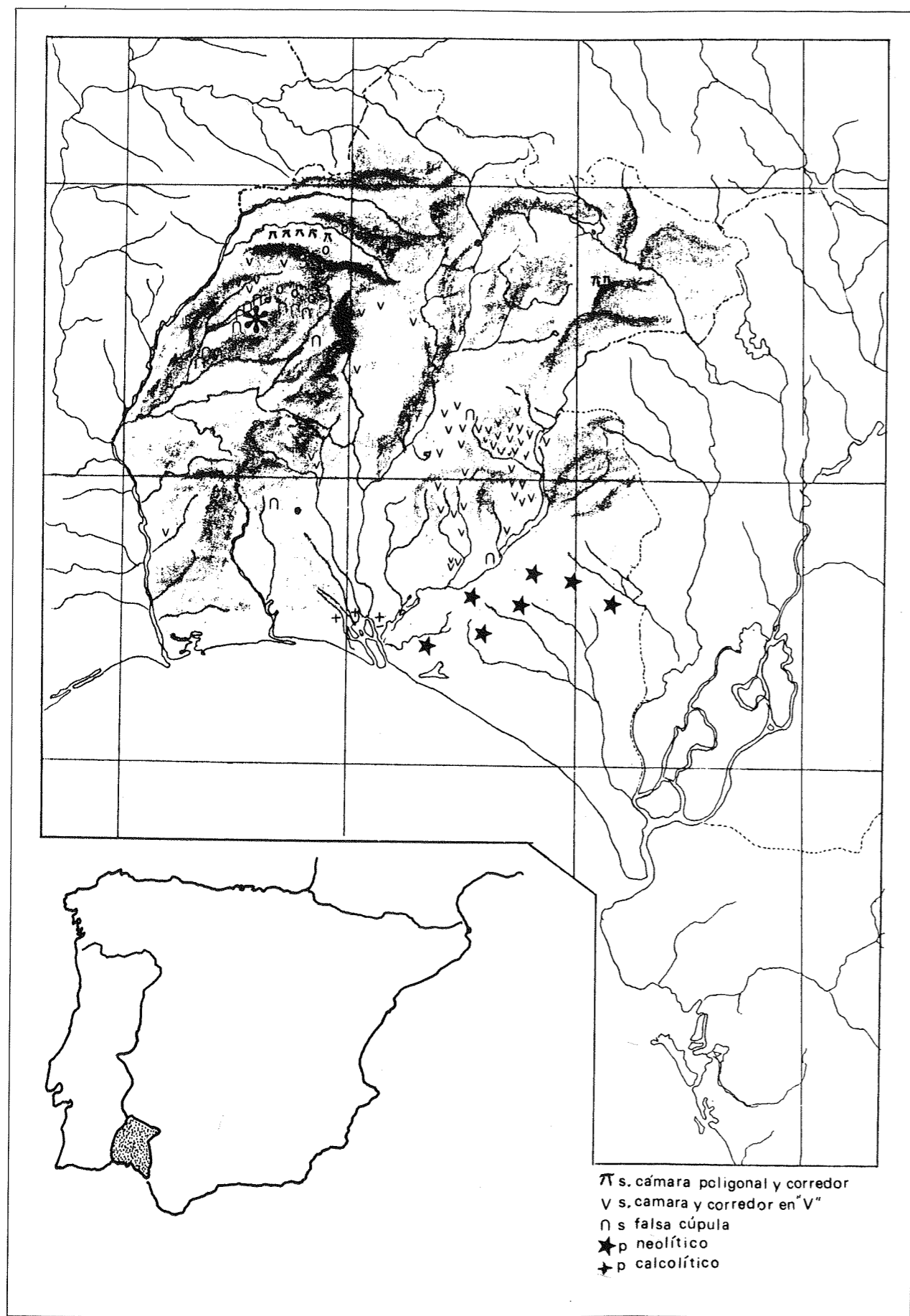


Figura 1. Distribución de los yacimientos.

del cordón de dunas (Carantini, Viguier, 1973, 328), las derivadas de los niveles de oscilación marina (Horowitz, 1981) así como los resultados de los análisis palinológicos de la Laguna de Las Madres, de los que se deriva la presencia de una zona de parque, seguida de otra de bosque, tras la que, a partir del 2500 a. J. C., se advierte una evidente deforestación, apuntándose que en la segunda mitad del Atlántico, la acción eólica ocasionó la deposición de arenas en forma de dunas (Amor Florschultz, 1973, 183-184).

## 2. EL FENOMENO MEGALITICO ONUBENSE

### a) documentación

Tras los hallazgos que en 1906 y 1921 efectúa J. M. Romero Martín en la Cueva de la Mora, Jabugo, globalmente referidos por E. Díaz Llanos (1923, 1925) y tan sólo analizados puntualmente hasta la fecha (Cabré, 1945; Blanco Freijeiro, Rothemberg, 1981; Blance, 1971; Garrido, 1975; Bueno-Piñón, 1984), el descubrimiento de la arquitectura megalítica onubense se lleva a cabo con la publicación de los resultados obtenidos por A. de Soto en su exploración del gran sepulcro soterrado en el Zancarrón (Soto I) y en el dolmen anejo (Soto II), en la Lobita, Trigueros (Obermaier, 1924). Sin embargo, pese a la magnitud del hallazgo, en el que se concilian la monumentalidad de la arquitectura, la complejidad formal del ritual funerario —inhumaciones, ajuars, decoración parietal—, no es sino hasta mediados de la década de los 40, cuando, de nuevo, y gracias al inventario y las excavaciones de C. Cerdán (1952) se da pie al primer y más detenido análisis de una presencia megalítica, desde entonces notablemente amplia, variada y compleja (Cerdán-Leisner, 1952).

La excavación del «Tholos de El Moro» (Garrido Orta, 1967) y, después, los vestigios cerámicos y líticos hallados en El Rincón y Papa Uvas, permiten un replanteamiento de las características del poblamiento onubense durante el Bronce I Hispano (Garrido, 1971), al que se asimilan los megalitos. Con posterioridad, ambos asentamientos serán proyectados, ante la supuesta afinidad de algunos de sus tipos cerámicos con los exhumados en las necrópolis en cistas (Amo, 1975), de cara a esclarecer el substrato indígena anterior al Bronce Final (Belén y Fernández Miranda y Garrido, 1977). La investigación arqueológica de Papa Uvas, no obstante, distinguirá un horizonte calcolítico neolitizante de otro correspondiente al Bronce Final (Ruiz Mata y Martín de la Cruz, 1977).

Tras la aparición de la síntesis *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*, donde se reproducen algunos de los trabajos citados, se darán a conocer los resultados de la excavación del sepulcro núm. 13 del Pozuelo, o Martín Gil, cuyos materiales se incluyen sin dificultad en el resto de las series de esta necrópolis (Gómez, 1978) y los obtenidos en la de Los Gabrieles, al S. E. de Valverde del Camino (Cabrero, 1978). En relación con ésta, se sitúan, de un lado, la publicación parcial del ajuar de un sexto dolmen (Blanco y Rothemberg, 1981) y, de otro, el estudio de los grabados existentes en dos de estos sepulcros, uno de ellos clasificable como «galería acodada» (Piñón, Bueno, 1983).

Las últimas aportaciones, actualmente en prensa o en curso de realización, son las efectuadas por M.

Belén en dos pequeños sepulcros de «Las Plazuelas», Villanueva de los Castillejos, junto a la estación rupestre de «Las Tierras» (Belén, 1974) y los que, en colaboración con M. del Amo, se efectuaron en el interesante sepulcro de «El Tejar», Gibraleón (Belén y Amo, 1984). Asimismo, la labor que dentro de los planes de investigación del Museo Provincial de Huelva, y con el apoyo y estímulo de P. Bueno, juntos llevamos a cabo con el propósito de documentar sobre nuevas bases el estudio del megalitismo onubense, objeto de la tesis doctoral que realizo. En este sentido, la prospección y documentación de las colecciones y las excavaciones en el Pozuelo 9, en el poblado y la necrópolis de La Zarcita, y con motivo de la restauración del dolmen de Soto, en los dos ya conocidos, así como en un tercero inédito y en el Cabezo de la Sepultura, en las Cumbres del Cano, núm. 26 del inventario de C. Cerdán.

### b) explicación

Los esquemas explicativos realizados para el megalitismo onubense, en su mayoría, derivan y dependen de las constataciones efectuadas en otras áreas, cuando no de formulaciones teóricas y en exceso globales de este fenómeno en el contexto europeo. Los testimonios onubenses obran, pues, como elementos de comprobación y ésta, habitualmente se opera en términos comparados selectivos, no de conjuntos arqueológicos y registros culturales. La común sujeción a modelos difusionistas provoca su consideración en términos de «colonización megalítica portuguesa» (Bosch y Gimpera, 1967; 1969) o, entre otras, como consecuencia de la expansión colonizadora por estas tierras de prospectores de metal de origen mediterráneo afincados en el S. E. Peninsular (Almagro y Arribas, 1963; Muñoz, 1969), por lo que, en definitiva, no sorprende su consideración como monumentos «híbridos» (Arribas, 1960), culturalmente «arcaizantes» (Cerdán y Leisner, 1952) y, en cualquier caso, «tardíos» (Garrido, 1971). Entre ambos extremos se sitúa la inteligente diferenciación de «lo megalítico» establecida por G. y V. Leisner, aunque, a la postre, la presencia de «lo dolménico» se haga derivar de la instalación en Huelva de sociedades «más avanzadas» de ascendencia mediterránea, en virtud de una serie de prejuicios de índole monogenética, motivados por una sobrevaloración del cobre, tan abundante en este territorio, como detona del origen y desarrollo de ambos componentes (Cerdán-Leisner, 1952). En el otro extremo, se encuentra la opción tendente a considerar una continuidad en el proceso cultural de los constructores de dólmenes, más, significativamente, correlacionando su presencia al beneficio del cobre (Blanco y Rothemberg, 1981).

Tales planteamientos, en parte, nacen de la observación de la distribución de los dólmenes sobre zonas ricas en este mineral (Serra Rafols, 1924; Pinedo Vara, 1963) y, en cierto modo, de la sugestión que ello entraña como refrendo de una tradición metalúrgica previa al espectacular desarrollo del horizonte tartésico (Garrido, 1971), revitalizando algunas viejas pretensiones (Gómez Moreno, 1905), ya en su día cuestionadas (Obermaier, 1924), más subyacentes a la exposición de Schulten como puso de relieve L. Pericot (1969). Así pues, no extrañan algunas dataciones absolutamente bajas otorgadas a ciertos mo-

numentos como El Moro (Garrido y Orta, 1967), Martín Gil (Gómez, 1978) o la propuesta por los Leisner para Soto I (Leisner, 1943), todas ellas en la primera mitad del segundo milenio.

#### La tesis difusionista, ex oriente lux

La «adopción» del cobre ajustada a una mecánica difusionista en su doble planteamiento de migración y colonización, como se indicó, resulta claramente enunciada por J. P. Garrido, quien juzgando tipológicamente evolucionados los ajuares de los sepulcros de falsa cúpula del suroeste, primero planteó su relación directa con los focos originarios del Mediterráneo, sin mediación del S. E. (Garrido y Orta, 1967) y, luego, tras los hallazgos de El Rincón y Papa Uvas, en su opinión ligados a los constructores de megalitos, señaló su indudable dependencia respecto a la arribada de colonos prospectores de metal de origen egeo-anatolio, en el Bronce I Hispano (Garrido, 1971; 1975).

#### La tesis difusionista occidentalista

En tal sentido se señala la expansión de la cultura portuguesa, por una parte sugerida por los Leisner (Cerdán y Leisner, 1952), que ya como «colonización» postula B. Bosch y Gimpera, como se citó, y que en su acepción de «migración», entre otros, defiende E. Ferrer Palma (Ferrer-Palma, 1982), independientemente más tarde, asumiendo el impacto de los grupos del S. E., dando lugar a «formas especializadas locales, con soluciones raras en la Península» (Oliveira Jorge, 1982, 263), «híbridas y combinadas» (Ferrer y Palma, 1982, 123), en definitiva, sincréticas de las influencias de las culturas almerienses y alentejanas (Bosch y Gimpera, 1969, 56).

#### La hipótesis autónoma occidentalista

Como tal, enunciada por A. Blanco Freijeiro y B. Rothemberg, considera que tanto los principios extractivos como los conocimientos requeridos para la fusión del mineral y la obtención de útiles de cobre, se documenta fehacientemente en distintos yacimientos onubenses a inicios del calcolítico —IV-III milenio— erigiéndose por tanto en «los más antiguos del S. O. de Europa». Además de la «tipología» de las tortas y de los martillos de minero —cuya antigüedad se infiere de paralelos anatolios— cobra especial relieve la proximidad de uno de estos yacimientos mineros y metalúrgicos —con materiales calcolíticos— a los dólmenes 1-4 del Pozuelo. Las cerámicas supuestamente dolménicas de cronología en el asentamiento, de un lado, y el fragmento de punzón de cobre hallado en el Pozuelo 4, de otro, aunada a una estimación cronológica paralela, corroborarían este nexo (Blanco y Rothemberg, 1981, 35-39) cuya virtualidad sería negada por los materiales del Bronce Final brindados por las excavaciones de este poblado (Pellicer y Hürtado, 1980). No obstante, queda abierta la sugerencia —ya apuntada entre otros por C. Renfrew (Renfrew, 1967; 1976; 1979) relativa a la autonomía de la Península Ibérica en el descubrimiento del cobre y, en particular, de Huelva en este proceso que en modo alguno se constata requerido de una «colonización tecnológica»; antes bien, «la sorprendente riqueza cultural de los dólmenes de Huelva y la súbita aparición de poblados 'urbanos' en la Península —Almizaraque, Los Millares, Vila Nova de São Pedro— debe ser contemplada

como una gran reestructuración social o, quizá mejor, como una revolución del neolítico hispano, estrechamente vinculada a los comienzos de la metalurgia, al control de las técnicas y las fuentes del metal y, como factor primordial, al comercio de los metales, más que a una invasión de colonizadores. La prosperidad fomentada repentinamente por una economía basada en el metal y las consecuencias sociales del control de sus filones y de su comercio, fueron la causa de los evidentes problemas de seguridad que condujeron a los poblados fortificados» (Blanco y Rothemberg, 1981, 167).

#### La diferenciación de los Leisner

Su esquema evolutivo tuvo entre otros aciertos, la inteligencia de aunar y transformar el linealismo evolutivo de las tendencias difusionistas, situar su estudio en unas coordenadas «paleoetnológicas» no necesariamente provistas de connotaciones cronológicas, y enfocar el problema no desde la perspectiva formalista de las arquitecturas o sus ajuares, sino desde la óptica más compleja, multilínea, atenta a la consideración de ambos aspectos al unísono como expresión de un fenómeno variado en su manifestación y, por tanto, complicado en su análisis. Su estudio de Huelva se apoya en la interpretación de los datos de L. Siret en el S. E. —no exclusivamente de índole funeraria— (Leisner, 1941; 1943) y, de manera evidente, en sus propias averiguaciones en el Alentejo (Leisner, 1951), de suerte que casi lo continúa. En virtud de ello, en *Los sepulcros megalíticos de Huelva*, subyace la consideración de los desarrollos culturales del S. E. y Occidente de modo paralelo e interactuante, pese a su diferenciación (Leisner, 1943, 246), así como la creencia en un trasfondo común mediterráneo —aspecto hoy revitalizado (Savory, 1977)— que con una variabilidad cronológica y geográfica, habrá de expresarse, y a la vez explicar, las analogías cicládico-cretenses, africano-egipcias y centro-mediterráneas. La herencia de su estudio de Reguengos es tanto de fondo como de forma. Así el decidido rechazo a las formulaciones evolutivo lineales y por el contrario, la interacción de los componentes culturales en tanto tradiciones étnicas diferenciadas (Leisner, 1951). En Huelva esto se traduce en una nítida división entre «lo dolménico», representado por las construcciones adinteladas, de ascendencia neolítica y con un desarrollo autóctono y occidental, manifestación de unas comunidades básicamente ganaderas y trashumantes en las estériles peniplanicies pizarrosas del Andévalo, y los monumentos de falsa cúpula de mampostería, pertenecientes al Bronce Inicial, obra de los grupos asentados en las zonas más ricas de acuerdo con el carácter sedentario y agrícola de sus constructores. La demostración de este planteamiento se opera por medio de una meticulosa dirección de «lo megalítico» no sólo a través de la tipología de las construcciones, sino también mediante la clasificación de los ajuares. Ello conduce al reconocimiento, por una parte, de la continuidad étnica y cultural del complejo occidental en sus primeros estadios, más permeable a la dinamización que ha de reportarle la adopción de estímulos culturalmente «más avanzados» (Cerdán y Leisner, 1952, 74-75) y, por otra, a la valoración de las diferencias entre «galerías» y «tholoi» tan sólo en un sentido cultural, no cronológico (*Ibidem*, 89). La interacción total o parcial de ambos com-

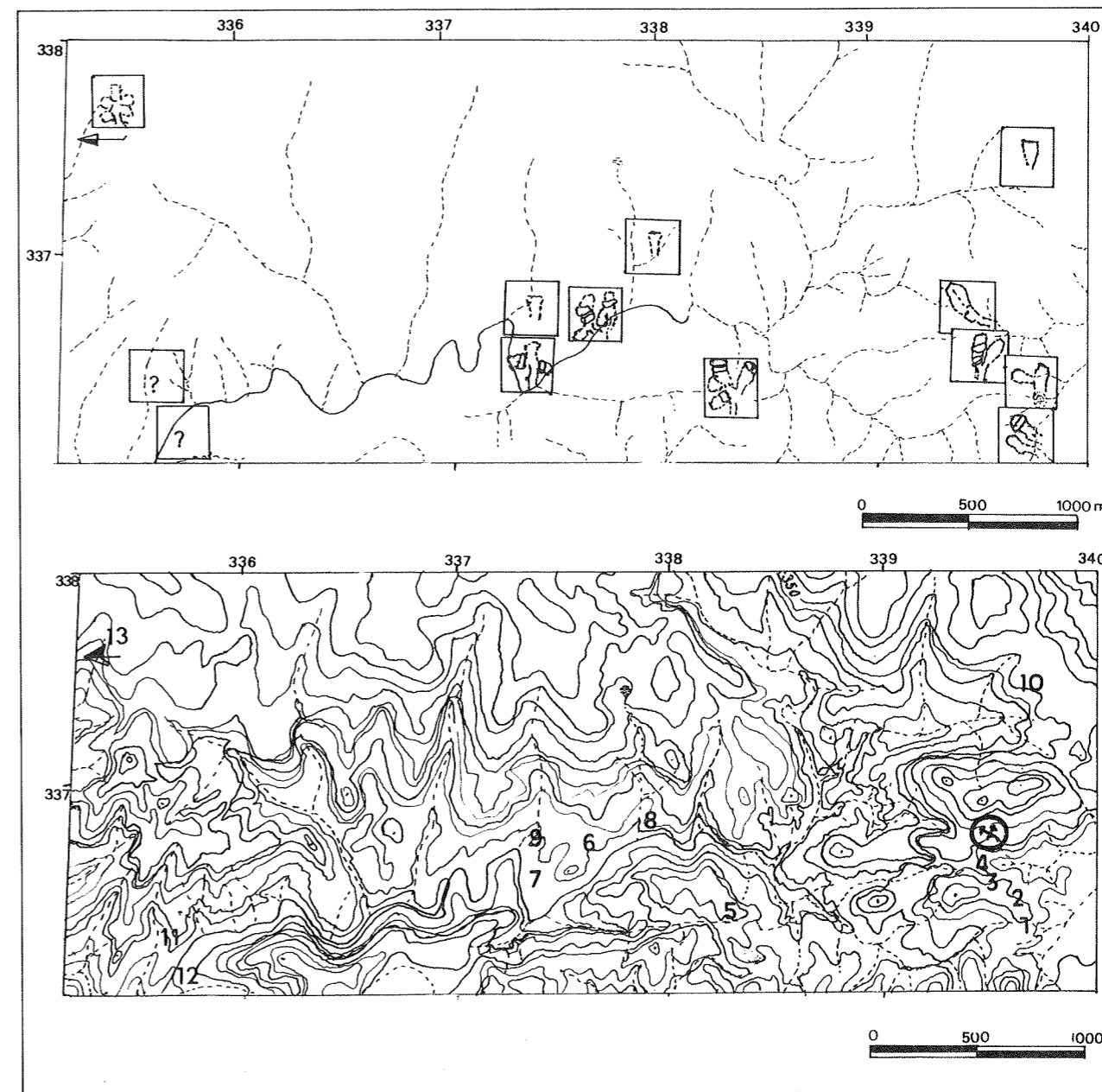


Figura 2. Distribución de los monumentos megalíticos de la necrópolis de El Pozuelo (Zalamea la Real).

ponentes, coadyuvantes de una sincronía —a la vez imprecisa, pues deriva de una apreciación cultural— se convierte en uno de los aspectos más sugestivos —por maleables— de su formulación. De ahí, su vigencia dentro del desarrollo historiográfico del difusionismo.

Este anticipo de las conclusiones descansa sobre dos pilares básicos: el origen de lo dolménico y la explicación tanto de la concentración megalítica onubense como de los «contactos» entre ambos complejos que, en definitiva, se reduce al problema de las causas o motivos que propiciaron la interacción inherente a esa sincronía.

En relación a ello los Leisner definen tres *facies* distintas, las dos primeras propias del componente dolménico occidental y la tercera protagonizada por la «Cultura de la Zarcita». Así, siguiendo las inferencias de Reguengos, una *facies neolítica* caracterizada por

una variada industria microlítica, la no menos representativa en piedra pulimentada —hachas y escoplos cilíndricos y alargados, con extremidad distal a doble disel y superficies piqueteadas, toscas azuladas— y, en consonancia con la actividad ganadera itinerante de estos grupos, una débil o nula presencia de cerámicas. El ritual funerario sería reducido en el número de inhumados y sus formas de enterramiento, podrían asimilarse a los *pequeños dólmenes de galería y cámara única*, habitualmente de tendencia trapezoidal y, en general, alargados y cortos, que pueblan las serranías centrales de la provincia (números 9, 10, 18, 22, 26 y 33). A ésta «seguiría» las *facies oeste-europea*, representada por un característico conjunto de vasijas, en su mayoría globulares, y los ídolos placa, como elementos propios, y las puntas de flecha de base cóncava —«que llega ya plenamente desarrollada» (*Ibidem*, 79)—, las cuentas de collar y col-



gantes, cuya distribución rebasa el ámbito propiamente occidental. En este sentido, aun manteniendo una fuerte vinculación con Portugal, de un lado se detectaría el apego a tradiciones propias de la facies neolítica y, de otro, cierta permeabilidad ante influencias más avanzadas. Ello permite correlacionar estas facies tanto con el momento de esplendor de la cámara poligonal alentejana —que sitúan en el eneolítico (*Ibidem*, 74)—, como con la cultura de Almería, según testimonian los ídolos almerienses —fabricados en Huelva—, la construcción de cámaras anejas, el empleo de pilares y, en general, la complicación de su trazado, soluciones todas ellas de ascendencia mediterránea, aunque elaboradas al uso dolménico; además, esta facies —o fase— se correspondería a un momento de «divulgación marítima dada su afinidad con tipos irlandeses y bretones» (*Ibidem*, 59).

La tercera y última facies es la representada por la Cultura de la Zarcita, o *facies norteafricana*, paralela a Millares Antiguo y a los niveles inferiores de V. N. S. P., caracterizada por los sepulcros de falsa cúpula, ciertos tipos de puntas de flecha, grandes hojas cuchillo retocadas, cuentas de collar, hachas de sección rectangular, típicas cerámicas del Bronce I Hispano, así como por la ausencia de elementos de la facies europea salvo en el sepulcro de falsa cúpula de San Bartolomé de la Torre, considerado tardío, testimonio de un eventual sincretismo entre ambos componentes culturales.

La potencial dimensión cronológica que tal diferenciación pudiera revestir para el complejo dolménico, pronto queda reducida, pues la fase neolítica de Reguengos, apenas si en Huelva encuentra más comprobación que la frágil evidencia suministrada por Los Rubios 10. De ahí que los Leisner se muestren sumamente cautos acerca de la aparente antigüedad de las pequeñas construcciones con ajuar de «aspecto arcaico», postponiendo el problema a la solución presentada por los dólmenes mayores (*Ibidem*, 55), si bien, y ello es importante, plantean en relación al origen de aquéllas su posible vinculación con los pequeños sepulcros de espacio no repartido (*Ibidem*, 53). En consecuencia, al trasladar esta cuestión, por una parte, metamorfosean la facies neolítica en «neolitizante» —retrasándola al estadio cultural eneolítico implícitamente asignado a la expansión de la cultura alentejana en su apogeo— y, hacen depender su solución a su vez, de las relaciones que la facies oeste-europea mantiene con la Cultura de Almería, proyectando de modo subliminal, no sólo la interacción oriente-occidente, sino la conflictiva posición de la Cultura de Almería respecto a Millares, problemas de fondo en su bibliografía. La interrogante, en sí bastante espinosa, aún resulta más comprometida ante la paradoja creada al atribuir a los ídolos almerienses de Huelva una filiación campaniforme (*Ibidem*, 88) y la consideración precampaniforme de la Cultura de la Zarcita, paralelizable a Millares I y V. N. S. P. I, donde éstos no aparecen y que, además, parece suponer «una segunda etapa de la metalurgia» (*Ibidem*, 90). En definitiva, aflora la cuestión subyacente a toda la explicación: el cobre como motor y motivo de toda la implantación megalítica onubense, en consonancia con la riqueza contenida en este territorio. De este modo, se argumenta la sincronía de las diferentes corrientes culturales en busca de tan preciado metal (*Ibidem*, 90) preservándose

el origen mediterráneo de este interés —ascendencia *ibero-sahariana* de la Cultura de Almería y *norteafricana* de la de la Zarcita y, en virtud del planteamiento monogenético, la contagiosa incidencia de una cultura superior que, a la postre, «se superpone a las culturas anteriores por conceptos espirituales y por la fuerza atractiva de una economía» (*Ibidem*, 127).

Así pues, se condensa la mayor parte del megalitismo onubense —queda en suspenso la posible antigüedad de los sepulcros tipo Rubios 10— en un contexto preciso (el eneolítico) y, si bien se mantiene la ascendencia neolítica y occidental de «lo dolménico», de hecho, su presencia depende de la aculturación ejercida por las comunidades mediterráneas. La ausencia de cobre en los sepulcros dolménicos, excepto el vestigio «intrusivo» de Pozuelo 4, corroboraría la tesis de L. Siret relativa a su exportación en bruto para su elaboración en los focos metalúrgicos, pues, como concluyen «la hipótesis de que las sierras de la provincia de Huelva solamente fueron pobladas en mayor escala en la época de la exploración de la riqueza mineral, se confirma por la forma de los ídolos almerienses, que pertenecen ya a una fase avanzada de aquella cultura, sin excluir su contemporaneidad e incluso una posición cronológica más reciente que el comienzo de la Cultura de la Zarcita. Según las observaciones de las cámaras principales, podría ser ésta la época de las primeras construcciones dolménicas del Pozuelo, contemporáneas de la fase eneolítica de la cultura megalítica portuguesa, representada por las grandes antas de Reguengos que dieron también material con afinidades en la cultura de los tolos» (*Ibidem*, 131-132).

En definitiva, el interés paleoetnológico presente en muchos de sus trabajos, dentro de las premisas señaladas, hace que los Leisner no polaricen su atención en la casuística del origen y desarrollo de las distintas formas arquitectónicas —pues su misma diferenciación alude a cunas asimismo distintas— sino en la dialéctica por ellas mantenida a lo largo del desarrollo de esta intensa ocupación megalítica y, como base, la causa que la motiva; esto es, la extracción del cobre y su comercio cuyo beneficio se atribuye a un interés mediterráneo y oriental.

### 3. DISCUSION

Del examen, obligadamente sinóptico, de las distintas formulaciones realizadas sobre el megalitismo onubense, se deduce la común coincidencia en hacer derivar la construcción de megalitos del comienzo de la explotación de los filones cupríferos, determinándose su adscripción al Calcolítico, ya se valore esta circunstancia como una «invención» autóctona dentro de un proceso cultural continuado, como una «innovación» adoptada, e incluso como una imposición inevitable a su colonización (Renfrew, 1978). Y revista ésta la forma de descubrimiento, gradual contagio estimulante o contundente impacto, respectivamente. A la par, se aprecia la falta de información sobre la población indígena anterior a la proyección de las comunidades portuguesas y las sociedades almerienses en este territorio, en definitiva grupos foráneos, pues la hipótesis de A. Blanco y B. Rothemberg presupone su existencia, mas no la singulariza en yacimiento alguno.

Igualmente se reconoce la generalizada propensión a dotar de cierta contemporaneidad a la totalidad de los elementos integrantes de los ajuares, cuando ninguna evidencia demuestra concluyentemente que así se produjera el enterramiento colectivo, sino, más bien, todo lo contrario.

En última instancia, aun aceptando las dificultades impuestas por la grave destrucción física de los monumentos y sus contenidos (repoblación y saqueo), la insuficiencia documental de las antiguas excavaciones, tan sólo en parte suplida por los recientes trabajos, e incluso la carencia de dataciones absolutas o información sobre lugares de hábitat propiamente dolménicos, cabe discrepar de la dicotomía socio-económica diseñada hasta el momento, cuya veracidad se antoja más argumental que efectiva. En consecuencia, los testimonios conservados admiten una nueva interpretación.

La distribución de los sepulcros megalíticos onubenses, como han demostrado las últimas prospecciones, pese al incremento numérico, se ajusta, en general, a lo establecido por C. Cerdán. Quizá la novedad fundamental sea la localización de un nuevo grupo de sepulcros en el valle del Chanza, y otro de estructuras cistoides en túmulo, aparentemente sin relación con las cistas megalíticas que vienen a engrosar el registro tipológico de la provincia.

El primero, o *Grupo de Aroche* dada su concentración en este término municipal, lo integran más de una decena de grandes sepulcros de cámara poligonal y corredor, erigidos con ortostatos labrados sobre granito, inscritos en amplios túmulos circulares de unos 40 metros de diámetro. En relación a ellos se sitúan una serie de hábitats con materiales calcolíticos, lo que unido a los escasos restos que hemos podido examinar de sus ajuares, permiten tal filiación. Tipológicamente mantienen grandes afinidades con Portugal y Extremadura, si bien, en función de los restos arqueológicos conocidos, no debe descartarse su vinculación con el área sevillana, como hasta el momento señalan los dólmenes de Hallelmans y Corteganilla en Cortegana, y el pequeño núcleo de Higuera de la Sierra. Especial interés supone el poblamiento rupestre de Las Peñas, Aroche, donde además de sepulcros, se documenta un menhir cilíndrico de más de cuatro metros, decorado con una cazoleta.

Un segundo grupo de sepulcros, lo constituye un conjunto de construcciones rectangulares con ortostatos de unos 0,80 metros de altura, cuyo tamaño oscila entre 2,5 y 4 metros de longitud y 0,60 ó 0,70 metros de ancho, arropadas por túmulos circulares de unos 20 metros de diámetro delimitados por bloques de pizarra dispuestos longitudinalmente e inventariados en Aroche y Cortegana. En su mayoría se encuentran totalmente expoliados, por lo que tan sólo tipológicamente admiten una paralelización con el sepulcro núm. 14 de C. Cerdán, en las inmediaciones de El Pozuelo, el muy similar de Calañas, y posiblemente el mayor de los antaño existentes en el Labradillo, Beas (núm. 28). Su distribución, por el momento, parece ajustarse al curso N-S del Odiel.

Dentro de la arquitectura *dolménica* se sitúa el conjunto de «galerías» más o menos complejas, objeto de atención de los Leisner. Tipológicamente en

ningún caso se ajustan con propiedad al concepto de galería, si bien en la mayoría de los casos no es posible diferenciar la cámara del corredor. Característico a todos ellos es el gradual incremento en altura de los ortostatos así como su inserción en elevaciones tumulares de tierra y piedras, habitualmente ceñidas por anillos peristálticos de bloques de pizarra, cuarzo o gossan. Su envergadura es difícilmente globalizable ante el deterioro de las estructuras y túmulos, oscilando aquéllas entre los 4 y 5,5 metros de longitud, no más de 1,20 metros de altura y 1 ó 1,25 metros de ancho, y estos últimos entre los 15 y 18 metros de diámetro. Ateniéndonos a la forma de su trazado, según la terminología comúnmente aceptada, (Arnal, 1956), se trata de sepulcros de cámara y corredor en «V» con trazado trapezoidal y espacio no diferenciado, como se deriva de sus angostas entradas e interior progresivamente espaciado, cerrado por uno o más ortostatos. A nuestro juicio, este constituye el tipo básico más ampliamente representado en número y distribución, y a partir del cual se desarrollan los más elaborados del Pozuelo. Y Mesa de las Huecas.

Como señalaron los Leisner, entre los «grandes dólmenes» se cuentan ejemplos en los que dos (números 1, 3, 20), tres (núms. 5 y 6) y hasta cinco cámaras (núms. 13 y 21) se reúnen en un mismo corredor. En otros, la diferenciación entre la cámara y este último se verifica mediante antecámaras (núm. 4), recurso en relación al que se apuntan los pilares atronados (núm. 6) como asimismo se advirtió en el tramo inicial del corredor de Soto I, a modo de jambas de una puerta de madera (Obermaier, 1924). Sin embargo esta clasificación ha de matizarse, pues el dolmen 1 no admite comparación con los núms. 3 y 20 ya que no son dos cámaras que afluyen a un mismo corredor, sino sendas estructuras dispuestas en ángulo e intercomunicadas; tampoco puede parangonarse el núm. 21, que en realidad no presenta cinco cámaras monumentales (Cerdán, 1962) sino cuatro y una «cámara aneja» y cuyo trazado es una derivación tanto del diseño de los núms. 2 y 20, como de los números 5 y 6, con el núm. 13 o Martín Gil que, como señaló su excavador, denota cierta simetría a la vez que se ajusta al trazado cruciforme del Pozuelo 7 (Gómez, 1978, 17). Asimismo el Pozuelo 4, seccionado por una alineación de pilastras y con antecámara permite advertir una partición del espacio afín a la multiplicación observada en los restantes.

Junto al grupo de la Mesa de las Huecas, destacan los núcleos de la Lobita y Los Gabrieles. En la concentración de Trigueros los tres sepulcros se ajustan al tipo trapezoidal en «V», aunque Soto I, «dolmen de corredor largo» (Obermaier, 1924) o «gran dolmen de galería y cámara única» (Cerdán y Leisner, 1952, 55), en la actualidad con casi 21 metros de longitud y 3 metros de altura e inscrito en un túmulo de unos 75 metros de diámetro ceñido en su frente por una estructura anular de monolitos hincados, presente un trazado en que aquél sólo se signifique en el flanco meridional.

El conjunto de los Gabrieles, por su parte, lo componen seis monumentos de forma igualmente trapezoidal, si bien éste en dos ocasiones experimenta un mayor desarrollo a la par que una inflexión (núms. 4 y 6), circunstancia que aunada a su inserción en tú-

mulos circunvalados por bloques de pizarra y a la presencia de grabados en uno de ellos —como en el número 2— nos hizo considerarlos como sepulcros «acodados» (Piñón y Bueno, 1983) en comparación con las *allees caudees* bretonas (L'Helgouach, 1965).

El cuarto grupo, segundo en importancia numérica, es el de los sepulcros de cámara y corredor cubiertos con falsa cúpula y obra de mampostería. Su distribución, en líneas generales, ocupa el área occidental de Huelva al aparecer entre los ríos Malagón y Guadiana, destacando dos agrupaciones. Una en San Bartolomé de la Torre, en la Campiña, sólo representada por el monumento excavado por E. Pérez Núñez en 1934 (Cerdán y Leisner, 1952), si bien en relación con él o sus constructores se hallan tanto una pieza paralelepípeda con la representación del árbol de la vida (Garrido y Orta, 1965), muy semejante al de la Cueva de la Mora (Cabré, 1945), como dos piezas con acanaladura longitudinal decoradas, interpretadas como ídolos (Garrido, 1971), atribución que nos resulta cuestionable (Piñón y Bueno, 1984). El segundo, lo integran un heterogéneo conjunto de sepulcros entre los que destaca la agrupación de La Zarcita y el poblado a ellos ligado del Cabezo de Los Vientos.

Atendiendo a su morfología, se señala una diferenciación entre los sepulcros de cámara y corredor con falsa cúpula y aquellos privados de este último. Dentro del primer conjunto, a su vez, se documentan ejemplos en los que todo el sepulcro presenta una fábrica ortostática, caso, por un lado, de El Moro, y por otro, el de las cámaras de planta elíptica, selladas, con cámaras anejas excéntricas como el gran sepulcro de San Bartolomé de la Torre y los de menor envergadura de Fuente Cubierta, en Santa Bárbara de Casa. La segunda variante, más ampliamente representada, es la de los sepulcros con cámara circular de mampostería y corredor total o parcialmente flanqueado por ortostatos y frecuentemente compartimentado por puertas, cuya tipología (Leisner, G., 1941; Almagro, 1942) desconocemos a causa de su destrucción. Hasta el momento, ningún sepulcro documenta el empleo exclusivo de mampostería en su construcción.

El segundo conjunto, sólo presente en la Zarcita, lo caracterizan dos monumentos sin corredor y, a su vez, bien distintos. Por una parte, La Zarcita de C. Cerdán, núm. 41 de su inventario, o Cabezo del Tesoro, hoy transformado en una era, en el que la ausencia de corredor siempre nos resultó inviable ante su envergadura, que implicaría un vano para la cúpula de 3,5 a 4 metros de altura total, la ausencia de entibación central, el carácter artificial del túmulo y las propias contradicciones contenidas en la descripción del mismo (Cerdán y Leisner, 1952, 27-28). Por otra, en sus inmediaciones, los restos de la original construcción de El Charco del Toro, identificable con el sepulcro núm. 40 de C. Cerdán —«circular, sin corredor, ya destruido que dio una placa de esquisto antropomorfa y un vaso esférico con cuello provisto de seis resaltes perforados» (Cerdán y Leisner, 1952, 38 y 98, láms. LXVI y LXXXIII)—. Su reexcavación mostró la presencia de una construcción de mampostería con acceso flanqueado por ortostatos, compuesta por una cámara circular de 2,80 metros de diámetro. La excavación del túmulo de unos 12 metros de diámetro, además de brindar una serie de lajas

de pizarra decoradas con motivos lineales y geométricos, cazoletas y una posible esquematización zoomorfa, similares a las halladas en el *tholos* de La Suerde del Bizco, posibilitó la localización de tres pequeñas estructuras adosadas, indicativas de la primitiva presencia de cuatro, todas de 1,5 metros de diámetro interior, dispuestas dos a dos, paralela y colateralmente al acceso de la estancia mayor.

Al margen de la arquitectura megalítica, quizá debido a las características del territorio en que se documenta, pero como forma de enterramiento asociada a los enterramientos calcolíticos, cabe citar el de doble inhumación descubierto en las excavaciones realizadas por J. Fernández Jurado en San Bartolomé de Almonte, conocidos a través de la prensa (Odiel, 19-VIII-1982) que a la espera de su publicación, evoca al menos los documentados en el Morro de la Mezquitilla (Schubart, 1984).

La primera inferencia que se desprende de la simple observación de la distribución megalítica onubense en su asimilación a tres grandes ámbitos, así como su generalizada implantación en áreas eminentemente montañosas. No se produce, pues, la pretendida repartición del territorio requerida por el planteamiento sociologista del esquema monogénico. Lejos de ello, frente a la dispersión de los sepulcros de cámara y corredor en «V», se detecta cierta reclusión a las áreas aledañas al cauce del Guadiana y su afluente el Chanza por parte de los constructores de monumentos calcolíticos de falsa cúpula (grupo de La Zarcita) y de cámara poligonal y corredor (grupo de Aroche), a su vez, morfológica y espacialmente diferenciados.

En consecuencia, el panorama, de un lado, se torna más complejo y, de otro, desvirtúa el diseño territorial comúnmente aceptado, así como la dialéctica comunidades pastoriles transhumantes, interiores —y, al parecer, mineras—, sociedades agrícolas sedentarizadas, fortificadas, comerciales y de proyección litoral, motivado por los presupuestos ya señalados y, sobre todo, por el desconocimiento de hábitats dolménicos. Supliendo esta limitación, común a otras zonas (Morais Arnaud, 1971) como se ha subrayado (Savory, 1968), de cara a profundizar en el conocimiento de esta realidad, se antoja operativo analizar tanto la dimensión espacial (Chapman, 1983) como la organización interna (Fleming, 1972; 1973) de estos monumentos.

La extensa dispersión de las pequeñas sepulturas en «V», erigidas aisladamente, aunado a su reducido tamaño que hace prácticamente inaccesible su acceso en virtud de su altura y sobre todo lo angosto de sus entradas, la aparente fragilidad arquitectónica y la continuidad del espacio funerario, pueden sugerir su construcción por pequeñas comunidades desperdigadas sobre estas quebradas peniplanicies con un régimen relativamente móvil. Ahora bien, su presencia dentro de auténticas necrópolis (Pozuelo, Mesa de las Huecas, Gabrieles y Lobita) resulta significativa, no debiendo minusvalorarse o, incluso, soslayarse como acusa la literatura científica a ellas referida. Como tales, denotan una intencionada concentración de monumentos en consonancia con una no menos consciente demarcación espacial del territorio en que se verifica la implantación de sus constructores. Según se comprueba en El Pozuelo, la ma-

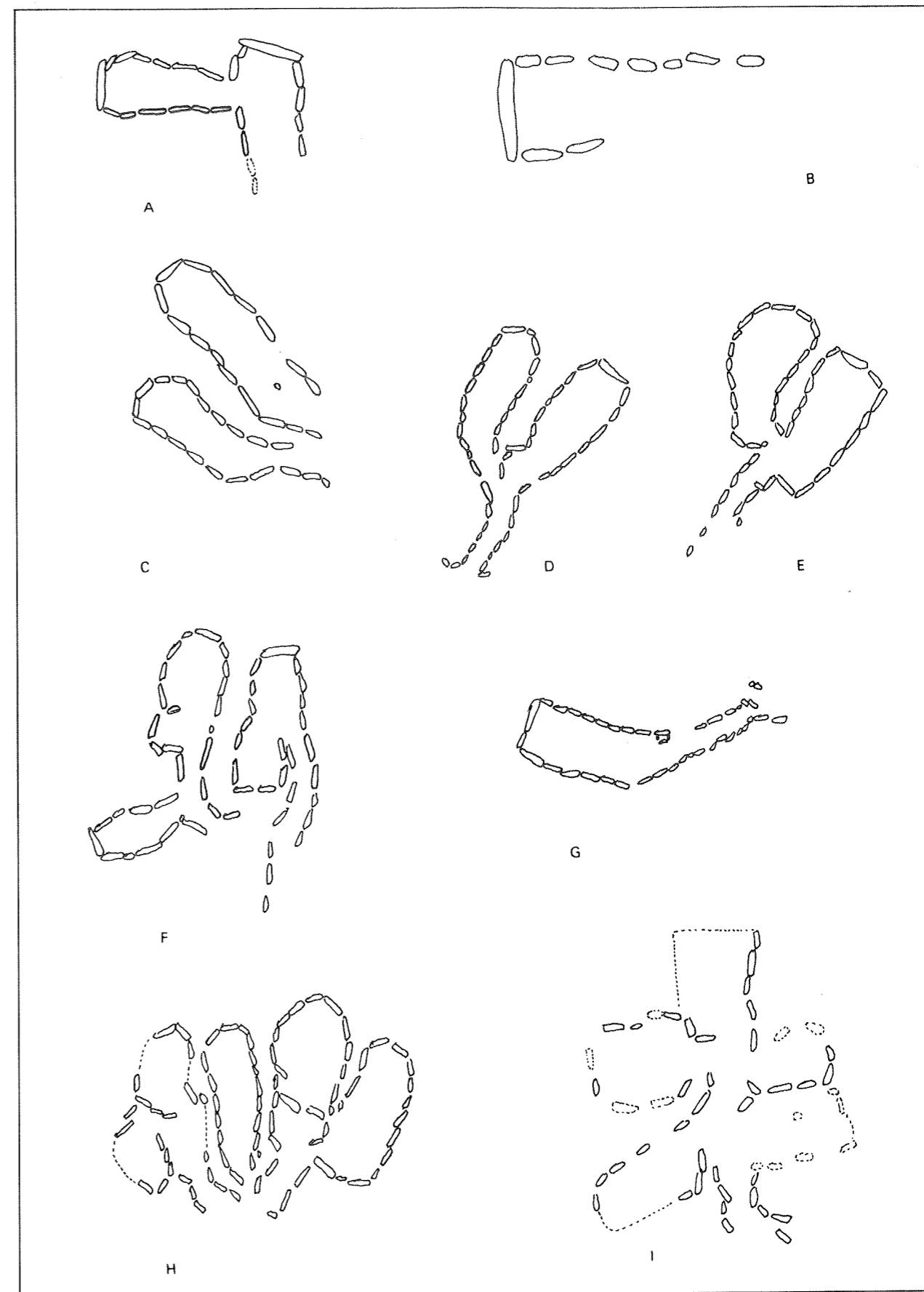


Figura 3. Esquema de las plantas de algunos de los sepulcros dolménicos de El Pozuelo (A. n.º 1. C. n.º 2. D. n.º 3. F. n.º 6 —según C. Cerdán— I. n.º 13 según A. Gómez). Mesa de las Huecas (B. n.º 22. E. n.º 20. H. n.º 21 —según C. Cerdán—) y Los Gabrieles (G. n.º 4 —según R. Cabrero—).

yor de estas necrópolis, tal reunión se opera de forma no unificada, sino disgregada en una serie de agrupaciones (monumentos 1-4, 5-9, 11-12), en derredor de los cuales se registran otros enterramientos como los de Los Rubios (núms. 10 y 15), Martín Gil (núm. 13), Valle de las Sepulturas (núm. 18), el Tejarejo (Gómez, 1978, 20) o el inédito de Los Pedroches, por el momento.

Asimismo desde un punto de vista topográfico, aun cuando los sencillos sepulcros en «V» núms. 8 y 9 se sitúen en cotas menos elevadas que los núms. 5 y 7, no se colige una ostensible diferenciación respecto a la ubicación de los monumentos más complejos, como corrobora la situación del más rico y elaborado de estos monumentos, el Martín Gil (Gómez, 1978), emplazado sobre un leve promontorio.

Su envergadura es un indicativo ciertamente aleatorio ante la grave destrucción de las estructuras o los túmulos, por lo cual, aun percibiéndose cierta proporcionalidad entre las primeras, (Gómez, 1978, 20) ésta tan sólo es codificable en lo concerniente a los segundos, pudiéndose equiparar los 14 metros de diámetro de los sepulcros núms. 1, 2, 8 y 9, con los que de 18 a 20 metros cobijan las restantes estructuras.

Todo ello define una concepción precisamente no jerárquica de la necrópolis, mas sí organizada en grupos. De acuerdo con esta ordenación espacial del cementerio, observamos la propia diferenciación interna del ámbito funerario expresada por estos monumentos. A nuestro entender, en ellos se advierte una no menos intencionada o consciente multiplicación de espacios, no siendo casual el trazado y dimensiones de las «cámaras», reflejo del diseño trapezoidal de los sepulcros de cámara y corredor no diferenciados, así como en el mínimo desarrollo concedido a los corredores, reducidos a simples áreas de acceso en los que confluyen las distintas estancias mortuorias, mas cuya presencia desarticula la proporcionalidad subyacente a unos y otros. De este modo observamos cómo el trazado de los sepulcros dobles, triples o quintuples, reproduce por agregación de elementos la concepción de los más sencillo en «V», bien mediante una disposición más o menos convergente —o en abanico— en un corredor (núms. 1, 3, 6, 20 y 21; según nuestras observaciones el núm. 5 puede tener más de un corredor), bien a través de su ordenación transversal al eje definido por éste (números 7 y 13), desarrollando el planteamiento cruciforme ya sugerido por el monumento núm. 1. Tal concepción del espacio sepulcral no supone su compartimentación, sino una multiplicación acorde con unos recursos técnicos de construcción. Por ello, las «cámaras» se erigen aisladamente —pese al inherente incremento de trabajo— compartiendo una misma elevación; esto es, integrando conjuntamente un único monumento. No parece, por tanto, que estas interesantes construcciones, sean simples hibridaciones, como tampoco, que obedezcan a una determinación topográfica (Cerdán y Leisner, 1952, 63), como ya demostró Martín Gil (Gómez, 1978, 14) sino, a nuestro entender, a una deliberada organización autónoma, pero conjunta, del espacio, ya sea éste el de la necrópolis (agrupaciones), ya el del propio monumento, quizá como correlato de una comunidad, a su vez organizada e integrada por unidades familiares o clanes, cuya reunión e identificación en y

con el espacio simbólico de la necrópolis y del monumento, explicaría también la acumulación de trabajo requerida para su construcción.

Si la observación de la distribución y organización de los sepulcros permite sugerir esta u otra forma similar de organización social, el análisis de los ajuares y su distribución —aspecto sobre el que existe una muy exigua documentación— denota una cierta uniformidad tanto cuantitativa como cualitativa, no registrándose objeto alguno que esto perturbe, aun aceptando su improbable contemporaneidad.

Ambos criterios abogan por la consideración del Pozuelo como una necrópolis erigida por una comunidad individualizada en pequeños grupos diferenciados, mas no jerarquizada, con una cultura material homogénea y un ritual estable, deliberadamente organizada tanto en la distribución espacial como en la ordenación arquitectónica del ámbito mortuario de acuerdo a un simbolismo protagonizado por el monumento como forma de enterramiento colectivo (espacios autónomos) al tiempo que comunal (agregación de espacios en un túmulo) se trate de sencillos sepulcros de cámara y corredor no diferenciado en «V», o del desarrollo y multiplicación de esta concepción.

En función de las características del territorio, puede arriesgarse un régimen económico de tipo mixto, basado en la ganadería —aunque no existen pruebas arqueológicas— lo que motivaría cierta movilidad, así como en una agricultura estacional desarrollada y reducida a las vegas (industria de piedra pulimentada, hojas con lustre de cereal, molederas...) lógicamente combinada con el aprovechamiento de los recursos ambientales mediante la recolección y sobre todo la caza (útiles ofensivos). La diversificación de actividades económicas aunada a la disgregación en clanes, no hace necesaria la presencia de asentamientos estables que, en todo caso, todavía nos son desconocidos, presumiblemente por la carencia de sólidas estructuras de demarcación y la fragilidad de sus construcciones.

En el otro extremo de la provincia, al N. O. y en una zona montañosa, se detecta la concentración de sepulcros de falsa cúpula, cuyo exponente más documentado es el poblado y la necrópolis de La Zarcita, en relación al que, además, se localizan distintos hábitats y sepulcros que, en conjunto, permiten estudiar los patrones de asentamiento de estos grupos de la Edad del Cobre. La implantación de éstos revela la común en lugares sobre elevados, dotados de amplia visibilidad, presenten o no estructuras defensivas artificiales (La Zarcita, El Castillito y El Alamito, Valle de las Sepulturas, respectivamente). La ubicación de los sepulcros no parece regida por esta condición de otero y sí por cierto afán de nuclearización en conjuntos funerarios o necrópolis. Ello se desprende sobre todo del análisis de los patrones de distribución de La Zarcita, donde la necrópolis aparece describiendo un segmento de arco, de radio no superior a 500 metros sobre el paisaje de colinas septentrional al poblado, centro teórico de este círculo. Tal apreciación permite sugerir, al menos en este caso, una ordenación espacial regulada por el emplazamiento del asentamiento, circunstancia que aunada a la intencionada nuclearización del cementerio explica a su vez, la inexistencia de enterramientos

al Sur del hábitat sobre la zona llana de la Raña, potencialmente apta para la agricultura.

De los cuatro monumentos que la integran, tan sólo los de El Cabezo del Molino y Suerte del Bizco (número 42 de C. Cerdán) se ajustan al tipo de cámara y corredor de falsa cúpula, frente a la heterodoxia constructiva de El Cabezo del Tesoro y El Charco del Toro (núms. 40 y 41). No obstante las diferencias tipológicas, es perceptible una comunidad de técnicas y recursos constructivos —de los que participan los monumentos de La Veguilla I y II, Santa Rosalía y Los Chinales— así como su adecuación a soluciones arquitectónicas elaboradas. El problema lo suscita, pues, la presencia en este conjunto del sepulcro del Cabezo del Tesoro, monumento individualizado tanto por la magnitud de su arquitectura, cuidadosamente revestida de finos ortostatos de esquisto, como por la excepcional cantidad y calidad de su ajuar en el que, además de lo que podríamos considerar «vajilla común», se destacan ciertos elementos de manufactura o inspiración «exótica», tales como el vaso pintado en forma de ave, la arqueta con inscripciones, la pequeña copa y otros recipientes (Cerdán y Leisner, 1952, láms. XXXIV-XXXV), los puñales de sílex y, sobre todo, el hacha de cobre (*Ibidem*, XXXII,5).

El primer aspecto no es casual, pues la cámara parece sincretizar el concepto de espacio funerario. En los sepulcros con corredor de este grupo, este último varía en su tamaño y configuración, siendo habitual su compartimentación en distintos tramos; la cámara no, permaneciendo invariablemente cuidada en su fábrica y trazado circular ajustado a los 2,20 metros del diámetro. El corredor es el espacio por el que se accede al ámbito propiamente mortuario. La perfección y proporcionalidad de la arquitectura obedece presumiblemente a una motivación ritual, en virtud de la cual es la cámara donde se concentraría la idea simbólica del espacio funerario. Esta hipótesis se comprueba no sólo en los sepulcros antedichos, sino también en su multiplicación geométrica en El Charco de el Toro y, sobre todo, en la magnificación que éste experimenta en El Cabezo del Tesoro.

De lo expuesto se deduce una concepción arquitectónica tendente a la diferenciación e independencia estructural de ámbitos, organizados en función del simbolismo ritual del espacio circular de la cámara.

Puede inferirse de esta organización diferencial del espacio funerario y su simbolismo una correlativa individualización social del conjunto de cadáveres allí enterrados o de alguno de ellos, sobre todo, al amparo de la riqueza y variedad del ajuar, sin por ello soslayar que esta magnificación del espacio, aun producida por una motivación social, se adecúa a un rito común a todas estas construcciones. Al tiempo, la necrópolis en su conjunto y este monumento en particular sugieren el concurso de un grupo humano no necesariamente muy numeroso en virtud de la escasa envergadura de las arquitecturas, mas sí habituado a unos usos y técnicas constructivas, los patrones edificatorios, con toda probabilidad motivados por el ritual.

La individualización funeraria, no obstante, contrasta con la homogeneidad de artefactos y estruc-

turas por el momento documentadas en el poblado, donde se constata la presencia de un área interior plagada de hogueras de un metro de diámetro repletas de cerámicas y otra exterior, con fondos de cabaña de unos tres metros de diámetro que revelan la presencia de chozas de ramaje embadurnadas de barro, con débiles zócalos de piedra y cuyos hogares se disponen a escasa distancia. Entre ambas, discurre el sistema defensivo constituido por un muro de 3 metros de grosor, delimitado por dos frentes cuidados de mampostería ciñendo un relleno de tierra, deshechos de gran interés arqueológico y lasjas. Los dos bastiones hallados, se sitúan en los puntos de inflexión de aquél, mediando entre ambos un lienzo de no más de unos 10 metros. No se trata de estructuras adosadas sino de un desarrollo ininterrumpido de la propia muralla (Blance, 1957; Kalb, F. 1975; Aguayo, 1977) que delimita, pues, sendos recintos de tendencia ovalada de unos cuatro metros de diámetro máximo interior y cuyo acceso sólo se facilita desde la ciudadela.

La construcción de este sistema requiere mayor número de individuos, e implícitamente una concepción determinada y precisa de su diseño de modo similar a la exigida por el ritual funerario y comprobada en la arquitectura de los sepulcros, aspectos que aunados a la relación poblado-necrópolis, su concentración, vigencia de patrones técnicos y arquitectónicos... permiten, en conjunto, considerar la existencia de una sociedad probablemente diferenciada, mas no jerarquizada, según las evidencias brindadas por el asentamiento y los rasgos de la implantación documentados en esta zona; antes bien, esta «diferenciación», planteada en términos de individualización de uno de los enterramientos, cabe explicarla atendiendo a los patrones de asentamiento de esta población y el contexto cultural en el que se enmarca.

En este sentido, la propia ubicación de las chozas extramuros y los restos hallados de forma dispersa sobre distintas colinas en un radio no superior a los 7 km, definen una comunidad distribuida en un territorio con dos biotopos diferenciados, precisamente «dominados» por El Cabezo de los Vientos: el montañoso de las peniplanicies septentrionales a la ciudadela adecuado para la práctica de una agricultura estacional reducida, combinada con la ganadería y la caza, y las zonas potencialmente fértiles de La Raña, amplia extensión en la que la localización de diversos restos cerámicos y hachas pulimentadas indican la primitiva existencia de asentamientos menores. Desde esta perspectiva, tanto la necrópolis como el poblado de La Zarcita, actúan como punto de convergencia de esta población dispersa, la primera como núcleo ritual de enterramiento colectivo y la ciudadela como enclave donde acaso defenderse, aunque las chozas extramuros y la continuidad del registro estratigráfico en su zona interior, con un abandono pacífico al final, hacen cuestionarse esta función o, por lo menos, sospechar que no fue requerida para tal fin.

Mas, como siempre, el ajuar del Cabezo del Tesoro, y en él, el hacha de cobre, es el elemento conflictivo, ante todo si en su monumentalidad y riqueza se desea ver cierto «símbolo del poder» y, sobre todo, si se acepta su procedencia onubense y, aún más, se conviene en su fabricación por los morado-

res del Cabezo de Los Vientos, circunstancia de momento no corroborada por las excavaciones.

Esta pieza es única en todo el megalitismo onubense y su presencia no se ve respaldada por hallazgo alguno de otros útiles de cobre, escorias o estructuras que confirmen su conocimiento en el poblado. Su posición pues, a no ser que se prefiera sugerir la existencia de tales prácticas en una parte no excavada o en las inmediaciones de las minas que salpican esta zona, tan sólo cabe explicarla en términos culturales y a través de contactos comerciales o intercambios.

Como indicador aproximado de la cronología del Cabezo del Tesoro en relación a los restantes monumentos de la necrópolis y, de manera precisa, con la ocupación del poblado, pueden señalarse, entre otros vestigios, la fuente con decoración acanalada hallada por C. Cerdán (Cerdán y Leisner, 1952, XXXV, 4; I. G., 21), similar a la hallada en el Corte G. Nivel I, 1 (V 82/G/1.1f/1) o el fragmento con diseño «oculado» de aquí (Cabrero, 1978 b) y el esteliforme inciso del Corte J. Nivel I (V 82/J/1/108), que como elementos más característicos, permiten avanzar su correlación con la última ocupación del asentamiento; esto es, su carácter «reciente». A su vez, éste presenta una vajilla claramente emparentada con los tipos característicos del Calcolítico del S. O. Peninsular, como revelan los distintos tipos de cazuelas y la profusión de platos de borde engrosado, argumentando la proyección que, sobre estas zonas, pueden haber tenido los asentamientos del Bajo Guadalquivir (Ruiz y Mata, 1975; 1977; 1980; 1983), Extremadura (Molina Lemos, 1980; Hurtado, 1978; 1980; 1981) y, en consanguencia, con su posición geográfica, con el Bajo Algarve y el Alentejo (Tavares y Soares, 1976-77) áreas donde, aun dentro de las lógicas peculiaridades locales, el uso del cobre no se constata con cierta intensidad hasta un momento pleno del Calcolítico, habitualmente de la mano del campaniforme (Almagro Gorbea, 1979). Resulta pues, verosímil, explicar la presencia de la citada hacha de cobre, similar a otras asimismo halladas en Huelva (Fernández Chicharro, 1950-51; Blázquez, 1923) en esta última ocupación del Cabezo de los Vientos, como un testimonio más de los contactos comerciales mantenidos con áreas culturalmente afines y geográficamente inmediatas.

La Zarcita, pues, dibuja la presencia de un grupo humano no necesariamente muy numeroso, organizado en torno a un núcleo constituido por la necrópolis y el poblado, mas con un hábitat disperso en función de una economía diversificada sobre dos biotopos distintos. Los aspectos indicados, sugieren también la existencia de contactos o intercambios con las áreas vecinas, en virtud de los que se explica la singularización de uno o más individuos en el seno de esta sociedad, por lo demás homogénea en el conjunto de sus testimonios materiales y concepción del espacio funerario. La exteriorización de tal individualización a través de la magnificación arquitectónica y la excepcionalidad del ajuar —formas del ritual— parece operarse en el último momento de la ocupación de la ciudadela, no a lo largo del proceso cultural registrado, cuya continuidad se inscribe en los patrones documentados en el S. O. peninsular sin por ello perder su acusada personalidad. Las observaciones realizadas, parecen confirmar el carácter

básicamente rural de esta comunidad congregada social, territorial y ritualmente con la necrópolis y el poblado de La Zarcita.

El peso adquirido por la metalurgia dentro de sus actividades y el momento preciso en que ésta hace su aparición, pese a los recursos de este territorio, son cuestiones que aún restan por esclarecer en tanto no concluya el programa de investigación de esta zona, si bien el primer aspecto parece irrelevante y, en cualquier caso, lo expuesto desmiente los términos mecanicistas de una colonización motivada y explicada por el beneficio y comercialización del cobre.

El problema de los «colonizados» es otro bien distinto y, desde luego, mediatizado por los infructuosos resultados obtenidos de cara a la localización de sus correspondientes lugares de hábitat, lo cual introduce una mayor provisionalidad a las inferencias desprendidas del exclusivo análisis de los monumentos funerarios. Ahora bien, según éstas parece asimismo artificioso mantener la caracterización propuesta por el esquema difusionista y, por tanto, la correlación megalitismo-minería, aun dentro de una dinámica autónoma (Blanco y Rothemberg, 1981), posibilidad todavía no comprobada.

A nuestro entender, el problema crucial no radica exclusivamente en esta cuestión, sino en suponer que, como hemos intentado poner de relieve, en ella se resume la compleja problemática del megalitismo onubense en tanto motivo de su implantación y causa motriz de su desarrollo y diversificación; esto es, en establecer para el comienzo de esta ocupación una base: la explotación y el uso del cobre, al margen de la atribución cronológica efectuada, inevitablemente en términos comparativos. No se pretende negar la posibilidad de la, por el momento, hipotética relación dólmenes con la minería del cobre, mas sí cuestionar el momento en que ésta pudo producirse y, en cualquier caso, el techo comúnmente impuesto para el comienzo de la presencia de los constructores de dólmenes en Huelva.

#### 4. ESQUEMA DEL PROCESO DE POBLAMIENTO

El reciente análisis de un conjunto de testimonios neolíticos onubenses (Piñón y Bueno, 1984), ya en parte apuntados (Amo, 1976) viene a suplir la dispersa y poco explícita información poseída (Garrido, 1975). En la actualidad la presencia neolítica en Huelva muestra dos tipos de ocupación distintos: el definido por la Cueva de la Mora —no sabemos si de habitación o enterramiento— de clara filiación con la «cultura de las cuevas con cerámica decorada» (Navarrete, 1976) y el protagonizado por una docena de asentamientos al aire libre, localizados sobre los terrenos mio-pliocénicos de la orla litoral y cuya concentración, aun reflejando el «estado de la investigación», parece afectar sólo al ámbito costero.

Estas comunidades litorales, ejemplificadas por las colecciones de La Dehesa, Lucena del Puerto, y El Judío, Almonte, se caracterizan en líneas generales, por su instalación en colinas próximas a cursos de agua, desprovistas de defensas, incluso naturales, y con fácil acceso al medio marino como corroboran

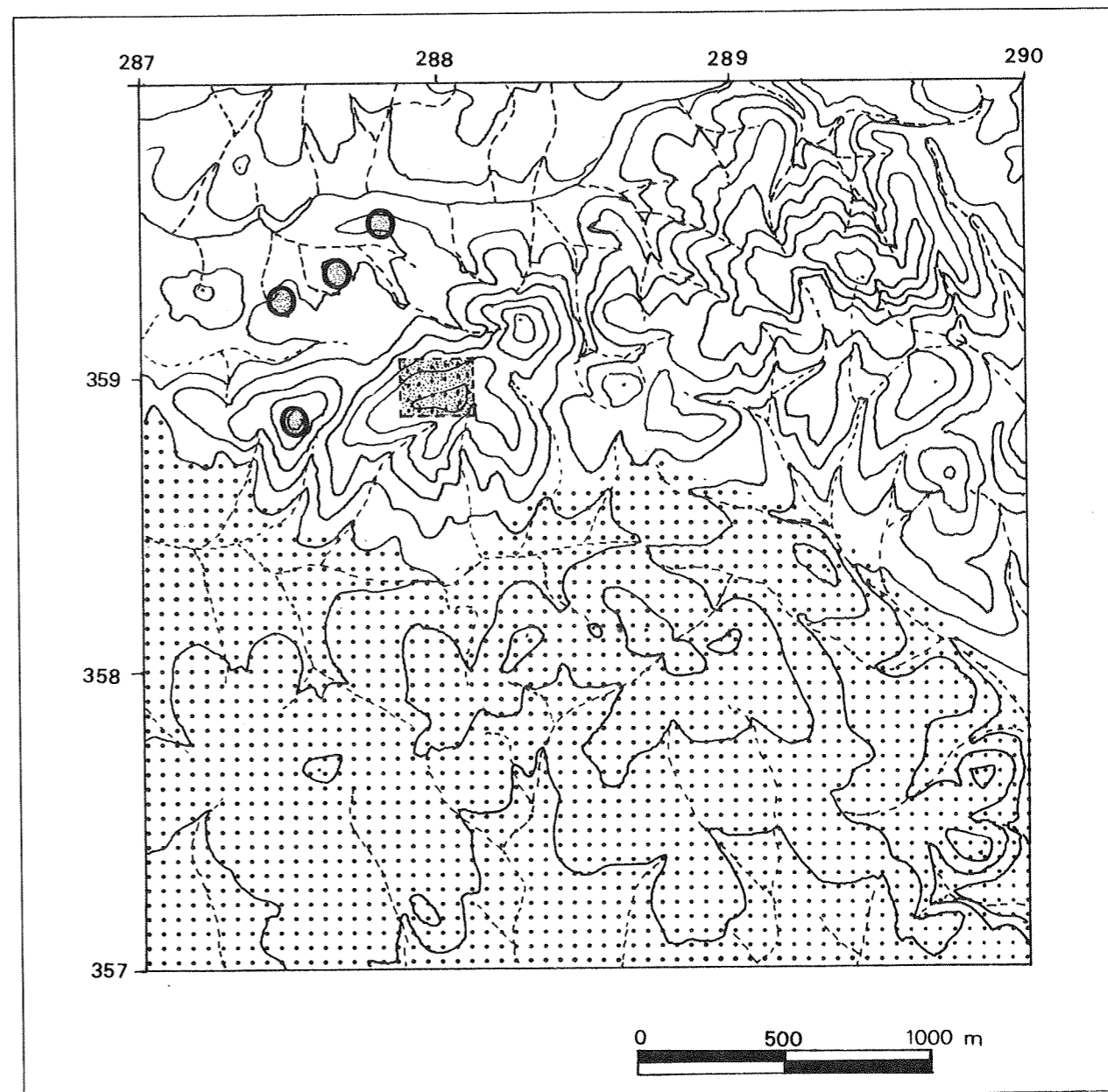


Figura 4. Distribución del poblado del Cabezo de los Vientos y su necrópolis en La Zarcita, Santa Bárbara de Casa.

los estudios paleoambientales citados al comienzo de este trabajo.

El hábitat se realiza en forma de frágiles chozas cuya presencia testifican los fondos de cabaña, siendo características las cerámicas lisas y sobre todo las decoradas con ricos y variados patrones realizados con diversas matrices fundamentalmente impresas, no cardiales, e incisas-acanaladas y plásticas sobre vasijas frecuentemente dotadas de engobe a la almagra, de tipos globulares —cuencos y fuentes— de bordes rectos en su mayoría correspondientes a recipientes de cuello indicado, dentro de una tónica definida por la descuidada cocción a fuego oxidante, pastas porosas y degreasantes minerales de grano medio-grueso. El utillaje lítico, además de la piedra pulimentada (molinos, molederas, hachas y azuelas) lo componen una industria relativamente diversificada de componente laminar y carácter microlítico.

La abundancia de restos de talla y núcleos testimonia la fabricación *in situ* del mismo modo que las materias primas utilizadas (cuarcita, sílex, cuarzo hialino) explicitan la proyección espacial de estas gentes, en relación a lo cual aparecen distintos asentamientos estacionales. Dentro de la provisionalidad inherente a la identificación funcional de los tipos morfológicos y técnicos, puede señalarse, en virtud de la abundancia de hojas con lustre de cereal y de molinos, molederas y machacadores, la práctica de actividades agrícolas, asociadas a las cuales se sitúan hachas y azuelas, quizá también empleadas en la tala y rotulación. Los raspadores y raederas, bien representados, pudieran indicar el trabajo de la madera y el curtido de pieles, al tiempo que la relativa presencia de útiles ofensivos apuntados ratificaría el desarrollo de la caza —medio de parque o bosque—, siendo por el momento difícil de evaluar la incidencia de cada

una de estas actividades en el conjunto de la economía, que lógicamente han de observarse compensadas de modo variable según yacimientos. Las conchas trabajadas o no (La Dehesa) y restos de industria ósea (Matalascañas) potencia aún más el aprovechamiento de los recursos marítimos.

Estos rasgos, permiten constatar la vinculación genérica de estas comunidades neolíticas con el complejo de cerámicas decoradas del neolítico en cuevas andaluz (Navarrete, 1967 a; 1976 b), indicando quizá su contemporaneidad con la Cueva de la Mora, derivando sus diferencias tan sólo del ámbito geológico en que se produce la instalación. Ahora bien, su relación es todavía más estrecha con el neolítico del Mediodía portugués —Neolítico Antiguo Evolucionado— (Soares y Tavares, 1979; 1981; 1983), definiendo un «círculo» o comunidad cultural diferenciado en el litoral atlántico del S. O. dentro del neolítico peninsular (Bueno y Piñón, 1984) al que posiblemente pertenezcan algunos de los vestigios aparecidos al aire libre en tierras gaditanas (García y Bellido, 1970; Pemán, 1941), restando por establecer sus nexos con el neolítico de cuevas de Cádiz y Sevilla (Pellicer y Acosta, 1982). Cronológicamente, este horizonte definido por el poblado de Salema (Soares, Tavares, 1979), paralelizado con el nivel 2 del Abrigo 1 de Bocas (Gonçalves, 1977) y Cabezo de Pez (Santos y Soares y Tavares, 1974), Caramujeira I (Varela, Pinho y Cunha, 1978) y La Dehesa y El Judío, puede situarse en el V milenio o aun antes, de calibrar las fechas del neolítico antiguo portugués y andaluz (Guilaine, 1980; Pellicer y Acosta, 1982).

De otro lado, la comparación de los patrones de asentamiento de estas comunidades con las de los moradores de este mismo territorio durante el neolítico final en yacimientos como Papauvas que mantienen su vigencia durante el Calcolítico (Ruiz Mata y Martín de la Cruz, 1977), momento también documentado en El Rincón (Garrido, 1971), la propia Huelva (Almagro, 1952) y San Bartolomé de Almonte, como se indicó, permite sugerir algunas consideraciones. La primera es la total ausencia en los primeros de las típicas cazuelas de carena baja y bordes almendrados, entre otros elementos, característicos del Neolítico Final y el Calcolítico respectivamente, como se ejemplifica, sobre todo, en La Peña de los Gitanos, Montefrío (Arribas y Molina, 1979; 1980) o, en el Sur de Portugal, asimismo con antelación al campaniforme (Soares y Tavares, 1976-77; Farinha y Soares y Tavares, 1972), en los poblados de Cabeço da Minha-Vale Pincel II del Calcolítico inicial o de transición al mismo, y Monte Novo-Alcalar-Cortadouro de plena calcolitización, asociados ya al cobre, sobre altozanos defendidos artificialmente (Tavares y Soares, 1976-77; 1979). Posiblemente en una posición intermedia entre el más antiguo de estos horizontes y el Neolítico Antiguo Evolucionado, pueda situarse Caramujeira II, Lagoa (Varela, Pinho y Cunha, 1978) con cazuelas de carena baja afines a los ejemplares del litoral onubense.

Esta ausencia, lógica como correlato de la filiación cultural propuesta, aunada a la mínima representación de los característicos recipientes decorados (impresos, incisos-acanalados, plásticos) en los yacimientos del Neolítico final y Calcolítico, permite observar una cierta solución de continuidad en el re-

gistro del proceso cultural a la raya del Neolítico Antiguo Evolucionado y el Neolítico Final, transformación ergológica que no parece coadyuvar una remodelación substancial ni de las bases económicas ni de los patrones de asentamiento (colinas desprotegidas) ni de los tipos de habitación (Fondos de cabaña). Reflejo de esta apreciación, en tierras portuguesas nos parece la discontinuidad estratigráfica de Caramujeira I y II (Varela, Pinho y Cunha, 1978, 45-7), cuya última utilización es comparada con Parede I (Paço, 1964) y, al Este, la impresión extraída del análisis de la Fase II de Montefrío, en la que «se patentiza la intrusión en un medio arcaizante de la cultura de las cuevas de algunos elementos tipológicos nuevos, relacionados bien con las primeras etapas de la cultura de Almería, bien con los complejos neolíticos del Bajo Guadalquivir» (Arribas y Molina, 1980, 16), observación asimismo apuntada en otros yacimientos y que, en parte, consideramos subyacente en la dinámica expansionista de los dólmenes occidentales hacia Málaga y Granada recientemente esbozada (Ferrer Palma, 1982). Sin embargo en Huelva, ello parece diluirse en una procesual mutación de las tradiciones cerámicas y líticas, no revistiendo la forma de intrusión, sino más bien la de gradual intensificación de contactos con grupos del Neolítico final afinados en el interior y, como sugerimos, con los constructores de megalitos (Bueno y Piñón, 1984). Desarrollando esta conjetura, entonces formulada ante la antigua presencia de un dolmen en Aljaraque (Díaz, 1925), el ídolo placa de Huelva (Cerdán y Leisner, 1952, 75) y, en definitiva la posición meridional de Soto I y II (Obermaier, 1924) o el sepulcro de La Alquería (núm. 29), se sitúan los recientes resultados de la reexcavación de sendos sepulcros de La Lobita, así como de un tercero inédito (Soto III) que, en definitiva, potencian esta suposición, afianzando tal filiación cultural para la necrópolis de La Lobita contrariamente del carácter tardío tradicionalmente admitido (Leisner, 1934, 585-586). La expansión meridional dolménica se ve asimismo argumentada a través del escalonamiento de sepulcros de corredor y cámara en «V» a lo largo del Arroyo Candón (núms. 26 y 27) y, además de las consideraciones tipológicas, en un plano ritual, por la estrecha vinculación artística de los motivos de Soto I con Los Gabrieles 2 y 4 (Piñón y Bueno, 1983) o el uso de «pilas» y «altares» en Soto I, Gabrieles 4 y Plazuelas (Belén y Amo, 1984), asociado también a manifestaciones artísticas (Belén, 1974).

Si observamos que esta expansión se opera en forma de necrópolis, no es improbable —aunque sí muy escasa la información— que a este momento pueda asimilarse el grupo de Cazalla de la Sierra, Sevilla, entre el que se cuenta un sepulcro en forma de «T» (Ruiz Mata, 1975, nota 1) o el dolmen en «L». Aún más difícil resulta evaluar el contenido y la dirección de las relaciones con el mediodía portugués.

Ahora bien, situado el auge de estos monumentos a la raya del Neolítico final, surge el problema de su origen o, al menos, del inicio del fenómeno dolménico en Huelva.

En virtud de la argumentación realizada resulta hasta cierto punto significativa, de un lado, la concentración periférica del Neolítico Antiguo Evolucionado frente a la distribución sobre la peniplanicie central de los sepulcros de cámara y corredor trape-

zoidales, tipo más ampliamente representado dentro de «lo dolménico», tanto en su número como en dispersión y, de otro, la contextualización cultural y cronológica apuntada para su organización en necrópolis y la incidencia que quizá impulsada por motivos demográficos ello reviste, tanto en su dispersión por los territorios serranos sevillanos, como en su proyección sobre el área litoral, donde paralelamente parece experimentarse una mutación en el registro cultural, como sugerimos, precisamente a consecuencia de la intensificación de contactos con los asentamientos poco conocidos del Bajo Guadalquivir (Bonsor, 1889), que a su vez se reflejan en los ajuares de los dólmenes. Sin embargo ello tan sólo es una conjetura, pues de hecho carecemos de una evidencia suficientemente explícita que permita precisar en términos absolutos la cronología de los sepulcros de cámara y corredor en «V». Dentro pues de esta incuestionable averiguación, si la presencia de este tipo de sepulcros en todas las necrópolis de la provincia, —áreas del territorio deliberadamente acotadas por una comunidad y reguladas de acuerdo a una determinada concepción del espacio simbólico en la distribución y organización de los monumentos—, implica su coetaneidad, de otro lado, su dispersión en forma aislada por la práctica totalidad de la peniplanicie interior y el hecho de constituir el «módulo» sobre el cual se erige la múltiple articulación observada en El Pozuelo, la monumentalidad de Soto I y II o la inflexión de Los Gabrieles 4 y 6, hace factible su consideración como base de tan original desarrollo arquitectónico. Similar deducción, en términos de cronología relativa, se desprende del examen comparado de los ajuares de los sepulcros sencillos y los más elaborados, pues sin llegar a la reducción de la «facies neolítica» de los Leisner, se advierte la práctica ausencia de ídolos placa —excepción hecha de Gabrieles 2— y, sobre todo, de ídolos almerienses, lo que resulta más significativo al verse limitado nuestro conocimiento exclusivamente al ajuar de los sepulcros sencillos presentes en necrópolis; esto es, presumiblemente coetáneos de los «mayores». En este sentido, tanto la envergadura de los monumentos como la angostura de sus entradas, prácticamente inaccesibles, suponen un enterramiento cuantitativamente reducido, casi con seguridad previo a la definitiva techumbre del sepulcro.

Ahora bien, si elemento alguno perturba su consideración como la forma más antigua de enterramiento, propio de pequeños grupos neolíticos relativamente itinerantes, por el momento, no se han podido documentar pruebas que lo corroboren de modo concluyente. No obstante, la sugerencia de un desarrollo anterior al Neolítico Final y, en parte, paralelo a las poblaciones del Neolítico Antiguo Evolucionado de la orla litoral —a lo largo del IV milenio a. J. C.— no nos parece arriesgada en función de lo expuesto, las dataciones del megalitismo portugués o el proceso cultural documentado, que, sin duda, permite revitalizar la hipótesis de los Leisner acerca de un origen para estos sepulcros en las pequeñas construcciones de corredor del Alentejo, «sobre todo, si se pudiera demostrar inequívocamente la relación de las galerías occidentales con los pequeños dólmenes de espacio no repartido y una evolución independiente de este tipo arquitectónico» (Cerdán-Leisner, 1952, 53, 128).

En esta línea se sitúan los enterramientos prácticamente inéditos que excavase M. Heleno en el Alentejo, sin corredor y cuyo ajuar, al parecer, cuenta con un reducido número de hachas cilíndricas y microlitos trapezoidales (Leisner, 1951, 20, nota 21) y, quizá, alguno de los registrados por V. Correia (1921). Sin embargo, el vínculo más acusado es el proporcionado por los pequeños enterramientos de Reguengos, entre ellos Poço da Gateira, que brindó un ajuar compuesto por hachas de sección circular, toscas azuelas, microlitos trapezoidales, láminas sin retocar y vasos esféricos con almagra (Leisner, 1951, est. I-IV), afines a los ejemplares onubenses y cuya datación por termoluminiscencia sitúa su construcción en la segunda mitad del V milenio, al igual que Gorginos 2 (Whitley y Arnaud, 1975).

Ello, en definitiva, incluso sin valorar la posibilidad de una fase protomegalítica de posible origen autóctono (Cunha Serrão, 1979, 165) o la contemporaneidad de las primeras construcciones dolménicas con los últimos concheros mesolíticos (Morais Arnaud, 1979) y, sin entrar a discutir las diferentes hipótesis sobre el origen —auténtico o por colonización— del Neolítico en el Occidente peninsular (Morais Arnaud, 1982), ciertamente parece corroborarse la contemporaneidad a partir del Neolítico Antiguo de las culturas con cerámicas impresas —cardiales o no (G. E. A. P. 228)— con el fenómeno megalítico (Oliveira Jorge, 1982, 253-4) quizá «como comunidades en diferentes estados socioeconómicos» (Oliveira Jorge, S. 1978, 9).

En este sentido, los sepulcros de cámara y corredor en «V» onubenses podrían situarse entre este problemático horizonte, dada su datación por T. L. (Guilaine, 1980) y el que, un milenio después, también con dataciones calibradas o de T. L., con ídolos placa y almerienses y puntas de flecha, señalan los sepulcros de cámara y corredor de Comenda da Igreja, Orca dos Castenairos, Carapito I y los enterramientos de fase megalítica de Lapa do Fumo (Cunha Serrão, 1979), que comparadas a las de los niveles neolíticos de ciertos poblados (Morais Arnaud, 1978), resutan por una parte ciertamente próximas a las calibraciones de Millares o Zambujal y, por otra, excesivamente bajas para las no calibradas correspondientes al Neolítico Final de Nerja, La Dehesilla y La Cueva Chica de Santiago (Pellicer y Acosta, 1982).

En relación a la posible diferenciación cronológica entre los dólmenes sencillos y los más elaborados se sitúan las evidencias estratigráficas referidas a los ídolos almerienses cuyo desarrollo iconográfico y cronológico, pese a las sistematizaciones elaboradas (Almagro Gorbea, 1973) aún resultan confusas. Al respecto, aceptando incluso la cronología calcolítica propuesta para los enterramientos de la Cultura de Almería (Acosta y Cruz Auñón, 1982), se registran suficientes indicios para considerarlos anteriores al campaniforme. Estos son los derivados de su representación pictórica (Acosta, 1968) o sobre ciertos vasos como el de las Canteras (Motos, 1917) y Cariguela de Piñar (Pellicer, 1964) así como, sin contexto preciso, los de este último yacimiento (Almagro Gorbea, 1973, 41), Montefrío (Tarradell, 1952, 57) o la llamada Venus de Benaolan (Giménez Reyna, 1941), parangonada con los grabados rupestres de la Cueva de Nerja (Sanchidrián Torti, 1982), cuya atribución cronológica está siempre sujeta a discusión. Afortu-

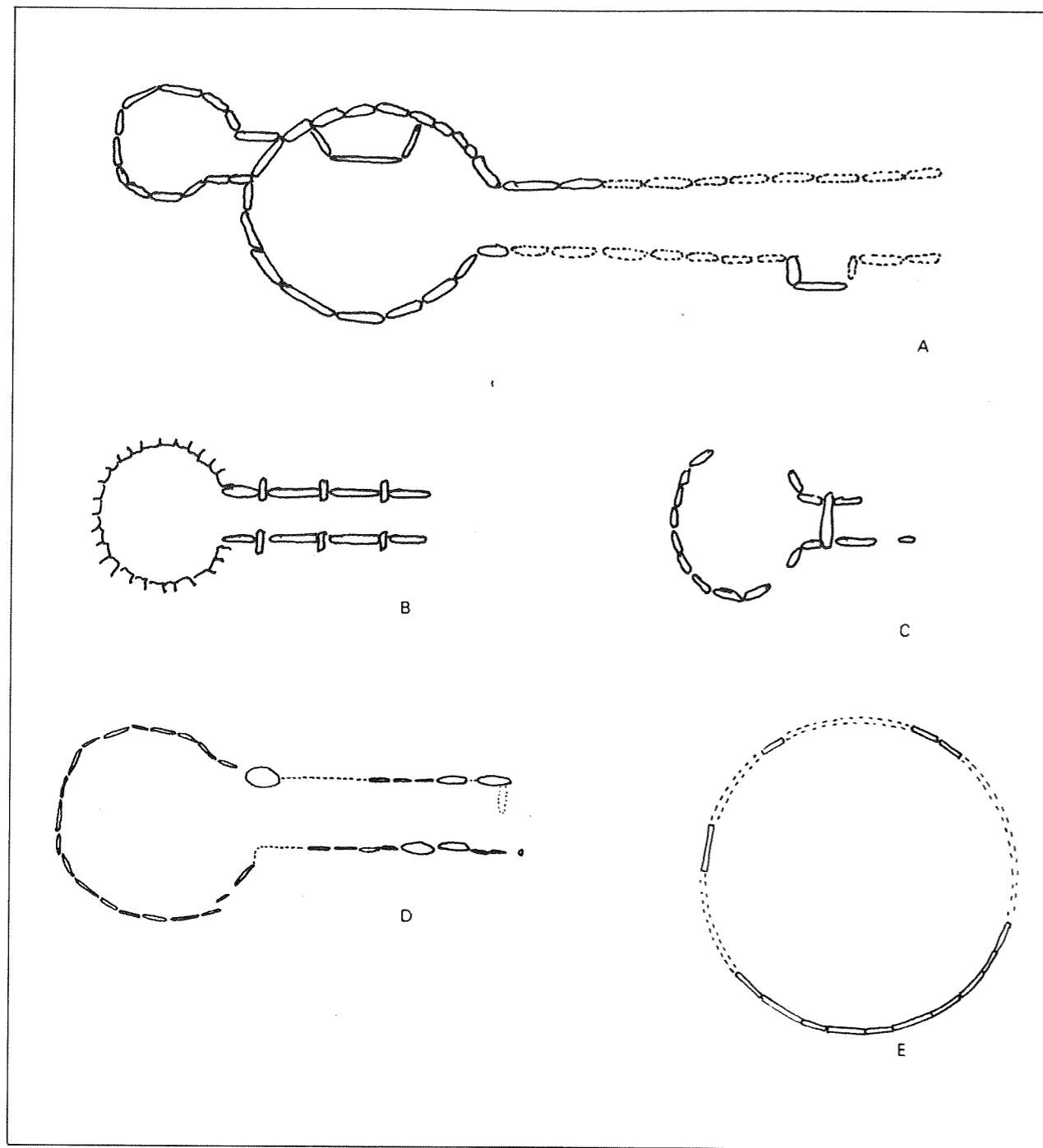


Figura 5. Esquema de las plantas de algunos de los sepulcros de falsa cúpula de la provincia de Huelva. A. San Bartolomé de la Torre —según E. Pérez Núñez—. B. n.º 42 (Suerte del Bizco, La Zarcita) —según C. Cerdán—. C. n.º 37 (Cabezas Rubias) —según C. Cerdán—. D. El Moro —según J. P. Garrido y E. M. Orta—. E. n.º 41 (La Zarcita) —según C. Cerdán.

nadamente, junto a ellos se sitúan el ejemplar considerado tardío, del corte G, estrato III de Cariguela (Pellicer, 1964, 30), los hallados en Rotura, en el Nivel II a (2500-2000 a. J. C.) y en el Nivel I b, ya campaniforme, fechado a partir del 2000 a. J. C. (Santos Gonçalves, 1975, 157 y 163) y, ante todo, el aparecido en el estrato V —inicios de la Fase III— de Montefrío (Arribas y Molina, 1980, 18-22).

Planteadas la posible relación en origen de las formas y ajuares onubenses en tipos como Poço da Gaiteira y Gorginos 2, y cifrando su desarrollo entre este

techo ( $4510 \pm 360$  B. C. y  $4440 \pm 360$  B. C., respectivamente) y la cronología del Neolítico Final, como se señaló, bastante diferenciada según áreas geográficas, tipos de ocupación y sistema de datación, que aleatoriamente puede situarse a mediados del IV milenio, en años calibrados, la información del vecino territorio portugués no permite la incardinación del primer megalitismo onubense de forma clara. Así, los vestigios del Alto Algarve Oriental (Santos Gonçalves, 1979) cuyos ajuares pueden asimilarse al horizonte tardoneolítico de transición del Bajo Alentejo (Viana *et alii*, I. C. N. A.) como tampoco la construc-

ción relativamente avanzada del monumento de Palotha, Santiago do Cacem (Soares y Tavares, 1976-77).

En este sentido, la revalorización de los monumentos cistoides rectangulares u ovals sobre túmulo de Ourique (Viana y Veiga Ferreira, 1957) y Monchique (Formosinho, Veiga Ferreira y Viana, 1953-54) en términos de tipología (Guillaine, 1976, 166) recientemente realizada (Oliveira Jorge, 1982, 259), aun siendo muy sugestiva para los monumentos rectangulares con túmulo de Huelva, no nos parece concluyentemente parangonable a la línea motriz del desarrollo dolménico del Alto Alentejo, como tampoco al esbozado para Huelva. Así observamos no sólo el hallazgo de puntas de flecha y tres brazaletes de oro martilleado en Serro das Antas (Viana y Veiga Ferreira, 1957) y, ante todo, pese al aspecto arcaico de los ajuares de los tres grupos de monumentos establecidos para Monchique, las características muescas en la base menor de los trapecios, interpretados como sustitutos funcionales de la punta de flecha, el hallazgo de muñequeras de esquisto y un hacha de bronce asociadas a esta industria microlítica o su cubrición, en algunos casos, mediante falsa cúpula. Estos datos unidos a la presencia de la galería de Bouço Preto 7, al parecer semejante a la de Nora, ya con cámara y corredor diferenciados y en el que se registra la presencia de un ídolo placa como en O Roncorvo (Viana, Veiga Ferreira y Formosinho, 1949) nos obligan a relativizar la presunta antigüedad de estas necrópolis, aunque sin por ello obviar pueda demostrarse tal posibilidad a raíz de su revisión.

Las referencias apuntadas, por el momento, no resuelven por completo el origen del complejo dolménico onubense, si bien permiten efectuar un replanteamiento de la cuestión revitalizando algunas de las proposiciones de los Leisner y, aunque no demostrarlas fehacientemente, sí al menos dentro de la probabilidad inherente a la observación de los patrones de asentamiento, distribución y organización de los monumentos a lo largo de una secuencia cultural y su posterior confrontación con los últimos registros de las zonas aledañas.

En consecuencia consideramos factible estimar la realización de los primeros sepulcros dolménicos onubenses con una relativa antelación al Neolítico Final y, por ello, en parte coetáneos a las comunidades afincadas en la orla litoral del Neolítico Antiguo Evolucionado como señala la afinidad tipológica de las cerámicas sin decorar de éstos con la de los dólmenes interiores, solamente ornadas con almagra —afinidad no muy significativa dada la simplicidad de los tipos—, la industria laminar con lustre de cereal, el componente microlítico y, pese a cifrarse tal comparación en las sepulturas de unos y los poblados de los otros. Los desarrollos culturales de ambas facies resultan, no obstante, diferenciados, si bien a partir del Neolítico final, ambos muestran el contacto con formas ergológicas nuevas, quizá debido a la dispersión de los monumentos, ahora en forma de necrópolis registrada al menos hacia el Este (adopción) y a la similar proyección de la cultura tardoneolítica del Bajo Guadalquivir hacia el *hinterland* costero onubense donde las características cazuelas de carena baja se incorporan a un acervo material progresivamente desechado y que, a nuestro entender, no conlleva más que una traslación de los luga-

res de asentamiento, manteniéndose la población del territorio dentro de los mismos parámetros económicos y poblacionales.

Es también en este momento en el que se cifra la instalación de los constructores de megalitos en La Campiña, aunque sin rebasar la frontera del Tinto. Con relativa antelación los grupos de pastores neolíticos, parecen reunirse en necrópolis, si bien el espacio simbólico que éstas comportan se organiza con arreglo a un ritual colectivo individualizado, formalmente expresado por la multiplicación de los ámbitos funerarios, reiterando, empero, el modelo impuesto por los sencillos sepulcros de cámara y corredor en «V» de diseño trapezoidal y espacio no diferenciado. Es ahora cuando nos es dado reconocer con claridad la integración grupal de los distintos clanes en monumentos y, en conjunto, su identificación con la necrópolis y el monumento.

Imbricado en el desarrollo de estos grupos, y sin solución de continuidad aparente con el Neolítico Final, en tanto correlato de su proyección en áreas aledañas aparecen los primeros indicios de cerámicas calcólicas. De nuevo éstas ratifican la continuidad del proceso cultural y su enraizamiento en estas áreas, pudiéndose reconocer la gradual incorporación de estas vajillas e instrumentos líticos por parte de las poblaciones litorales y los constructores de dólmenes. No obstante, es un Calcolítico sin cobre, encardinado en el desarrollo autóctono de estas comunidades afincadas en el S. O. peninsular y, por tanto, dotado una dinámica propia que, en Huelva, como en el mediodía portugués acusa una independencia de Millares y V. N. S. P. (Tavares y Soares, 1976-77) cuya impronta se constata ya en un momento pleno del Calcolítico onubense.

A caballo de ambos horizontes se sitúa el conjunto de La Zarcita, obra de una comunidad organizada en un territorio diferenciado y desempeñando actividades económicas distintas, habitación en chozas dispersas en torno a un núcleo artificial amurallado, estratégicamente situado, y al pie del que se dispone la necrópolis. El registro documentado en las excavaciones de nuevo halla proyección tanto en el poblamiento del Sur de Portugal (Tavares-Soares, 1976-77) como con el del área del Guadalquivir (Ruiz Mata, 1983; Amores, 1979-80).

En definitiva, es nuestra opinión que el registro cultural hasta el momento documentado en Huelva se inscribe en la dinámica propia del S. O. peninsular, en cuyo seno desempeña un papel en forma alguna retardatario o conservadoramente arcaizante, del mismo modo que sus manifestaciones distan de ser el original e híbrido testimonio de las incesantes invasiones o migraciones presupuestadas por el esquema difusionista; antes bien, son la evidencia de un proceso cultural básicamente autóctono, mas por ello desgajado de los desarrollos operados en el más amplio ámbito territorial y humano en que radica. Muchas son las interrogantes planteadas que aguardan una solución. Nuestra intención, como se indicó al principio, tan sólo pretendió una somera presentación de los problemas suscitados al estudio de este complejo fenómeno con el ánimo de compartir su discusión y, en lo posible, discurrir sobre la forma más adecuada de abordar la aproximación a su conocimiento.

## BIBLIOGRAFIA

- Abad Casal, L. (1975): *El Guadalquivir, vía fluvial romana*. Sevilla.
- Acosta, P. (1968): *La pintura rupestre esquemática en España*. Salamanca.
- Acosta, P. y Cruz Auñón, R. (1981): «Los enterramientos de las facies iniciales de la Cultura de Almería». *Habis*, núm. 12. Sevilla. Págs. 275-360.
- Almagro Basch, M. (1942): «Los megalitos con puerta de entrada». *Ampurias*, T. IV. Barcelona, págs. 235-239.
- Almagro Basch, M. (1952): «A propósito de un nuevo ídolo cilindro de mármol». *Ampurias*, T. XIV. Barcelona. Página 207.
- Almagro, M. y Arribas, A. (1963): «El poblado y la necrópolis de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería)». *Biblioteca Praehistórica Hispana*. III. Madrid.
- Almagro Gorbea, M.<sup>a</sup> J. (1973): «Los ídolos del Bronce I Hispano». *Biblioteca Praehistórica Hispana*. XII. Madrid.
- Almagro Gorbea, M. (1979): «Problems of the origin of metallurgy in the Iberian Peninsula (Pre-Beaker Metallurgy)». *Proceedings of the Fifth Atlantic Colloquium*. Dublín. Págs. 1-6.
- Amo de la Hera, M. (1975): «Enterramientos en cista de la provincia de Huelva». En (M. Almagro Basch et alii) *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*. Madrid.
- Amo de la Hera, M. (1976): «Restos paleolíticos y neolíticos en la Provincia de Huelva». *Huelva Arqueológica*. II. Huelva. Págs. 191-196.
- Amores Carredano, F. (1979-80): «El poblamiento orientalizante en Los Alcores (Sevilla). Hipótesis de un poblamiento». *Habis*. 9-11. Sevilla. Págs. 361-374.
- Arnal, J. (1956): «Petit lexique du Megalithisme». *Bulletin Société Préhistorique Française*. 53. París. Págs. 518-531.
- Arribas, A. (1960): «Megalitismo peninsular». *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*. Pamplona.
- Arribas, A. y Molina, F. (1979): «El poblado de 'Los Castillejos' en la Peña de Los Gitanos (Montefrío, Granada)». *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*. Serie Monográfica, núm. 3. Granada.
- Arribas, A. y Molina, F. (1980): «Nuevas aportaciones al inicio de la metalurgia en la Península Ibérica. El poblado de los Castillejos de Montefrío (Granada)». *Proceedings V Atlantic Colloquium*. Dublín. Págs. 7-31.
- Belén Deamos, M. (1974): «El petroglifo de Las Tierras (Villanueva de los Castillejos, Huelva)». *Trabajos de Prehistoria*. 31. Madrid. Págs. 337-348.
- Belén, M. y Amo, M. (1984): «Investigaciones sobre el megalitismo en la provincia de Huelva. I. Los sepulcros de Las Plazuelas y de El Tejar». *Huelva Arqueológica*. VII. En prensa.
- Belén, M.; Fernández Miranda, M. y Garrido, J. P. (1977): «Los orígenes de Huelva. Excavaciones en los Cabezos de San Pedro y La Esperanza». *Huelva Arqueológica*. III. Huelva.
- Blance, B. (1971): *Die Anfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel. Studien zu den Anfängen der Metallurgie*. Berlín.
- Blanco Freijeiro, A. y Rothember, B. (1981): *Exploración Arqueometalúrgica de Huelva (E. A. H.)*. Labor. Barcelona. 1981.
- Blázquez, A. (1923): «Antigüedades en la Provincia de Huelva». *B. R. A. H.*, LXXXIII.
- Bosch Gimpera, P. (1966): «Cultura megalítica portuguesa y culturas megalíticas españolas». *Revista Guimarães*. LXXVI. Lisboa.
- Bosch Gimpera, P. (1969): «La Cultura de Almería». *Pyrenae*. 5. Barcelona. Págs. 47-93.
- Bonsor, G. (1889): «Les colonies agricoles preromaines de la vallée du Betis». *Revue Archeologique*. XXXV. París.
- Bueno Ramírez, P. y Piñón Varela, F. (1984): «El Neolítico en el Suroeste Peninsular». En *Estudios sobre el Neolítico Español*. C. S. I. C. BPH. Madrid. En prensa.
- Cabré, J. (1945): «Museo Arqueológico de Sevilla. Nota sobre la anualidad de 1944». En *Memorias de los Museos Arqueológicos provinciales*. Madrid. Págs. 126-135.
- Cabrero, R. (1978): «El conjunto megalítico de Los Gabrieles». *Huelva Arqueológica*. IV. Huelva. Págs. 79-144.
- Cabrero, R. (1978 b): «Cerámica inédita del 'Tholos de La Zarcita'». *Huelva Arqueológica*. IV. Huelva. Páginas. 361-364.
- Caractini, C. y Viguié, C. (1973): «Etude palynologique et sedimentologique des sables halogenes de la falaise littorale del Asperillo. (Prov. de Huelva)». *Estudios Geológicos*, vol. XXIX, núm. 4. Madrid.
- Cerdán Márquez, C. (1962): «Grupo dolménico número 21. Informe». *Noticario Arqueológico Hispánico*. V. (1956-61). Madrid. Págs. 69-72.
- Cerdán Márquez, C. (1952): «Los sepulcros megalíticos de Huelva». *II Congreso Nacional de Arqueología*. (Madrid, 1951). Zaragoza. Págs. 161-170.
- Cerdán, C. y Leisner, G. y V. (1952): «Los sepulcros megalíticos de Huelva. Excavaciones Arqueológicas del plan nacional 1946». *Informes y Memorias*. Núm. 26. Madrid.
- Correia, V. (1921): «El Neolítico de Pavia (Alentejo. Portugal). Comisión Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas». *Memoria*. Núm. 27. Madrid.
- Cunha Serrao, E. (1979): «Sobre a periodização do Neolítico e O Calcolítico no território português». *Actas da I Mesa Redonda sobre O Neolítico e O Calcolítico em Portugal*. Porto. Págs. 147-179.
- Chapman, R. W. (1983): «The Megalithic Tombs of Iberia». En (Renfrew, C. Ed.): *The Megalithic Monuments of Western Europe*. London. Págs. 28-42.
- Díaz Llanos, E. (1923): «Avance al estudio de la Cueva de la Mora, Jabugo, Provincia de Huelva». *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*. Vol. III, Mem. Núm. 17. Sesión 15. Madrid. Páginas 119-126.
- Díaz Llanos, E. (1925): *La edad de los Ligures*. Barcelona.
- Farinha dos Santos, M.; Soares, J. y Tavares da Silva, C. (1972): «Campaniforme da Barrada de Grilo (Torrão-Vale do Sado)». *O Arqueólogo português*. VI. Lisboa.
- Fernández Chicarro, C. (1950-51): «Museo Arqueológico de Sevilla. Adquisiciones». *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*. XI-XII. Madrid. Págs. 47-60.
- Ferrer Palma, J. E. (1982): «Consideraciones generales sobre el megalitismo en Andalucía». *Baetica*. V. Málaga. Páginas 121-132.
- Fleming, A. (1972): «Vision and desing: aproaches to ceremonial monument typology». *Man*. VII, págs. 57-73.
- Fleming, A. (1973): «Tombs for the living». *Man*. VIII. Páginas 177-193.
- Formosinho, J.; Veiga Ferreira, O. y da-Viana, A. (1953-54): «Estudios arqueológicos nas Caldas de Monchique». *Trabalhos de Antropología e Etnología*. XIV, fasc. 1-4. Porto.
- Gavala Laborde, J. (1936): *Memoria explicativa de la Hoja 1.017: El Asperillo*. Madrid.
- (1949): *Memoria explicativa de la Hoja 1.018: El Rocío*. Madrid.
- (1952): *Memoria explicativa de la Hoja 1.033: El Palacio de Doñana*. Madrid.
- García y Bellido, A. (1970): «Algunas novedades sobre arqueología púnica». *Archivo Español de Arqueología*. Vol. 43. Madrid. Págs. 3-49.
- Garrido Roig, J. P. (1971): «Los poblados del Bronce I Hispánico del estuario del Tinto-Odiel y la secuencia cultural megalítica en la región de Huelva». *Trabajos de Prehistoria*. 28. Madrid. Págs. 3-27.
- Garrido Roig, J. P. (1975): «La Edad de la Piedra. (El Neolítico)». En (M. Almagro Basch et alii): *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*. Madrid.
- Garrido, J. P. y Orta, E. M.<sup>a</sup> (1965): «Un nuevo tipo de ídolo del Bronce I hallado en San Bartolomé de la Torre». *Ampurias*. XXVI-XXVII. Barcelona. Pág. 265.
- Garrido, J. P. y Orta, E. M.<sup>a</sup> (1967): «Excavaciones en Niebla (Huelva). El 'Tholos' de 'El Moro'». *Excavaciones Arqueológicas en España*. Núm. 57. Madrid.
- G. E. A. P. (1979): *Actas da I Mesa Redonda sobre o Neolítico e O Calcolítico em Portugal*. Porto.
- Giménez Reyna, S. (1941): «La Venus de Benaojan». *Actas y Memorias de la S. E. A. E. P.*, T. XVI, cuads. 1-2. Madrid. Págs. 444-448.
- Gómez, A., (1978): «Nuevas Aportaciones al Estudio de los dólmenes de El Pozuelo: El dolmen de 'Martín Gil'». *Huelva Arqueológica*. IV. Huelva. Págs. 11-78.
- Gómez Moreno, M. (1905): «Arquitectura tartesia: La necrópolis de Antequera». *Boletín de la Real Academia de la Historia*. Madrid. Págs. 81-132.
- Gonçalves, V. dos (1977): «Para um programa de estudo do Neolítico em Portugal». *Zephyrus*. Salamanca.
- Guilaine, J. (1976): «Premiers bergers et paysans de l'Occident Méditerranéen». *Mouthon Publ.* París.
- Guilaine, J. (1980): «La Chronologie du néolithique ibérique». *Travaux de l'Institut d'Art Préhistorique*. XXII. Burdeos. Págs. 231-244.
- L'Helgouach, J. (1965): «Les sépultures megalithiques en Armorique». *Travaux du Laboratoire d'Anthropologie Préhistorique*. Rennes.
- Horowitz, A. (1981): «Exploración de la llanura costera de Huelva. I Geología y Paleoambiente». En A. Blanco Freijeiro y B. Rothemberg: *E. A. H.* Barcelona. Págs. 183-216.
- Hurtado, V. (1978): «Los ídolos del Calcolítico en el Occidente Peninsular». *Habis*. 9. Sevilla. Págs. 357-364.
- Hurtado, V. (1980): «Los ídolos Calcolíticos de La Pijotilla (Badajoz)». *Zephyrus*. XXX-XXXI. Salamanca. Páginas 165-203.
- Hurtado, V. (1981): «Las figuras humanas de La Pijotilla (Badajoz)». *Madrid Mitteilungen*. 22. Berlín. Págs. 78-88.
- Leisner, G. (1941): «Puertas perforadas en los sepulcros megalíticos de la Península Hispánica». *Corona de Estudios que la S. E. A. E. P. dedica a sus mártires*. T. I. Madrid. Páginas 107-124.
- Leisner, G. y V. (1943): «Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel». *Der Süden. Römisch-Germanische Forschungen*. Band. 17. Berlín.
- Leisner, G. y V. (1951): *Antas di Concelho de Reguengos de Monsaraz*. Instituto para o Alta Cultura. Lisboa.
- Márquez Fernández, D., (1978): *Huelva. Memoria del conjunto provincial*. E. 1: 200.000 C. S. I. C. Madrid.
- Menanteau, L. (1976): «Les anciens étiers de la rive gauche des marismes du Guadalquivir». *Mélanges de la Casa de Velázquez*. 14. Madrid.
- Menanteau, L. (1978): «Les marismes du Guadalquivir: apport de la teledetection et de l'archéologie a la reconstitution du paysage». *Rev. Caesarodunum*. 13.
- Menéndez Amor, J.; Florschütz, F., (1964): «Results of the preliminary palinological investigation of samples from 50 m. boring in Southern Spain». *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural. (Geología)*. 62. Madrid. Págs. 251-255.
- Menéndez Amor, J. y Florschütz, F. (1973): «Resultados del análisis paleobotánico de una capa de turba en las cercanías de Huelva (Andalucía)». *Estudios Geológicos*. XX. Números 3-4. Madrid.
- Molina Lemos, L. (1977): *El Lobo, un poblado de época y cultura megalítica (unos cuatro mil años de antigüedad) en las afueras de Badajoz*. Diputación Provincial de Badajoz.
- Molina Lemos, L. (1980): «El poblado del Bronce I de El Lobo (Badajoz)». *Noticario Arqueológico Hispánico*. 9. Madrid. Págs. 93-127.
- Morais Arnaud, J. (1971): «Os povoados neoneolíticos de Fão e Aboboreira. (Ciladas, Vila Viçosa) Noticia preliminar». *II Congreso Nacional de Arqueología*. Coimbra (1970). Págs. 199-223.
- Morais Arnaud, J. (1978): «O Megalitismo em Portugal: Problemas e perspectivas». *Actas das III Jornadas Arqueológicas*. (1977). Lisboa. Págs. 99-112.
- Morais Arnaud, J. (1982): «Le Néolithique Ancien et le processus de neolithisation au Portugal. Le Néolithique Ancien Méditerranéen». *Actes du Colloque International de Préhistoire*. Montpellier. 1981. *Archeologie en Languedoc*. Núm. Spécial. Págs. 29-48.
- Motos, F. de. (1918): «La Edad Neolítica de Vélez Blanco. Com. de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas». *Mem. Núm. 19*. Madrid.
- Muñoz, A. M.<sup>a</sup> (1969): «La civilización pretartésica andaluza durante la Edad del Bronce. Tartesos y sus problemas». *V. Symp. Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona. Págs. 33-45.

Navarrete Enciso, M. S. (1976 a): *La cultura de las cuevas con cerámica decorada en Andalucía Oriental*. Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada. 2 vols. Granada.

Oliveira Jorge, V. M. (1982): *O Megalitismo do Norte de Portugal. Os Monumentos e a sua problemática no contexto Europeo*. Porto (vol. I).

Oliveira Jorge, S. (1978): «O Megalitismo no contexto peninsular». *Revista de Guimarães*. LXXXVIII, Lisboa. Páginas 369-389.

Obermaier, H. (1924): «El dolmen de Soto. Trigueros. Huelva». *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*. Año XXXII. Madrid.

Paço, A. do. (1964): *Povoado pré-Histórico da Parede (Cascais)*. Ed. da Camara Municipal.

Pellicer, M. (1964): «El Neolítico y el Bronce de la Cueva de la Carigüela del Piñar (Granada)». *Trabajos de Prehistoria*. XV. Madrid.

Pellicer, M. y Hurtado, V. (1980): «El poblado metalúrgico de Chinflón. (Zalamea la Real, Huelva)». *Publicaciones del Departamento de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Sevilla*. Sevilla.

Pellicer, M. y Acosta, P. (1982): «El Neolítico Antiguo en Andalucía Occidental. Le Neolithique Ancien Méditerranéen». *Actes du Colloque International de Préhistoire*. Montpellier (1981). *Archeologie en Languedoc*. Núm. especial. Montpellier.

Pemán, C. (1941): «Memoria sobre la situación arqueológica de la provincia de Cádiz». *Corona de Estudios que la S. E. A. E. P. dedica a sus Mártires*. I. Madrid. Páginas 241-279.

Pericot, L. (1969): «Schulten y Tartessos. Tartessos y sus problemas». *V Symp. Internacional de Prehistoria Peninsular*. Barcelona. Págs. 63-74.

Pinedo Vara, I. (1963): *Piratas de Huelva*. Madrid.

Piñón, F., Bueno, P., (1983): «Los grabados del núcleo dolménico de Los Gabrieles (Valverde del Camino, Huelva)». *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch*. Vol. I. Madrid. Págs. 445-455.

Piñón, F. y Bueno, P. (1984 a): «Estudio de las colecciones de materiales procedentes de La Dehesa (Lucena del Puerto) y El Judío (Almonte). Testimonios sobre la ocupación neolítica del litoral onubense». *Huelva Arqueológica*. VII. En prensa.

Piñón, F. y Bueno, P. (1984 b): «Sobre algunos objetos de la cultura megalítica onubense». *Huelva Arqueológica*. VII. En prensa.

Renfrew, C. (1967): «Colonialism and Megalithism». *Antiquity*. XLI. Londres. Págs. 276-288.

Renfrew, C. (1976): «Megaliths, territories and populations. Acculturation and Continuity in Atlantic Europe mainly during the Neolithic period and the Bronze Age, Atlantic Colloquium». *Disertaciones Arqueológicas Gandereses*, 16. Brugge.

Renfrew, C. (1978): «The anatomy of innovation». (En Green, D-Haselgrove, C-Springs, M. Eds.: «Social organization and settlement». *B. A. R. International Series*. (Supplementary), 47. Vol. I. Oxford. Págs. 89-117.

Renfrew, C. (1979): «Trade and culture process in European Prehistory». (*Current Anthropology*, 10, 1969, págs. 151-169) En (Renfrew, G. Ed.): *Problems in European Prehistory*. Edimburgh University Press.

Ruiz Mata, D. (1975): «Cerámicas del Bronce del poblado de Valencia de la Concepción (Sevilla): Los platos». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma*. 2. Madrid. Págs. 123-149.

Ruiz Mata, D. (1980): «Nuevos yacimientos campaniformes en la provincia de Sevilla». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma*. 5-6. Madrid. Páginas 41-58.

Ruiz Mata, D. (1983): «El yacimiento de la edad del Bronce de Valencia de la Concepción (Sevilla) en el marco cul-

tural del Bajo Guadalquivir». *Actas del I Congreso de Historia de Andalucía. I (Prehistoria y Arqueología)*. Córdoba. Páginas 183-208.

Ruiz Mata, D. y Martín de la Cruz, J. C. (1977): «Noticias preliminares sobre los materiales del yacimiento de Papauvas (Aljaraque-Huelva)». *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma*. 4. Madrid. Páginas 35-48.

Sanchidrián Torti, J. L. (1982): «Ídolos femeninos esquemáticos en la Cueva de Nerja». *Zephyrus*. XXXIV-XXXV. Salamanca. Págs. 103-107.

Santos Conçalves, V. dos (1971): «O Castro da Rotura e O vaso Campaniforme». *Junta distal de Setúbal*.

Santos Conçalves, V. dos (1979): «Megalitismo e inícios da metalurgia do cobre no Alto Algarve Oriental». *Notas a uma exposição*. Museo de Arqueología e Etnografía de Setúbal.

Savory, H. (1968): *Spain and Portugal*. Londres.

Savory, H. (1977): «The role of Iberian Communal tombs in Mediterranean and Atlantic Prehistory». En (Markotic, V. Ed.): *Ancien Europe and the Mediterranean. Studies presented in Honour of H. O. Henken*. Warminster. Páginas 161-180.

Schubart, H. (1984): «Informe preliminar sobre la campaña de excavaciones de 1981 en el Morro de la Mezquitilla, cerca de la desembocadura del río Algarrobo». *Noticiario Arqueológico Hispánico*. 19. Madrid. Págs. 85-102.

Serra Rafols, J. de C. (1924): «El comencos de la minería i la metalurgia del coure a la Peninsula Iberica». *But. de la Associació Catalana d'Antropologia, Etnologia i Prehistoria*. Barcelona.

Soares, J. y Tavares da Silva, C. (1976-77): «Cerâmica campaniforme de Vale Vistoso (Porto Covo Sines)». *Setúbal Arqueológica*. II-III. Setúbal. Págs. 163-178.

Soares, J. y Tavares da Silva, C. (1979): «Alguns aspectos do neolítico Antiguo do Alentejo litoral». *Actas da I Mesa Redonda sobre O Neolítico e O Calcólítico em Portugal*. Porto. Págs. 9-52.

Soares, J. y Tavares da Silva, C. (1982): «Des structures d'habitat au neolithique ancien au Portugal». *Actes du Colloque International de Préhistoire*. Montpellier (1981). *Archeologie en Languedoc*. Núm. Special. Págs. 17-28.

Soares, J. y Tavares da Silva, C. (1976-77 b): «O monumento megalítico da Palhota (Santiago do Cacém)». *Setúbal Arqueológica*. II-III. Setúbal. Págs. 109-150.

Tarradell, M. (1952): «La edad del Bronce en Montefrío, Granada». *Ampurias*. XIV. Barcelona. Págs. 49-80.

Tavares da Silva, C. y Soares, J. (1976-77): «Contribuição para o conhecimento dos povoados calcólíticos do Baixo Alentejo e Algarve». *Setúbal Arqueológica*. II-III. Setúbal. Páginas 179-280.

Tavares da Silva, C. y Soares, J. (1979): «Contribuição para o conhecimento dos povoados calcólíticos do Baixo Alentejo e Algarve. (Resumo)». *Actas da I Mesa Redonda sobre O Neolítico e O Calcólítico em Portugal*. Porto. Páginas 117-119.

Varela Gomes, M.; Pinho Monteiro, J. y Cunha Serrão, E. da (1978): «A estação pré-histórica da Caramujeira. Trabalhos de 1975-76». *Actas das III Jornadas Arqueológicas (1977)*. Vol. I. Págs. 35-72.

Viana, A.; Veiga Ferreira, O. da, y Formosinho, J. (1949): «Necrópolis de las Caldas de Monchique. Nuevas contribuciones para el conocimiento de la Edad del Cobre en el Algarve». *Archivo Español de Arqueología*. XXII. Madrid. Páginas 291-312.

Viana, A.; Veiga Ferreira, O. da, y Freire de Andrade, R. (1957): «Monumentos megalíticos dos arredores de Ourique». *Com. Serv. Geológicos de Portugal*. XXXVIII, 2. Lisboa. Págs. 409-419.

Whittle, E. H. y Arnaud, J. M. (1975): «Thermoluminescent dating of Neolithic and Chalcolithic pottery from sites in Central Portugal». *Archaeometry*. 17-1. Cambridge. Páginas 5-24.

## El Megalitismo en Andalucía Oriental: Problemática

José Enrique Ferrer Palma

No se puede decir que la investigación sobre el megalitismo en Andalucía oriental haya sufrido en los últimos decenios un fuerte incremento, aunque ni mucho menos ha sido abandonada. Parece haber pesado fuertemente la gran labor desarrollada por Georg y Vera Leisner que, como es bien sabido, aprovechando trabajos anteriores de Luis Siret, llevaron a cabo su obra de síntesis para el Sur de la Península (1) que fue considerada durante bastante tiempo como, si no intocable, difícilmente superable.

Sin restarle ni un ápice al valor que tuvieron y llegaron a adquirir sus ideas, podemos decir que hoy día algunos de sus esquemas, sobre todo a nivel teórico, han sido cuestionados. Es cierto por tanto que se han llevado a cabo replanteamientos generalmente parciales por un lado y se han obtenido por otro conclusiones contradictorias, consecuencia de algunas nuevas aportaciones al panorama expuesto a mediados de siglo. Resulta obvio por tanto que, aun a pesar de no haber sido un campo de descubrimientos espectaculares, el esquema no permanece inalterable.

Si por Andalucía oriental entendemos la zona nuclear de Almería, los focos de las altiplanicies interiores de Granada y Málaga, con sus conexiones hacia el alto valle del Guadalquivir en el ámbito jienense, e incluso tenemos en cuenta la vinculación de las tierras de Murcia, los avances más significativos se han logrado en las tierras del *hinterland* del núcleo almeriense. Aunque esto pudiera ser considerado válido en sentido estricto en cuanto a los sepulcros megalíticos, no podemos olvidar que los destinados a ocuparlos desarrollaron en vida modelos de comportamiento concretos, y que éstos han recibido en las últimas décadas una especial atención por parte de la investigación. Deben por tanto conjugarse los resultados obtenidos de ambos campos para ofrecernos una óptica no demasiado parcial.

Si durante un cierto tiempo toda la problemática que se desprendía del estudio del megalitismo en

Andalucía oriental parecía quedar latente, en la actualidad crecen sin duda los trabajos de investigación sobre este horizonte cultural, ofreciéndonos nuevas perspectivas. Renacen con fuerza las disyuntivas que estaban presentes, provocadas quizá ahora por la aplicación de conceptos derivados sin duda de una técnica investigadora más actualizada y tal vez más precisa. Pero además hay que tener en cuenta que nos movemos en el análisis de un fenómeno ni mucho menos particularista, sino todo lo contrario, excediendo las simples barreras de un marco geográfico determinado y debiendo ser considerado a niveles más generales. Por ello hay que contar, en la comprensión de los problemas planteados, con los avances que se nos ofrecen en otras regiones, para conjugarlos con los resultados ofrecidos en el área estudiada, teniendo presente que la adopción de elementos culturales semejantes se realiza por parte de poblaciones con tradiciones a veces notablemente diferentes.

Para llegar a comprender la problemática que hoy día plantea el estudio del megalitismo en Andalucía oriental debe partirse inicialmente de una base empírica, valorándola en su justa medida; y en ella hay que tener en cuenta de manera especial los resultados obtenidos en el período que se comprende desde mediados de siglo hasta el momento presente en la zona geográfica que tratamos.

En el campo concreto de los sepulcros megalíticos los primeros trabajos realizados con posterioridad a la síntesis de los Leisner contribuyeron esencialmente a aumentar el componente numérico de los mismos en las provincias de Granada, Málaga y Almería. Para la primera de éstas tendríamos fundamentalmente el trabajo de García Sánchez y Spahn sobre las necrópolis dispersas a lo largo del río de Gor (2), la labor de reexcavación y puesta al día de este extenso conjunto supuso cuando menos una llamada a la necesidad de adecuar las antiguas excavaciones a una metodología más depurada; paralelamente las áreas geográficas ocupadas por las poblacio-





Figura 1. Necrópolis megalíticas que delimitan territorialmente a la Andalucía Oriental. 1. Ctjo. de la Mimbre. 2. Las Angosturas. 3. Alcalá del Valle. 4. Alameda. 5. Cerro de las Canteras. 6. Cerro Veleta. 7. Haza de Trillo. 8. Bagil.

nes megalíticas comenzaron a ampliarse con las notas proporcionadas por Tarradell (3) y más tarde por García Sánchez y Pellicer (4); empezaba a vislumbrarse una ocupación, si bien aislada, de las zonas más llanas de Granada, así como la presencia en lugares de paso, quizá menos destacados que los tradicionales, al alto Guadalquivir. Málaga, que en la obra sobre el megalitismo del Sur confeccionada por los Leisner se limitaba prácticamente a la necrópolis antequerana, ampliaba el conocimiento, aunque muy superficialmente, de este horizonte a sus zonas más orientales gracias a Simeón Giménez Reyna, anotando la presencia de estructuras megalíticas en la cuenca oriental del Genal (5). En Almería, la continuación de la investigación megalítica se debía a Arribas, con el estudio de nuevos sepulcros (6), era el prelude de las publicaciones que posterior y conjuntamente con Almagro se van a llevar a cabo sobre el poblado y la necrópolis de Los Millares (7), constituyendo sin duda un hito importantísimo que va a quedar reflejado en cuantas publicaciones aboradasen temas paralelos. En esa misma línea de replanteamientos sobre necrópolis megalíticas almerienses habría que tener en cuenta la labor de M.<sup>a</sup> José Almagro en las tumbas de Almizaraque (8).

Otro conjunto de novedades va a comportar la investigación sobre el megalitismo. En Almería se dan a conocer las necrópolis del Barranquete (9) y la de El Chuche (10), así como la existencia de una extensa necrópolis próxima a la Rambla de Huechar (11).

En Granada, esas novedades se centran en la excavación de la necrópolis que cercana al Pantano de los Bermejales se extiende por el cauce del río Cacán (12), y en la localización de nuevos conjuntos que amplían considerablemente la geografía megalítica granadina, sobre todo en su zona septentrional, desde Sierra Harana a la Sierra de Parapanda, en la región de Los Montes (13); así como en la reexcavación sistemática de las necrópolis de Montefrío (Peñas de los Gitanos) (14) y de Fonelas (15), en ambos extremos de la citada región. En Jaén, conocemos ahora la existencia, además de la de sus necrópolis en cuevas artificiales [Marroquíes Altos (16), Haza de Trillo (17), Cuesta del Parral (18), Cazalilla (19), Las Canteras (20)...], de sepulcros megalíticos con seguridad en Otiñar (21) y Cerro Veleta (22). En Murcia, como hemos apuntado, muy vinculada en estos momentos a la Andalucía oriental, junto a las investigaciones realizadas en la necrópolis del cabezo de la Cueva del Plomo de Mazarrón (23) hay que citar hoy día la localización y publicación del dolmen de Bagil en Moratalla (24). Málaga ha sido asimismo una de las regiones que ha aportado novedades en el escaso conocimiento que se poseía de este marco cultural; así la ampliación de sus necrópolis occidentales con la excavación de los sepulcros citados por Giménez Reyna, la publicación de las necrópolis de El Moral en Montecorto (25) y Las Angosturas en Ronda (26), la localización y excavación de las necrópolis en cuevas artificiales de Alcaide (27) y Alameda (28) en su zona norte, y el estudio de las de Humi-



Figura 2. Necrópolis megalíticas documentadas en la actualidad en la zona oeste de Andalucía Oriental. 1. Ctjo. de la Mimbre. 2. Encinas Borrachas. 3. Las Angosturas. 4. El Moral. 5. Gigantes. 6. Alcalá del Valle. 7. Alameda. 8. Humilladero. 9. Antequera. 10. Alcaide. 11. Peñas Prietas. 12. Ctjo. del Tardón. 13. Tajillo del Moro. 14. Chaperas.

lladero (29) y Peñas Prietas (30) en el margen meridional de la región de Antequera, y la excavación y publicación de las necrópolis megalíticas de Chaperas (31) y Tajillo del Moro (32) en Casabermeja, así como la reciente localización de la necrópolis del Cortijo del Tardón (33) en la conexión de las cuencas del Guadalmedina y del Guadalhorce.

Pero es sin duda el avance realizado en el conocimiento de los hábitats coetáneos lo que destaca a todas luces. Así, sin poder afirmar que poseamos hoy día un conocimiento completo de las formas de estructura social de los constructores megalíticos, sí estamos en condiciones de poder valorar buena parte de los aspectos derivados de ellas, pudiendo afirmarse que se debe a la complementariedad en la observación del binomio hábitat-necrópolis el que en la actualidad se plantea toda una compleja problemática.

Si bien el poblado de Los Millares, con sus recientes excavaciones (34), puede seguir siendo considerado como uno de los principales enclaves, hay que tener en cuenta los resultados obtenidos en una cada vez más amplia serie de yacimientos; en este sentido las estratigrafías de Almizaraque (35), Terrera Ventura (36), El Tarajal (37), Campos (38) y Chinchilla de Rioja (39) en Almería; los trabajos en el cabezo de la Cueva del Plomo en Murcia (40); los de Los Castillejos de Montefrío (41), Castellones de Laborcillas (42), el Cerro de la Virgen (43), el Malagón (44) y Las

Angosturas de Gor (45) en Granada, y los trabajos iniciados en las provincias de Jaén (Cazalillas y los Alcores de Porcuna) (46) y Málaga (Llano de la Virgen, Acinipo y casco urbano de Ronda, San Telmo) (47) pueden en breve lograr una aproximación, con una base empírica más amplia, a los planteamientos teóricos apuntados.

El problema quizá más acuciante con el que se enfrenta el estudio del megalitismo en Andalucía oriental sigue siendo el considerado posiblemente como el más tradicional de todos, es decir, el origen de la adopción del nuevo ritual de enterramiento, y no por tradicional menos exento de polémica. Las recientes síntesis de Ana M.<sup>a</sup> Muñoz (48) o de Arribas y Molina (49) son fiel reflejo del estado de la cuestión, en las que se dejan traslucir conceptos de autoctoneidad o aloctoneidad de las poblaciones que desarrollaron en sus comienzos estos nuevos rituales, jugando un considerable papel la posición de la nunca totalmente definida Cultura de Almería. Problemas como la constatación de la posible arribada de núcleos étnicos foráneos, o la adopción de las nuevas ideas por parte de una base indígena existente, y en este caso el papel jugado por la propia evolución de los modelos ideológicos de las poblaciones neolíticas del área, son los que en la actualidad se presentan en primer plano en el estudio del megalitismo de Andalucía oriental.

En el Sureste, todo giraría a nuestro juicio en torno a la consideración de la existencia de un verda-



Figura 3. Poblados de la Edad del Cobre en Andalucía Oriental. 1. Cabezo del Plomo. 2. Almizaraque. 3. Campos. 4. Las Canteras. 5. El Malagón. 6. El Cerro de la Virgen. 7. Terrera Ventura. 8. Los Millares. 9. Las Angosturas. 10. Los Castellones. 11. Los Alcores. 12. Los Castillejos de Montefrío. 13. Morro de Mezquitilla. 14. San Telmo. 15. El Llano de la Virgen.

dero poblamiento durante el Neolítico Final de componente indígena, que al transformar sus fundamentos socioeconómicos, con mayor o menor incidencia de estímulos exteriores, desarrollará las bases que comportan el inicio de las primeras fases metalúrgicas, dando lugar a poblaciones socioigualitarias, quizá tan sólo en su comienzo, fundamentadas en grupos de amplio espectro reflejado en los enterramientos colectivos. Por ello es comprensible la importancia que adquiere, al menos para el Sureste, la homologación o no de la Cultura de Almería como ese sustrato de Neolítico Final. Hoy día este es un problema al que parece vislumbrarse una futura solución, no obstante ésta deberá pasar necesariamente por la clarificación de secuencias estratigráficas y estudios a fondo de los poblamientos que denoten una base al menos anterior a la formación de Los Millares o incluso de tradiciones independientes. Es aquí donde deberían de haber jugado un importante papel aquellos poblados tradicionalmente controvertidos, como El Garcel (50) aunque su situación actual no lo permita, como otros recientemente investigados, casos de Terrera Ventura (51) o Chinchilla de Rioja (52), de los que poco es lo que conocemos en el momento presente.

Por tanto, si a nivel general el orientalismo, que no ha llegado a ser marginado y cuenta entre sus defensores con Savory (53), parece haber acusado los fuertes embates sufridos con el creciente muestreo

de fechaciones absolutas, sobre las que se asientan en buena parte las tesis de Renfrew (54), a nivel particular del Sureste todavía parece poseer una cierta fuerza, como quizá se pueda desprender de alguna publicación de Ana M.<sup>a</sup> Muñoz (55). Tenemos en la actualidad por tanto ideas fundamentalmente contrapuestas para el proceso de formación de las estructuras tipo *tholoi* en el Sureste, para las que, o bien se admite un proceso de formación a partir de poblaciones foráneas de ámbito oriental, o bien se acepta un desarrollo más localista en el que los *rundgräber* almerienses serían una excelente base siempre que se aceptara el carácter arcaico de sus ajuares, que por otra parte han sido recientemente controvertidos (56).

Se hace necesario poseer una mayor base de datos para solucionar esta disyuntiva, debiendo proporcionar un conocimiento más profundo de las relaciones de las primeras culturas metalúrgicas, en las que puede llegar a quedar inmerso el fenómeno megalítico de este área, con sus antecesoras del Neolítico Final. En este sentido hay que tener presente hechos como la alta cronología proporcionada por el cabezo de la Cueva del Plomo de Mazarrón (finales del IV milenio y comienzos del III) con «...una arquitectura relacionable con la fase Millares, pero con elementos arcaizantes y, de momento, sin metal» (57). Debe contarse además con una buena estructuración de las fases que comportaría la evolución



Figura 4. Emplazamientos al aire libre adscritos al horizonte del Neolítico Final. 1. El Manzanal. 2. Los Castillejos de Montefrío. 3. La Molaina. 4. El Llano de las Canteras. 5. El Cerro del Castellón. 6. El Ochavo. 7. Hornos de Segura. 8. Terrera Ventura.

posterior, y para las que únicamente existían las establecidas por los Leisner para la necrópolis de Los Millares (58) hoy día cuestionadas profundamente por Chapman (59). Los estudios llevados a cabo bajo la dirección de Arribas y Molina en Los Millares parecen estar encaminados en este sentido, propugnando inicialmente la existencia en el Sureste de «un horizonte neolítico de poblados campesinos al aire libre y necrópolis de sepulturas circulares»... «plataforma para la eclosión de la primera cultura metalúrgica del Mediterráneo occidental» (60), aunque no obstante se planteen la duda de si estaban en condiciones de llegar a una invención propia de la metalurgia o si simplemente la desarrollarían a partir de influjos foráneos, lo que podría relacionarse con un proceso lento de adaptación de los modelos de poblados-fortificados a lo largo del Mediterráneo, negando los contactos directos con poblaciones de su zona oriental, como parece demostrarlo la carencia de materiales importados como contrapartida de la presencia de materiales indígenas tradicionales (61).

El problema del origen del megalitismo parece poder formularse desde bases diferentes en cuanto lo que supone el *hinterland* del foco nuclear del Sureste, aquí es minoritaria la presencia de los sepulcros tipo *tholoi* y en cambio asistimos a la multiplicación de estructuras adinteladas en sepulcros ortostáticos así como a la aceptación de las cuevas artificiales como lugar de enterramiento. Parece eviden-

te que en estas áreas la base indígena ha protagonizado su papel aceptando y adaptando nuevas ideas en forma diferente, motivado al parecer por mecanismos de influencia ajenos en gran medida a los propios del Sureste.

La prioridad de los conjuntos megalíticos del occidente peninsular, debido al conocimiento que hoy día poseemos de sus fechaciones absolutas, es incuestionable; este hecho parece realizarse puesto que, por contrapartida, en los núcleos megalíticos orientales tenemos hasta la fecha una total carencia de este tipo de dataciones. Nos movemos por tanto casi exclusivamente en relación a tipologías comparadas, con todos los problemas que ello puede comportar; pese a todo quizá pueda rastrearse una fase antigua en un buen número de necrópolis granadinas (62), a las que hoy día se le podría unir alguna de las recientemente documentadas en Málaga (63), y la mayoría de los materiales que presentan visos de arcaísmo en sus ajuares, así como la tipología arquitectónica, nos lleva al planteamiento de relaciones con los núcleos megalíticos occidentales.

Uno de los problemas que existían para poder hacer derivar los conjuntos de sepulcros granadinos de los modelos portugueses o del área andaluza occidental, era el gran vacío intermedio que presentaban amplias zonas geográficas de las provincias de Cádiz y Málaga; este cuestionamiento va encontrando

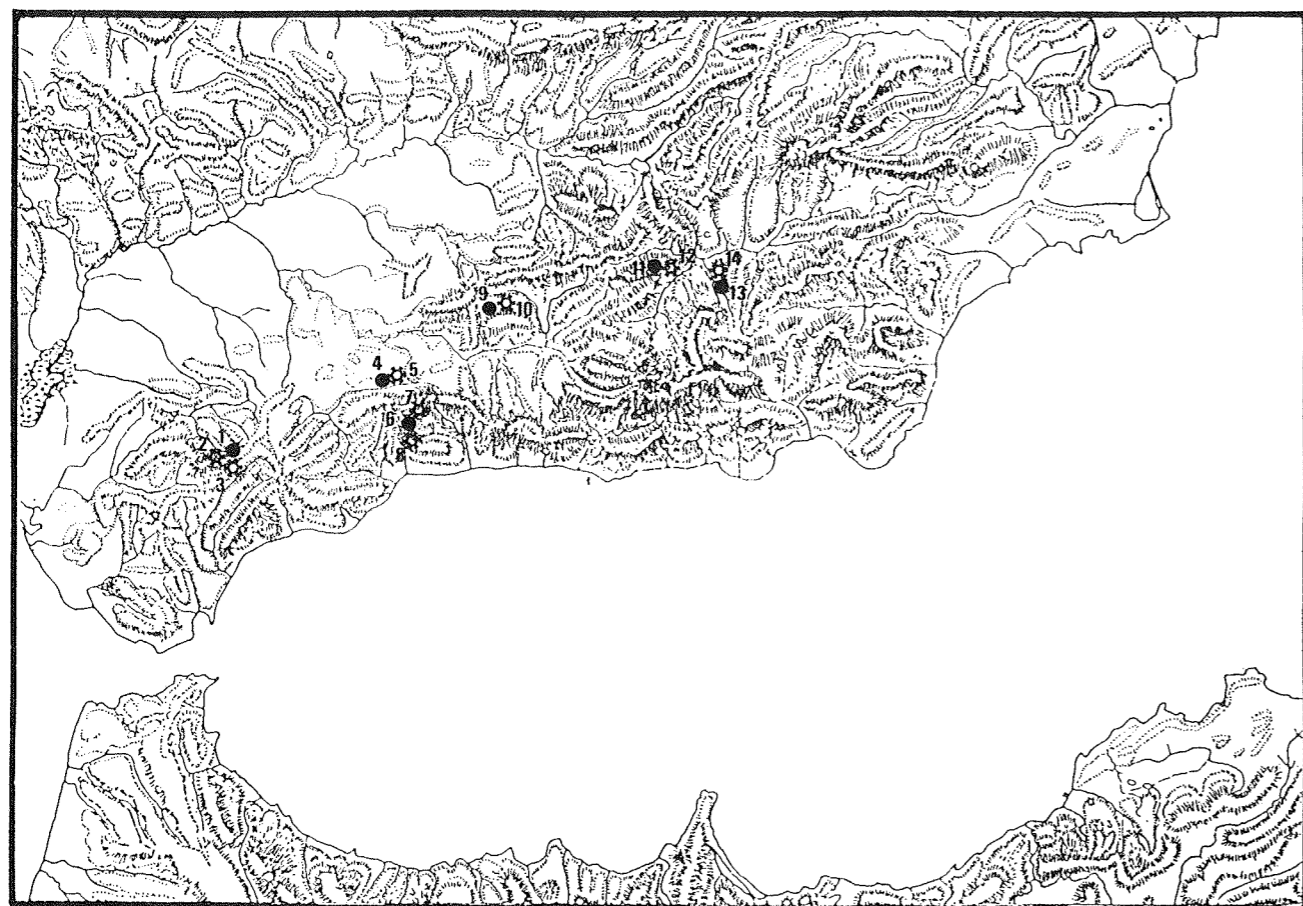


Figura 5. Poblados al aire libre y necrópolis megalíticas relacionables. 1. Acinipo. 2. N. de las Angosturas. 3. N. de los Gigantes. 4. Cerro de Marimacho. 5. N. de Antequera. 6. Cerro García. 7. N. del Tajillo del Moro. 8. N. de Chaperas. 9. Los Castillejos de Montefrío. 10. N. de las Peñas de los Gitanos. 11. Los Castellones de Laborcillas. 12. N. de los Eriales. 13. Las Angosturas. 14. N. de la Torrecilla.

do solución en la localización de nuevas necrópolis megalíticas como la de Alcalá del Valle en Cádiz (64), o las de Las Angosturas (65), El Moral (Sierra de Malaver) (66), Encinas Borrachas (67), Cortijo de la Mimbre (68), Chaperas (69), Tajillo del Moro (70) y, aunque de concepción algo diferente, la del Cortijo del Tardón (71), todas ellas en la provincia de Málaga, que hacen vislumbrar para el futuro una ocupación territorial superior con mucho a la sospechada hasta el presente.

Por todo ello resulta factible la separación entre la problemática de los conjuntos de sepulcros ortostáticos y la de los de falsa cúpula en el ángulo suroccidental de la Península, aunque los mecanismos de relaciones e intercambios entre ambos conjuntos hayan funcionado permanentemente.

Aceptar que los sepulcros ortostáticos orientales han sido originados por estímulos del occidente peninsular supone asimismo revalorizar una serie de cuestiones. En primer lugar, se podría otorgar a las poblaciones distribuidas a lo largo de la geografía intermedia una prioridad para aquellas situadas en marcos ambientales en donde el aprovechamiento de la piedra en las construcciones hiciera más factible la acogida de los nuevos conceptos, y esto, aunque en principio no debe presentar dificultades, necesitará de una mayor documentación que la obtenida hasta el momento. En segundo lugar, si bien es

cierto que las poblaciones metalúrgicas del Sureste llegaron a influenciar de una forma más o menos clara a las poblaciones megalíticas del *hinterland*, también parece que se debería aceptar que éstas a su vez quedarían reflejadas en el área nuclear del Sureste, donde junto al máximo desarrollo de las poblaciones del patrón Millares con sus construcciones de *tholoi*, aparecen minoritaria pero suficientemente documentados los sepulcros ortostáticos adintelados; quizá hoy día el mejor exponente de este hecho sea la presencia de un buen número de sepulcros megalíticos en la necrópolis de la Rambla de Huechar (72). Por último, no debe obviarse el considerar la infiltración de los constructores megalíticos desde Granada a zonas más alejadas de los núcleos base, pero al parecer siempre conectadas a través de marcos propios para la edificación de estos sepulcros; así ocurriría en el caso de Los de Otiñar (73) y Cerro Veleta (74) en Jaén, con las sierras que limitan los cursos del Valdearazo, Quiebrajano y del río Jaén, y, aunque mucho más arriesgado en su consideración, con el caso del sepulcro de Bagil (75) en Moratalla, al extremo oriental de las sierras de Segura y de la Sagra, en el que hay que acudir a las alejadas necrópolis orientales granadinas para buscarle su posible conexión (76).

Todas estas cuestiones parten de la base propuesta para el marco del Sureste y su *hinterland* del de-

sarrollo en general de dos conjuntos de patrones de asentamientos. El de las poblaciones adscritas al modelo de Los Millares que, como Almizaraque y Campos en Almería, el cabezo de la Cueva del Plomo en Murcia, o el Cerro de la Virgen y el Malagón en Granada, y quizá como se ha dicho recientemente (77) el de Las Angosturas en Gor, en la misma provincia, presentan un esquema urbanístico similar; aunque en algunos de estos poblados sus tipos de enterramientos no estén confirmados, en otros es claro que en sus proximidades se extienden conjuntos de *tholoi*, que en el caso del último de los poblados citados podrían ser los desaparecidos *tholoi* de Las Angosturas (78) e incluso quizá los que se extendían por las márgenes del río Gor (79), no obstante esto nos

llevaría a plantear en su caso concreto el por qué estos sepulcros se hallan diluidos en necrópolis megalíticas mucho más extensas (80), y si todos o al menos parte de ellos no se trataran de imitaciones de modelos diferentes por parte de los constructores megalíticos. Los patrones de asentamiento de estos últimos constituirían el otro conjunto, y los tendríamos reflejados en la misma provincia de Granada en poblados como Los Castellones de Laborcillas o Los Castillejos de Montefrío; a través de ellos, y en concreto del segundo, se puede observar cómo las poblaciones del Neolítico Final del área evolucionan acogiendo los nuevos ritos pero sin desarrollar en su urbanismo esquemas demasiado complejos, aunque las defensas halladas en Los Castellones de Laborci-

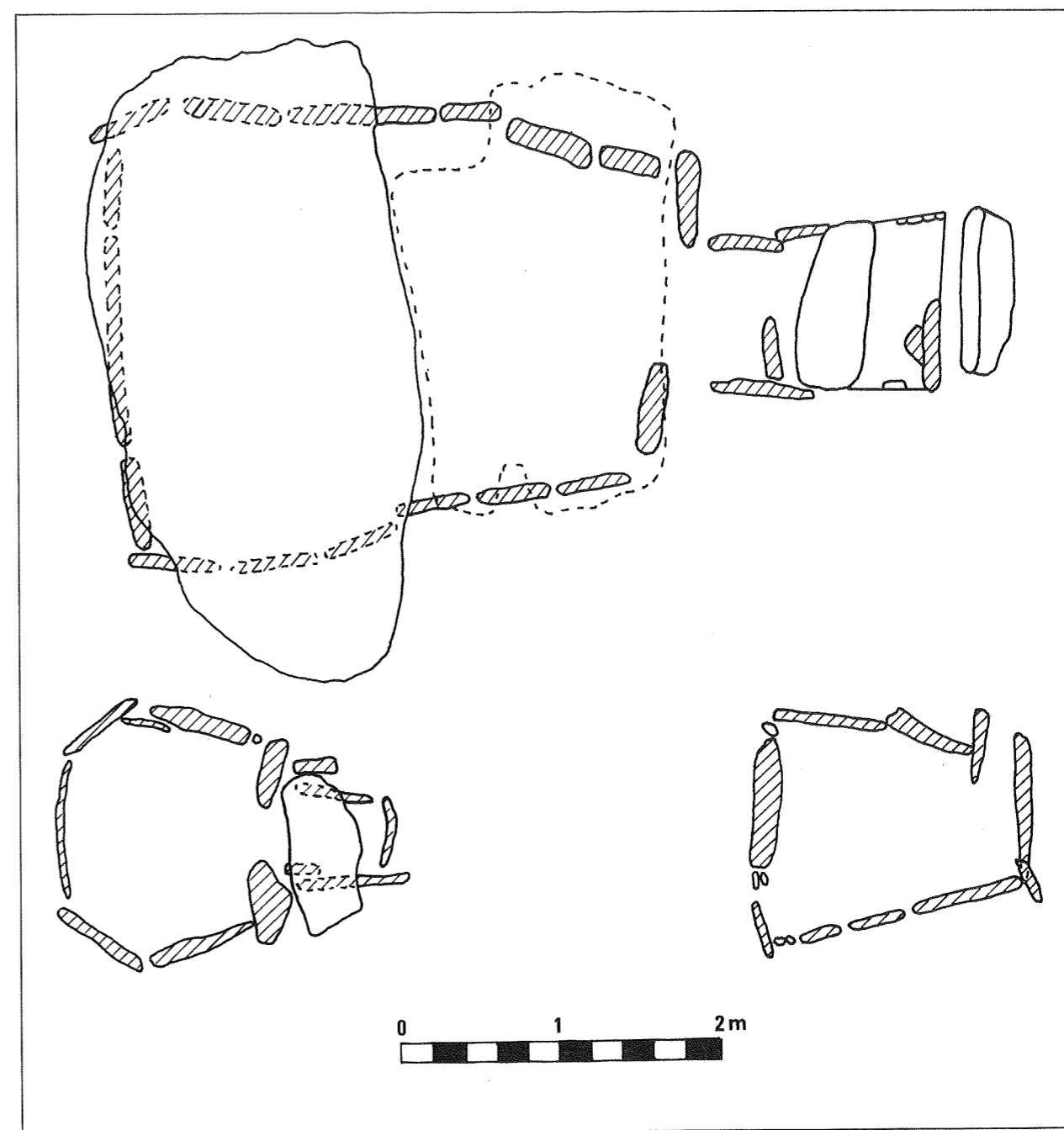


Figura 6. Diferencias en los modelos arquitectónicos de los sepulcros megalíticos que coexisten en la necrópolis de Fernelas (Granada).

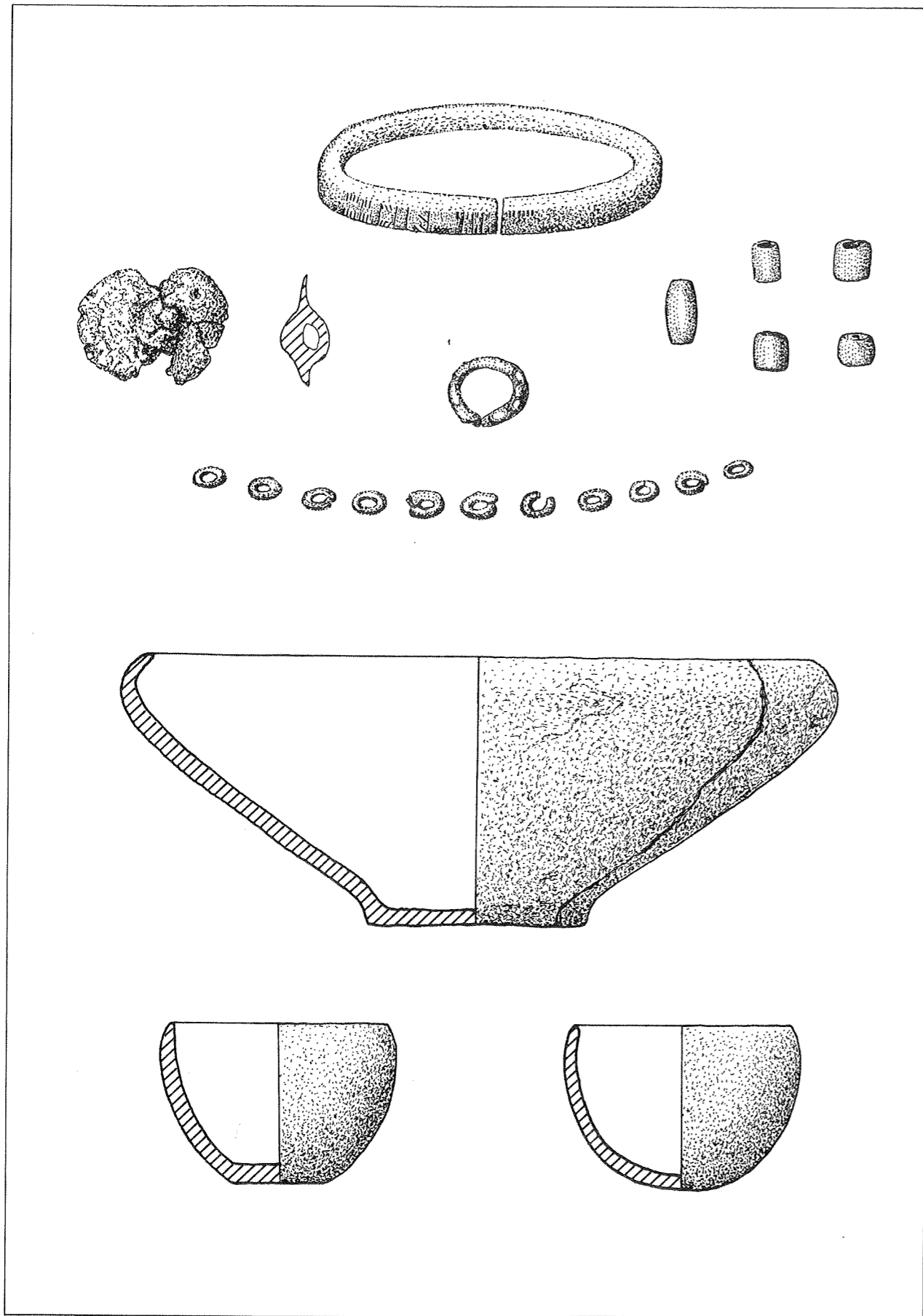


Figura 7. Ajuar correspondiente a una reutilización de un sepulcro megalítico durante el Bronce Final. Necrópolis de Fone-las (Granada).

llas han obligado a pensar en una cierta influencia en las tierras interiores de Granada por parte del patrón Millares (81).

En la provincia de Málaga nuestro conocimiento está aún muy limitado para poder señalar netamente esta dicotomía, en los únicos poblados excavados hasta la fecha no han podido fijarse con claridad sus modelos urbanísticos; Morro de Mezquitilla (82), en la costa oriental malagueña, cuenta tan sólo en este aspecto con escasos datos publicados, y el Llano de la Virgen (83), en el interior y conectado a la red del Guadalhorce, está aún en una fase inicial de su investigación, en la que no se puede precisar más que quizá la posible existencia de defensas, cuya complejidad hasta la fecha no puede determinarse por su estado de destrucción en las zonas investigadas. No obstante, se cuenta con un número amplio de localizaciones de posibles hábitats pero aún sin investigar a fondo, sólo su proximidad o alejamiento de necrópolis megalíticas nos podría llevar a fijarlos en el esquema aludido, si bien esto último resulta aleatorio, como punto de partida puede tenerse en cuenta y así se ha propuesto recientemente (84).

Otro problema que podría plantearse es la proximidad de las áreas orientales de Málaga a las vías que acceden al Bajo Guadalquivir, y por tanto valorar convenientemente el posible impacto que unas relaciones con esta zona hubieran causado paralelamente a la llegada y aceptación del ritual megalítico, que hoy por hoy es el único fenómeno de clara raíz occidental que ha podido ser cotejado con resultados para la fase del Cobre Antiguo, al margen quizá de alguna secuencia en cueva. Es por tanto un programa de investigación ordenado y sistemático el que necesita ser planteado. Aunque falte la base argumental, puede pensarse que las influencias ejercidas por las poblaciones del Bajo Guadalquivir durante los momentos finales del Neolítico, con un desarrollo creciente de la economía agrícola, va a llevar a la explotación de regiones fértiles en el arco septentrional de la provincia de Málaga, acelerando el tránsito a la Edad del Cobre mediante un proceso de aculturación. Estos estímulos habrían propiciado la utilización, en estos momentos por primera vez, de algunos hábitats en cueva, como podría ser el caso en Málaga de la Cueva de las Palomas (85) junto a Teba; por el contrario carecemos de datos sobre el poblamiento al aire libre en esta fase transicional, aunque los resultados que se van obteniendo en el *hinterland* de Andalucía oriental [Cerro del Castellón de Campotejar (86), Castillejos de Montefrío (87), Llano de las Canteras de Alfacar (88), La Molaina (89) y El Manzanil de Loja (90), en Granada; Hornos de Segura (91) y quizá El Ochavo (92), en Jaén] hacen suponer que el vacío cultural de esta provincia durante estos momentos no sea más que una consecuencia de falta de localizaciones y de investigación sistemática.

Quedando ya recogido, en otro apartado de esta misma publicación, el hábitat megalítico, no es este el marco adecuado para desarrollar a fondo una problemática que no puede desvincularse de todo el fenómeno megalítico de Andalucía oriental. Pero sí es necesario plantear, aunque brevemente, la cada vez más creciente localización de asentamientos humanos en las proximidades de las necrópolis conocidas,

lo que hasta hace escaso tiempo era casi una incógnita que llevaba a formular tesis sobre el carácter nómada o al menos seminómada de sus constructores, y aunque en la actualidad pueda aún pensarse en una cierta relación entre necrópolis megalíticas, sobre todo en sus fases iniciales, y hábitat en cueva, este último podría quedar reducido a los ambientes de serranía, donde el carácter practicable de una economía ganadera derivado del pastoreo hace pensar en su viabilidad; no obstante comienzan hoy día a ser numerosas las relaciones entre hábitats estables y núcleos megalíticos. En la provincia de Málaga cercanos a las necrópolis rondeñas se señalan en la actualidad asentamientos al aire libre tanto en Acinipo (93) como en el mismo casco urbano de Ronda (94), o en las proximidades de los sepulcros antequeranos (Cerro de Antequera o Cerro Marimacho) (95), y de las necrópolis de Chaperas y del Tajillo del Moro (Cerro García o Cerro del Lagar de Bocanegra) (96), y como son los casos ya señalados para Granada de Los Castillejos de Montefrío (97), Castellones de Laborcillas (98) y Las Angosturas de Gor (99).

Esta situación llevaría a plantear una economía más estable de la que se les suponía, pero como han apuntado los estudios realizados para los poblados calcolíticos de Granada, sintetizados recientemente por Arribas y Molina (100), el componente básico sigue siendo la ganadería, aunque ésta se asentará sobre cortos desplazamientos a las zonas de pastos siempre relativamente cercanas a los establecimientos de hábitats. No obstante, podría hablarse de una incidencia más o menos destacada de la agricultura, generalmente de secano, para los poblados megalíticos que se presentaría más acusada en el caso de los poblados correspondientes al patrón Millares. En algún caso de estos últimos se acrecentaría por medio de irrigación artificial, como en el Cerro de la Virgen (101); es de destacar en este sentido que en la reconstrucción del biotopo de Granada durante el Cobre se nos presenta un cuadro algo más húmedo que el actual (102).

En cuanto a la estructura social todo parece apuntar en las poblaciones megalíticas hacia un modelo igualitario, revalorizado para el ámbito de Granada por Arribas y Molina (103) tomando como base la carencia de elementos de prestigio por un lado y la similitud en la construcción de los sepulcros por otro. Pensamos que como norma más general puede ser aceptado, pero a nivel particular la existencia de necrópolis megalíticas con claras diferenciaciones en los modelos arquitectónicos, como sería la de Fone-las en Granada (104), nos llevaría a plantear la disyuntiva entre la presencia de grupos sociales de diferente prestigio o quizá la existencia de sepulcros arcaicos frente a otros modernos en una siempre discutible evolución de los tipos simples a los complejos, teniendo en cuenta el escaso valor cronológico que a veces llegan a otorgar los ajuares hallados. Construcciones monumentales como las que en la provincia de Málaga se edifican junto a la fértil vega de Antequera podrían haber sido ejemplos de una posible estratificación social, pero la falta de un conocimiento a fondo de sus ajuares y por tanto la valoración de su riqueza, y la falta de un contraste con sepulcros que revelarían un esfuerzo menor, hacen difícil por el momento asegurar una creciente jerarquización, que por el contrario ha sido señalada en

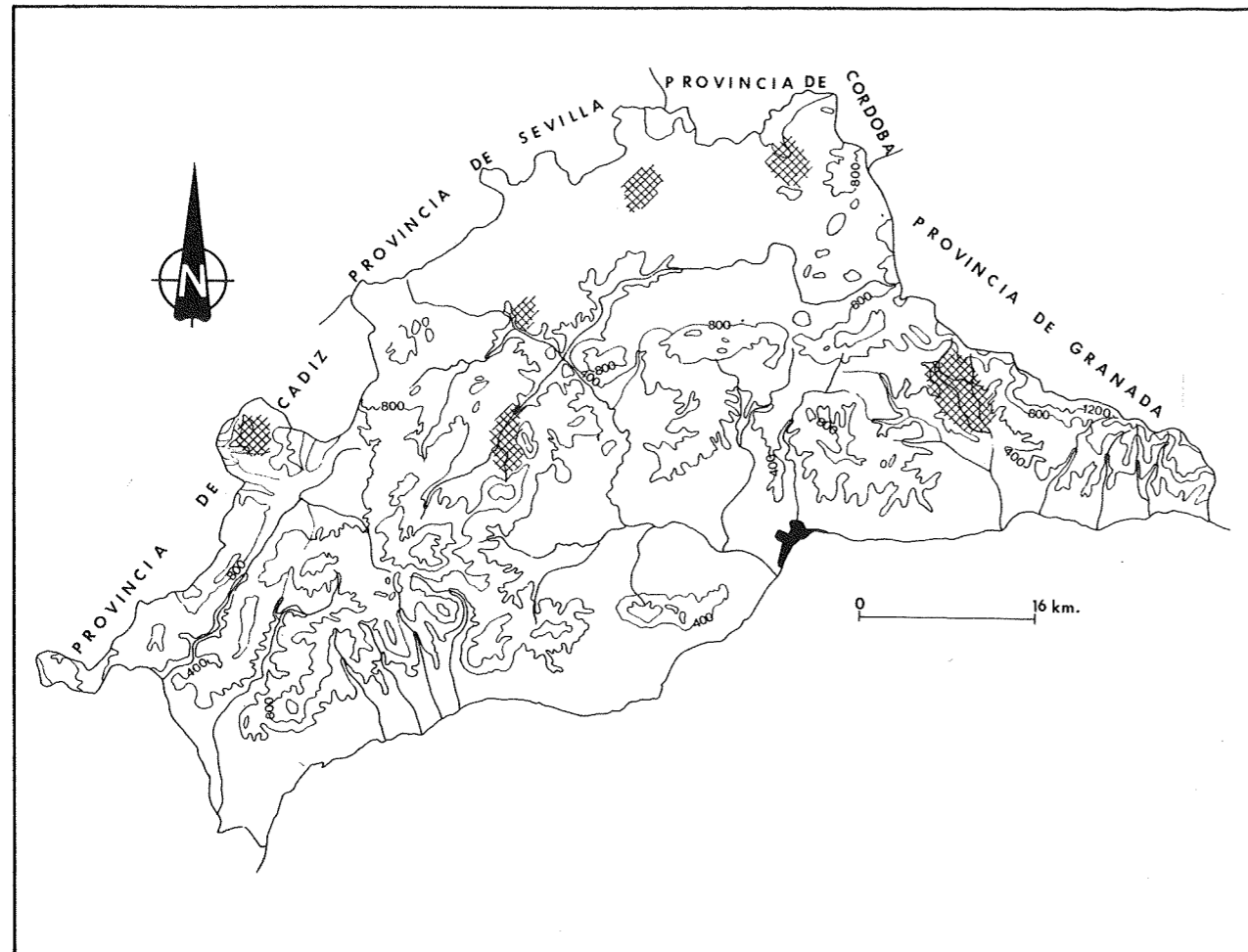


Figura 8. Areas de la provincia de Málaga donde se han localizado talleres de sílex de facies calcolíticas.

un reciente artículo por Chapman (105) en relación a las diferencias observadas en los ajuares de la necrópolis de Los Millares. Por todo ello podría pensarse que las poblaciones megalíticas son continuadoras de la estructura social igualitaria desarrollada durante el Neolítico, mientras que los poblados tipo Millares, más unidos a la evolución inicial de la metalurgia y sobre todo de una más depurada técnica de producción agrícola, transforman su modelo social concentrando cierta riqueza en algunas manos, lo que terminará desembocando, como ya ha sido expresado en otras ocasiones, en la clara jerarquización social del Bronce.

Los escasos datos que poseemos apuntarían hacia un proceso semejante en las comunidades megalíticas en sus momentos finales, y ello puede interpretarse de forma diferente; o bien se trata de un fenómeno superficial de aculturación o por el contrario las influencias de las poblaciones metalúrgicas no se limitan a un simple intercambio y a lo sumo imitación de los modelos foráneos, sino que el reflejo de una sociedad tecnológicamente superior les llevaría a transformaciones de creciente complejidad. No puede olvidarse la fuerte pervivencia del fenómeno megalítico, que va a coexistir en Andalucía oriental hasta bien entrada la Edad del Bronce, como lo demuestran los ajuares aparecidos desde la zona

occidental de Málaga hasta la oriental granadina, en los que se documentan materiales intrusivos propios del Bronce Antiguo y Pleno, e incluso Final (106). En cuanto a estas utilizaciones de carácter tan tardío, podría llegar a pensarse en un lento proceso de crisis de las bases tradicionales que habían sustentado a las poblaciones megalíticas, pero carecemos de los datos suficientes que lo aseguren; en algún momento la presencia de estos materiales tan tardíos ha sido sugerida como aprovechamiento de estructuras funerarias en un momento ya de abandono generalizado de su uso (107), es decir, pensar en reutilizaciones más que en utilizaciones prolongadas. Este es un problema que deberá contar con un aporte superior de datos para plantearse desde una más sólida base argumental, pero que en ningún momento puede llegar a soslayarse.

La incidencia de la metalurgia en el fenómeno megalítico de Andalucía oriental, salvo para el área nuclear del Sureste donde sí pudo ejercer una presión significativa en los modelos desarrollados por las poblaciones tipo Millares, es algo que aún está por determinar. La presencia en los ajuares de útiles metálicos generalmente de uso funcional o doméstico, corrientemente punzones, cinceles, escoplos y hachas, plantea el uso del cobre por parte de estas poblaciones, pero sin poder llegar a precisar su pro-

ducción y, por tanto, qué papel más o menos determinante jugaría. Puede deducirse hasta el presente que podrían tratarse más bien de objetos de intercambio, sin ser excesivamente indicativos de prestigio personal, y que no llegarían a desplazar los tradicionales modelos tecnológicos realizados en hueso, sílex y piedra pulimentada. Recientes trabajos sobre la investigación de los talleres de sílex de la provincia de Málaga (108) podrían venir a demostrar la fuerte incidencia de útiles realizados en esta materia prima durante el Calcolítico por parte de las poblaciones indígenas.

El estudio del megalitismo en Andalucía oriental, en donde adquiere, como se ha visto, una fuerte aceptación, implicaría además una amplia gama de problemas más concretos. Los derivados de las propias estructuras arquitectónicas: simultaneidad, total o parcial, o evolución de los diferentes tipos conocidos. Aquellos relacionados con los lugares de emplazamiento de las necrópolis: hitos territoriales, elección en función a la proximidad de la materia prima necesaria, elección de tipo ideológico, el papel jugado por su posición en las vías de comunica-

ción. La sustitución de la edificación de sepulcros ortostáticos por la excavación de cuevas artificiales: tradición de enterramiento en cuevas, escasez de materia prima, menor esfuerzo según los tipos de terreno, prácticas derivadas de trabajos habituales de extracción.

Estos podrían ser algunos problemas de los que la orientación actual de la investigación deberá conseguir resolver, si no a corto si al menos a medio plazo, al margen de aquellos que necesitarán obligatoriamente la complementariedad de estudios de hábitats correspondientes, en especial los estudios ecológicos que nos aproximen a la definición en cada caso de la base económica particular. El punto de partida deberá contar con los diversos contextos culturales en los que la población indígena de Andalucía oriental se sustentó, teniendo en cuenta la variedad existente durante la fase final del Neolítico. Así, los diferentes matices existentes previamente explicarían la multiplicidad de formas bajo las que se acoge la transformación ideológica, encontrándose probablemente en los sustratos precedentes buena parte de las respuestas necesarias.

## NOTAS

- (1) Leisner, G. y V.: «Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. I Der Süden», *Römisch-Germanische Forschungen*, band., 17, Berlín 1943.
- (2) García Sánchez, M. y Spahn, J. C.: «Sepulcros megalíticos de la región de Gorafe (Granada)», *Archivo de Prehistoria Levantina*, VIII, 1959.
- (3) Tarradell, M.: «Investigaciones arqueológicas en la provincia de Granada. II: hallazgo de un dolmen en Calicasas», *Ampurias*, IX-X, Barcelona 1947-48, págs. 225-226.
- (4) García Sánchez, M. y Pellicer, M.: «Nuevas pinturas rupestres esquemáticas en la provincia de Granada: II Parte descriptiva A) El marco prehistórico-geográfico», *Ampurias*, XXI, Barcelona 1959, págs. 167-168.
- (5) Giménez Reyna, S.: «Memoria Arqueológica de la provincia de Málaga hasta 1946», *Informes y Memorias*, 12, Madrid 1946.
- (6) Arribas, A.: «Un megalito inédito en Guaino Alto (Almería)», *Ampurias*, XV-XVI, Barcelona 1953-54, págs. 238 a 241. Arribas, A.: «El sepulcro megalítico del Cabecico de Aguilar, de Cuartillas (Mojácar, Almería)», *Ampurias*, XVII-XVIII, Barcelona 1955-1956, págs. 210 y ss.
- (7) Almagro, M. y Arribas, A.: «El poblado y la necrópolis megalíticas de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería)», *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, III, Madrid 1963.
- (8) Almagro Gorbea, M.<sup>a</sup> J.: «Las tres tumbas megalíticas de Almizaraque», *Trabajos de Prehistoria*, XVIII, Madrid 1965.
- (9) Almagro Gorbea, M.<sup>a</sup> J.: «El poblado y la necrópolis de El Barranquete (Almería)», *Acta Arqueológica Hispánica*, 6, Madrid 1973.
- (10) Olaria, C.: «Dos nuevas tumbas megalíticas en Almería: el ritual funerario en la Cultura de Los Millares y su problemática de interpretación», *Estudios dedicados a C. Callejo Serrano*, Cáceres 1979, págs. 512 a 532.
- (11) Arribas, A. y Molina, F.: «Estado actual de la investigación del megalitismo en la Península Ibérica», *Scripta*

*Praehistorica*, Francisco Jorda Oblata, Salamanca 1984, páginas 63 a 112.

(12) Sánchez del Corral, J. M. y Arribas, A.: «Informe de la excavación del sepulcro de galería del Pantano de los Bermejales (Arenas del Rey, Granada)», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, X-XI-XII, Madrid, págs. 65 a 70. Arribas, A. y Sánchez del Corral, J. M.: «La necrópolis megalítica del Pantano de los Bermejales (Arenas del Rey, Granada)», *XI Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza 1970, págs. 284 a 291. Ferrer, J. E. y Pareja, E.: «Noticia preliminar sobre los sepulcros de Los Vínculos», *XIII Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza 1975, págs. 323 a 326. Capel, J.; Carrasco, J. y Navarrete, M.<sup>a</sup> S.: «Nuevas sepulturas prehistóricas en la cuenca del Río Cacán (Alhama de Granada)», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6, Granada 1982.

(13) Ferrer Palma, J. E.: «El marco geográfico del megalitismo en la provincia de Granada», *Baetica*, 3, Málaga 1980, págs. 91 a 99.

(14) Arribas, A. y Molina, F.: «El poblado de los Castillejos en las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada). Resultados de las campañas de 1971 y 1974», *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza 1977, pág. 393, Lam. I b. Ferrer, J. E. y Rodríguez, P.: «Hallazgos monetarios en las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada)», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 3, Granada 1978, págs. 327 a 342, figs., 2 y 3.

(15) Ferrer, J. E.: «La necrópolis megalítica de Fonelas (Granada). El sepulcro 'Moreno 3' y su estela funeraria», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 1, Granada 1976, págs. 75 a 109. Ferrer, J. E.: «La necrópolis megalítica de Fonelas (Granada). El sepulcro 'Domingo 1' y sus niveles de enterramiento», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 2, Granada 1977, págs. 173 a 218. Ferrer, J. E. y Baldomero, A.: «La necrópolis megalítica de Fonelas (Granada). Nivel de reutilización en el sepulcro 'Domingo 1'», *XIV Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza 1977, págs. 431 a 438. Ferrer, J. E.: «Serie de



nos de Prehistoria de la Universidad de Granada, 6, Granada 1981, págs. 17 a 34.

(90) Fresneda Padilla, E.: «El poblado prehistórico de 'El Manzanil' (Loja, Granada)», *XVI Congreso Nacional de Arqueología*, Zaragoza 1983, págs. 135 a 140.

(91) Maluquer, J.: «Estratigrafía prehistórica de Hornos de Segura (Jaén)», *Pyrenae*, 10, Barcelona 1974, págs. 43 a 65. Carrasco, J.; Pachón, J. A.; Malpesa, M., y Carrasco, E.: «Aproximación al poblamiento...», *op. cit.*, nota 17, págs. 12, 13, 50 y 53.

(92) Carrasco, J.; Pachón, J. A.; Malpesa, M., y Carrasco, E.: «Aproximación al poblamiento...», *op. cit.*, nota 17, págs. 15, y 60 a 65.

(93) Excavaciones inéditas de P. Aguayo, nota 47.

(94) *Idem.*

(95) Ferrer, J. E. y Marqués, I.: «El Cobre y el Bronce...», *op. cit.*, nota 29, ver mapa correspondiente a asentamientos calcolíticos, sepulcros megalíticos y cuevas artificiales.

(96) *Idem.*

(97) Arribas, A. y Molina, F.: «Estado actual de la investigación...», *op. cit.*, nota 11, pág. 92.

(98) *Idem.*, págs. 92 y 93.

(99) *Idem.*, pág. 97.

(100) *Idem.*, págs. 94 y ss.

(101) Schüle, W.: «El poblado del Bronce antiguo...», *op. cit.*, nota 43.

(102) Arribas, A. y Molina, F.: «Estado actual de la investigación...», *op. cit.*, nota 11, pág. 94.

(103) *Idem.*, pág. 95.

(104) Excavaciones llevadas a cabo por el Departamento de Prehistoria de la Universidad de Málaga.

(105) Chapman, R.: «Los Millares y la cronología...», *op. cit.*, nota 59.

(106) Ferrer, J. E.: «Los sepulcros megalíticos...», *op. cit.*, nota 62.

(107) *Idem.*

(108) Ferrer, J. E. y Marqués, I.: «El Cobre y el Bronce...», *op. cit.*, nota 29.

## El fenómeno megalítico en Cataluña. Ultimos trabajos

Josep Castells i Camp

### I. HISTORIA DE LA INVESTIGACION

Cataluña ha gozado de una larga tradición en el estudio del fenómeno megalítico. A primeros de siglo, 1913, 1915 y 1920, aparecen los primeros trabajos de síntesis sobre el megalitismo en Cataluña realizados por P. Bosch Gimpera, que enmarca este fenómeno en el momento cronológico que cubrirá todo el eneolítico hasta bien entrada la Edad del Bronce.

Posteriormente, L. Pericot (1915-50), en sus síntesis generales sobre el megalitismo y la Cultura Pirenaica situará este fenómeno entre el 2500 (periodos iniciales) y el año 1000, haciendo coincidir esta fecha con la entrada en Cataluña de la Cultura de los campos de urnas.

En las comarcas del interior es Serra Vilaró quien, con su importante síntesis *La civilització megalítica a Catalunya* (1927) estudia los sepulcros megalíticos (cistas neolíticas) y todas las tipologías restantes que abarcarán los periodos eneolítico y bronce en las comarcas centrales de Cataluña.

En la década de los 60 M. Tarradell situará este fenómeno entre el eneolítico y el bronce antiguo, mientras que J. Maluquer de Motes (1965) situará el inicio del megalitismo unido al del vaso campaniforme y su final hacia el año 1000.

Es también a partir de los años 60 cuando se empiezan a publicar los *Corpus de Sepulcros Megalíticos* (nueve hasta la fecha) de Cataluña, que con unas plantas y alzados más correctos de los sepulcros megalíticos, nos posibilitan una mayor precisión en el conocimiento de las distintas tipologías estructurales de los sepulcros.

Es a partir de la década de los 70 y 80 cuando, gracias a los estudios y trabajos realizados por el investigador M. Cura, reunidos en la síntesis presentada en el congreso «L'Architecture megalithique» (Vannes-Francia 1977), y las investigaciones realizadas en el alto Ampurdán por R. Vilardell, J. Tarrús, J. Chin-

chilla y J. Castells resumidas también en otro trabajo de síntesis presentado en el congreso «Recent Archeology in Spain and Portugal» (Canterbury-Inglterra, abril 1981), nos es posible plantear nuevas hipótesis para el esquema evolutivo del megalitismo en Cataluña.

### II. TIPOLOGIA DE LOS SEPULCROS MEGALITICOS CATALANES Y AMBITO GEOGRAFICO

Esquema evolutivo del megalitismo:

#### Megalitismo I: SEPULCROS DE CORREDOR

- Cámaras subcirculares.
- Poligonales.
- Poligonal y antecámara.
- Corredor lateral en «P».
- Centrado principalmente en la zona del Alto Ampurdán.
- Desde el último tercio del IV milenio hasta el 2600 a. C.

#### Megalitismo II: GRANDES GALERIAS CATALANAS (falsas galerías cubiertas)

- Posiblemente obedecen al impacto extranjero de las corrientes megalíticas de Europa. Únicamente tenemos localizadas 6, distribuidas por toda Cataluña.

#### PEQUENAS GALERIAS CATALANAS (falsas galerías cubiertas de tamaño reducido)

- Son la adaptación local de las Grandes Galerías Catalanas más la propia evolución local de los Sepulcros de Corredor.
- Están identificadas unas 20, distribuidas mayoritariamente en la zona costera.

— Cronológicamente oscilan entre el 2600 y el 2200 a. C.

### Megalitismo III: CAMARAS SIMPLES O PIRENAICAS

— Se localizan en su mayor parte en el interior de Cataluña; supone la fase del Campaniforme de estilo Pirenaico.

— Su cronología oscila entre el 2200 y el 1600/1500 a. C.

#### • Sub-megalitismo IV:

— Reutilización de las sepulturas anteriores. Presenta influencias de la cultura N.-Italiana.

— Cronológicamente oscila entre el 1500 y el 1100 a. C.

#### • Sub-megalitismo V:

— Reutilización de los sepulcros megalíticos únicamente en el interior y Pirineos, Cultura de Marlés.

— Su cronología va del 1100 hasta el 650 a. C.

Paralelamente al Megalitismo II, en las zonas del interior de Cataluña y de forma mayoritaria, tiene lugar el fenómeno de las «Cistas Megalíticas». Estas representan la evolución local de los sepulcros Neolíticos del Solsonés. Se seguirán reutilizando durante las fases siguientes del Megalitismo III y Sub-Megalitismo IV.

Inicialmente siempre se habían considerado a los sepulcros megalíticos del Alto Ampurdán como sepulcros de corredor o grandes galerías, pero nunca se habían localizado o excavado los «Corredores o pasillos» de estos sepulcros a pesar de haber sido la mayoría excavados anteriormente. Es a partir de nuestras excavaciones iniciadas en el año 1979 que se han puesto al descubierto estos corredores o pasillos en los sepulcros megalíticos del Alto Ampurdán como la fase más antigua del Megalitismo en Cataluña.

### Megalitismo I: LOS SEPULCROS DE CORREDOR

Este gran complejo de sepulcros de corredor del Alto Ampurdán se nos muestra con unas características propias y comunes, desde sus tipologías estructurales, el ámbito geográfico en que se enmarcan, hasta los materiales comunes que localizamos en ellos.

Geográficamente podemos señalar que están localizados casi exclusivamente en el extremo Nort-Oriental de Cataluña, es decir, al norte del río Muga y desde la Jonquera hasta Portbou, Cabo de Creus y Rosas. Aparte de esta concentración encontramos tres ejemplos más en la zona costera del Bajo Ampurdán y dos sepulcros más en el interior de Cataluña. Cabe señalar también que posiblemente este fenómeno no se circunscribe exclusivamente a este lado de la frontera sino que ultrapasaría la misma y se manifestaría homogénea a ambos lados de la frontera, pues algunas de las plantas del Pirineo Francés así nos lo señalan (Fig. 4).

Actualmente tenemos localizados en esta zona trece Sepulcros de Corredor que conservan parte de él

o quedan indicios de haberlo tenido. De estos se han excavado diez, de los cuales seis conservan un corredor realizado en pared seca: Font del Roure, Solar d'en Gibert, Comes Llobes de Pils, Barranc, Gutina y Arreganyats; dos tienen un corredor en el cual se combina la pared seca y las losas: Morelles y Cabana Arqueta; uno tiene actualmente losas: Coma de Felis, y uno no conserva ninguna señal de corredor, debido posiblemente a su destrucción: Girarols.

Aparte de los aquí señalados nos quedan en la misma zona del Alto Ampurdán unos treinta sepulcros megalíticos con una cámara de planta poligonal, que serían sepulcros con corredor pero que actualmente lo han perdido. Hay que señalar que la mayor parte de éstos están situados en una zona de explotación de viñedos en bancales, en la que los sepulcros se han utilizado como cabañas para labores agrícolas.

Si bien es difícil señalar la evolución interna de los Sepulcros de Corredor, un estudio pormenorizado de sus estructuras nos permite identificar mejor cuatro grandes grupos y su posible evolución, a pesar de carecer actualmente de datos suficientes para confirmarlo.

a) Un primer grupo lo tenemos en los sepulcros de corredor con cámara subcircular y antecámara, con corredor corto de piedra seca tipo «Font del Roure». Las losas de esta cámara están totalmente inclinadas hacia el interior, consiguiendo de esta manera el máximo de espacio en la base y un mínimo de zona a cubrir por la losa de cubierta (Fig. 1, 3/).

b) Un segundo grupo está formado por los Sepulcros de Corredor con cámara poligonal y corredor de pared de piedra seca o de losas, tipo Arreganyats, Comes Llobes de Pils, Solar d'en Gibert. Entendemos por poligonal las formas triangulares, trapezoidales, rectangulares y cuadrangulares (Figs. 10 y 15).

c) Sepulcros de Corredor con cámara poligonal y antecámara con corredor largo de losas tipo Creu d'en Cobertella (Fig. 1, 1/).

d) Como última fase de los Sepulcros de Corredor tendríamos los que presentan la cámara cuadrangular y corredor lateral en «P», como la mayoría de los Sepulcros de Corredor del Languedoc Francés. De este tipo únicamente tenemos tres ejemplos localizados de forma dispersa dentro de Cataluña: «Coma de Felis» (Alto Ampurdán), «Puigses Pedres» (Osona) y «Clarà» (Solsonés), lo que nos señala su rareza tipológica (Figs. 6 y 7).

Las dimensiones medias de estos sepulcros de corredor suelen oscilar entre 1,65 y 3 metros para la longitud de la cámara, con un corredor que suele medir entre un mínimo de 2,20 y un máximo de 4,80 metros. La anchura máxima de la cámara oscila entre 1,15 y 1,25 metros, mientras que la altura va de 1,80 a 1,90 metros. La altura máxima conservada del corredor oscila entre 0,55 y 1 metro, y la altura conservada del túmulo entre 0,75 y 1,25 metros. El túmulo suele tener un diámetro entre 7 y 13 metros.

En cuanto a la estructura tumular podemos distinguir dos tipos: a) túmulo artificial construido sobre terreno llano y b) túmulos frontales o artificiales de 180°; en éstos el sepulcro está construido en un

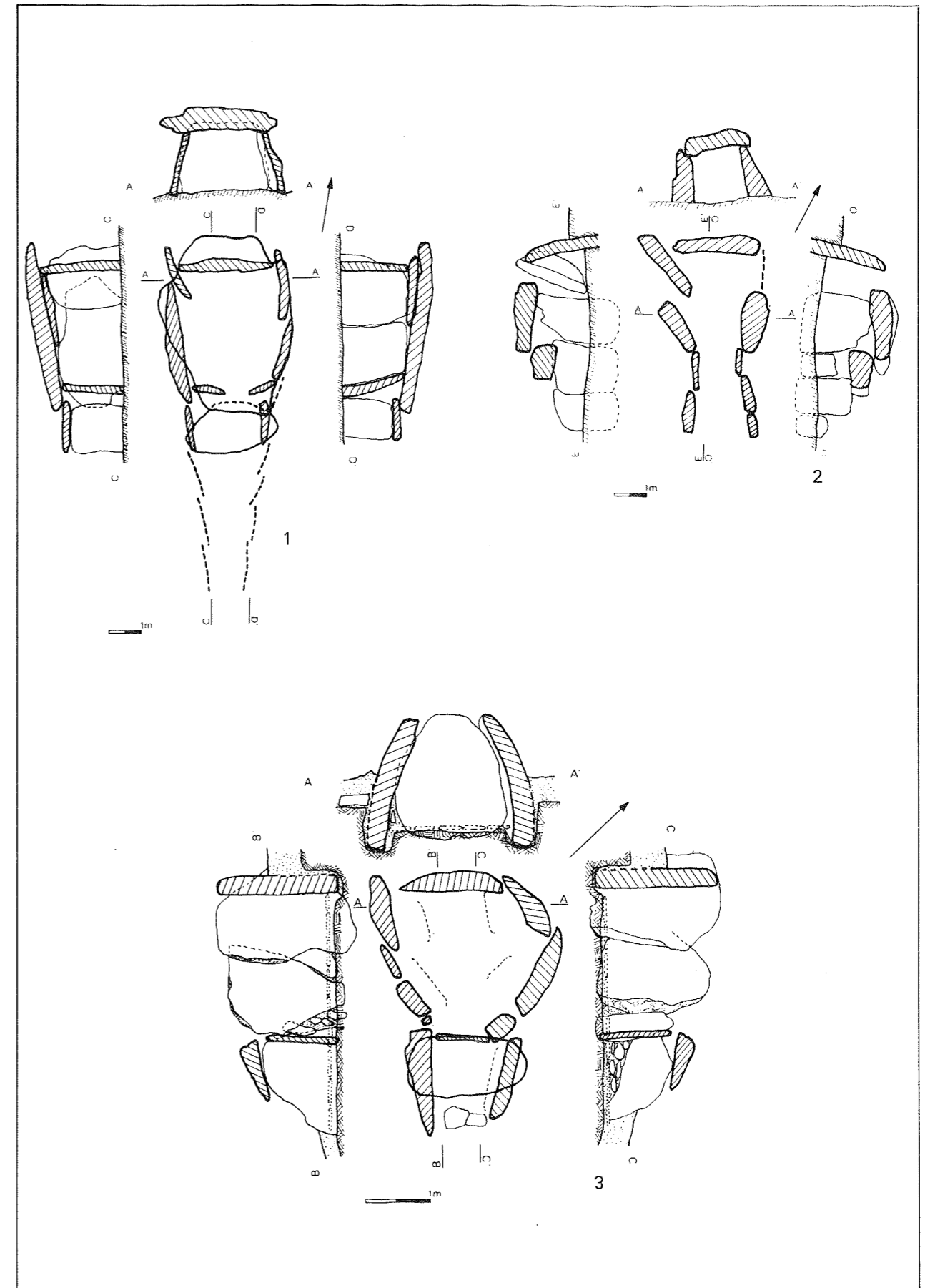


Figura 1. Diversos tipos de Sepulcros de Corredor del Alto Ampurdán. 1. La Creu de Cobertella (Roses). 2. Cabana Arqueta (Espolla). 3. La Font del Roure (Espolla).



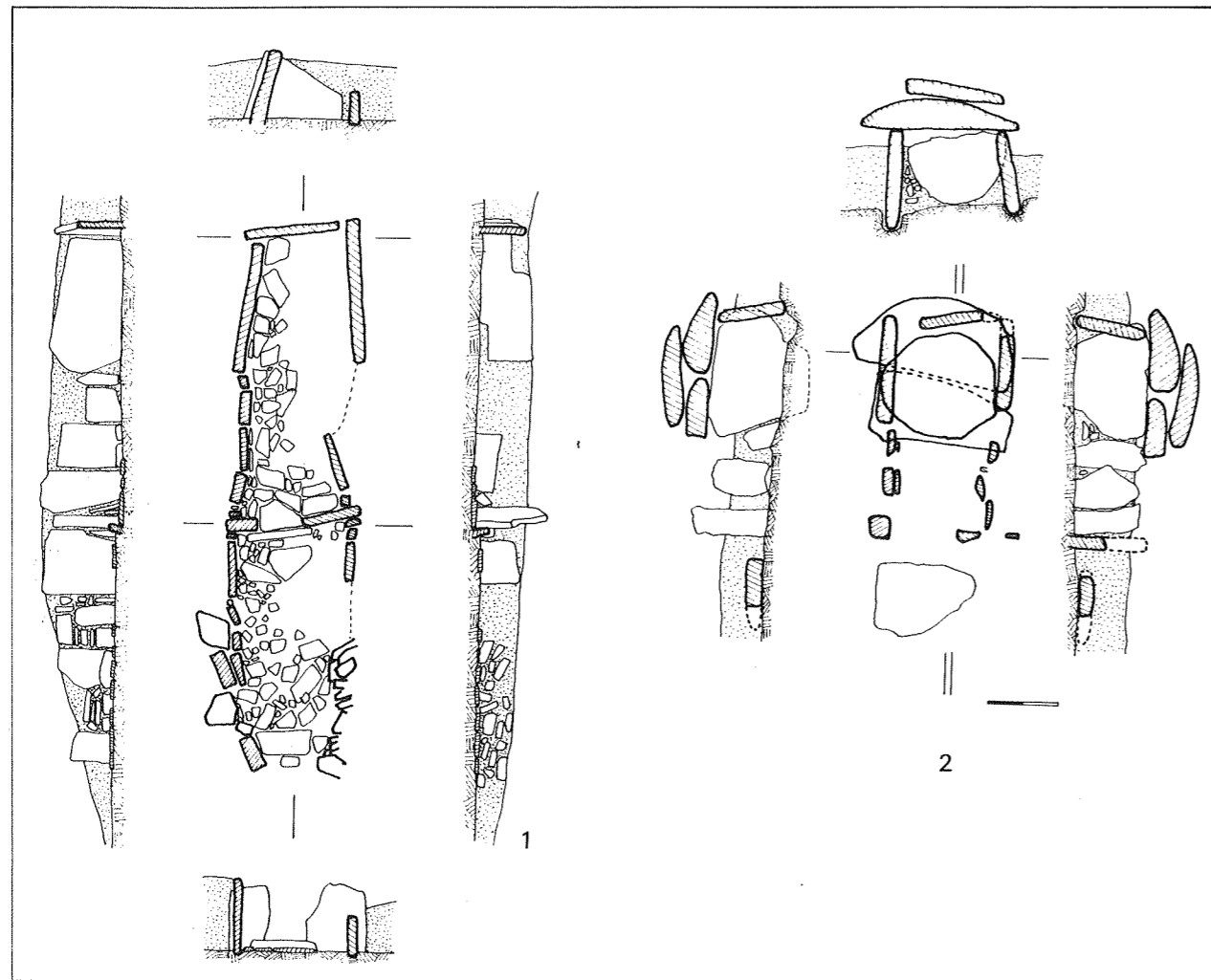


Figura 2. 1. Gran Galería Catalana de Mas Pla (Valldosera). 2. Pequeña Galería Catalana de Barraca del Lladre (Agullana).

terreno en pendiente en el cual se practica un rebaje en forma de escalón donde se construyen la cámara y el corredor, recubriendo únicamente la parte frontal con un túmulo artificial, mientras que en la parte posterior se aprovecha la misma pendiente del terreno para formar el túmulo (Figs. 11 y 13).

En encuadre cronológico de los Sepulcros de Corredor nos plantea una serie de problemas si nos ceñimos estrictamente a los materiales que han proporcionado sus excavaciones. Hay que tener en cuenta que en los Sepulcros que hemos excavado la cámara estaba siempre completamente saqueada y que la excavación únicamente se ha podido centrar en el corredor, donde se localizaron los materiales producto de las últimas reutilizaciones del sepulcro. En todos los sepulcros estos materiales presentan unas características comunes que nos permiten señalar tres fases bien diferenciadas de utilización.

1a) Una fase precampaniforme, anterior al 2200 a. C., con escasos restos y de difícil clasificación cultural.

2a) Una segunda fase que podríamos llamar «Campaniforme», situada cronológicamente entre el 2200 y 1800 a. C., con materiales típicos de este momento.

3a) Una tercera fase de reutilización y saqueo que comprende toda la Edad del Bronce, iniciándose alrededor del 1800 y que durará hasta el Bronce final.

Esto nos señala que prácticamente no tenemos pruebas que nos atestigüen el momento fundacional de los Sepulcros de Corredor. Por el contrario sí tenemos los materiales arqueológicos que nos confirman la reutilización posterior de los Sepulcros de Corredor de forma continuada por otros grupos culturales.

Únicamente el análisis global de los escasos restos que nos pueden indicar el momento fundacional, combinado con el estudio en profundidad de sus estructuras tipológicas y de su distribución espacial, junto a los análisis de carbono-14, nos permiten analizar y situar cronológicamente el momento de su construcción.

Así pues, observamos la presencia constante de campaniforme internacional puntillado y cordado en los Sepulcros de Corredor y en las Grandes Galerías Catalanas, frente a las cámaras simples donde sólo aparece campaniforme inciso o estampado de estilo Pirenaico. Materiales estos últimos que en el sur de Francia (Aude y Rosellón) están fechados por C-14 en torno al 2200 a. C.

En Cataluña hay una serie de dataciones absolutas de C-14 muy interesantes: en la Cova del Frare (Matadepera) (A. Martín, 1980) los materiales de la capa 2, pertenecientes al Bronce antiguo y Bronce medio tipo epicampaniforme, están fechados entre el  $1740 \pm 90$  y  $1840 \pm 100$ ; los de la capa 3, materiales cerámicos campaniforme inciso de estilo pirenaico, fechados en el  $2040 \pm 100$  y los de la capa 4, un nivel sepulcral tipo Veraza en el  $2500 \pm 100$ . También la datación absoluta por C-14 obtenida de la inhumación colectiva del Túmulo I de Clarena (J. Castells, J. y J. Enrich, 1983) que nos fecha unos materiales de estilo epicampaniforme perteneciente a un Bronce antiguo en  $1750 \pm 100$  nos sirve para determinar la

cronología del momento final de las cerámicas campaniformes de estilo pirenaico.

Estos análisis nos permiten avanzar con toda seguridad la cronología de nuestros Sepulcros de Corredor y de las Grandes Galerías Catalanas hasta mediados del tercer milenio, es decir, por encima de la cronología otorgada a los niveles arqueológicos con campaniforme inciso de estilo pirenaico.

Otro hecho importante es la identificación de conjuntos arqueológicos asimilables al grupo de «Treilles» de las Causse francesas (J. Tarrús, 1979-80), caracterizado por sus cerámicas decoradas con triángulos rayados después de la cocción. Este grupo,

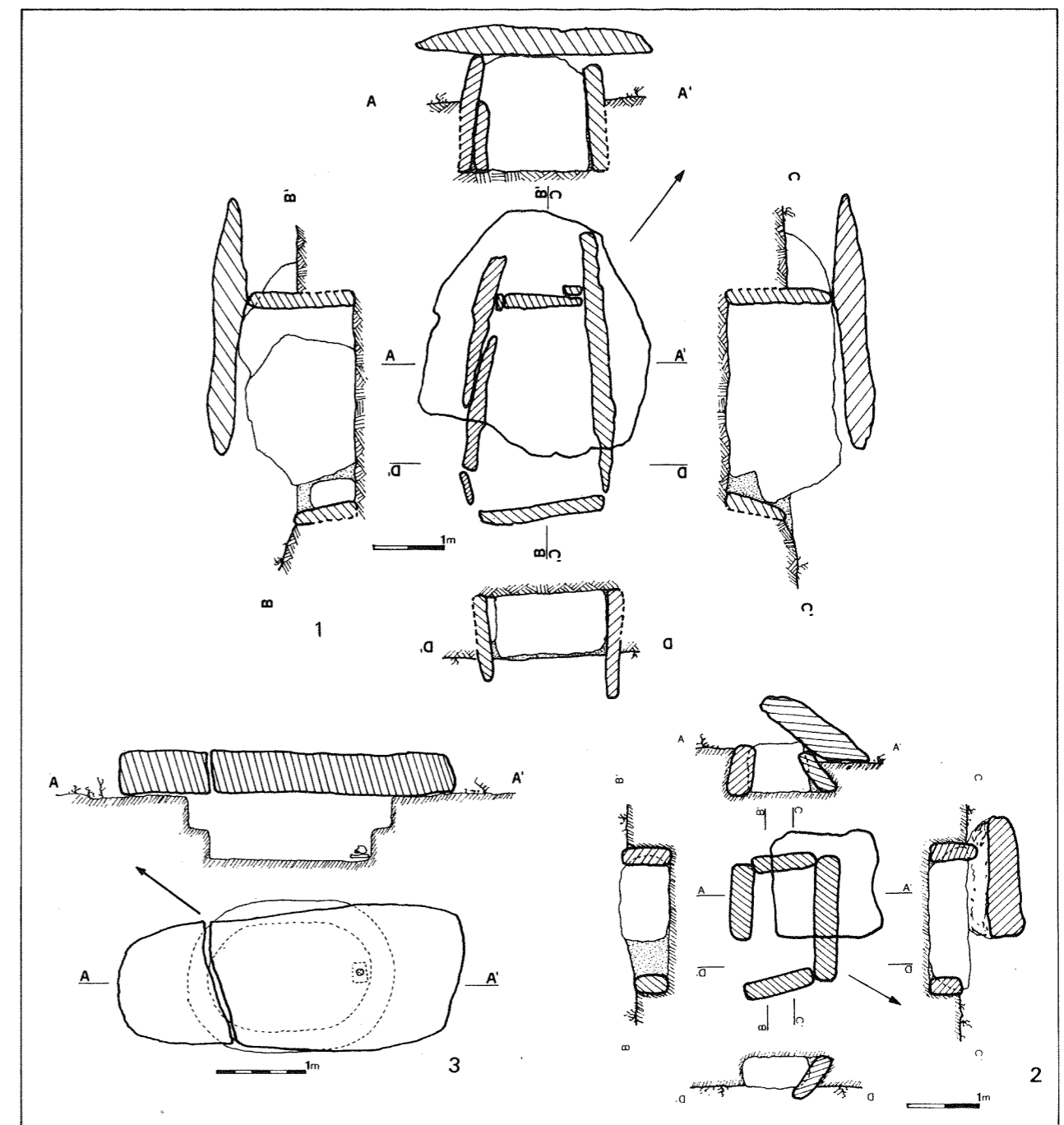


Figura 3. 1. Cámara simple Pirenaica de Cabana del Moro (Besarán). 2. Cista Megalítica de Cabana del Moro del Serrat del Maspas (El Pujal de Cabó). 3. Hemi-dolmen de Collet de les Forques (Espunyola).

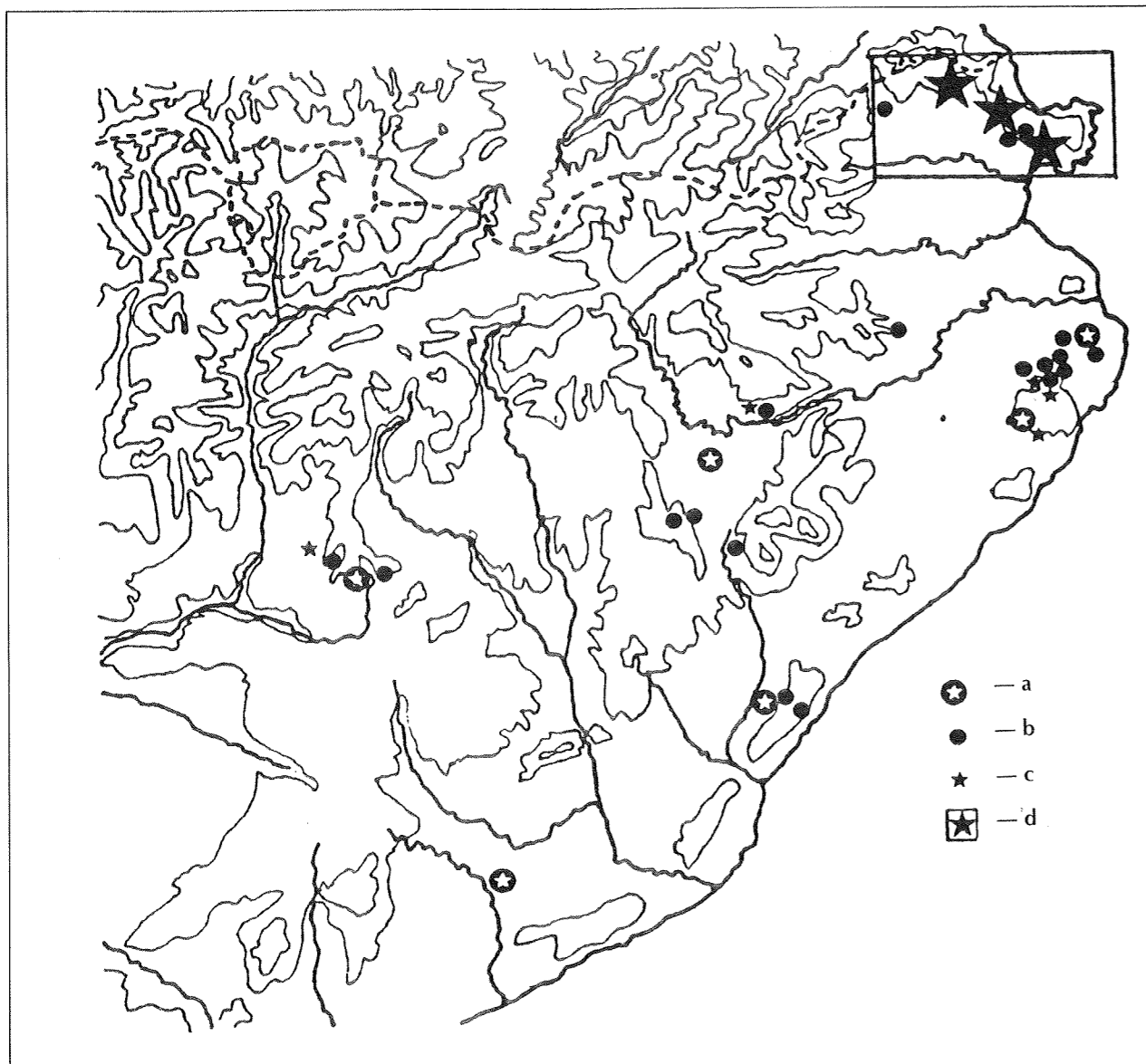


Figura 4. Distribución de los Sepulcros de Corredor y de las Galerías Catalanas. a) Grandes Galerías Catalanas. b) Pequeñas Galerías Catalanas. c) Sepulcros de Corredor. d) Concentración de Sepulcros de Corredor del Alto Ampurdán.

considerado como calcolítico en el sur de Francia, tiene diversas dataciones de C-14 que lo enmarcan entre el 2700 y el 2300 a. C. (Clottes y Constantini, 1976).

Así pues, la localización en Cataluña de este tipo de cerámicas y decoraciones en distintos yacimientos, tanto en cuevas como al aire libre, y especialmente en las Grandes Galerías Catalanas de Torre dels Moros de Llanera (Llobera) y en el Cementiri dels Moros de Torrent (Torrent) acompañado este último de ocho vasos de cerámica lisa de una tipología propia del neolítico final o calcolítico, nos permite situar este tipo de estructuras, las Grandes Galerías Catalanas, alrededor del 2500 a. C.

Otro dato importante es la localización en un Sepulcro de Corredor corto de pared en piedra seca y de cámara subcircular, considerado tipológicamente por su estructura como perteneciente a la fase más antigua del megalitismo en Cataluña, de una cuenta

de calaita en forma de barril igual a las de la cultura del neolítico medio catalán de los Sepulcros de Fosa, situado cronológicamente entre el 3500 y el 2500 a. C.

Otro dato importante que nos permite enmarcar cronológicamente los Sepulcros de Corredor es el hallazgo de los conjuntos de hachas pulidas de tipología neolítica, halladas exclusivamente en los Sepulcros de Corredor de la Serra de Roda (Alto Ampurdán) y las cuentas de collar de calaita, localizadas recientemente en los Sepulcros de Corredor de Comes Llobes de Pils, de forma tubular y no de barril como las típicas de los Sepulcros de Fosa del neolítico medio catalán.

Estructuralmente tenemos que los Sepulcros de Corredor de cámara cuadrangular y pasillos de pared seca o de losas del Herault francés están fechados por sus ajuares calcolíticos (Ferrières y Fontbuisse) entre el 2500 o el 2300 a. C., y que los Sepulcros de Corredor de cámara subcircular y pasillos cortos

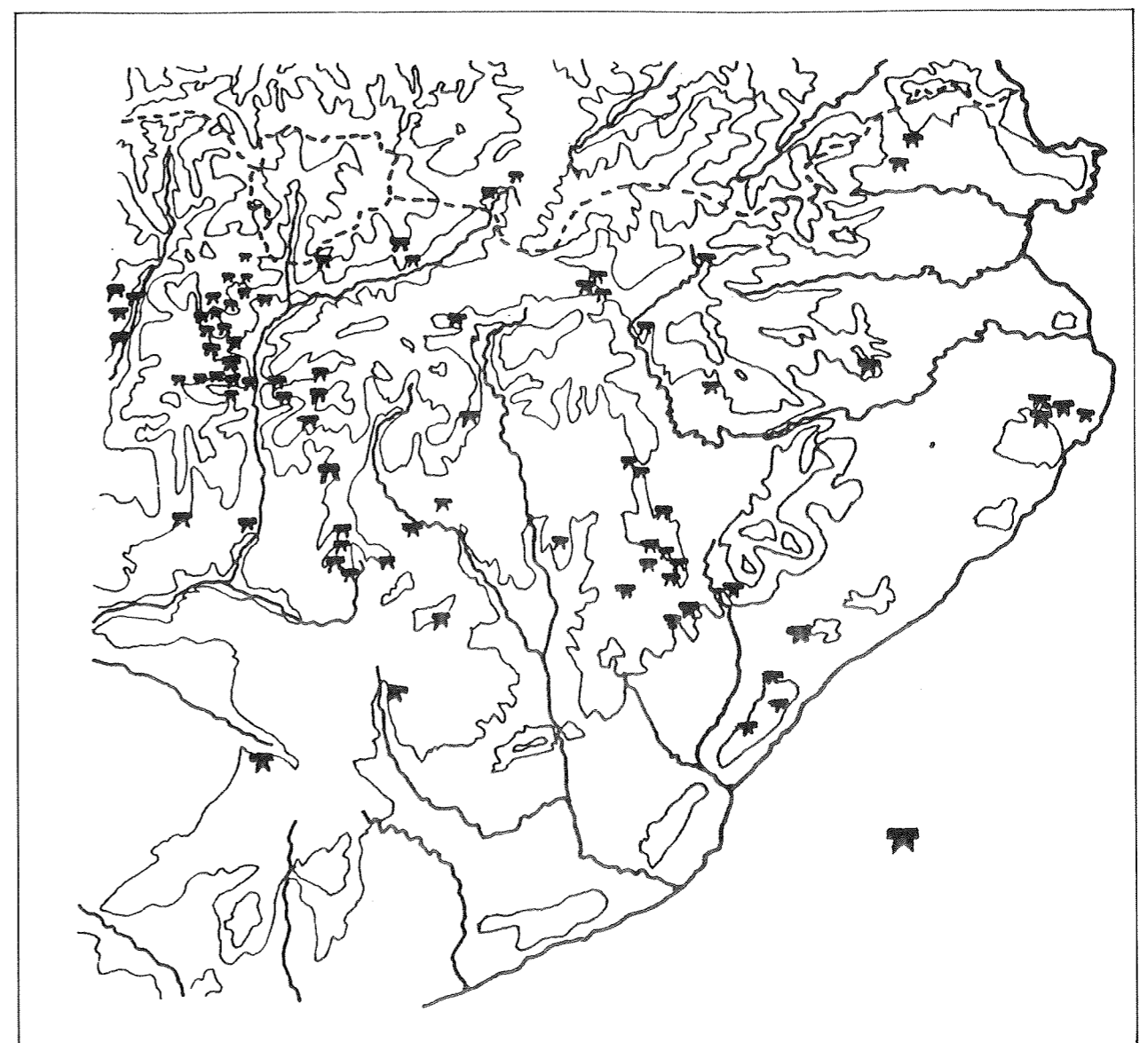


Figura 5. Distribución de los dólmenes de estructura simple. (Cámaras con vestíbulo, Cámaras pirenaicas y Cámaras abiertas).

en pared seca del Alto Ampurdán están considerados por sus estructuras tipológicas como más antiguos. Visto esto, su cronología podríamos considerarla algo anterior, como también lo atestiguan algunos de sus materiales comentados anteriormente.

Como decía M. Cura, el grupo de Sepulcros de Fosa del neolítico medio catalán es totalmente desconocido al norte del río Muga, y es en esta zona donde precisamente se halla la mayor concentración de Sepulcros de Corredor en Cataluña. Esto podría señalar la coetaneidad en el neolítico medio de los Sepulcros de Corredor y los Sepulcros en Fosa.

Esta serie de análisis y reflexiones, conjuntamente con la primera datación de C-14 realizada recientemente en el Sepulcro de Corredor de Arreganyats (Espolla, Alto Ampurdán) de cámara poligonal y corredor corto de pared seca, con un resultado de 3450 a. C., nos permite con cierta seguridad situar el inicio del megalitismo en Cataluña en la zona del

Alto Ampurdán con las estructuras megalíticas de los Sepulcros de Corredor, enmarcadas cronológicamente entre el 3400 y el 2600 a. C.

#### Megalitismo II: GRANDES GALERIAS CATALANAS

A mediados del III milenio, Cataluña recibe el impacto extranjero de las corrientes europeas del megalitismo, manifestándose en este nuevo tipo de estructura megalítica que, tradicionalmente, se las ha llamado «Galerías Cubiertas», término que a nuestro parecer es incorrecto, pues éste se refiere a un tipo de estructuras megalíticas de ámbito europeo que en Cataluña no encontramos.

Mientras que la «Galería Cubierta» europea es conocida como el monumento que presenta una cámara más larga que ancha, de paredes siempre paralelas y sin un corredor diferenciado, y con un túmulo de forma rectangular o alargado, las Grandes

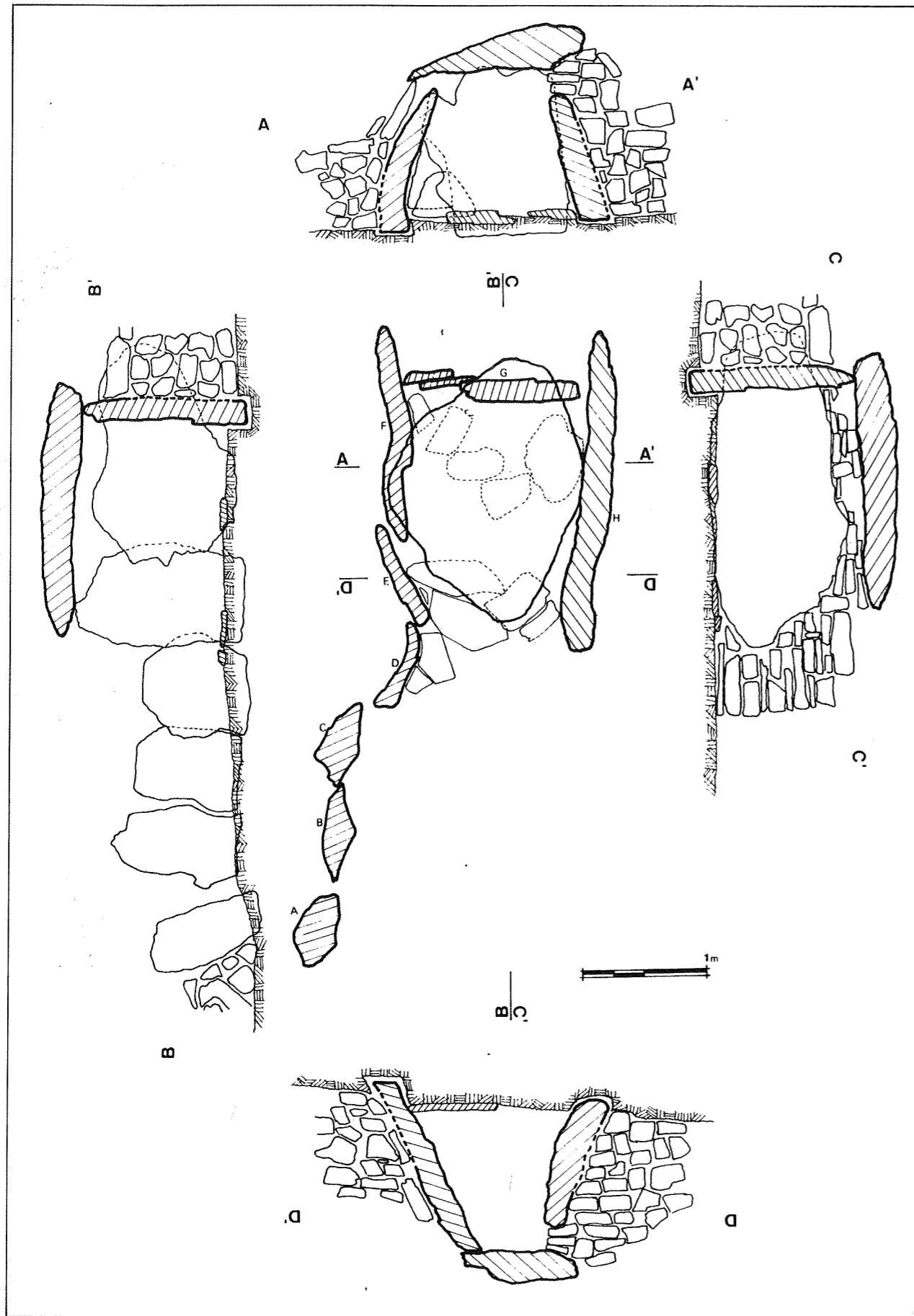


Figura 6. Planta y secciones del Sepulcro con corredor desplazado (P) de Coma de Felis (Alto Ampurdán).

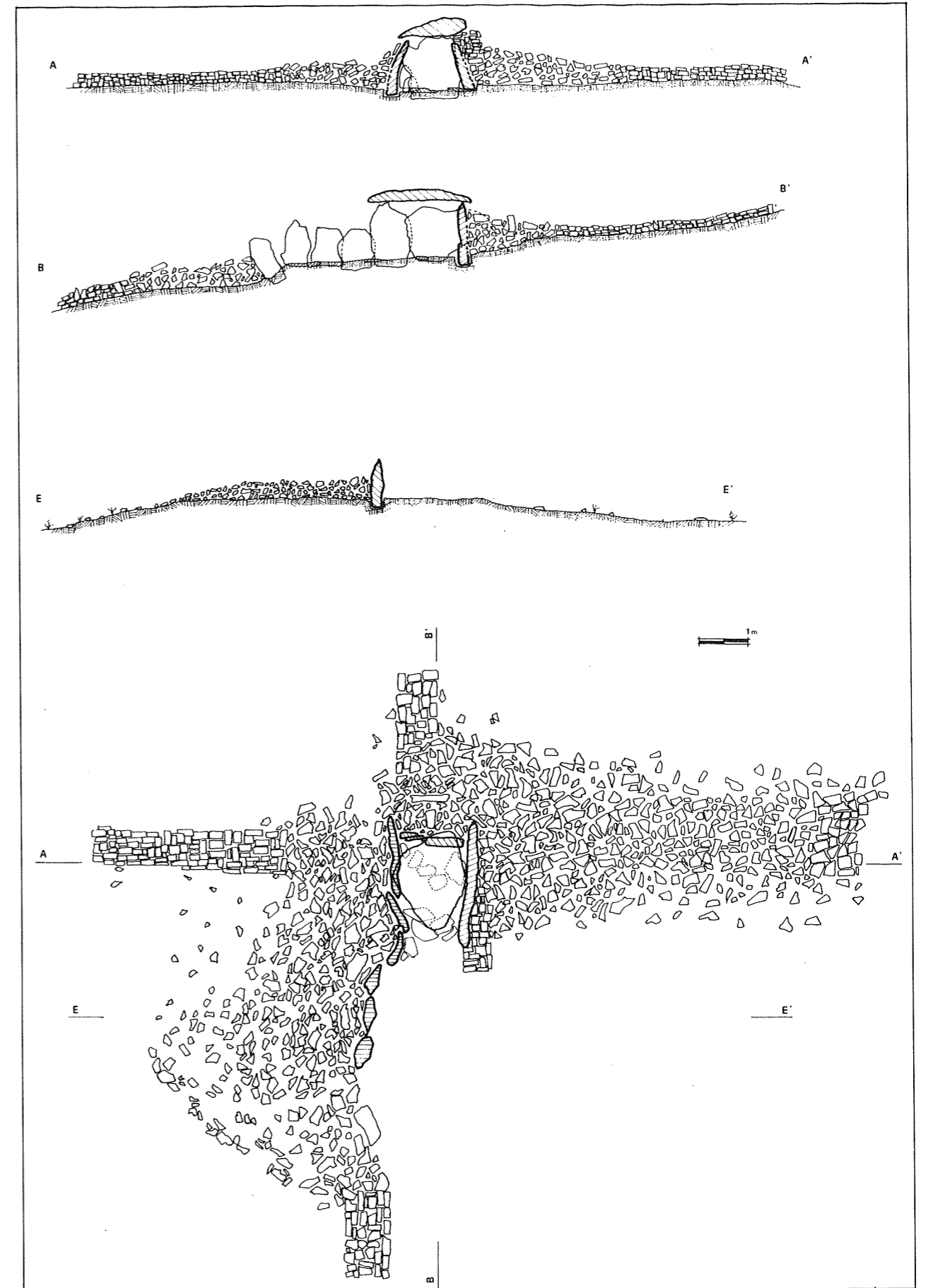


Figura 7. Planta y sección del túmulo del Sepulcro con corredor desplazado de Coma de Felis (Alto Ampurdán).

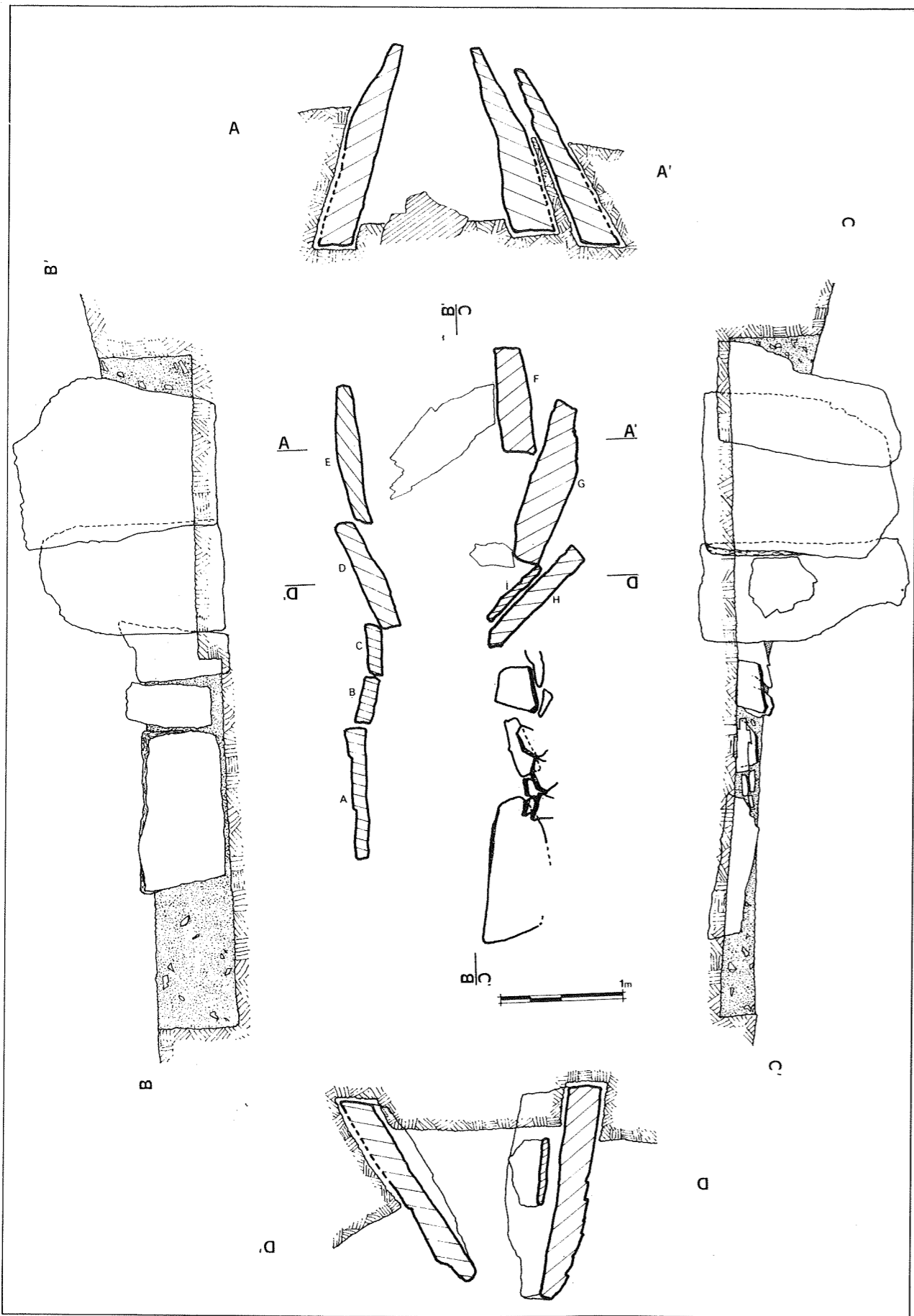


Figura 8. Planta y secciones del Sepulcro con corredor de piedra seca y losas de Morelles (Espolla, Alto Ampurdán).

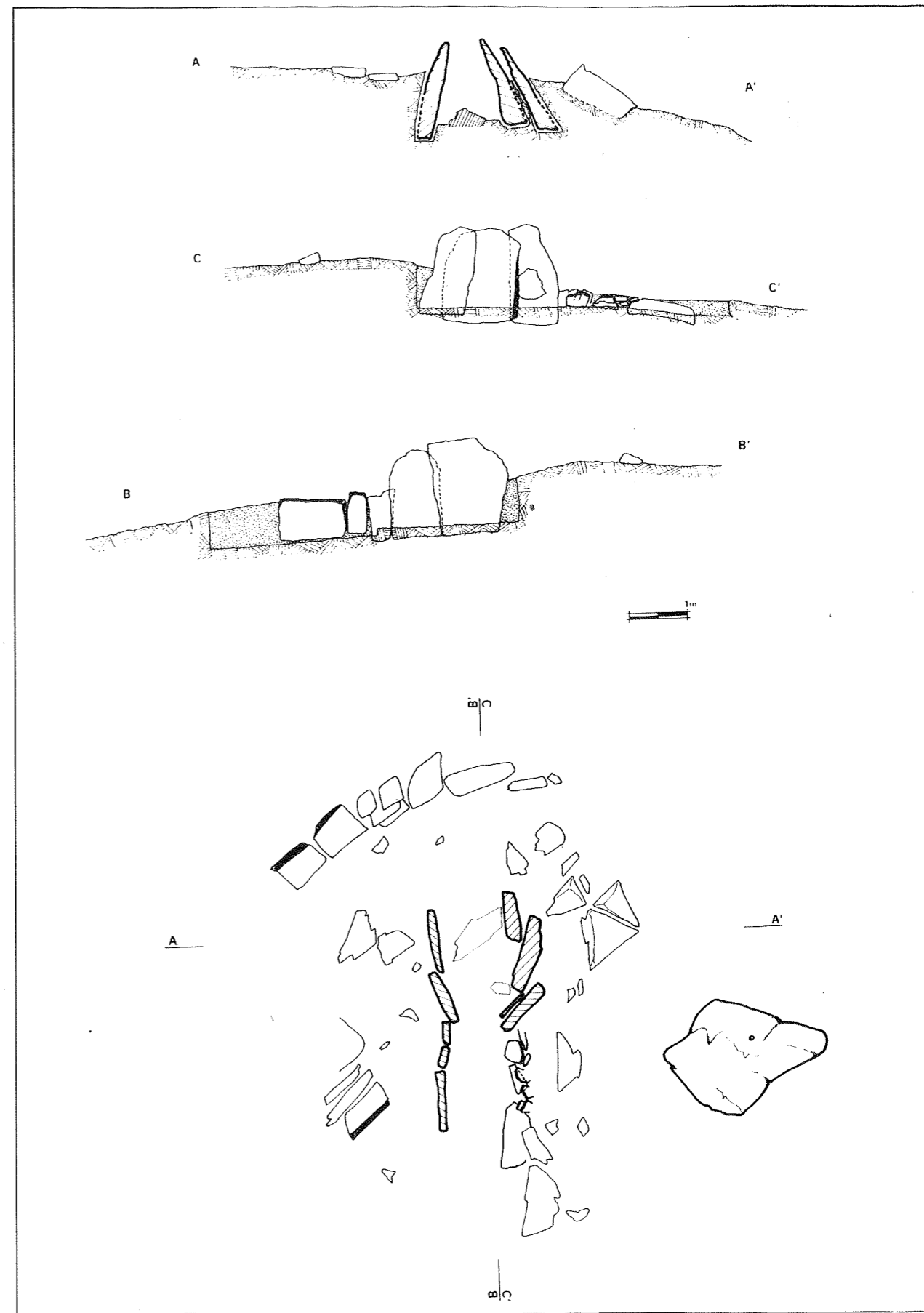


Figura 9. Planta y secciones del túmulo del Sepulcro con corredor de piedra seca y losas de Morelles (Espolla, Alto Ampurdán).

Galerías Catalanas o Falsas Galerías Cubiertas de Cataluña si bien tienen la mayoría de ellas las paredes paralelas, siempre tienen corredor diferenciado de la cámara, siendo el primero de una altura menor y siempre dentro de un túmulo circular.

Otra característica importante que cabe destacar de este nuevo tipo de estructura megalítica, que conformará esta segunda fase del megalitismo, es el túmulo. Este no consiste únicamente en un amontonamiento de piedras y tierras que dan solidez, esconden y conforman la cámara sepulcral, sino que por el contrario el túmulo se convierte en una parte muy importante de todo el conjunto sepulcral, con una estructura muy compleja a base de un entramado de losas radiales dispuestas desde el cromlec hasta la cámara y que, en algunos casos, dan solidez a un doble túmulo que envuelve la cámara sepulcral, característica esta última que hasta el momento sólo conocemos en este tipo de estructuras megalíticas.

Así pues, observamos que estos túmulos no son estrictamente funcionales, sino que obedecen a unas motivaciones más complejas y bien determinadas que a nosotros nos es difícil conocer, pero que evidencian un hecho cultural y social nuevo que comporta el trabajo de un colectivo humano relativamente numeroso y bien organizado y, como decía el doctor Maluquer, realizado o dirigido posiblemente por la mano de especialistas que difunden por toda Cataluña este nuevo tipo de moda-estructura-religión.

Su distribución por Cataluña no queda reducida a una zona concreta, sino que por el contrario, si bien su número es reducido, las encontramos distribuidas por toda Cataluña, en la costa, en las comarcas de Las Gabarras y Maresme y en el interior, en las comarcas de Osona, Solsonès i Alt Camp. Cabe señalar como característica importante que en el Alto Ampurdán, donde tenemos situados la mayor concentración de Sepulcros de Corredor neolíticos de Cataluña, no encontramos ni un solo ejemplar de este tipo de estructura megalítica. Este hecho corrobora lo dicho anteriormente, ya que estas estructuras obedecen a una mentalidad diferente, posiblemente de origen nord-pirenaico y que no encuentra dificultad en asentarse en Cataluña y que conjuntamente con la propia evolución local de los Sepulcros de Corredor darán lugar a otro tipo de estructura megalítica que comentaremos posteriormente (Fig. 4).

Estas Grandes Galerías Catalanas las podemos agrupar por su tamaño en dos tipos, si bien su estructura global es idéntica en ambos grupos:

1) *G. G. C. Altas*, como la Cova d'en Daina en Romyà de la Selva, Can Gol I en la Roca del Vallés, Puig ses Lloses en Folgaroles y Torre dels Moros de Llanera en Llobera, con unas cámaras altas y unos corredores más bajos y de una longitud total de 10 metros.

2) *G. G. C. Bajas*, como el Cementiri dels Moros de Torrent en Torrent y Mas Pla en Querol, con unas cámaras y corredores que prácticamente mantienen la misma altura y de una longitud total de 13 metros.

Si estructuralmente estas Grandes Galerías son similares al grupo de Sepulcros megalíticos de Aube (S. E. francés), los materiales arqueológicos que en

ellos encontramos son asimilables a los del grupo francés de Treilles de les Causses (Tarrús, 1979-80). Este grupo está caracterizado por sus cerámicas con triángulos grabados después de la cocción y su ámbito geográfico discurre por todo el S. E. francés. Cronológicamente está considerado como calcolítico y bien enmarcado por fechas de C-14 entre el 2700 y 2300 a. C. (Clottes y Constantini, 1976; Guilaine i Roudil, 1976). La localización en nuestras Grandes Galerías, concretamente en la de Torre dels Moros de Llanera y en la del Cementiri dels Moros de Torrent, de materiales cerámicos iguales a los del grupo de Treilles, acompañados de vasos de cerámica lisa de tipología propia del neolítico final nos permite situar cronológicamente estas Grandes Galerías Catalanas en una etapa que oscilaría entre el 2600 a. C. como fecha inicial y el 2200 a. C. como final.

#### PEQUEÑAS GALERÍAS CATALANAS

Podríamos decir que este tipo de estructura es el resultado de la suma de dos factores: 1.º La adaptación local del impacto extranjero de las Grandes Galerías Catalanas. 2.º La propia evolución local de los Sepulcros de Corredor neolíticos.

El resultado final es una estructura megalítica que únicamente se diferencia de las Grandes Galerías Catalanas por su menor tamaño y una mayor sencillez en la construcción de la estructura tumular. Las complejas estructuras tumulares del grupo antecesor desaparecen en esta evolución tipológica para convertirse en un simple túmulo con piedras y tierras que esconden, cubren y dan solidez a las cámaras sepulcrales.

También por sus tamaños las podemos agrupar en dos subgrupos:

1) *P. G. C. Altas*, cuando la cámara es de una altura superior a la del corredor.

2) *P. G. C. Bajas*, cuando la cámara y el corredor guardan la misma altura.

Globalmente su tamaño queda reducido entre 3 y 5 metros de longitud total y una altura en la cámara que oscila entre 1,5 y 2 metros.

Su distribución por Cataluña sigue la línea de la costa (N-S): cuatro en el Alto Ampurdán, una gran concentración en la zona de las Gabarras, continuando por la zona litoral del Maresme y penetrando hacia el interior por el Vallès Oriental, siguiendo por las comarcas centrales de Osona y Bages hasta llegar al Solsonès (Fig. 4).

A diferencia de las Grandes Galerías Catalanas actualmente tenemos identificados 21 sepulcros megalíticos que obedecen a las características de las Pequeñas Galerías Catalanas, si bien algunos de ellos son de difícil atribución tipológica debido al estado ruinoso de su planta y a las pocas referencias conocidas de sus ajuares.

Alto Ampurdán:

- Coll de Madás (Cantallops, La Jonquera)
- Barraca del Lladre (Agullana)
- Talaia (Vilajuïga)
- Mas de la Mata (Llançà)

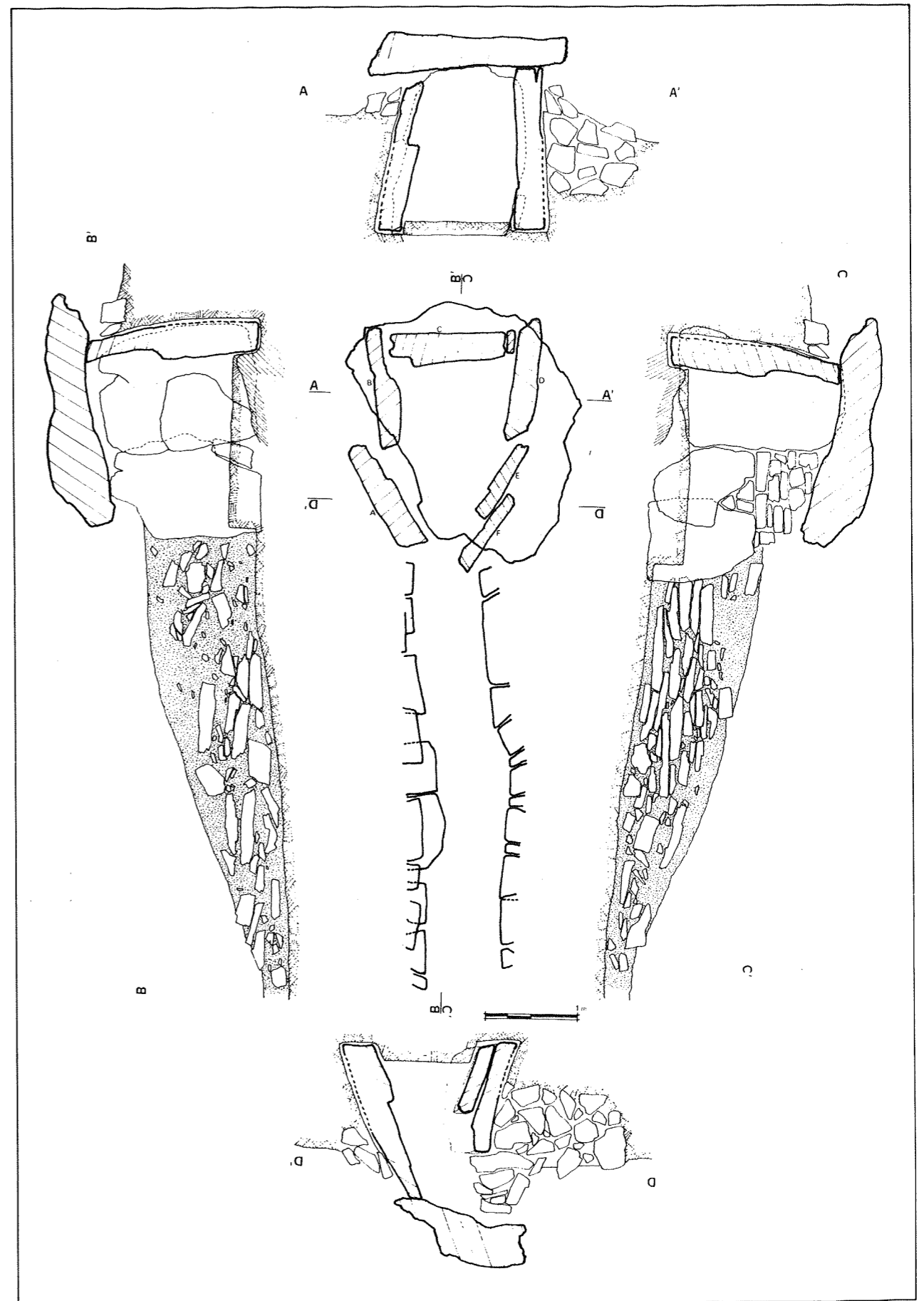


Figura 10. Sepulcro de cámara poligonal y corredor largo en piedra seca de Solar d'en Gibert (Rabós d'Ampurdà).

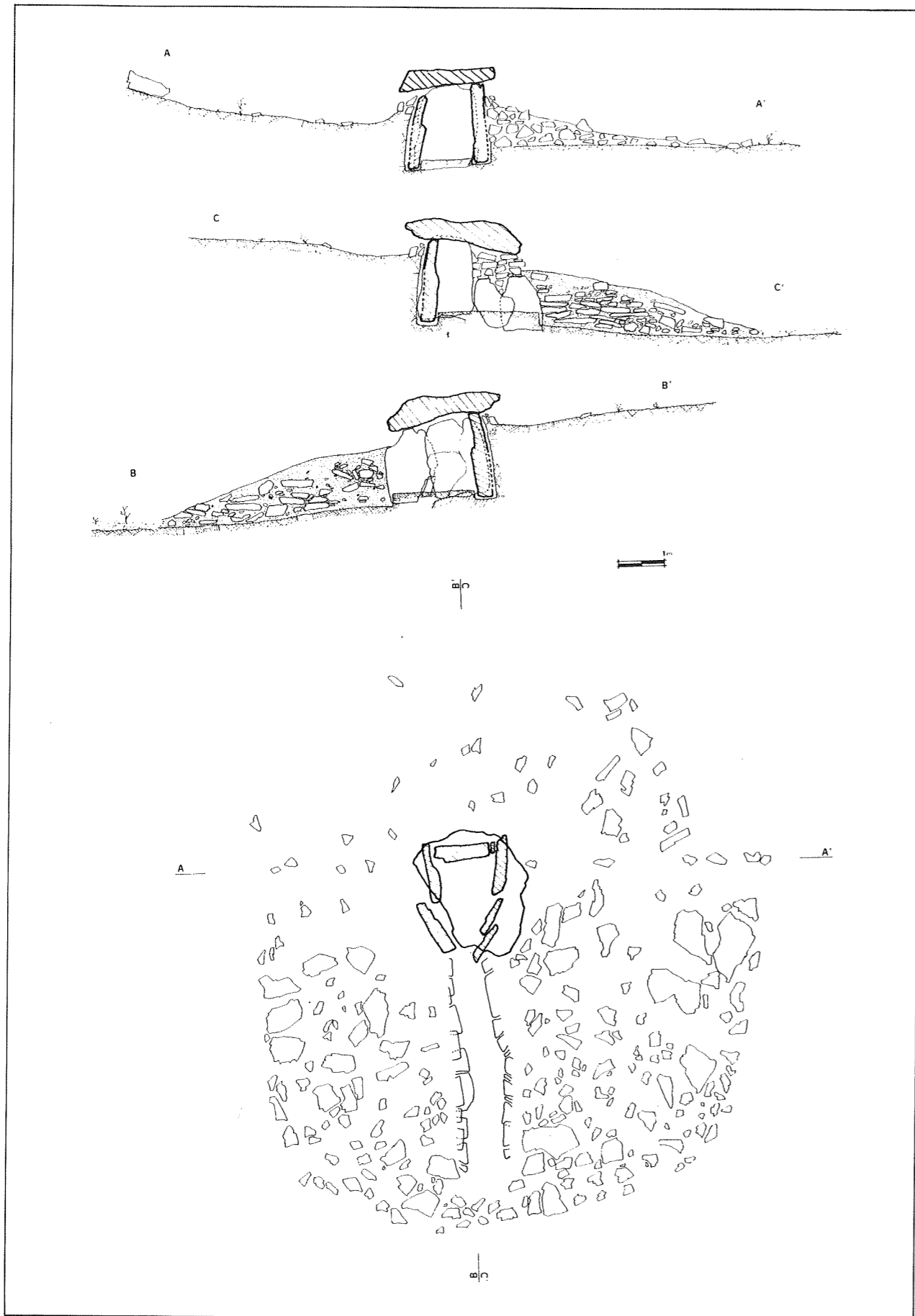


Figura 11. Planta y secciones del túmulo frontal de 180° del Sepulcro de Corredor de Solar d'en Gibert (Rabós d'Ampurdà).

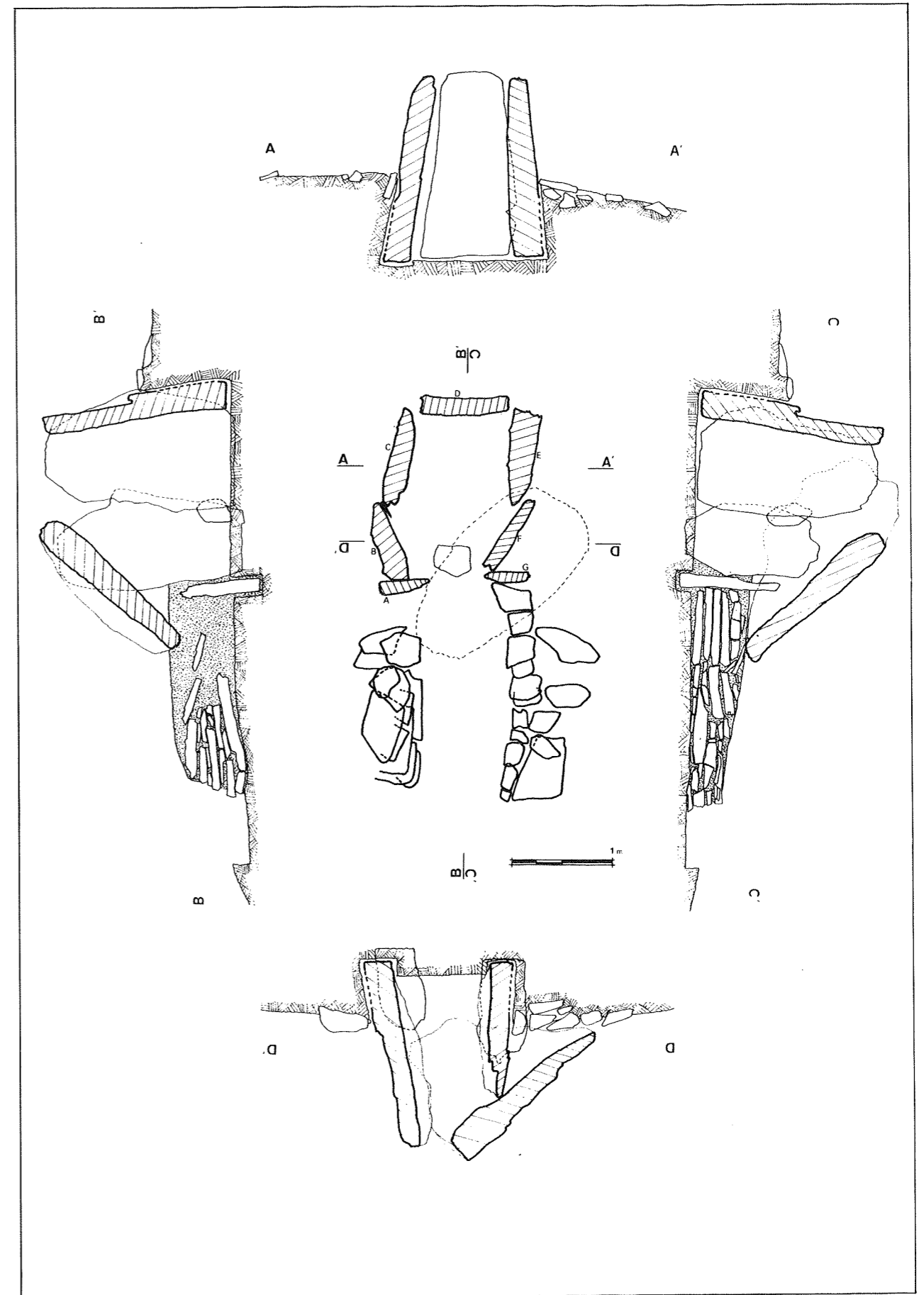


Figura 12. Planta y secciones del Sepulcro con corredor corto de piedra seca de Comes Llobes de Pils (Rabós d'Ampurdà).

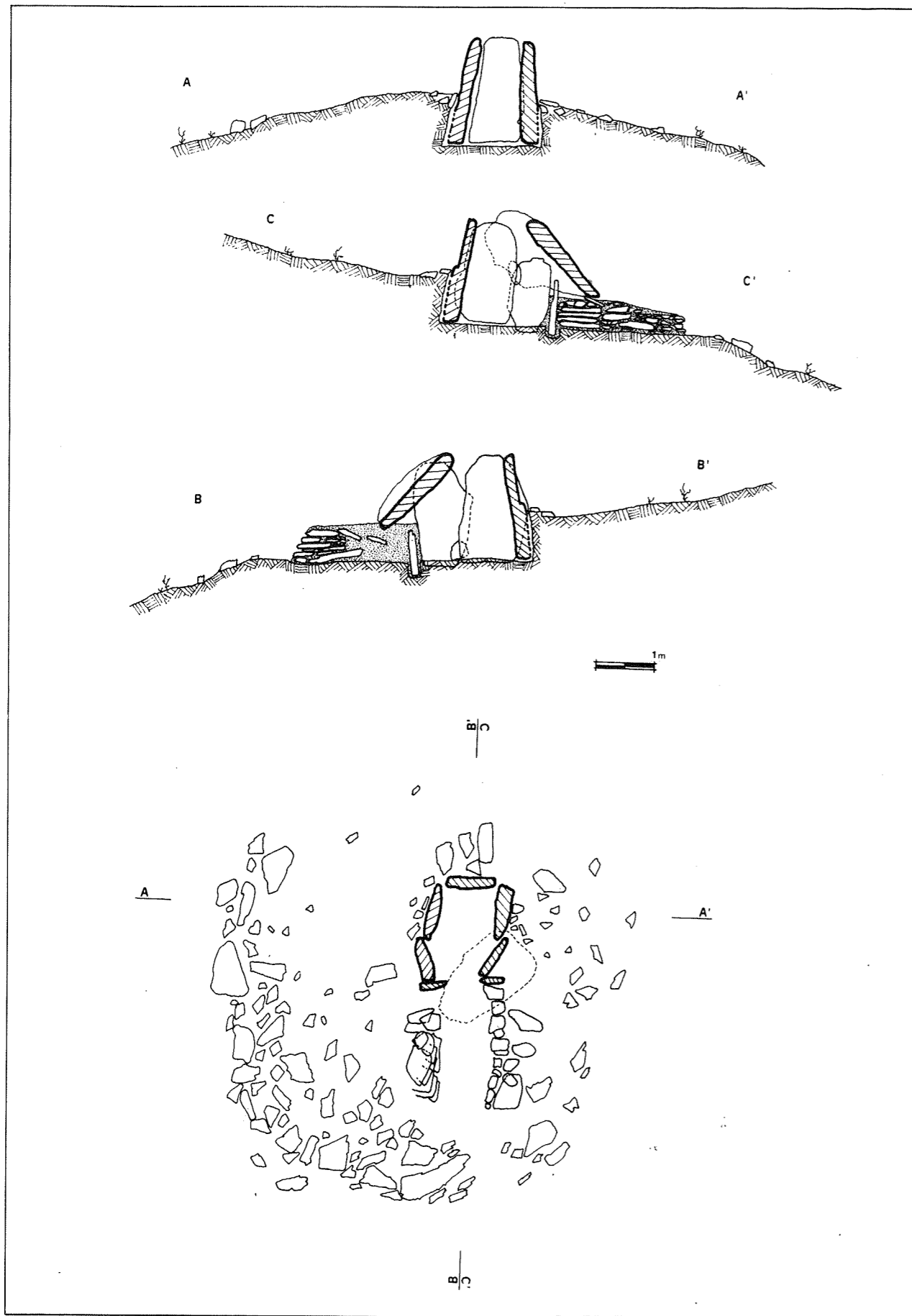


Figura 13. Planta y secciones del túmulo del Sepulcro de Corredor de Comes Llobes de Pils (Rabós d'Ampurdà).

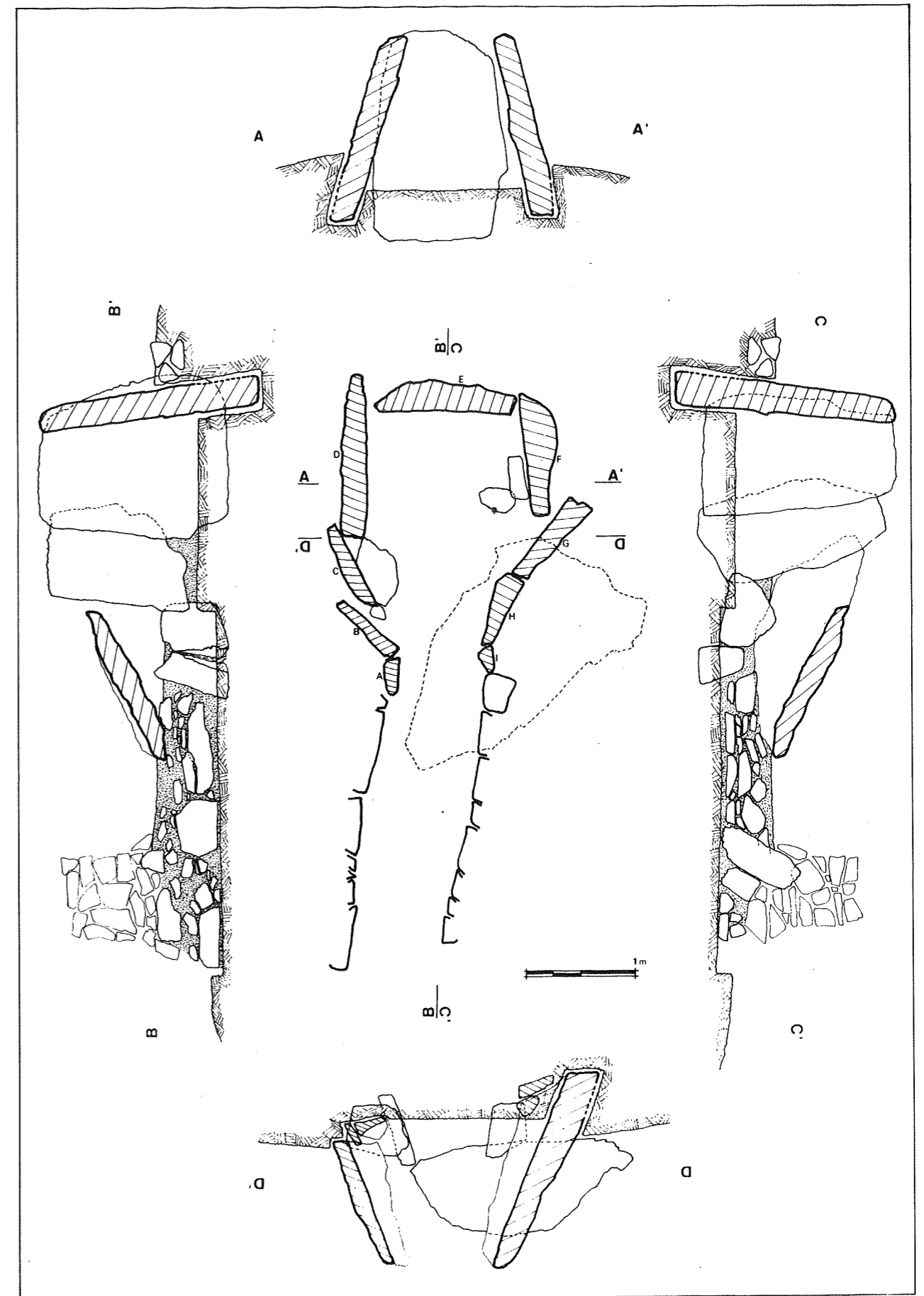


Figura 14. Planta y secciones del Sepulcro de Corredor de Arreganyats (Espolla) fechado por C14 en el 3.450 + 100 a. C.

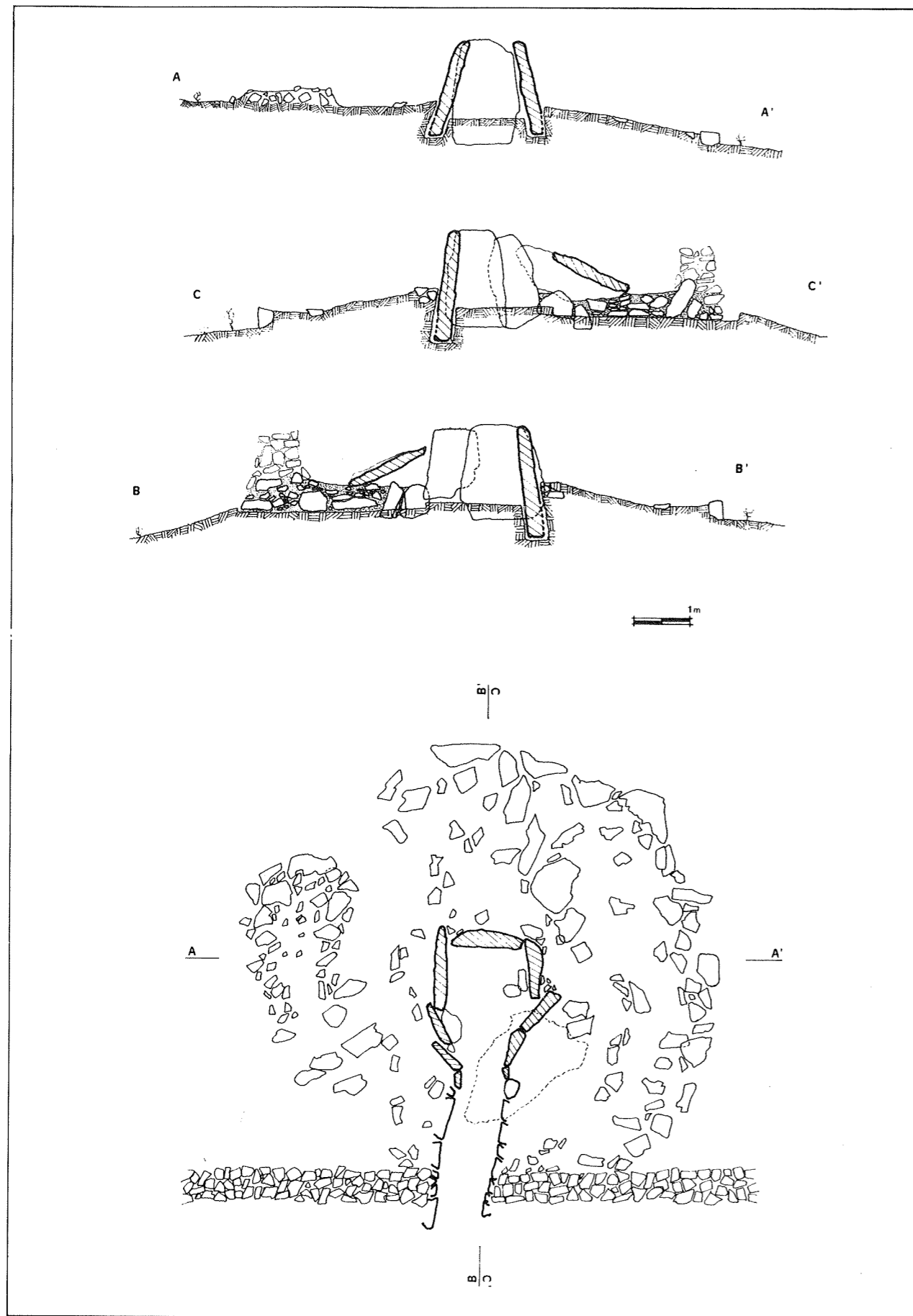


Figura 15. Planta y secciones del túmulo del Sepulcro de Corredor de Arreganyats (Espolla).

#### Bajo Ampurdán:

- Tres Caires (Fitó)
- Roca del Gla (Fitó)
- Serra Mitjana (Fitó)
- Taula dels tres Pagesos (Fitó)
- Mas Estanyer (Fitó)
- Dolmen d'en Botey (Fitó)
- Puig d'Arcas (Cruïlles)

#### Gironès:

- La Mota (La Mota)

#### Maresme:

- La Roca d'en Toni (Vilassar de Dalt)

#### Vallés Oriental:

- Céllecs (La Roca del Vallès)
- Serra d'Arca I (Aiguafreda)

#### Osona:

- Sant Corneli (Tavertet)
- Fosa d'en Terradas (Muntanyola)

#### Bages:

- Puig Rodon (Moià)

#### Solsonès:

- Vall de Codina Segrera (Llobera)
- La Pera (Su)

Si analizamos la distribución de estas Pequeñas Galerías Catalanas por el lado francés observamos que es muy parecida a la de la zona Catalana. Apreciamos que en la zona de los Pirineos es prácticamente inexistente, mientras que las empezamos a localizar a partir del río Tech, y en mayor cantidad a partir del río Agly y en el Departamento de l'Aude. Este hecho es una característica importante para comprender el fenómeno megalítico catalán, pues nos señala un foco central en los Pirineos y el Alto Ampurdán y las Alberes donde tenemos los Sepulcros de Corredor y una mínima presencia de Pequeñas Galerías Catalanas que irá aumentando a medida que nos alejamos de este foco central, tanto en dirección norte (Francia) como hacia el sur (Cataluña).

Cronológicamente podemos decir que tres factores —la adaptación local, la evolución interna de los Sepulcros de Corredor y los materiales encontrados en estas Pequeñas Galerías Catalanas— nos permiten situarlas en el último tercio del III milenio a. C., si bien posteriormente sufrirán un reaprovechamiento muy importante en el momento de las cerámicas campaniformes y posteriormente durante las distintas fases del bronce.

#### Megalitismo III: CAMARAS SIMPLES

Los dólmenes de estructura simple o cámaras simples, que son los más numerosos en Cataluña, pueden ser definidos como construcciones más o menos monumentales de una planta más o menos rectangular y en las que el acceso a la cámara se realiza por uno de sus lados. Esta última característica es la que determinará las distintas variantes tipológicas, es decir, según el tipo de acceso a la cámara las podemos dividir en varios grupos: 1) Simples con vestíbulo, 2) Cámaras Pirenaicas, 3) Dólmenes abiertos. Cabe señalar que en muchos casos es enormemente

dudosa la atribución de un dolmen a uno de estos tres grupos pues la gran mayoría de estas estructuras han sufrido un reaprovechamiento actual para labores agrícolas, pudiendo haber sido modificada la planta original y con mayor probabilidad su forma de acceso.

—1) *Simples con vestíbulo*: Son las cámaras en las que en la puerta de acceso encontramos restos de vestíbulo, generalmente en forma de dos lajas paralelas.

—2) *Cámaras Pirenaicas*: Serán los sepulcros megalíticos cerrados por sus cuatro lados, pero que en uno de éstos la losa de entrada no tiene la altura suficiente para cerrar la cámara; por este agujero o ventana sería por donde se realizarían las inhumaciones (Fig. 3, 1/).

—3) *Dólmenes abiertos*: Son los que presentan uno de sus cuatro lados totalmente abierto. La clasificación de un dolmen dentro de este grupo es muy compleja, ya que podemos obtener dólmenes abiertos a partir de la destrucción del vestíbulo o de la laja que formaría la ventana de la cámara pirenaica.

Estos dólmenes forman el grupo tipológico más numeroso de Cataluña y su distribución forma parte de su característica definitoria. A diferencia de los Sepulcros de Corredor que sólo los encontrábamos en el extremo norte-este de Cataluña, y de las Pequeñas Galerías Catalanas que eran mayoritarias en la zona del litoral con algunas infiltraciones hacia el interior, las Cámaras Simples se extienden por los Pirineos Centrales descendiendo por la vía del río Segre hasta ocupar los altiplanos de toda la zona central de Cataluña, y con ligeras incursiones hacia la costa donde se encuentran en reducido número. Como señala el doctor Maluquer, nos hacen suponer un origen nord-pirenaico con un carácter marcadamente pastoril, extendiéndose por toda Cataluña siguiendo la vía del río Segre. Cronológicamente cubrirán la fase del campaniforme inciso de estilo pirenaico, que podemos situar según los últimos análisis entre el 2200 a. C. para el inicio y el 1600-1500 a. C. para las últimas construcciones megalíticas ya con unos materiales arqueológicos tipo epicampaniforme (Fig. 5).

Con este último tipo de estructuras queda prácticamente cerrada la evolución del megalitismo en Cataluña, restando únicamente por citar fenómenos submegalíticos o paramegalíticos que no forman parte esencial de la evolución típica del fenómeno megalítico. Así por ejemplo tenemos las Cistas Megalíticas, cajas de reducido tamaño, cerradas por sus cuatro lados y en las que la inhumación se realiza desplazando la losa de cubierta. Posiblemente son la evolución de las sepulturas individuales del neolítico medio de Cataluña, conformadas en los dos grupos de Sepulcros de Fosa o «Sabadellenç» de la zona prelitoral, y las Cistas Neolíticas o «Solsonià» de las zonas centrales de Cataluña.

También podemos hablar de un Sub-megalitismo IV (1500-1100 a. C.) donde ya no se construyen dólmenes sino que únicamente se reutilizan las estructuras anteriores con influencias italianas de la Cultura de Polada, y de un Sub-megalitismo V (1100-650 a. C.) en el que se da una reutilización de los sepulcros megalíticos exclusivamente en la zona del interior de Cataluña por la Cultura de Marlés.



## BIBLIOGRAFIA

- Arnal, J. (1949): «Los dólmenes de corredor con muros de piedra seca en el Hérault» (Francia), *Ampurias*, XI, Barcelona.
- Arnal, J. (1963): «Les Dolmens du Département de l'Hérault», *Prehistoire*, XV, París.
- Batista, R. (1961): «Sepulcros Megalíticos de la comarca del Moyanés», *Corpus de Monumentos Megalíticos*, 1, Barcelona.
- Batista, R. (1963): «Sepulcros Megalíticos de la comarca de Vic», *Corpus de Monumentos Megalíticos*, 2, Barcelona.
- Bosch Gimpera, P. (1915-20): «Consideracions generals sobre els megalits catalans», *A. I. E.*, VI, Barcelona.
- Castells, J.; Enrich, J. y J. (1983): «El tumul I de la Serra de Clarena (Castellfollit del Boix)», *Excavacions Arqueològiques a Catalunya*, n.º 4, Barcelona.
- Castells, J. y Enrich, J.: «El Tumul I de la Serra de Clarena. Una inhumació col·lectiva», *Tribuna d'Arqueologia del Departament de Cultura de la Generalitat de Catalunya 1982-83*, Barcelona.
- Castells, J. y Vilardell, R. (1983): «El sepulcre megalític de la Roca d'en Toni (St. Genís de Villasar)», *Exc. Arque. a Catalunya*, n.º 4, Barcelona.
- Clottes, J., y Constantini, G. (1976): «Les civilisations néolithiques dans les Causses», *Prehistoire de la France*, II, IX Congrès de Nice, París.
- Costantini, J. (1967): «Chalcolithique et céramique à triangles hachurés des grands Causses», *Bulletin Société Préhistoire Française*, París.
- Cura, M. (1973): «Consideraciones sobre los enterramientos en cistas neolíticas y su evolución posterior en Catalunya», *Congreso Nacional de Arqueología XIII*, Huelva.
- Cura, M. (1976): «El grup cultural de les Cistes del Pre-Pirineu Català (el Solsonià)», *Cypselà*, I, 1.º col. Inter. de Puigcerdà, Girona.
- Cura, M. y Castells, J. (1977): «Evolution et Typologie des mégalithes de Catalogne», *L'Architecture Mégalithique*. Colloque de Vannes, Francia.
- Cura, M. y Ferrán, A. (1970): «Sepulcros Megalíticos de la Sierra de Roda. Alto Ampurdán», *Corpus de Sepulcros Megalíticos*, n.º 6, Barcelona.
- Cura, M. y Ferrán, A. (1971): «Sepulcros Megalíticos de la Vall de Cabo», *Corpus de Sepulcros Megalíticos*, n.º 7, Barcelona.
- Cura, M. y Vilardell, R. (1982): «El fenomen megalític a les comarques centrals de Catalunya», *Ausa*, X, págs. 102-104, Vic.
- Esteva, L. (1964): «Sepulcros Megalíticos de las Gabarras I (Gerona)», *Corpus de Sepulcros Megalíticos*, n.º 3, Gerona.
- Esteva, L. (1965 a): «Sepulcros Megalíticos de las Gabarras II (Gerona)», *Corpus de Sepulcros Megalíticos*, n.º 4, Gerona.
- Esteva, L. (1970): «Sepulcros Megalíticos de las Gabarras III (Gerona)», *Corpus de Sepulcros Megalíticos*, n.º 5, Gerona.
- Esteva, L. (1974): «El Sepulcro de Corredor de la Font del Roure (Espolla)», *Revista de Gerona*, 67, Gerona.
- Esteva, L. (1979): «Sepulcros Megalíticos del Alto Ampurdán, Gerona», *Corpus de Sepulcros Megalíticos*, n.º 9, Gerona.
- Guilaine, J. (1963): «Typologie Mégalithique: le mythe des allees-couvertes meridionales», *Bull. Soc. Est. Scien. Aude*.
- Guilaine, J. (1970): «Sur les dolmens dits Pyreneens» Colloque de Narbonne. *Actacina* 5, Carcassonne.
- Guilaine, J. y Roudil, L. (1976): «Les civilisations néolithiques en Languedoc», *Préhistoire de la France II*. IX Congrès de Nice (París).
- Maluquer, J. (1964): «Notas sobre la cultura megalítica Navarra», *Ins. Arq. y Preh. de Barcelona*.
- Maluquer, J. (1965): «Arquitectura megalítica pirenaica», *Coloquio sobre arquitectura megalítica Catalana y Balear*.
- Martín, A. (1980): «Le Veracien en Catalogne», *Actes du colloque Le Groupe de Veraza et la fin des temps néolithiques dans le sud de la France et la Catalogne*, Narbonne.
- Martín, A. (1981): «La cova del Frare (Matadepera, Barcelona)», *Arrahona*, 11, Sabadell.
- Pericot, Ll. (1950): «Los sepulcros megalíticos Catalanes y la Cultura Pirenaica», *C. S. I. C.*, Barcelona.
- Mestres, J. (1983): «La pseudo-galería cubierta del Turó de les Foses (Valldossera)», *Pyrenae*, 15-16, Barcelona.
- Tarrús, J. (1979): «Els triangles gravats de la Cova dels Encantants. Un nou horitzó calcolític antic de Catalunya», 3er. Col. Inter. de Puigcerdà (*en premsa*).
- Tarrús, J.; Castells, J.; Chinchilla, J., y Vilardell, R. (1982): «El dolmen de Coma de Felis (Rabós d'Empordà)», *Cypselà*, IV, Girona.
- Tarrús, J.; Castells, J.; Vilardell, R., y Chinchilla, J. (1983): «El dolmen d'Arreganyats de Espolla i els sepulcres de corredor amb passadís de paret seca de l'Alt Empordà», *Revista de Gerona*, Gerona.
- Tarrús, J.; Castells, J.; Vilardell, R., y Chinchilla, J. (1983): «Els dolmens de Comes Llobes de Pils i Solar d'en Gibert (Rabós d'Empordà)», *Excavacions Arqueològiques a Catalunya*, núm. 4, Barcelona.
- Tarrús, J.; Castells, J.; Chinchilla, J. y Vilardell, R. (1984): «El fenómeno megalítico en el Pirineo Oriental de Catalunya», *Congreso de Arqueología Hispánica*, Canterbury, 1981, Inglaterra.
- Tarrús, J.; Vilardell, R.; Castells, J., y Chinchilla, J. (1981/82): «El dolmen de Girarols i de les Morelles (Espolla, Alt Empordà) i algunes consideracions sobre els sepulcres megalítics de les Alberes», *Pyrenae*, 17-18, Barcelona.
- Tarrús, J.; Castells, J.; Vilardell, R., y Chinchilla, J.: «Primeres dates de C-14 pel megalitisme de l'Alt Empordà», (*en premsa*).
- Serra Vilaró, J. (1927): *La civilització megalítica a Catalunya. Contribució al seu estudi*, Solsona.

## *El Megalitismo en el Pirineo Occidental*

*Teresa Andrés Rupérez*

La diversidad que se observa en el mundo de los sepulcros dolménicos afecta más al contexto cultural y ambiente económico de las diversas zonas en las que este fenómeno arraiga, que a los propios enterramientos, los cuales, aún con diferencias tipológicas, son en realidad un hecho unificador de amplias áreas, en las que también podemos imaginar variaciones en cuanto a la intensidad de la influencia socio-cultural de este hecho funerario.

La búsqueda de explicaciones para la aparición de estas tumbas no es metodológicamente generalizable; el camino no puede ser el mismo en zonas que hoy se consideran, dentro de una hipótesis razonable, como generadoras del fenómeno, que en el área que nos ocupa, a la que seguramente el hecho llegó ya formado. Así por ejemplo, el estudio del megalitismo en el Pirineo Oeste no puede pasar, y menos iniciarse, por el de los poblados de la misma época ni encontrar una explicación autóctona en el desarrollo de las propias poblaciones agrícolas, aunque se puede avanzar que el conocimiento de las técnicas de producción de alimentos es en esta zona anterior a la aparición del megalitismo; pero por el momento y desde el punto de vista de la investigación arqueológica, las tumbas megalíticas son aquí la manifestación cultural más importante de la época neolítica y deben explicarse con sus propios medios.

A pesar de la penuria de otro tipo de datos, el megalitismo es abundante y denso en la zona, sea por causa de un conjunto de condiciones económicamente favorables y/o por su situación estratégica como camino de comunicación entre la Península y Europa, peculiaridad que ha sido resaltada desde las primeras investigaciones, iniciadas en el siglo pasado. El dolmenismo impregnó todos los ámbitos geográficos del área provocando adaptaciones locales de los tipos primarios de sepulcros megalíticos, ninguna excesivamente original o complicada, pero delimitables con claridad.

A pesar del gran arraigo que aquí conoció el megalitismo, no debe entenderse que nuestro conocimiento del mismo, aun en sus aspectos materiales, sea satisfactorio. Afecta a los monumentos de la zona el problema general a todas las áreas: el llamativo as-

pecto de los dólmenes ha facilitado el que la mayoría de ellos lleguen a manos de los arqueólogos prácticamente vacíos de su contenido original. A pesar de este inconveniente, contamos con el encomiable interés suscitado por el tema desde fines del siglo pasado e inicios del presente, con las investigaciones de Iturralde y Suit, Aranzadi, Ansoleaga, Barandiarán, Eguren..., prolongadas por las de otros muchos estudiosos, que hacen de esta zona una de las más sistemáticamente conocidas, no sólo en cuanto a la dispersión y distribución megalíticas sino también desde el punto de vista de la interpretación económica y social (1).

A pesar de su general estado de destrucción, los datos de que nos proveen los dólmenes deben servir al menos para trazar una trama esquemática en tres puntos básicos a los que me gustaría ceñir esta breve síntesis: dispersión geográfica, aspectos morfológicos (tipología) y cronología. A sabiendas de que estas tres facetas de un mismo hecho cultural están interconectadas y de que la combinación entre ellas plantea numerosos problemas, no es mi intención entrar aquí en ellos sino, si es el caso, únicamente apuntarlos.

La referencia al Pirineo Occidental trata de mencionar un término geográfico lo más comprensivo posible del área estudiada, pero no estrictamente exacto: se trata de las tierras próximas al extremo oeste de la cadena pirenaica, cuyas estribaciones no son excesivamente altas, dando un carácter de somontano a gran parte de la zona; incluyen parte de la cuenca alta del Ebro, con el límite sur en el mencionado río, siendo el límite norte, por la vertiente atlántica, la costa peninsular del Golfo de Vizcaya. O sea, los límites podrían definirse más justamente aludiendo a las actuales entidades políticas del País Vasco y Navarra.

Aunque toda delimitación sea artificiosa, la zona tiene unidad megalítica (no uniformidad), definida al menos por cierto vacío dolménico en las áreas inmediatamente circundantes; la mención de un vacío, solo relativo, no supone olvido del megalitismo del Pirineo central, del de el suroeste de Francia ni

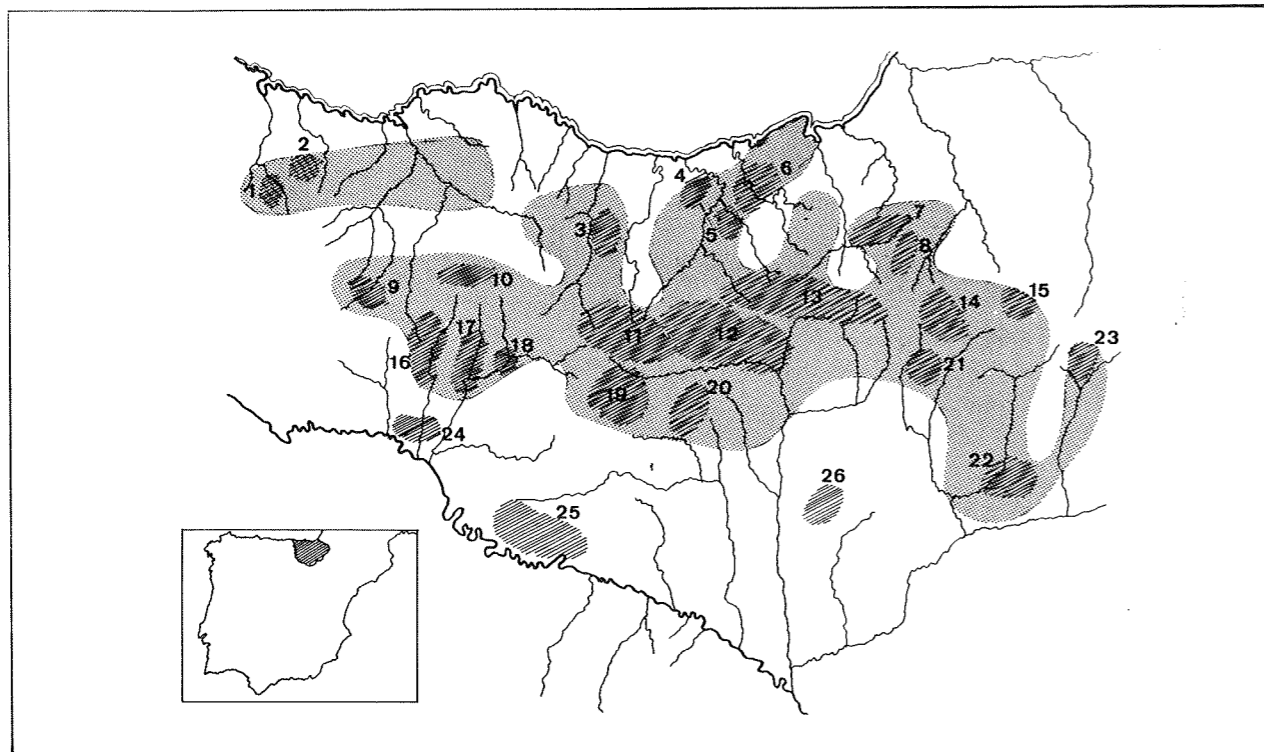


Figura 1. **Sombreado:** dispersión general de los dólmenes en las estribaciones del Pirineo Occidental y valle alto del Ebro. **Rayado:** Núcleos más densos o con monumentos más significativos. a) Vertiente atlántica. 1. Carranza-Lanestosa. 2. Armañón. 3. Elosua-Plazentzia. 4. Andantza-Ernio. 5. Belabieta. 6. Txoritokieta-Adarra-Mandogui. 7. Alkurruntz-Lerate. 8. Errazu-Aldudes. b) Divisoria de vertientes. 9. Añes. 10. Gorbea. 11. Aitzkorri-Altzania-Murumendi-Aratz-Ataun-Borunda. 12. Aralar-Larraun. 13. Gorriti-Belate. 14. Auritz-Urepel-Ibañeta. 15. Urkulu. c) Vertiente mediterránea. 16. Guibijo-Cuartango. 17. Badaya-Arrato-Letona. 18. Arrazua. 19. Llanada Alavesa-Entzia. 20. Urbasa-Andia. 21. Ardaiz. 22. Idokorri-Ugara-Leire-Illón. 23. Roncal. 24. Turiso-Ebro. 25. Rioja Alavesa. 26. Artajona. (Según datos de Apellániz 1973: mapa de distribución).

mucho menos del riojano o del burgalés sino, además de una indudable influencia del factor historiográfico, el reconocimiento de cierta rarificación del fenómeno según nos alejamos de lo que puede ser el núcleo central en cuanto a densidad dolménica, situado en las sierras de Aralar y Urbasa, hecho que no resta importancia a otras zonas, como la Rioja Alavesa. Las conexiones e influencias culturales de cada uno de estos y otros ámbitos geográficos de la zona, es uno de los puntos problemáticos.

#### DISTRIBUCION GEOGRAFICA (Fig. 1)

Los dólmenes aparecen en los más variados enclaves ambientales del área con variaciones que afectan a la densidad, tamaño y morfología; la relación entre estos tres parámetros, añadidos al de cronología, sería otra de las incógnitas a dilucidar.

Desde el Atlántico al Ebro el dolmenismo es conocido, incluso habitual. Sin entrar en el detalle de ecosistemas locales, se podrían esbozar amplias zonas o bandas de sentido horizontal, en relación con la altitud e influencia climática dominante; la franja atlántica no destaca por núcleos de notable concentración ni especial tipología; se pueden reconocer unos 25 núcleos megalíticos (2) en los que dominan las plantas rectangulares o indefinidas, no conociéndose ningún sepulcro de corredor; su altitud raramente supera los 700 m. s. n. m..

Las sierras de altitud media y alta (entre 800 y 1.300 m.), que forman la divisoria de aguas entre Atlántico y Mediterráneo: Aralar, Altzania, Aitzkorri y, ya en la vertiente mediterránea, la de Urbasa, prolongada por la de Entzia, contienen apetecibles praderas altas o campas, donde se concentran la mayor parte de los dólmenes del área, con un claro dominio de las cámaras rectangulares.

En estas sierras centrales, todos los investigadores que desde principios de siglo se han ocupado del tema, destacan la continuidad de la forma de vida pastoril, que parece ser la única rentable y capaz de sostener en esas zonas la población representada por los sepulcros megalíticos (3).

Además de estas sierras especialmente privilegiadas por su densidad dolménica hay otras múltiples zonas de montaña y altos valles que conocen la presencia de sepulcros megalíticos, igual que ocurre en el Pirineo central, aunque en éste con una densidad mucho menor que en el oeste puesto que, y a pesar de la falta de estudios sistemáticos sobre el tema, no es difícil imaginar que las condiciones climáticas y orográficas, mucho más duras que en el occidental, limitarían la presencia de poblaciones, tanto estables como trashumantes.

La banda de altitud media de la vertiente mediterránea, con caracteres de somontano en su mayor parte, presenta en general menor densidad dolménica, pero incluye importantes zonas con notables sepulcros: el valle de Cuartango (en el oeste de Alava

y su prolongación hasta el Ebro por el río Bayas, con dólmenes de grandes dimensiones aunque de forma poco «ortodoxa», como *San Sebastián II* (A. 1973, 175), *Gúrpide Sur* (A. 1973, 178), o *La Mina* (A. 1973, 182); la Llanada Alavesa con *Sorginetxe* (A. 1973, 210) y *Aitzkomendi* (A. 1973, 208), el dolmen mayor de toda la zona, y la Navarra Media con los famosos sepulcros de puerta perforada de *El Portillo de Eneriz* (A. 1973, 303) y *La Mina de Farangortea* (A. 1973, 304), en Artajona. Sin duda todos estos magníficos ejemplares evidencian, con razones distintas que para la zona de montaña, las favorables condiciones de habitabilidad de estos enclaves, no sólo por recursos naturales y climáticos para la agricultura y el pastoreo sino también por sus condiciones estratégicas como vías de comunicación.

La banda más próxima al Ebro corresponde básicamente a la Rioja Alavesa. Su altitud absoluta no es menor que en la anterior, pues en ambas dominan las cotas de situación dolménica entre 700 y 500 m. s. n. m., y su carácter es igualmente de somontano. Lo que realmente individualiza a esta banda es el uniforme tipo de sus famosos sepulcros, no muy numerosos pero destacables por su tamaño y adscribibles casi todos ellos a la forma de sepulcro de corredor, con cámara poligonal de tendencia más o menos circular.

Aparte de esta distribución general de los dólmenes, y su destacada preferencia por ocupar las situaciones más ventajosas por sus recursos económicos o facilidad de comunicaciones, la relación de los dólmenes con caminos tradicionales ha sido reiterada por los prehistoriadores vascos, asociando por ello el megalitismo con la trashumancia pastoril, prolongada hasta la actualidad. Sin negar absolutamente esa proposición, muy razonable, conviene tener en cuenta que ciertos caminos han sido usados con preferencia a otros por las sociedades de todos los tiempos sin que tengan que ser necesariamente pastoriles ni, en concreto, trashumantes; el establecerse en las vías de comunicación es igualmente una tendencia elemental y sólo en el caso de que posea excepcionales recursos o materias primas, se acepta una zona mal comunicada.

Dentro de los ambientes «de montaña» destaca la preferencia por la situación en valles abrigados y bien comunicados, lugares que poseen un atractivo innegable y no sólo desde el punto de vista económico, como el valle de Belagua (Roncal), con la «galería cubierta» de *Arrako*, o el de Guarrinza, en el Pirineo central. Apellániz señala diferencias de detalle como la distinción entre dólmenes situados en altas praderas o campas de carácter pastoril o en valles altos con mayor vertiente agrícola, como el de Larraun, integrado en el Aralar (A. 1973, 299). Todos estos aspectos locales están siendo estudiados dentro de las posibilidades de cada estación y en relación con las colindantes, como nos informan las investigaciones de Ciprés, Galilea y López (1978) sobre las sierras de Badaya y Guibijo y la de Galilea (1981) sobre la de Entzia; estos autores, en lo referente a la situación local, destacan nuevamente la relación existente entre los túmulos y dólmenes con los caminos tradicionales y también la disposición de los megalitos en lugares dominantes o visibles, en el borde de las altas praderas, asomados a los valles. La ubicación inten-

cionadamente preeminente de los monumentos ha sido señalada continuamente por los investigadores vascos, como el caso que, entre otros, recoge J. M. Apellániz referido a la estación Elosua-Placentzia, en que los dólmenes se alinean a lo largo de la cima de la sierra (A. 1973, 217). Las observaciones de este tipo, relacionando situación dolménica con accidentes locales del terreno, podrían multiplicarse; son muchos los dólmenes y/o túmulos que coinciden con divisorias de aguas o que por su situación destacada han sido elegidos como mugas provinciales o locales (4).

Observando el mapa de distribución de Apellániz (1973), es fácil advertir (aunque también sea peligroso interpretarlo así), una solución de continuidad en la dispersión megalítica entre la Rioja Alavesa y las sierras de la divisoria de aguas (Aralar, etcétera); si añadimos las diferencias tipológicas entre ambos núcleos, parece fácil deducir una conexión de los grupos cercanos al Ebro (Turiso-Ebro y Rioja Alavesa), con los sepulcros de corredor, formalmente semejantes, recientemente conocidos en La Rioja, en la margen derecha del río (5) y un aislamiento respecto a los de latitudes más septentrionales, apareciendo en este caso la sierra de Cantabria como una barrera frente a la dispersión de los tipos arquitectónicos, por más que también hay notables vías de comunicación como los ríos Bayas y Zadorra que aproximan el Ebro al ámbito atlántico y a la Llanada Alavesa.

El denso núcleo megalítico de las sierras divisorias de vertientes parece ser tipológicamente (y quizá lo fue también económicamente), independiente del riojano y estuvo posiblemente conectado con el mundo atlántico, no como camino de difusión del fenómeno megalítico (problema que no podemos pretender abordar ahora), sino como ámbito del que procederían ciertas influencias culturales.

Al mencionar diferencias económicas entre ambas zonas me refiero a que no hay base segura en la que apoyar la generalizada hipótesis a la que ya me he referido: la pertenencia de los grandes sepulcros de zonas relativamente bajas y de los más pequeños y simples de montaña, a los mismos grupos humanos que desarrollarían una vida de trashumancia estacional. Es este otro de los problemas que aquí apuntamos: la supuesta dicotomía económica montaña-lleano y la asignación a los mismos o distintos grupos sociales de los dólmenes de ambas situaciones. El tema es de difícil resolución, al enfrentarnos con el hecho de que no hay diferencias de cultura material ni de cronología entre los distintos grupos, lo suficientemente amplias como para haberse reflejado inequívocamente en el registro arqueológico (6).

#### TIPOLOGIA

La presencia megalítica en la zona, comprende exclusivamente dólmenes en sus tres tipos definidos como primarios o variantes de los mismos, sin que por ahora se puedan documentar adaptaciones de este modo de enterramiento (como característico de una ideología y sociedad), a otro tipo de tumba artificial, aunque las cuevas, estructuras naturales que ocasionalmente son empleadas como tumbas, sí que podrían representar una réplica adecuada a las exigencias del ritual dolménico.



Lámina 1.  
Sepulcro de corredor  
de Aizkomendi (Eguilaz)  
en la Llanada Alavesa.  
El corredor  
ha desaparecido.

El megalitismo, como fenómeno socio-religioso impone unos rasgos en los sepulcros, cuyo significado se nos escapa, pero que no podemos sustituir con otros caracteres, que probablemente responden a otras necesidades conceptuales y funcionales. El carácter definidor de las tumbas megalíticas, que unifica la diversidad tipológica de estos sepulcros, ha sido enunciado por diversos investigadores (7): el dolmen, según su función probable (aunque también hipotética y quizá no extensible a todos los casos), de tumba artificial proyectada para su reutilización, adquiere los elementos estructurales que le son propios: ámbito amplio y fácilmente aislable y sistema de acceso practicable con una relativa facilidad; se añade el túmulo, como elemento que combina su utilidad para la construcción y conservación del monumento, con su presencia ostensible y magnificadora al margen de poder ser la raíz originaria del fenómeno funerario megalítico.

Tales diferencias estructurales separan decididamente a los dólmenes de otros tipos de tumbas artificiales, que hoy se nos presentan con unos rasgos que a primera vista nos podrían inducir a incluirlas en la corriente funeraria megalítica; es el caso de algunos túmulos y fosas con restos de abundantes inhumaciones, pero cuyo carácter de colectivismo no se ha debido al mismo proceso de uso propio de un monumento megalítico, sino que es fruto de una necesidad extraordinaria y anómala que provoca un enterramiento colectivo simultáneo y que puede darse en cualquier época y en cualquier cultura que practique la inhumación de sus muertos; ejemplos de este tipo de tumba se conocen también en la zona que estudiamos (8).

Así pues, no podemos tener en consideración las variantes llamadas «no megalíticas» para las tumbas del área que responden a la idea funeraria dolménica; todos los sepulcros a los que aludiremos son estrictamente megalíticos, desconociéndose incluso

los construidos con mampostería en seco y las cuevas artificiales. En cuanto a las cuevas naturales, los problemas de su uso funerario son muchos para poder mencionarlos aquí, baste aludir al espinoso tema de su alternancia o simultaneidad cronológica con los monumentos megalíticos y al hecho de que algunas de ellas ilustrarían un caso más de falsa semejanza dolménica como los antes aludidos, siendo más justamente paralelizables con los túmulos y/o fosas de inhumación colectiva simultánea; tal podría ser el caso de la cueva alavesa de *Gobaederra* (Apellániz, Llanos, Fariña, 1967).

Si aceptamos las tipologías en Prehistoria como instrumentos útiles para facilitar la clasificación y para dotar a los investigadores de un lenguaje común, es obvio que la ya tradicional sistematización de los sepulcros megalíticos en tres tipos primarios: dolmen simple, sepulcros de corredor y galería cubierta (9), por su universalidad, adaptabilidad e irreductibilidad, sigue siendo la más útil.

En nuestra zona aparecen variantes, casi siempre muy sencillas, de estos tres tipos básicos, sobre todo de los dos primeros, siendo más difícil definir como auténticas galerías cubiertas algunos monumentos. Existen varios estudios, el más completo de los cuales es el de Apellániz, que intentan establecer una tipología más precisa a partir de ciertos rasgos morfológicos (Cfr. Apellániz, 1973 *passim*; 1974, 368-380; 1975, 98-106) (10). Dado que este es un tema opinable y que no creo que tenga que ser beneficioso empeñarse en unificar criterios, pienso que además de ciertos rasgos tipológicos obvios que sirven para agrupar los monumentos en uno de los tres tipos primarios de una forma general, en algunos ejemplares o ámbitos locales de la zona puede ser muy significativo el criterio de tamaño, sobre todo desde el punto de vista socio-económico y al margen de las diversas influencias o ligazones culturales y de las exigencias rituales o ideológicas (11). El tamaño está

Lámina 2.  
Sepulcro de corredor  
de Sorginetxe  
(Arrizala),  
en la Llanada Alavesa.  
El túmulo y corredor  
han desaparecido.



en relación directa con el esfuerzo realizado para la construcción del sepulcro y nos puede ayudar a vislumbrar la diferente potencia social y/o demográfica de los distintos grupos.

Quizá en ese sentido y no como mera distinción formal con exclusivo significado tipológico, propuso J. Maluquer de Motes su diferenciación entre dolmen simple y cista; en su formulación (Maluquer de Motes, 1963, 130) también el tamaño del sepulcro, como condicionante del modo de reutilización, era fundamental: dolmen simple sería aquel en el que se previó la reutilización por un lateral practicable; la cista, pudiendo ser formalmente idéntica, se distinguiría por su pequeño tamaño, que posibilitaba la reutilización desplazando la losa de cubierta (12).

De las dimensiones que se haya pensado dar a la cámara y del tamaño y calidad de las losas de piedra disponibles puede depender que aquella acabe siendo rectangular o poligonal con tendencia más o menos circular; incluso la planta general del monumento resultará lo que hoy denominamos dolmen simple o sepulcro de corredor, según que sus dimensiones y las del túmulo exigido para su construcción requieran un pasillo cubierto, un vestíbulo al aire libre o una simple «ventana» para acceder a la cámara.

Ante esta dificultad para definir criterios de distinción tipológica que sean realmente significativos, creo lo más correcto atenerse a los más amplios y generales tipos primarios tradicionales para clasificar nuestros dólmenes, advirtiendo que desde luego hay ejemplares que no se adaptan a ninguno de los tres y no porque se trate de variantes locales, de las que también hay algunas, sino porque son casos realmente anómalos, quizá por problemas de mala conservación o deficiente investigación de su planta (13).

De los más de 460 dólmenes que cataloga Apellániz (1973), la mayoría son clasificables en el grupo de «dólmenes simples» al constar únicamente y según

su estado actual, de una cámara generalmente rectangular. Entre ellos y aludiendo a los criterios métricos y funcionales antes apuntados, sólo dos o tres de ellos merecerían el nombre de «cista» por sus reducidas dimensiones (Cfr. Andrés, 1978, 23). Como reiteradamente han observado los investigadores del tema, estos dólmenes no son muy grandes por lo general y, en compensación, suelen corresponder dentro del área a las zonas de máxima concentración dolménica y a un medio ambiental calificado habitualmente como de «montaña».

El otro gran grupo comprende los sepulcros de corredor, dólmenes excepcionales en la zona tanto por su menor número como por su mayor tamaño a los que en contrapartida se suele denominar «de llano». En este segundo grupo cabría incluir ejemplares morfológicamente «típicos» y otros asimilables al tipo primario, alguno de los cuales integrarían una de las más características «variantes locales» de los sepulcros de corredor adoptada precisamente en la zona «de montaña».

Los sepulcros de corredor más próximos al tipo primario constan de cámara poligonal o de tendencia circular y un pasillo o corredor que en algunos casos conserva las losas transversales de cierre o parte de la cubierta. La cubierta de la cámara se conserva en *La Cascaja* (Barandiarán, Fernández Medrano, 1958, 59) y en el sepulcro reconstruido de *La Chabola de la Hechicera* (Apellániz, Fernández Medrano, 1978), siendo en ambos casos adintelada. Sigue en pie el problema del techado de las cámaras de diámetro relativamente amplio de algunos sepulcros como *El Sotillo* o *San Martín*. En resumen, los sepulcros de corredor más cercanos al tipo primario (aunque sin considerar la forma del túmulo, muy alterado en la mayoría de ellos), casi todos en situación «de llano», son los siguientes (vid. representación de las plantas en Apellániz, 1973, 171-210): *San Martín*, *El Sotillo Layaza*, *La Cascaja* (en La Rioja), *El Encinal*,

*Chabola de la Hechicera, Los Andrinales, Igartza Oeste, Gúrpide Norte, San Sebastián II*, a los que se pueden añadir *La Lastra y Campas de la Choza, Alto de la Huesera y Sorginetxe*, cámaras poligonales que muy probablemente tuvieron corredor. Todos ellos en Rioja y Llanada Alavesas y cuenca del río Bayas.

Entre los sepulcros de corredor con cámara cuadrangular destaca el de *Aitzkomendi* (Barandiarán, 1966), el dolmen mayor del área, construido con grandes losas para los ortostatos y la cubierta adintelada. En una clasificación jerárquica que atendiese a la construcción y el esfuerzo en ella empleado, sin duda alguna *Aitzkomendi* ocuparía el primer lugar. Las grandes dimensiones del túmulo, en relación directa con las necesidades constructivas, son otro elemento más de su grandiosidad. No conserva el corredor, que es citado y descrito por su primer investigador, P. A. de Zabala (Cfr. Barandiarán, 1966, 28), pero, aunque así no fuera, estamos ante un caso en el que es imprescindible ese elemento de acceso hasta la cámara, a través del gran túmulo.

Una serie de ejemplos con cámara rectangular o cuadrada compondrían el grupo de sepulcros de corredor adaptados como variante local en ambientes «de montaña»; estas cámaras suelen conservar la cubierta, siempre adintelada y son de dimensiones importantes; construidos con losas grandes y bien escuadradas, algunos con el ortostato anterior o posterior de menor altura, conformando respectivamente una «puerta» o «ventana». Sus túmulos, constituidos básicamente de piedras, son hoy día auténticos galgales; en algunos se pudo comprobar la existencia de un corredor (14). Aparte de la semejanza tipológica, otro factor que nos inclina a aceptar esta variante local, es la uniformidad de tamaños que se observa en algunos de sus ejemplares; entre los mejor conservados, una quincena de estos dólmenes miden aproximadamente entre 2 y 3 m<sup>2</sup> de superficie, 5 de ellos están exactamente en la media de 2,5

m<sup>2</sup> y sólo dos sobrepasan ligeramente los 3 m<sup>2</sup> (15). Sin duda la materia prima accesible en el entorno, las necesidades rituales y sociales, conjugadas con las dimensiones de los grupos humanos que los construyeron, condicionaron la morfología de estos monumentos de modo matizadamente distinto al de otros ambientes de la zona.

Los casos únicos y/o anómalos, de difícil ubicación tipológica, cuya forma debe razonarse sin descartar los accidentes de la construcción o conservación, son: *Gúrpide Sur* (A. 1973, 176), *Etxarriko Portugaño I* (A. 1973, 291) y *La Mina* (A. 1973, 182). Aparte de estos tres monumentos, (Vid. Andrés, 1978, 37-38), los excepcionales dólmenes de Artajona (*El Portillo de Eneriz* y *La Mina de Farangortea*), en la Navarra Media, siempre han planteado la duda de su adscripción tipológica; como a medio camino entre el sepulcro de corredor y la galería cubierta, tanto podríamos considerarlos variantes de uno como de otra. Pero las galerías cubiertas exigen para su definición como tales, condiciones más precisas, como la idéntica altura y anchura en toda su longitud (además de ciertas proporciones de tamaño no tan claramente establecidas), que no cumplen estrictamente los monumentos de Artajona, razón por la que es preferible considerarlos como variantes de sepulcro de corredor, grupo más elástico por responder estructuralmente a las exigencias de su función, que señalábamos al principio, sin limitación y con libertad interpretativa, mientras que la estructura de lo que hoy conocemos como galería cubierta, exige una intención previa de realizar una cámara rectangular de dimensiones excepcionalmente desproporcionadas en su longitud, (que es lo que realmente son las galerías cubiertas) y que pueden tener diversos sistemas de acceso. El rasgo más llamativo de los sepulcros de Artajona son las losas perforadas, situadas como puertas entre el corredor y la cámara, y que, aparte de su tipología, los convierten en únicos en la zona (16).



Lámina 3.  
Sepulcro de corredor de la Chabola de la Hechicera (Elvillar), en la Rioja Alavesa. Vista desde el SE; en primer plano, a la izquierda, el inicio del corredor.

Enlazando con lo anterior, se puede afirmar que no contamos con auténticas galerías cubiertas, al menos en el sentido en que se definieron las características del tipo primario, ya mencionadas, y a las que se añade un túmulo de forma oval o alargada. Si admitimos la posibilidad de una adaptación de este tipo primario, tendríamos que caracterizarla en primer lugar por unas proporciones modestas que apenas sobrepasan los 3 m. de longitud máxima.

Algunos monumentos podemos comentar en este apartado. El dolmen navarro de *Venta de Arrako* (A. 1973, 315); Maluquer de Motes, 1963, 103-105), sería el ejemplo más fácilmente asimilable al tipo primario; consiste en una cámara rectangular de unos 5 m. de longitud, cuyos lados convergen ligeramente hacia la entrada, situada en el centro de un túmulo oval cuya forma está claramente delimitada por un contorno peristáltico de piedras independientes.

También *Jentilarri Este* (A. 1973, 249) podría ser un aceptable ejemplo de galería cubierta; consta de una cámara rectangular de 3 m. de longitud, separada de un «corredor» de la misma altura y anchura.

El desaparecido monumento de *Eskalmendi*, cerca de Vitoria, lo conocemos por las descripciones de sus primeros investigadores, de fines del siglo XIX, y éstas parecen reflejar los caracteres típicos de las galerías cubiertas. Se cita su túmulo elipsoidal y las paredes paralelas del monumento «formando calle o galería cubierta de losas que servían de techumbre...» (Seg. descripción de F. Navarro Villoslada que recoge J. Elosegui, 1953, 235-236).

Se puede añadir la mención de una serie de monumentos que conocemos incompletos por la mala conservación de su planta original, pero las importantes proporciones y la forma de lo que de ellos queda, podrían ser tenidas en cuenta a la hora de rastrear posibles galerías cubiertas: son *Gúrpide Sur* (A. 1973, 176), *La Cañada* (A. 1973, 288), *La Mina* (A. 1973,

182) (17). *Las Campas de la Choza* (A. 1973, 168) y *Uelogoena* (Aranzadi, Barandiarán, Eguren, 1918). Al mencionar más arriba las proporciones y dimensiones que son exigibles en una galería cubierta, señalaba que en la zona que estudiamos sólo excepcionalmente podíamos detectar monumentos de este tipo de más de tres metros de longitud; por esa razón, justo es mencionar aquí el dolmen de *Beotegui* (A. 1973, 247), tipológicamente un dolmen simple, rectangular y cerrado pero con una notable longitud de más de tres metros y con la peculiaridad de tener uno de sus lados largos formado por una sola losa, de esas excepcionales dimensiones (Vid. Aranzadi, Barandiarán, Eguren, 1920, 29-31).

Finalmente, puede ser útil apuntar que los monumentos comentados en los últimos apartados, tanto los de tipología anómala o dudosa como las posibles galerías cubiertas, se distribuyen preferentemente por la zona Oeste del área estudiada, con alturas medias y también en zonas montañosas, más altas, de divisoria de vertientes o valles de alta montaña (*Venta de Arrako*), estando ausentes de las zonas riojanas, claramente caracterizadas por los sepulcros de corredor.

Muchos más problemas referidos a la tipología dolménica, relacionando ésta con la distribución, cronología, etcétera, se podrían abordar, pero excederían con mucho los límites marcados a este trabajo. Diversos estudiosos se han preocupado de aspectos como la procedencia y características del material de construcción, del tamaño y la forma de los túmulos y otros temas han llamado especialmente la atención, como es el de las orientaciones que quizá ha preocupado de forma excesiva o con lo que me atrevería a calificar de criterio metodológicamente equivocado, ya que dentro de la general, aceptada y comprobable relación de las orientaciones dolménicas con la salida del sol, creo que las diferencias detectables entre unos y otros monumentos no deben

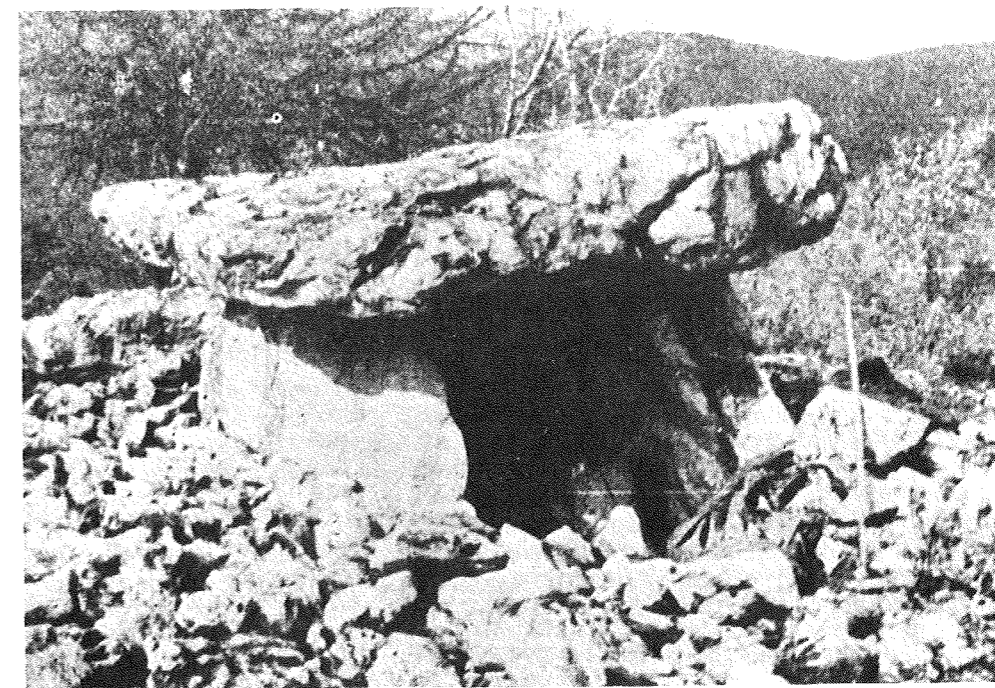


Lámina 4.  
Dolmen de Arzabal, en el Aralar. Cámara rectangular y túmulo de piedras; posiblemente tuvo corredor. El bastón de referencia mide 1 m. de longitud. (Seg. J. Elosegui, 1953).

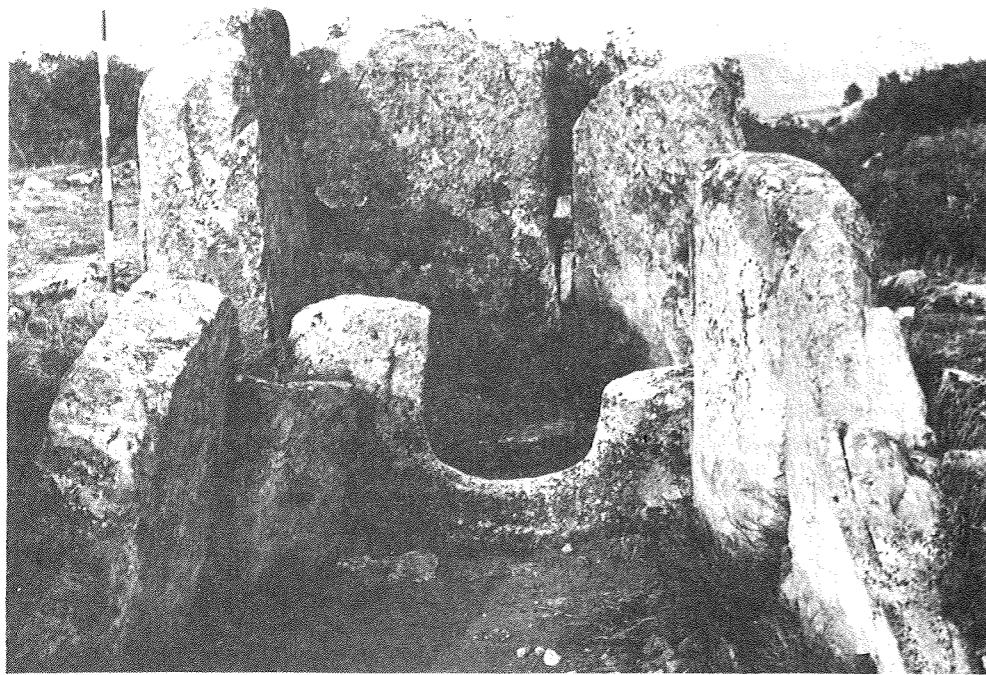


Lámina 5.  
Portillo de Eneriz  
(Artajona)  
en la Navarra Media.  
Losa perforada,  
vista desde el corredor.

explicarse con mediciones de brújula (muy variables además según quién, cuándo y con qué aparato se realicen), ni tratando de relacionar ciertas preferencias en orientación con determinados tipos dolméticos sin otro tipo de comprobación, sino observar la variación existente en las orientaciones en relación con la salida del sol en los distintos puntos geográficos y en las distintas fases del ciclo anual, pues tales diferencias podrían depender de la época del año en que fueron construidos, en combinación con la orografía del territorio sobre el que se asientan; la consideración de ambos factores además de explicar esas variaciones, podría abrir la puerta para interpretar o comprobar por otras vías aspectos rituales, culturales o económico-sociales, como el ya mencionado de la trashumancia.

## CRONOLOGIA

Determinar la fecha de construcción de los monumentos megalíticos no es una tarea sencilla en el caso que nos ocupa, puesto que la base de nuestra información, los elementos de cultura material que puedan aportar datos cronológicos, procede exclusivamente del contenido de las cámaras sepulcrales, que, como es sabido, no tiene por qué corresponder necesariamente al momento de construcción del monumento, y lo mismo puede decirse de nuestras fechas radiocarbónicas.

El tema es lo suficientemente complejo como para impedir su tratamiento en profundidad aquí, y necesariamente habrá que exponer esquemáticamente el asunto. Ante la imposibilidad de extraer deducciones cronológicas de la propia tipología de los monumentos, son los ajuares que contienen los que aportan datos en este sentido, a pesar de los ya conocidos problemas planteados por la reutilización.

Sin entrar ahora en las razones que justifican esta filiación cronológica, sabemos que los objetos de

cultura material más fácilmente caracterizables corresponden a una cronología eneolítica, indicando lo que parece una intensa utilización dolmética en esta etapa, impresión de asiduidad que puede resultar errónea (18). Aunque en ciertos casos sean más difíciles de delimitar cronológicamente, son también abundantes los objetos que indican cultura y datación neolíticas, y esto de forma general, sin que esta temprana cronología se pueda asociar a un determinado tipo de dolmen o entorno geográfico-económico diferenciado.

A partir del paralelismo de ciertos objetos, las dataciones radiocarbónicas procedentes de algunas cuevas de la zona autorizan a fechar el inicio de las construcciones dolméticas con anterioridad al 3000 antes de la Era. Por otro lado, dos dataciones C.14 obtenidas en sepulcros artificiales, la primera del túmulo-dolmen de *Kurtzebide* (Vegas, 1981, 57), de 2.495 b. c. y la segunda del sepulcro de corredor riojano de *Peña Guerra II* (Pérez Arrondo 1985, nota 6 bis), de 2.680 b. c., coincidentes con ajuares paralelizables a los del nivel inferior del sepulcro de corredor de *San Martín* (Barandiarán, Fernández Medrano, 1964), indican una cronología muy de fines del Neolítico pero claramente precalcolítica y confirman por esa razón el carácter también neolítico de su contexto arqueológico. Como apuntábamos arriba, dichas dataciones son, en todo caso, posteriores a la construcción de los monumentos, pues no proceden de su asentamiento o plataforma sino del relleno cameral (filtrado entre las grietas de la roca de base en el caso del enigmático *Kurtzebide*). Por tanto, de momento, no hay nada que desmienta el hipotético inicio del megalitismo en la zona, en torno al 3200-3300 antes de la Era.

## A MODO DE CONCLUSION: COMENTARIO Y PROBLEMAS

Este sintético estado de la cuestión, ni exhaustivo ni equilibrado, podría complementarse con la alu-

sión a algunos de los problemas que se derivan inmediatamente de la mención de lo descriptivo; enfoques o factores que hoy consideramos como significativos, aunque en modo alguno hayamos superado las más tradicionales preocupaciones sobre cronología o filiación cultural de los megalitos de la zona.

En el primario y más elemental quehacer de la investigación arqueológica, vimos que la distribución geográfica de los monumentos (combinando rasgos de tamaño, tipo y densidad), había permitido delimitar dos ambientes geográficos («de montaña» y «de llano»), en relación con la vertiente económica dominante que se supone a los distintos grupos y de cronología básicamente equivalente. En este apartado los problemas más acuciantes se refieren a la relación entre dichos ámbitos, según sean los mismos grupos humanos (trashumantes) los responsables de la construcción de las tumbas en esos dos distintos enclaves, o sean diferentes grupos, sin duda relacionados, pero con una distinción de territorio o hábitat preferente en cualquiera de los dos ambientes, con una forma de vida no necesariamente estable de modo absoluto, pero sí con territorios propios para enterrar a sus muertos y manteniendo entre ellos intensas relaciones de intercambio cultural y económico.

En conexión con este posible régimen de vida no estable y dentro de una utilización dolmética cronológicamente simultánea en líneas generales, el análisis más detallado del contenido dolmético podría permitirnos delimitar etapas de uso preferente o momentáneo abandono, en las diferentes subáreas megalíticas de la zona. De igual forma la observación de una orientación dominante en los monumentos de los distintos enclaves, respecto a elementos de referencia naturales, puede ayudar a delimitar épocas de construcción preferidas y con ello facilitar el conocimiento del régimen de habitación anual en las diferentes subáreas.

El análisis minucioso de todo un primer bloque de información en sentido descriptivo-geográfico-tipológico (sin olvidar otro acervo de datos: el procedente de los ajuares dolméticos), es la base imprescindible, pero aún incompleta, para asentar cualquier alusión ulterior, medianamente seria, al tema de las influencias y filiaciones culturales del área con el exterior transpirenaico y peninsular. En este terreno sólo es aceptable, por el momento, una delineación muy general de influencias, sin detenerse demasiado en citar como prueba casos particulares deficientemente conocidos (19).

Así, las diferencias observables en preferencias tipológicas, como los ejemplos citados (sepulcros de corredor en Rioja Alavesa, cámaras rectangulares en Aralar-Urba) es tentador interpretarlas como derivadas de un diferente origen cultural, pero desconocemos el porcentaje de responsabilidad que en esas diferencias pudieran tener: la adaptación de la idea megalítica a los distintos ambientes, los diferentes materiales accesibles, los desfases cronológicos (aunque fuesen pequeños para ser controlados arqueológicamente), las diferentes exigencias de capacidad en los monumentos según el tamaño demográfico del grupo y un montón de factores más que convierten en excesivamente simples las explicacio-

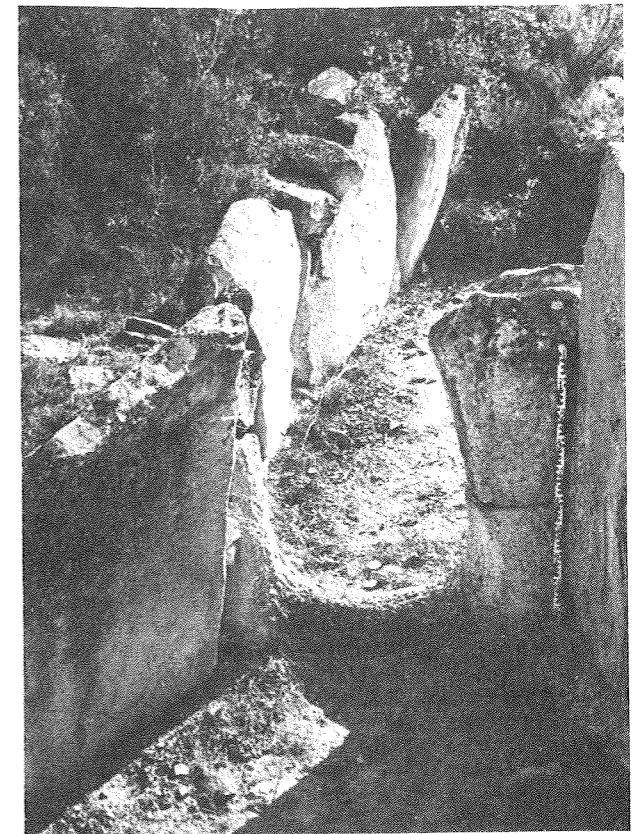


Lámina 6. La Mina de Farangortea (Artajona). Losa perforada vista desde la cámara.

nes que hoy damos para justificar las supuestas líneas dominantes de influencia cultural.

Contando pues con que se trata de una simplificación, podemos sintetizar fácilmente (por desconocido) el panorama general de las relaciones culturales de la zona: Relación con la Europa occidental transpirenaica, sin que sea posible decidir si el contacto se efectuó por tierra, mar o por ambas vías (tema trivial, de momento); la influencia transpirenaica es aceptable, en principio, hasta más al sur de las sierras que separan la vertiente atlántica de la mediterránea. Relación con el Occidente peninsular, muy probablemente a través de la Meseta Norte, siendo posible apreciar tal influencia hasta los sepulcros de corredor de la Rioja Alavesa, al sur de la Sierra de Cantabria. Ninguna prueba de relación con el núcleo megalítico más importante hacia el Este: el grupo del Pirineo Oriental o núcleo megalítico catalán. No contamos con dato alguno que nos ayude a justificar el vacío dolmético (o de otras tumbas que pudieran sustituir a los dólmenes), del centro del valle del Ebro, vía de comunicación por antonomasia. El megalitismo del Pirineo y Prepirineo centrales (provincia de Huesca), no creo que deba ser interpretado como prueba de conexión dolmética entre los dos extremos de la cadena montañosa, siendo más bien una extensión de estos dos importantes núcleos (catalán y vasconavarro) y también de la vertiente francesa, al norte. Es evidente la posibilidad de comunicaciones en sentido E-W en el ámbito pirenaico, con diversos pasillos o canales, pero siempre difícil, o más difícil que otros caminos; esta posibilidad de comunicaciones justifica la difusión del

megalitismo hacia el centro de la cadena desde sus extremos, pero no un contacto directo y culturalmente significativo entre estos.

Como todo lo que exceda lo descriptivo se convierte en peligroso, poco más queda por decir; ya aludimos al carácter totalmente incógnito de los aspectos socioeconómicos de los distintos grupos que construyeron los dólmenes, lo mismo que todo lo relativo a su utilización en cuanto a ritmo, interrupciones de uso, etcétera. En este capítulo, un aspecto que llama la atención por problemático e interesante es la abundancia de elementos que parecen indicar un intenso uso dolménico en el calcolítico campaniforme

## NOTAS

(1) Es imposible sintetizar en pocas palabras la ingente labor y la riqueza de aspectos relacionados con el megalitismo que han ocupado a estos investigadores vascos y navarros, baste mencionar los estudios antropológicos de T. de Aranzadi y la interpretación del fenómeno a través de claves etnográficas y económicas de J. M. de Barandiarán, como complemento de las sistemáticas prospecciones y excavaciones, que prosiguieron con T. López Sellés, J. Elósegui o D. Fernández Medrano, base de posteriores catálogos y síntesis; la labor más reciente, del Instituto Alavés de Arqueología, con J. I. Vegas y otros investigadores, y de la Sociedad de Ciencias Naturales Aranzadi, de San Sebastián. Además de gozar de esta tradición, otros estudios, de carácter general y sintético, se han ocupado del área, incluyendo en el ámbito cultural megalítico con distinto énfasis según el aspecto que a cada investigador interesaba resaltar; desde la formulación de la «cultura Pirenaica» de P. Bosch Gimpera, pasando por los renovadores estudios de J. Maluquer de Motes, hasta las más recientes síntesis de J. M. Apellániz.

Quienes se han ocupado del estudio directo de la zona, normalmente destacan su papel como paso de corrientes e influencias culturales entre la Península y Europa; mientras que otras referencias, indirectas o enfocadas erróneamente a través del objetivo del Sureste y que solían explicar el megalitismo peninsular como un todo cultural, solían ver el Pirineo en general y la Cuenca alta del Ebro como zona retardataria cronológicamente y culturalmente retrasada. Resumiendo, a pesar del desconocimiento por parte de la investigación «oficial», el área es, historiográficamente, una de las más ricas del megalitismo peninsular.

(2) Véase el mapa de distribución de dólmenes y cuevas de J. M. Apellániz: *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco Meridional*, San Sebastián, 1973, obra que sigue siendo básica por la catalogación y representación gráfica de plantas y distribución dolménicas y a la que en adelante remitiré para los aspectos descriptivos, citándola abreviadamente como A. 1973.

(3) Tal interpretación fue avanzada por Aranzadi y Ansoleaga, 1915 y 1918 desde sus primeras investigaciones dolménicas, reafirmada y explicada en varias de sus obras de síntesis por J. M. de Barandiarán (1934 y 1953) y modernos estudios (Ciprés, Galilea, López, 1978; Galilea, 1981), abundan y profundizan en el tema. Dicha forma de vida se predica para estas zonas de forma aparentemente incontestable, pues las condiciones del entorno son muy aptas para este tipo de actividad y podemos aventurar que desde la Prehistoria reciente dichas condiciones no habrán variado sustancialmente. El peligro de tan usual interpretación, reside, a mi modo de ver, en el régimen de trashumancia que (aunque sea implícitamente) se supone para gentes y ganados, extrapolando sistemas económicos actuales sin que paralelamente se haga lo mismo con las costumbres fu-

me si bien tal intensidad puede ser ficticia y derivada de la más fácil caracterización de los ajueres calcolíticos que, en ocasiones, ha llegado a enturbiar la filiación neolítica de los dólmenes en general. Además en algunos dólmenes de la zona se puede afirmar que la utilización campaniforme no sigue inmediatamente a la neolítica sino que se da un aparente momento de abandono. Pero la simple enumeración de los problemas que sugiere este proceso del uso dolménico a lo largo de una prolongada etapa de pervivencia como forma funeraria, excedería el propósito primariamente descriptivo que nos habíamos propuesto.

nerarias. Sin negar la posibilidad y ventajas de una economía de vertiente básicamente pastoril en la mayor parte de la zona que estudiamos, debemos no olvidar nuestro desconocimiento de la mentalidad de las gentes dolménicas, que nos impide conocer con objetividad incluso parámetros que podríamos considerar susceptibles de reflejarse en el registro físico-arqueológico, como puede ser el sentido de territorio. El modelo de la trashumancia trasladado a la época dolménica sugiere que determinadas comunidades no sólo poseían y se beneficiaban de dos territorios («montaña» y «llano»), lo cual podría ser aceptable, sino que además tenían tumbas de invierno y otras de verano. Esta clase de reflexiones y los enunciados resultantes, que no podemos ni afirmar ni negar por el momento, nos avisan nuevamente de la necesidad de analizar y matizar más profundamente las comparaciones etnográficas aun cuando en una aproximación inicial parezcan incontestables.

(4) Comentario pormenorizado sobre la situación de las estaciones dolménicas en relación con las posibilidades más favorables del ecosistema y vías de comunicación, pueden verse también en Andrés, 1978, 71 y ss.

(5) Véanse las varias publicaciones de C. Pérez Arrondo que sintetizan sus investigaciones sobre el tema (Pérez Arrondo, 1983, 1984 y 1985).

(6) Ya se ha aludido en la nota 3 a este asunto; conviene aquí resaltar la importancia de los estudios centrados sobre áreas muy localizadas y que comprenden ámbitos diferentes (de montaña y llano), como los citados de Ciprés, Galilea, López, 1978 y Galilea, 1981. En el primero de ellos, los autores plantean la posible relación de las sierras de Bada y Guibijo con el valle de Cuartango, con valoración de los caminos tradicionales, preferencias en la situación de los dólmenes, etcétera. Igualmente en el estudio de Galilea se destaca la relación económico-cultural entre la sierra de Entzia y la Llanada Alavesa y sus dólmenes respectivos.

(7) Por la proximidad del tema de su investigación con lo que aquí se trata y en este contexto general al que ahora me refiero, nos puede servir de modelo la definición de J. Maluquer de Motes (1963, 91): «Todos los monumentos que conocemos con el nombre de sepulcros megalíticos, responden a una unidad conceptual: significan la construcción de una sepultura destinada a ser utilizada más de una vez.»

(8) El ejemplo más depurado, muy próximo a la zona que se estudia, es *La Atalayuela* (Agoncillo, La Rioja) (I. Barandiarán, 1978). Los posibles paralelos más cercanos a esta tumba se recogían en Andrés, 1977, 111, donde se alude igualmente a las diferencias de estructura y utilización, dentro de una misma función funeraria, entre fosas individuales y colectivas, entre inhumación colectiva simultánea o acumulativa y el distinto carácter que puede revestir en fosas o dólmenes. Aunque algunos autores se han referido al tipo sepulcral de fosa-túmulo no megalítico como

adaptación de la idea dolménica a zonas donde la piedra no abunda, no es este el caso de nuestra área; además y según las diferencias a que antes aludíamos, el monumento sustitutivo del dolmen debería reflejar un uso colectivo o múltiple pero no necesariamente simultáneo, como podría ser el caso de un túmulo no megalítico en el que fuera posible distinguir varias sepulturas individuales. Sobre diferencias estructurales entre túmulos y dólmenes y su incidencia sobre o condicionamiento por la tipología, con las variedades de ritual discernibles en el área, puede verse también Andrés, 1979.

(9) Sistema preconizado por O. Montelius en la segunda mitad del siglo XIX utilizado inmediatamente por varios investigadores, entre ellos los estudiosos de los megalitos bretones (Cfr. L'Hélégouach, 1965, 5) y luego por la práctica totalidad de los autores europeos con diversas adaptaciones locales. La terminología, caracteres y rasgos definitorios de los tres tipos primarios fueron recogidos y sistematizados en varias ocasiones por diferentes investigadores, entre ellos J. Arnal (1965).

(10) Pero el «talón de Aquiles» de nuestras tipologías es la imposibilidad o dificultad al menos, para averiguar cuáles fueron los factores o segmentos significativos en la Prehistoria; de modo que una clasificación de formas cuanto más minuciosa sea corre el peligro de estar menos de acuerdo con la realidad prehistórica. Así, el diferenciar unos tipos respecto a otros por el número de losas que tienen en sus lados o la mayor o menor convergencia de los ortostatos de la entrada, puede resultar trivial, por deberse más probablemente a distintas causas circunstanciales de la construcción o conservación que a una intención previa de sus constructores como traducción de un deber o imposición ritual, social o económico.

(11) Las razones para adoptar estos criterios fueron expuestas en Andrés, 1977, 87 y ss. y 1978 *passim*.

(12) En mi opinión no es correcta la interpretación que del enunciado de Maluquer de Motes hace J. J. Vivanco (1981, 69), como tampoco lo es el significado que atribuye a una propuesta mía referida a establecer un límite mensurable y objetivo en la distinción entre cista y dolmen simple, justificable ante el deficiente estado de conservación de los monumentos que haría imposible, en la mayoría de los casos, la aplicación práctica de los criterios de Maluquer de Motes y formulada únicamente para evitar la confusión o ambigüedad de ambos términos en la bibliografía arqueológica. La justificación de estas distinciones métricas, a las que alude equivocadamente Vivanco (1981, 141), se refieren también y con los mismos criterios de objetividad, a la diferenciación entre dolmen simple y galería cubierta (*vid.* Andrés, 1978, 20).

(13) La clasificación brevemente descriptiva que ahora sigue de los megalitos del área puede ser ampliada e ilustrada, aparte del imprescindible catálogo de Apellániz, 1973, con las obras que se comentan a continuación. En sus publicaciones de 1974 y 1975 Apellániz expone, aunque no sistemáticamente, sus criterios tipológicos y de denominación y clasificación cronológica de los monumentos megalíticos del área. Una ampliación de los rasgos morfológicos, constructivos y de los criterios de clasificación de los dólmenes según mi perspectiva, puede verse en Andrés, 1978. Varios aspectos tipológicos, básicamente dimensionales, con aplicación de la tipología propuesta por Apellániz y conclusiones sustancialmente cuantitativas, se recogen en la citada obra de Vivanco, 1981.

(14) La excavación e investigación de los dólmenes de las sierras de Aralar y Urbasa se cuentan entre las más antiguas de la zona y se deben a J. Iturralde y Suit, T. de Aranzadi, F. de Ansoleaga, J. M. de Barandiarán y E. de Eguren y son encomiables por su precisión. Al excavar alguno de estos dólmenes se apreció la existencia de un corredor de las finas entre las piedras del galgal, como en *Arteko Saro* (Aranzadi, Barandiarán, Eguren, 1923, 8-10), lo que nos sugiere la posibilidad, antes aludida, de un corredor propiamente dicho o bien de un vestíbulo al aire libre o acceso delimitado hasta la cámara.

(15) Los dólmenes a que me refiero, según las estacio-

nes definidas por Apellániz, 1973 (véanse en esta obra las plantas de los monumentos) son: En la estación del Aralar Meridional: *Olaberta, Soiltxiki, Elurmenta, Debata Realengo, Arzabal, Debata Arrauzu I*; en el Aralar Oriental: *Aranzadi, Urdenas, Pamplonañaña, Armendia, Ziñeko Gurutze I*; en Urbasa: *Arteko Saro, Etxarriko Portugaño I*, y en Larraun, contigua a Aralar Oriental: *Larrazpil y Pagamendi*. Entre todos destaca *Arteko Saro* también por la altura interior de su cámara.

(16) Los sepulcros de Artajona fueron estudiados en profundidad por Maluquer de Motes (1963, 110-123). Ante los problemas de definición que presentaban las plantas de estos dólmenes, creí conveniente la publicación de nuevos planos dibujados desde el nivel de la raíz de los ortostatos (algunos de ellos muy inclinados hacia el interior, partidos y reintegrados a su posición original a partir de los trabajos de Maluquer de Motes). Dichos planos, que pueden verse en Andrés, 1977 a, no difieren sustancialmente de los ofrecidos por Apellániz (1973, figuras 239 a y 240). Posteriormente Vivanco (1981, 117), bajo el nombre de «Artajona» reproduce la planta de *El Portillo de Eneriz*, tomándola de Maluquer de Motes (1963, 111), que representa este monumento con las proporciones de una galería cubierta.

(17) La planta de este monumento aparece artificiosamente prolongada en la publicación de Vivanco (1981, 116; Cfr. con el dibujo original en Barandiarán, Fernández Medrano, 1958, 37 y 49), al añadir a la planta dos ortostatos que Apellániz (1973, 182) dibuja en corte y a continuación de la planta, dando un primer paso en la interpretación errónea del dibujo original. También está ligeramente deformado el dibujo que ofrece Vivanco de *Gurpide Sur* (Cfr. con el original en Barandiarán, Fernández Medrano, 1958, 34-46) exagerando las proporciones en favor de la galería cubierta. J. M. Apellániz (1973, 327) cataloga como posible galería cubierta el dolmen de *Berdaritz*, pero sin citar sus medidas.

(18) Recientemente he intentado una aproximación a los problemas relativos a la cronología del uso megalítico y los fenómenos, apenas intuidos, de interrupción en el uso, duración de las etapas de utilización, alternancias o variaciones en este proceso entre las distintas áreas, etcétera (*vid.* Andrés, 1985). Son numerosos los estudios y opiniones divergentes sobre cronología dolménica en la zona, tanto generales como centrados en temas específicos relacionados; pueden citarse como más significativos y citándonos a la última década de investigaciones, los de Apellániz (1974, 329), Maluquer de Motes (1974, 87), Andrés (1977, 84-86, 113-127) y Delibes (1983).

(19) Tal definición de influencias generales, como era de esperar, no presenta muchas novedades; la conexión con el mundo europeo transpirenaico fue ya avanzada por T. de Aranzadi, J. M. de Barandiarán y E. de Eguren (1927, 38). El contacto de filiación cultural respecto al megalitismo del Oeste peninsular fue señalado por P. Bosch Gimpera en varias de sus obras y tal conexión fue igualmente aceptada por Maluquer de Motes (1963, 147), referida explícitamente a la arquitectura de los sepulcros de corredor y rechazando la relación, en este mismo aspecto, de tales sepulcros con el área transpirenaica; también se define negativamente Maluquer de Motes respecto a la posibilidad de que la idea megalítica llegara a la zona a partir del Pirineo Oriental, aunque reconoce la posibilidad de relaciones en época posterior, a lo largo de la prolongada etapa de uso megalítico. Más recientemente un trabajo de H. N. Savory se ocupa del tema de contactos y filiaciones; su mayor importancia radica posiblemente en destacar el papel del área como clave de las relaciones megalíticas entre Europa y la Península Ibérica, y en haber llamado la atención de los investigadores sobre la zona, meta que no consiguió la numerosa y científicamente digna bibliografía local; en lo que nos interesa, destaca muy justamente la convergencia de dos corrientes de trazos culturales: transpirenaicos y del Oeste peninsular (Cfr. Savory, 1975, 170), aunque los ejemplos citados para confirmar esta visión (no muy novedosa en sí), no son válidos, como el mismo autor reconoce más adelante.

- A., 1973 (Vid. Apellániz, 1973).
- Andrés, T. (1977): «Las estructuras funerarias del Neolítico y Eneolítico en la Cuenca Media del Ebro: consideraciones críticas», *Príncipe de Viana*, 146-149, págs. 65-129.
- Andrés, T. (1977 a): «Los sepulcros megalíticos de Artajona», *Príncipe de Viana*, 148-149, págs. 403-422.
- Andrés, T. (1978): *Estudio tipológico-arquitectónico de los sepulcros del Neolítico y Calcolítico de la Cuenca Media del Ebro, Zaragoza*.
- Andrés, T. (1979): «Ritos funerarios de la Cuenca Media del Ebro: Neolítico y Eneolítico», *Berceo*, 97, págs. 3-25.
- Andrés, T. (1985): «Sobre cronología dolménica: País Vasco, Navarra y Rioja», *Homenaje al Profesor A. Beltrán*, Universidad de Zaragoza (en prensa).
- Apellániz, J. M. (1973): «Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco Meridional», San Sebastián (suplemento núm. 1 de *Munibe*).
- Apellániz, J. M. (1974): «El grupo de Los Husos durante la prehistoria con cerámica en el País Vasco», Vitoria (*Estudios de Arqueología Alavesa*, VII).
- Apellániz, J. M. (1975): «El grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica», San Sebastián (*Munibe* XXVII, fasc. 1-2).
- Apellániz, J. M.; Fernández Medrano, D. (1978): «El sepulcro de galería segmentada de la Chabola de la Hechicera (Elvillar, Alava)». Excavación y restauración, *Estudios de Arqueología Alavesa* 9, págs. 141-221.
- Apellániz, J. M.; Llanos, A.; Fariña, J. (1967): «Cuevas sepulcrales de Arralday, Lechón, Calaveras y Gobaederra (Alava)», *Estudios de Arqueología Alavesa II*, págs. 21-47.
- Aranzadi, T. de; Ansoleaga, F. de (1915): *Exploración de cinco dólmenes del Aralar*, Pamplona.
- Aranzadi, T. de; Ansoleaga F. de (1918): *Exploración de catorce dólmenes del Aralar*, Pamplona.
- Aranzadi, T. de; Barandiarán, J. M. de; Eguren, E. de (1918): *Exploración de nueve dólmenes del Aralar guipuzcoano*, San Sebastián.
- Aranzadi, T. de; Barandiarán, J. M. de; Eguren, E. de (1920): *Exploración de siete dólmenes de la sierra de Ataun-Borunda*, San Sebastián.
- Aranzadi, T. de; Barandiarán, J. M. de; Eguren, E. de (1923): *Exploración de seis dólmenes de la sierra de Urbasa (Navarra)*, San Sebastián.
- Aranzadi, T. de; Barandiarán, J. M. de; Eguren, E. de (1927): *Exploración de ocho dólmenes de Altzania*, San Sebastián.
- Arnal, J. (1956): «Petit lexique du mégalithisme», *B. S. P. F.* LIII-9, págs. 518 y ss.
- Barandiarán, J. M. (1978): «La Atalayuela: fosa de inhumación colectiva del Eneolítico en el Ebro Medio», *Príncipe de Viana*, 148-149, págs. 381-422.
- Barandiarán, J. M. de (1934): *El hombre primitivo en el País Vasco*, San Sebastián.
- Barandiarán, J. M. de (1953): *El hombre prehistórico en el País Vasco*, Buenos Aires.
- Barandiarán, J. M. de (1966): «Exploración de Aizkomen-di», *Estudios de Arqueología Alavesa* 1.
- Barandiarán, J. M. de; Fernández Medrano, D. (1958): «Excavaciones en Alava», *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*, núm. 1 (En *Investigaciones en Alava 1957-1968*, Vitoria, 1971, páginas 33-86).
- Barandiarán, J. M. de; Fernández Medrano, D. (1964): «Excavación del dolmen de San Martín (Laguardia)», *Boletín de la Institución Sancho el Sabio VIII*, núms. 1-2 (En *Investigaciones...* Vitoria, 1971, págs. 147-173).
- Ciprés, A.; Galilea, F.; López, L. (1978): «Dólmenes y túmulos de las sierras de Guibijo y Badaya. Planteamiento para su estudio a la vista de los últimos descubrimientos», *Estudios de Arqueología Alavesa* 9, págs. 65-125.
- Delibes, G. (1983): «El País Vasco encrucijada cultural en el inicio del Bronce Antiguo (S. XVIII a. de C.)», *Varia II*, Valencia, págs. 131-164.
- Elósegui, J. (1953): *Catálogo dolménico del País Vasco*, Monografía núm. 9 del Grupo Aranzadi de Ciencias Naturales y Pirineos 28.
- Galilea, F. (1981): «Inventario y comentario sobre el hábitat y el fenómeno funerario según prospecciones efectuadas en la sierra de Entzia (Alava)», *Estudios de Arqueología Alavesa* 10, págs. 187-230.
- L'Helgouach, J. L. (1965): *Les sépultures mégalithiques en Armorique*, Rennes.
- Maluquer de Motes, J. (1963): «Notas sobre la cultura megalítica navarra», *Príncipe de Viana* 92-93, págs. 93-147.
- Maluquer de Motes, J. (1974): «En torno a la cultura megalítica de la Rioja Alavesa», *Estudios de Arqueología Alavesa* 6, págs. 83-90.
- Pérez Arrondo, C. (1983): «La cultura megalítica en la margen derecha del Ebro», *Ier Coloquio sobre Historia de la Rioja*, (Cuadernos de Investigación: Historia, t. IX), C. U. de la Rioja, págs. 51-63.
- Pérez Arrondo, C. (1984): «Aportaciones al estudio de la Edad de los Metales en el Valle Medio del Ebro. La cultura enolítica en La Rioja», *I Simposium de Historia de Calahorra*, 1982, págs. 27-45.
- Pérez Arrondo, C. (1985): «Eneolítico-Bronce en el Ebro Medio: algunos problemas arqueológicos», *XVII C. A. N., Logroño*, 1983, Zaragoza.
- Savory, H. N. (1975): «The role of the Upper Duero and Ebro Bassins in megalithic diffusion», *B. S. A. A.* XL-XLI, págs. 159-174.
- Vegas, J. I. (1981): «Túmulo-dolmen de Kurtzbeide en Letona». Memoria de excavación, *Estudios de Arqueología Alavesa* 10, págs. 19-66.
- Vivanco, J. J. (1981): «Orientación y tipología de las cámaras de los dólmenes de montaña y valle», *Estudios de Arqueología Alavesa* 10, págs. 66-144.

## Aspectos generales del fenómeno megalítico de la Submeseta Norte

Germán Delibes de Castro  
y Manuel Santonja Gómez

### I. EL SECTOR OCCIDENTAL

Al observar la dispersión de monumentos megalíticos sobre un plano a gran escala de la mitad occidental peninsular (Figura 1), puede apreciarse con claridad una zona con densidad media que coincide aproximadamente con la provincia de Salamanca, más concretamente con el espacio comprendido entre el Tormes, la frontera portuguesa y el límite con Zamora, si bien desborda todas estas líneas, que salvo en el segundo caso, el profundo tajo del Duero y su red, no constituyen ninguna barrera geográfica. Otro pequeño núcleo, aparentemente desconectado del Salmantino, se aprecia en el norte de la provincia de Zamora.

Las investigaciones sobre el megalitismo de este sector comenzaron a la vez que los estudios sobre la arqueología regional. Gómez Moreno a principios de siglo y poco después, entre 1912 y 1941, César Morán reunieron los datos sistematizados más adelante por Maluquer y sólo sensiblemente aumentados y modificados en estos últimos años (1).

El número de megalitos actualmente conocido debe estimarse, sin embargo, parcialmente representativo. No se ha realizado aún una prospección arqueológica sistemática de todo el territorio considerado, está en curso, y las efectuadas además son desiguales y pueden inducir a falsas interpretaciones, puesto que algunas zonas —el valle del Tormes por ejemplo— han sido recorridas con más asiduidad. En cualquier caso, aunque con la cautela que imponen las circunstancias, algunas consideraciones pueden, a nuestro juicio, desprenderse de los datos disponibles.

### El medio físico y el paisaje

A primera vista cabría plantear una fuerte correlación entre implantación megalítica y sustrato paleozoico. Esta coincidencia, que resulta además ob-

via, ya que si prescindimos de factores culturales la no existencia de rocas adecuadas supondría una dificultad considerable para la construcción de esta clase de estructuras, debe ser matizada. Así puede señalarse en Salamanca el ejemplo, entre otros, del túmulo de El Turrión, en Garcihernández, en pleno ambiente sedimentario y en el que se emplearon ortostatos trasladados desde varios kilómetros. Por otro lado el emplazamiento habitual, como inmediatamente veremos, son los fondos del valle, en los cuales muchas veces tampoco existen afloramientos rocosos. La consecuencia inmediata es que los grupos humanos que erigieron estos sepulcros poseían capacidad suficiente para transportar losas de tamaños adecuados para cada uso, con lo que la proximidad o no de afloramientos apropiados es un condicionante sólo relativo y sobre la ausencia, o mejor dicho, rareza, de túmulos megalíticos en el ámbito de sedimentos terciarios de la Meseta deberá considerarse además la influencia de otros factores.

Mayor importancia creemos que tiene constatar cómo la gran mayoría de estos monumentos se reparten por los fondos de valle de mejores condiciones para la ganadería, también para la agricultura, ocupando en ellos una posición topográfica preeminente, con frecuencia el borde de la primera terraza colgada sobre la vega. Así mismo es de interés señalar que en esta zona no puede establecerse ninguna división entre dólmenes de valle y de montaña, como ocurre en otras latitudes, pues aunque se conozcan algunos pocos ejemplos en alturas —Terradillos, Coto Alto—, siempre se trata de lugares conectados con los valles.

Dentro del ambiente descrito quizá merezca la pena retener la frecuencia con la que registramos dólmenes en las confluencias de los regatos más importantes con su colector, especialmente por la sugerente posibilidad de relacionar tal ubicación con la ocupación del territorio. Claro es que hace falta aún reunir datos más representativos antes de avanzar en esta reflexión.



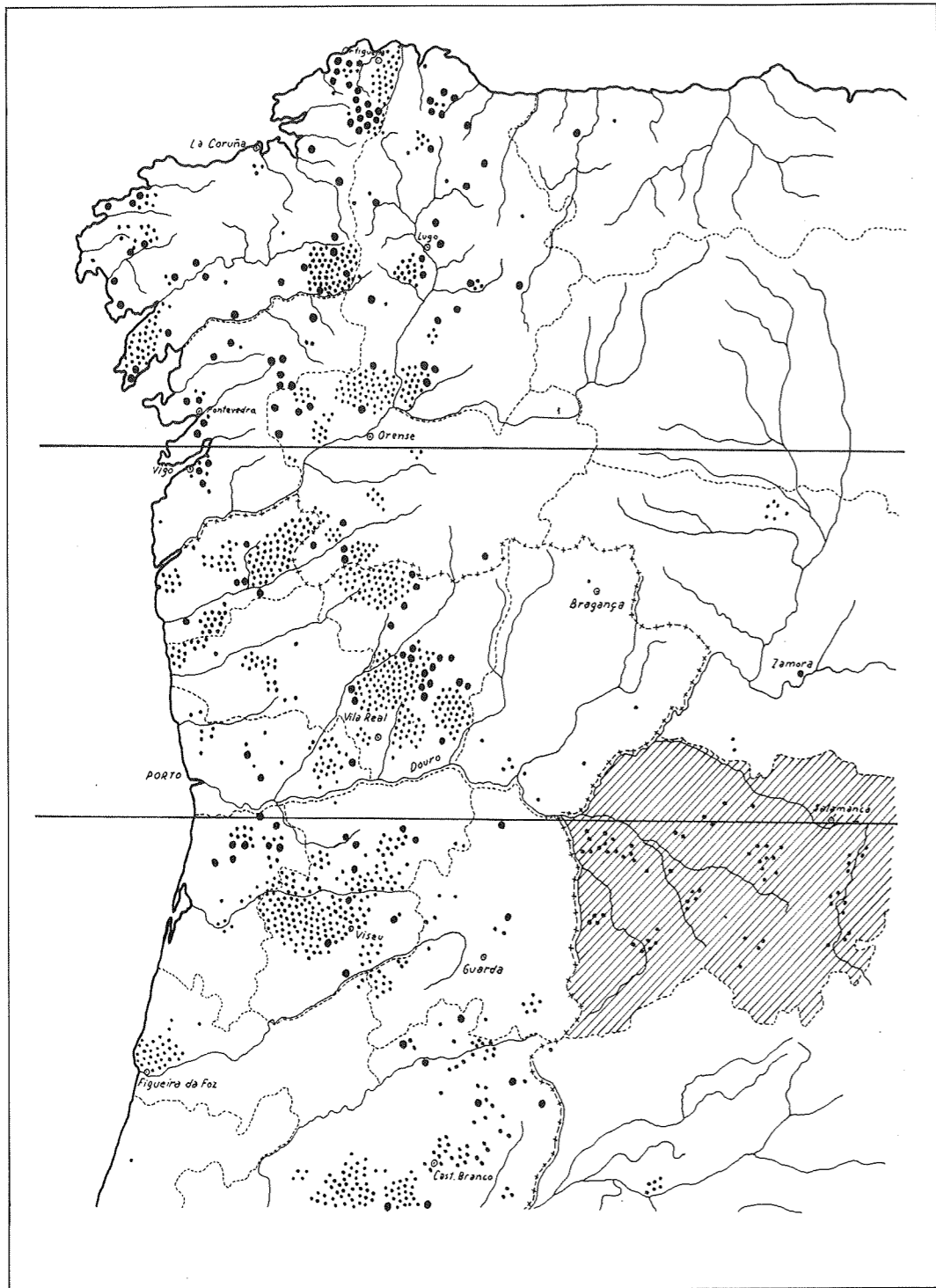


Figura 1. Distribución de sepulcros megalíticos en el Noroeste peninsular. Sombreado el espacio salmantino.

En muchos casos —como en La Veguilla o Castillejo de Yeltes— ha podido constatarse que los túmulos no aparecen aislados, sino formando grupos de hasta cuatro o cinco unidades, y otros han podido desaparecer, próximos entre sí. Sólo las excavaciones respectivas permitirían decidir si su uso fue simultáneo o sucesivo, pero en cualquier caso estas evidencias permiten considerar cierta intensidad en la ocupación humana de los alrededores. En tal sentido subrayamos la existencia de sitios de ocupación, próximos a los dólmenes (2), con materiales semejantes que invitan a relacionarlos.

#### Los túmulos y la arquitectura

La mayoría de los megalitos del campo zamorano-salmantino poseen una planta más o menos circular, junto a una característica silueta en artesa invertida —los mejor conservados—, que fundamenta uno de los topónimos, *teriñuelo*, con que popularmente se les suele conocer. Primitivamente su aspecto en sección sería cónico, con lo que el apelativo en cuestión —que también se adjudica a accidentes naturales, dando lugar a confusiones— corresponde a un estado ya de ruina de la cubierta del monumento.

Los diámetros de los túmulos oscilan entre unos 12 y 50 m., agrupándose los más comunes entre 25 y 30 m. Sin embargo, no presentan estos valores una dispersión continua, al menos parece poderse aislar el grupo de los menores —10/15 m.—, con unas alturas que también parecen significativamente reducidas, menos incluso de medio metro, frente a los 1,5-2 más generales y los 3-4 m. que alcanzan los de mayor monumentalidad.

Para levantarlos se emplearon *siempre* materiales estrictamente locales, los cuales a veces incluyen fragmentos de cerámica, sílex, molenderas, etcétera, claramente procedentes de *hábitats*, lógicamente inmediatos. La construcción se realizó —siempre que este extremo ha podido comprobarse— de manera ordenada, disponiendo capas homogéneas de cantos y tierra fina, limos y arcilla, de manera alternativa, a fin de alcanzar una mayor cohesión. Los anillos internos de refuerzo constatados en varios —Galisancho, Vecinos, etcétera— también poseerían una función de refuerzo, la de contener los empujes de las losas de la cámara.

En otros aspectos se acusa también la existencia de un planteamiento arquitectónico previo. Tanto en La Veguilla I como en Galisancho se comprobó la existencia de una explanación inicial del solar a ocupar por el túmulo y el trazado de la planta de cámara y corredor, rebajan a unos 40 cm. toda la superficie en el primer caso, mientras que en el segundo se abrieron exclusivamente fosas, reducidas y aisladas entre sí, en las que se acuñó cada losa.

Las diferencias entre unos y otros monumentos se detectan en muchos casos extremos. Así parece incontestable que aunque la mayoría de ellos pueden definirse como sepulcros de corredor, existen también cámaras dolménicas cerradas, sin galería, por ejemplo en Ciudad Rodrigo y Cabeza de Framontanos (3), a la vez que también podría poseer un carácter no aleatorio ni únicamente condicionado por el tamaño del túmulo la longitud del corredor, que en ocasiones alcanza la periferia de aquel y en otras se corta a medio camino —Galisancho, Terradillos—, ignorándose, dado el grado de destrucción de estos monumentos, la solución adoptada en la entrada.

El contorno que dibujan las cámaras en planta, más o menos poligonal, más o menos circular, que motivó en otras fechas especulaciones diversas, e incluso fue utilizado como criterio de clasificación (4) parece obedecer más bien en esta zona a factores aleatorios, concretamente a la disponibilidad de un mayor o menor número de losas y a su tamaño y homogeneidad. Aunque los ortostatos fueran a veces retocados para adecuar su forma, la mayoría no parece que fueran cortados en cantera —salvo en el caso de existir afloramientos muy adecuados inmediatos, tal como ocurre, entre otros, en Gejuelo del Barro y el Prado de la Nava—, el empleo de ocho clases de roca en Galisancho (arenisca, cuarcita, conglomerado, esquisto, filita, granitoide, pizarras y cuarzo) sugiere a las claras que se procedió a recoger minuciosamente el material ya formatizado disponible en los flancos del valle.

El tamaño de las cámaras, su espacio interior, también presenta cierta variabilidad, con un escaso porcentaje que presenta entre uno y dos metros de diá-

metro, separadas de la mayoría, en las que oscila entre 3 y 5,5 metros, con valores más repetidos entre 4 y 5 m., lo que denota la amplitud de estas construcciones, algo mayores en general que sus semejantes de la Beira Alta o de Burgos y Rioja. La existencia de un pozo de unos 2 m. de profundidad excavado en la cámara de Galisancho, con objeto de ampliar su capacidad, es una nueva variable detectada por vez primera en el área. Nada seguro puede avanzarse por ahora sobre el sistema de cubierta de las cámaras, si bien la ausencia de las mismas invita a descartar el empleo generalizado de cubierta monolítica e inclina a pensar en otras soluciones, como la aproximación de hiladas de losas no necesariamente de gran tamaño, o el recurso incluso a travesaños de madera. La fragilidad de estas cubiertas permitiría explicar el arruinamiento ya desde antiguo y el relleno de las cámaras por la tierra de la parte superior del túmulo.

Los estudios realizados en estos últimos años demuestran pues que la homogeneidad arquitectónica antaño achacada al megalitismo del sector occidental de la Submeseta norte, dista de ser real. Sin embargo, se conoce en detalle sólo un corto número de monumentos y se carece por completo de criterios cronológicos firmes, como pueden ser las dataciones radiométricas o estratigráficas claras (5), problemas que deberán ser superados mediante excavaciones adecuadas en sitios seleccionados con arreglo a un planteamiento correcto.

#### Materiales arqueológicos

En marcado contraste con la idea generalizada a partir de las publicaciones antiguas, las excavaciones modernas revelan en primer lugar la enorme importancia cuantitativa, prescindiendo momentáneamente de cualquier otra valoración, de los ajuares funerarios contenidos en los sepulcros megalíticos del área, al menos si generalizamos los resultados obtenidos en Galisancho, La Veguilla, Villarmayor, Coto Alto y Aldeavieja —en proceso de limpieza en el momento de escribir estas líneas—, con más de dos milares de objetos en cada caso.

En primer lugar conviene diferenciar entre objetos que formarían parte de lo que se puede denominar «ajuar ritual» y objetos que pese a ser contemporáneos de aquellos, se encuentran en el túmulo por motivos accidentales. Estos últimos sensiblemente menos vistosos pero con indudable interés.

La excavación realizada en Galisancho (6) permitió diferenciar un conjunto de materiales cuya presencia no correspondía a un depósito intencional. En las capas terrosas del túmulo, en zonas no alteradas, se registró cierta abundancia de pequeños fragmentos de cerámica y residuos de sílex, sin notar la presencia de otros elementos —puntas de flecha, cuentas de collar, utensilios acabados en general— propios del ajuar. Paralelamente en las capas de cantos se observó la presencia de piedras de molino, tanto fragmentos de la parte fija como de la móvil. Tanto en un caso como en otro parece claro que dichos restos vinieron mezclados con las tierras y cantos empleados en la construcción, lo cual invita a suponer que en las inmediaciones del túmulo existiría alguna zona de asentamiento que los producía. Explicación

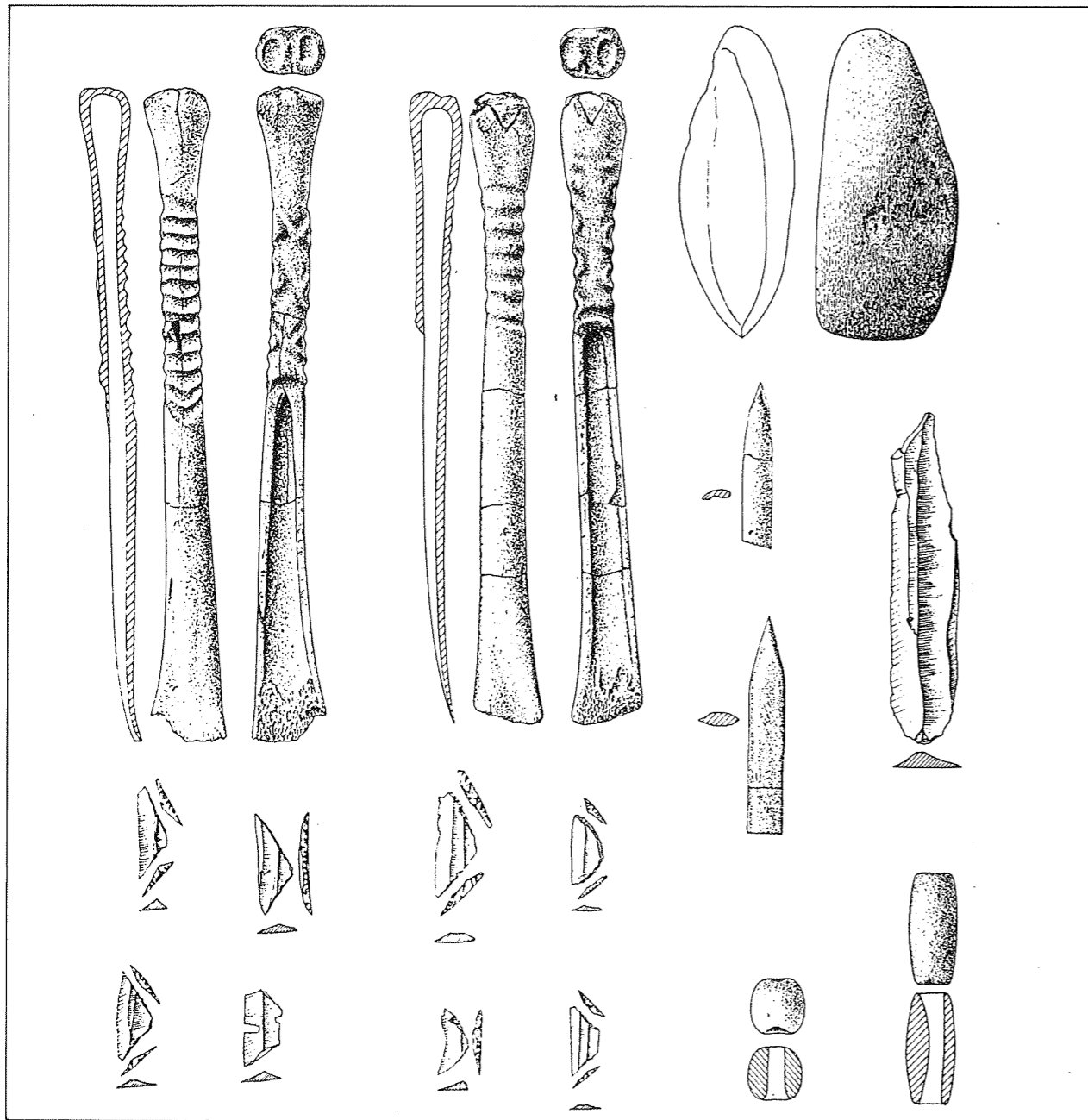


Figura 2. Materiales del túmulo de El Miradero, Villanueva de los Caballeros (Valladolid).

diferente merece la industria macrolítica en cuarcita, recogida fundamentalmente en la capa superficial y en la de base del túmulo —integrada fundamentalmente por lascas y restos de talla—, que bien podría proceder del uso de utensilios de cuarcita en la fase constructiva y posteriormente en las diferentes tareas efectuadas sobre el monumento (7), demostrando una vez más que durante etapas prehistóricas avanzadas se recurría aún con cierta frecuencia a tallar cantos de cuarcita, comunes en la zona, con técnicas arcaicas, verdaderamente paleolíticas.

La ausencia de estratigrafía en los dólmenes salmantino-zamoranos estudiados hasta ahora, intensamente afectados por saqueos antiguos (8), dificulta intentar aislar conjuntos, aunque desde un principio cabe distinguir el campaniforme del megalítico en

sentido estricto, si bien con límites imprecisos, pues algunos elementos —cuentas de collar, colgantes, algunas puntas de flecha...— podrían corresponder a cualquiera de ellos.

Al horizonte megalítico, considerado en bloque, pertenecerá la mayor parte de la industria lítica. En Galisancho por ejemplo la integran hachas pulimentadas, geométricos, puntas de flecha de retoque bifacial, útiles laminares y sobre lasca, prismas de cuarzo y restos de talla. Las hachas pulimentadas son cuarenta y cinco, fabricadas en rocas locales: esquistos, corneana, anfíbolita, pizarra arenosa, tonalita y gneiss. Presentan secciones entre subrectangulares y subovales aplanadas, nunca subcirculares, longitudes comprendidas entre 48 y 208 mm. (M = 121,0 + 36,7 mm.) y siluetas variadas, con frecuencia más o me-

nos rectangular, incluso en ocasiones perfectamente simétricas y planes imitando la de las metálicas. El pulimento en general no afecta a toda la superficie, sino fundamentalmente al filo y a las zonas más salientes, pero no a las más deprimidas, a las que no alcanzó la abrasión y en las que se observan con claridad negativas de la talla —verdadera talla— que permitió conformar inicialmente el canto matriz seleccionado, ya con formas y dimensiones próximas a las deseadas para el utensilio. Se trata de piezas *utilizadas*, como evidencian las huellas de uso que presenta; solamente seis o siete ejemplares fueron pulimentados por toda la superficie y podrían ser no funcionales, a reservas de los resultados del estudio de huellas de utilización en curso.

Las puntas de flecha de retoque bifacial son en Galisancho unas tres veces más frecuentes que los geométricos, ciento ochenta y tres de las primeras y sesenta de los segundos, presentes de todas maneras en una proporción verdaderamente notable, igual que sucede en La Veguilla I.

Ninguna punta de flecha de base cóncava se ha señalado en los megalitos de la zona que analizamos, incluso las de base recta son muy raras, siendo las más abundantes las pedunculadas —con o sin aletas—, casi nunca muy desarrolladas, que alcanzan el 67 por 100 en Galisancho, yacimiento al que se refieren los siguientes porcentajes. Las romboidales (13 por 100) y foliáceas (15 por 100) tampoco son raras, entre estas últimas hemos incluido algunos ejemplares cuyo gran tamaño hace difícil considerar «punta de flecha» en sentido estricto. El retoque bifacial invasor que en general presentan, suele dejar intactas las zonas centrales de ambas caras, de una al menos, permitiendo apreciar que fueron elaboradas a partir de fragmentos de lámina.

La mayoría de los geométricos de Galisancho —con frecuencia de elevadas dimensiones, longitudes comprendidas entre 15 y 41 mm., M = 27,8 + 6,1 mm.— son trapecios —32—, seguidos por los triángulos —16—, mientras que sólo hay tres segmentos, una pieza con fractura retocada y una laminita con borde abatido, el resto son fragmentos no determinables, además de un microburil y un ápice triédrico, los cuales invitan a reflexionar sobre su funcionalidad y la razón de su presencia en un dólmen.

Los utensilios laminares suman cuarenta y cinco, siguiendo con el ejemplo de Galisancho. En la mayoría de los casos se trata de láminas con retoque simple muy desigual, aunque en ocasiones es regular y continuo. Suele formar lados denticulados, y a veces presentan fuerte pátina de cereales, lo cual es un claro indicador de su uso, al igual que sucede en cuatro elementos de hoz rectangular elaborados sobre lasca. Encontramos también en este conjunto varios raspadores en extremo de lámina y láminas escotadas.

Otros útiles que merecen mención específica en Galisancho son dos puntas de alabarda, una de ellas afectada por una fractura antigua y la otra por retoque secundario abrupto que la convierte en un elemento geométrico, lo cual parece un nuevo indicio de la pervivencia de estos útiles en un momento en el que ya se elaboraban piezas mediante retoque bi-

facial invasor. Debe anotarse también la presencia de veintidós prismas de cristal de roca, más de la mitad con retoque en el extremo, desde el cual se extrajeron laminillas, presentando en el mismo a veces una arista quebrada idéntica a la de un buril poliédrico. Ni de la cerámica precampaniforme ni de los objetos ornamentales podemos ofrecer aún datos exactos en cuanto al dolmen de Galisancho, por lo que ejemplificaremos estos grupos a través del dolmen de La Veguilla I, recientemente estudiado (9).

Según el estudio de R. Pérez, las cuentas de collar alcanzan la cifra de 2.240; si tenemos en cuenta que en Galisancho se registra una cantidad similar, que en Coto Alto, Villarmayor y El Teriñuelo de Aldeavieja —a juzgar por los trabajos en curso— el número es igual de alto y que las recogidas por Morán en todos sus registros en los dólmenes de estas provincias no sumaban un centenar, podremos formarnos una idea de la representatividad de los ajuares dolméticos manejados hasta hace pocos años.

Las cuentas discoidales son mayoría, el 92 por 100 en La Veguilla, donde las anulares y las bicónicas rondan el 3 por 100 cada una y están ligeramente representadas, menos del 1 por 100, las formas tubulares, en oliva y bitruncónicas. Después de identificar la materia prima del 98 por 100 de ellas, puede afirmarse que se emplearon rocas locales: esquisto micáceo (47 por 100), pizarra (39 por 100), feldespato potásico (6 por 100), variscita (2 por 100), esquisto carbonoso (2 por 100), arcilla (1 por 100) y serpentina, silimanita, esquisto clorítico, cuarzo rosado y un esquisto de moscovita, illita y cuarzo en proporciones inferiores. Salvo la variscita todas son rocas que pudieron ser obtenidas en las inmediaciones —no se olvide que aunque los afloramientos pueden estar alejados algunos kilómetros, los arroyos dispersan y transportan los fragmentos de roca hasta el colector principal—, e incluso no puede descartarse la existencia de otros afloramientos de variscita más próximos que los actualmente conocidos en Zamora entre Pobladura de Aliste y Carbajales de Alba (10).

Junto a las cuentas de collar hay que considerar los colgantes, diecisiete en Galisancho y catorce en La Veguilla I, que quizá dan, mejor que las cuentas, una idea aproximada del número de collares al que corresponden unos y otras. La mayoría son triangulares con una perforación —en ocasiones dos— para la suspensión, si bien algunos presentan una incisión continua, a manera de garganta, cerca del vértice formado por los lados mayores. Destaca además, en Galisancho, uno de estos últimos, que imita de forma clara un hacha «votiva», y otro de este mismo yacimiento en forma de creciente.

Por primera vez en los megalitos de la Submeseta norte, en Galisancho han aparecido fragmentos de dos ídolos placa y un betilo cilíndrico no decorado completo. Como es notorio los paralelos de estas excepcionales piezas se hallan al sur del Sistema Central, en el área en torno al último tramo del Tajo y en Extremadura, desde donde debe haber llegado su influencia.

A juzgar por los ejemplares mejor conocidos la cerámica también era muy abundante en las cámaras de estos dólmenes. Aunque casi todas las vasijas eran de tamaño medio o pequeño, no faltan algunos re-

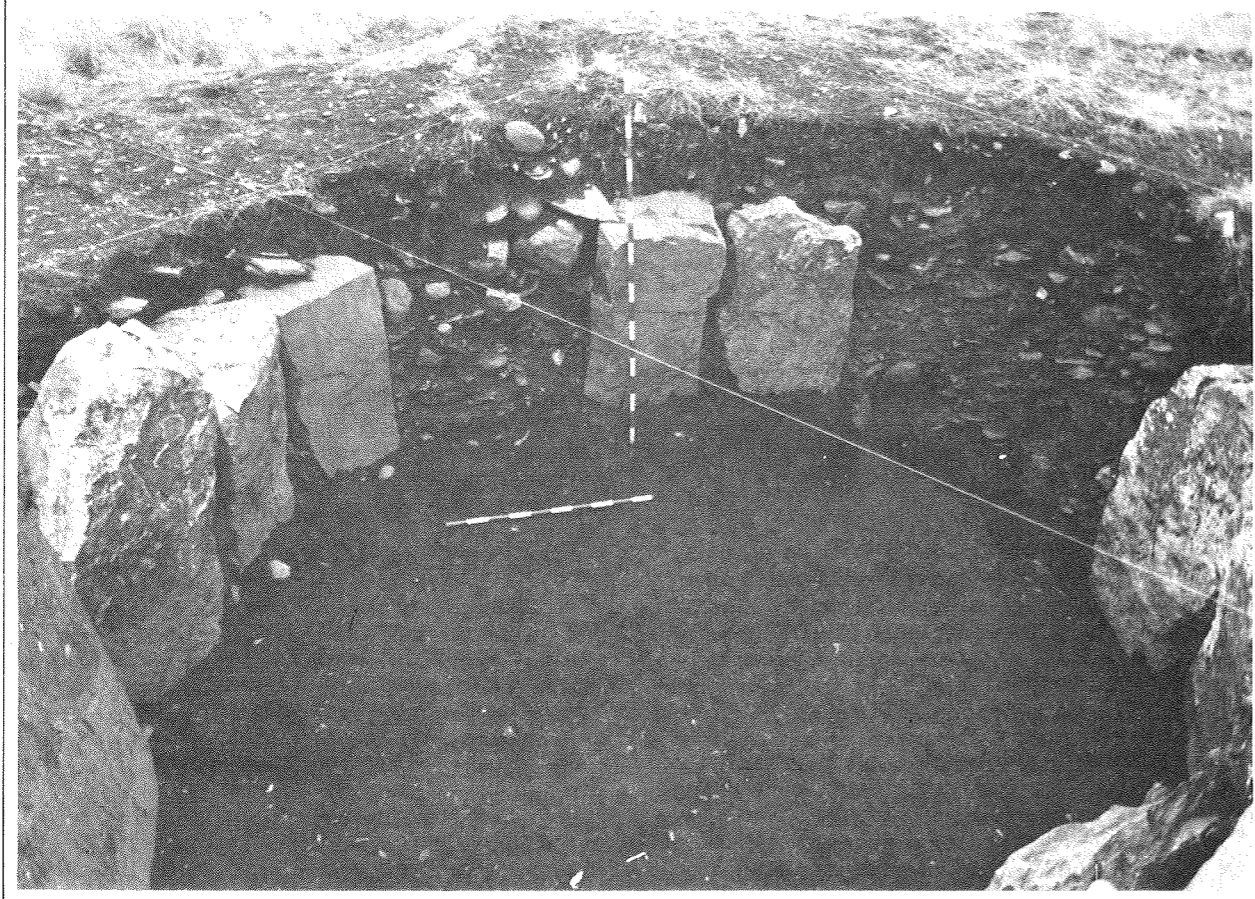


Lámina I. La cámara del dolmen de Aldeavieja de Tormes (Salamanca), tras su limpieza en noviembre de 1985.

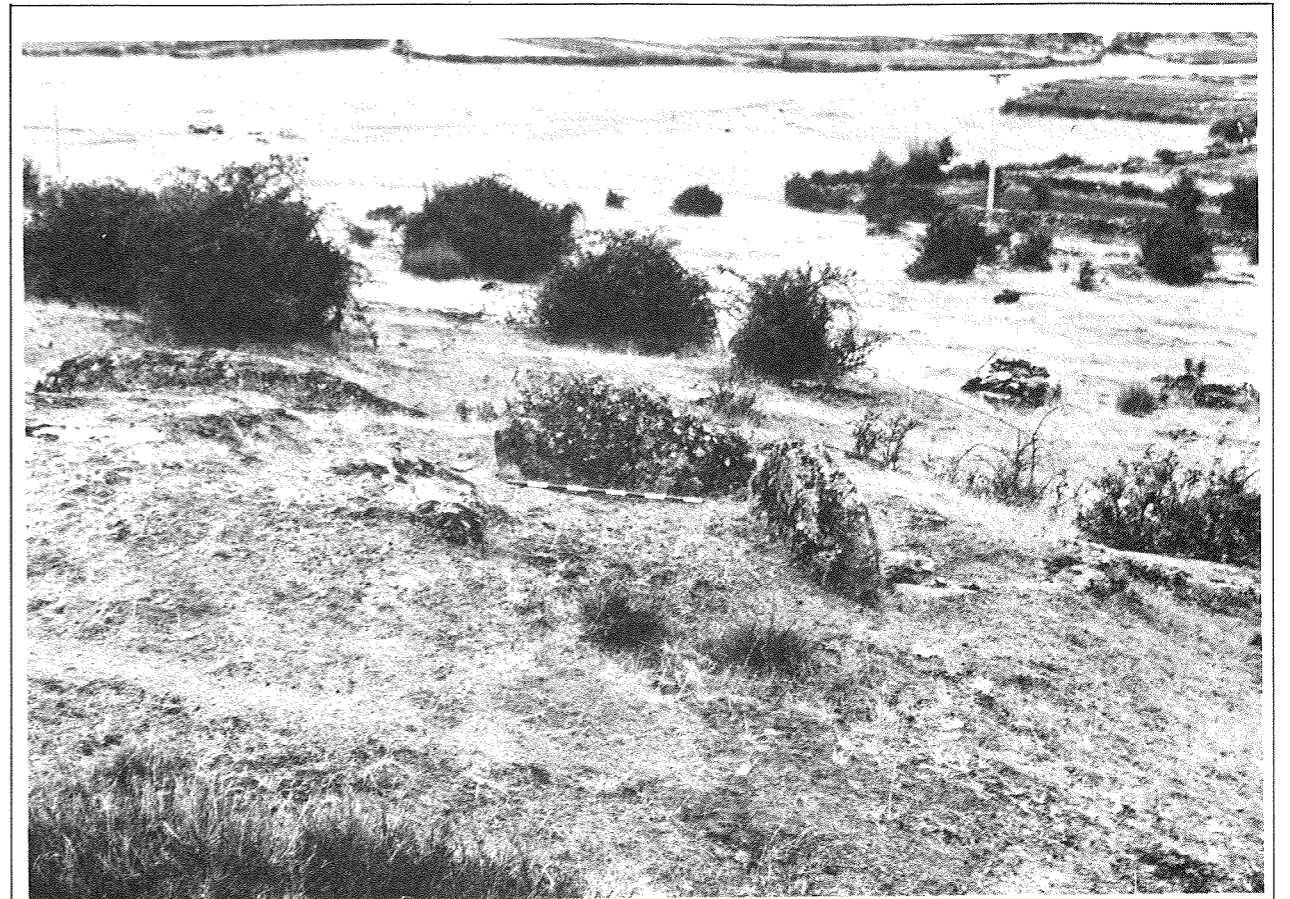


Lámina II. 1. Restos de cista dolménica dudosa de Cabeza de Framontanos, mencionada por Morán. 2. Túmulo de San Benito de Valmuza (Salamanca).

recipientes de tamaño considerablemente mayor, como una fuente de casi 40 cm. de diámetro en La Veguilla I, o algunas ollas de en torno a 50 cm. de altura en Galisancho, La Veguilla I, Coto Alto y otros.

En La Veguilla I los fragmentos recuperados han permitido restituir la forma de unas doscientas vasijas, el número total sería sin duda sensiblemente mayor. La mayoría son de perfil simple (cuencos —54 por 100—, escudillas —8 por 100—, vasos de paredes rectas, verticales o divergentes —13 por 100— y ollas y fuentes —11 por 100—), alcanzando las formas más complicadas una representación menor (vasos bicónicos —3 por 100—, carenados —5 por 100— y con fondo cóncavo y paredes en S —1 por 100—). A este conjunto debe añadirse la cerámica campaniforme.

La mayoría de aquellos recipientes carecen de decoración, pero los hay con motivos incisos e impresos —triángulos rellenos de puntos o rayas en diversas disposiciones—, impresos exclusivamente —puntos o círculos—, acanalados y pintados, decoración que es la más abundante y consiste en combinaciones de motivos lineales en negro o en rojo, a veces sobre vasos con engobe rojo.

Para completar esta visión general de los «ajuares» contenidos en los túmulos de este sector occidental —basada casi exclusivamente en las muestras de La Veguilla I y Galisancho—, resta referirse a los elementos más tardíos propios del horizonte campaniforme o incluso posteriores hallados en ellos.

Se conocían materiales campaniformes (11) en los dólmenes de El Teriñuelo de Aldeavieja (fragmentos de dos vasos, uno de estilo Ciempozuelos y otro puntillado y diversos objetos metálicos), La Casa de los Moros de Gejuelo del Barro (1 fragmento de estilo Ciempozuelos), El Teriñuelo de Salvatierra (fragmentos de un vaso del grupo mixto marítimo-cordado) y en el de El Casal del Gato, en Almeida de Sacyago (un puñal de cobre). Ahora es necesario ampliar esta lista, fundamentalmente para añadir los hallazgos de los dólmenes de Galisancho, La Veguilla, Coto Alto, además de algunos fragmentos cerámicos correspondientes al grupo Ciempozuelos de El Prado de la Nava —Salvatierra— y Villasdardo. En Galisancho se han recuperado diecisiete vasijas con decoración de estilo Ciempozuelos, otra más del grupo puntillado geométrico y un vaso liso. Los obtenidos en La Veguilla I y Coto Alto (12) son en total otros doce recipientes, todos del grupo Ciempozuelos.

Además de la cerámica es evidente que otros materiales dolménicos corresponden al horizonte campaniforme. En principio al menos todos los materiales metálicos, a falta de información estratigráfica que lo verifique, a él se adscriben, en concreto las puntas *Palmela* de Galisancho, La Veguilla y Coto Alto, los punzones de los dos primeros y los adornos de oro de Galisancho y La Veguilla, láminas rectangulares, una cuenta bitroncónica y especialmente un magnífico torques de paletas (13), a los cuales habría que añadir una decena de pequeños objetos de oro —placas rectangulares, abrazaderas, cuentas tubulares y otra punta de *Palmela*— y varios punzones recién recuperados al limpiar el dolmen de Aldeavieja de Tormes.

Otros materiales aparentemente posteriores se han recogido en los túmulos de la zona. En un repaso rápido hay que mencionar las cerámicas con franjas de espigas incisas encuadrables en el Bronce antiguo meseteño, horizonte *Protocogotas*, con paralelos exactos en poblados salmantinos recientemente excavados (14), detectadas en Galisancho y Coto Alto, donde también se recogieron fragmentos decorados con la llamada técnica de Boquique, al igual que en La Veguilla I (15) o en San Adrián de Brime de Urz (16), junto a los cuales cabe anotar un fragmento de hacha de talón bronce recogido superficialmente en el túmulo del dolmen de El Valle de Las Cañas de Fuenteliante (17).

## II. LAS TIERRAS SEDIMENTARIAS DEL VALLE MEDIO DEL DUERO

A raíz de las excavaciones de Barandiarán y Medrano en diversos sepulcros de corredor de los alrededores de Laguardia, en Alava (18), comenzó a elucubrarse, dada la analogía de sus plantas con respecto a las de los dólmenes portugueses y a las de los más próximos, salmantinos, sobre la posibilidad de que entre los brotes oriental y occidental de la Meseta existiera algún tipo de nexo, especulándose incluso con que ambos pudieran tener un origen común. Tendió a hablarse así de una especie de proyección megalítica occidental hacia las tierras meridionales del País Vasco, algunos de cuyos hitos fueron documentándose en las décadas siguientes, sobre todo en la provincia de Burgos (19).

Sin embargo, en las tierras sedimentarias del valle medio del Duero las construcciones dolménicas brillaban absolutamente por su ausencia y tan sólo resultaba posible registrar la presencia en ellas de grupos de pastores, seguramente nómadas dado el carácter efímero de sus estructuras de hábitat, cuyos ajuares domésticos estaban constituidos por elementos sensiblemente similares a los documentados en las tumbas megalíticas de las regiones vecinas. No faltaban, en efecto, ni las hachas pulimentadas —por lo demás abundantísimas en todo el territorio y fabricadas sobre rocas exóticas—, ni las grandes hojascuchillo de sílex, ni los geométricos, ni las puntas más o menos penduculadas y con retoque plano, ni la cerámica, ni las cuentas de collar, lo cual parecía suficiente para afirmar que en este espacio vivieron «grupos eneolíticos caracterizados por el empleo de un utillaje de signo dolménico, pero aparentemente marginados respecto a la tradición funeraria megalítica (...) pese a su indiscutible relación con los grupos de pastores que configuran un retazo del fenómeno dolménico peninsular en las penillanuras de Salamanca y de Zamora» (20).

Los trabajos realizados por Wattenberg (21) en Villabragima (Valladolid), por Palol (22) en Aguilar de Campoo (Palencia) o por uno de nosotros (23) en Tierra de Campos, se limitaron a corroborar la impresión anterior, sin apenas progresar en la valoración de estos grupos como eslabones de la cadena de transmisión megalítica, lo cual motivó se cuestionara el porqué de la ausencia de dólmenes. Se adujo, en ocasiones, que la escasez de piedra adecuada para la arquitectura megalítica era un serio inconveniente para erigir tales tumbas en los suelos blandos



Lámina III. 1. Restos del dolmen de Villasdardo (Salamanca). 2. Cerámicas y cuentas de collar *in situ* en el túmulo de El Miradero, Villanueva de los Caballeros (Valladolid).

campiñeses del centro de la cuenca (no los había, porque no eran posibles), pero no faltaron voces osadas que llegaron a proclamar que las gentes dolménicas salmantinas, una vez proyectadas al Oeste, fuera de su espacio clímax de la penillanura, seguramente sufrieron un cambio drástico en sus creencias religiosas, que se vió acompañado por la pérdida de su clásico ritual funerario. Algunos otros, convencidos de algún modo por la primera explicación, y apoyándonos en algunos datos arqueológicos un tanto confusos, creímos finalmente percibir la existencia de una alternativa funeraria al dolmen, representada por ciertas tumbas también colectivas y tumulares, pero carentes de auténtica estructura megalítica, lo que parecía representar una adecuación del rito dolménico más genuino a suelos litológicamente poco favorables para aquel tipo de construcciones (24).

La intensificación de los trabajos arqueológicos en los últimos años ha modificado de manera espectacular este panorama, aclarando bastante definitivamente cuáles fueron las costumbres funerarias de las poblaciones del Duero Medio durante el neoneolítico. Las excavaciones efectuadas en el sepulcro de corredor de Simancas y en el túmulo colectivo no dolménico de Villanueva de los Caballeros, ambos en la provincia de Valladolid, así como las de una nueva estación funeraria de carácter incierto localizada en Morales de Toro, Zamora, suministran prácticamente toda la información de que hoy se dispone para el estudio de este episodio (25).

La estructura de los Zumacales de Simancas, primera estrictamente dolménica del sector central de la cuenca del Duero, alertó sobre la posibilidad de que pudieran en el futuro producirse en esta zona otros hallazgos de este tipo, a la par que reclamaba en su planta algún parentesco con los sepulcros de corredor del área salmantina. Y, en efecto, la certeza de reconocer por fin alguna huella segura de una vetusta colonización megalítica del territorio ha servido de estímulo para nuevas prospecciones exitosas, algunas de las cuales permiten descubrir nuevas tumbas de este o muy parecido signo en Castronuevo o Villalonso —localidades ambas de la Tierra de Campos Zamorana—, y otras contrastar positivamente imprecisos datos antiguos, como aquellos que se refieren a «trilitos» destruidos en Villanueva del Campo, la Unión de Campos o Gallegos del Pan (26).

Es interesante constatar que, por encima de sus diferencias estructurales, las tumbas de Villanueva de los Caballeros, Simancas y Morales han proporcionado idénticos ajuares, lo cual prueba que sepulcros dolménicos y túmulos colectivos no megalíticos son exponentes de una misma época, y descarta que sus particularidades tengan una simple explicación cronológica. Por lo demás, de los mencionados ajuares nos interesa destacar sobre todo dos aspectos, ya que la aparición de elementos comunes a cualquier círculo megalítico —hachas, cuchillos, cuentas de collar, cerámica...— no añade gran cosa a lo ya conocido: se nos antoja relevante, por un lado, la presencia con carácter exclusivo de monturas geométricas de sílex (27), pues faltan por completo las puntas de retoque plano cubriente; por otro, el reconocimiento de unas pintorescas espátulas de hueso, bastante decoradas, que encuentran significativa-

mente su mejor réplica en el grupo dolménico más precoz del Sur del País Vasco, con el sepulcro de corredor de San Martín como paradigma (28). Ambos detalles abalan la antigüedad de este foco dolménico del centro de la cuenca del Duero, cuya implantación debemos situar, a juzgar por varias dataciones de C-14, en las últimas centurias del IV Milenio.

La ausencia de puntas con retoque plano cubriente en los megalitos de esta zona, podría ser irrelevante y deberse simplemente al azar, ya que hasta el momento sólo han sido tres los conjuntos excavados. Sin embargo, el detalle de que en ninguno de éstos se hayan documentado tales tipos, confiere provisionalmente a dicha ausencia un carácter sistemático, especialmente digno de subrayar al comprobarse que tampoco los dólmenes regionales han deparado hasta ahora ajuares de época campaniforme. ¿Es que cayó en desuso la costumbre de la tumba colectiva, propia de los megalitos, al poco tiempo de su aparición? ¿Experimentó la zona un rotundo despoblamiento durante toda la segunda mitad del III Milenio? O, simplemente ¿se produjo una perduración de las monturas geométricas de sílex hasta cerca del 2000? Carecemos de una explicación verdaderamente convincente para estas incógnitas, pero el reconocimiento de algunas puntas de flecha en presuntos yacimientos de habitación como los de La Mudarra, Castroverde de Campos, Donhierro u Hornillos del Camino (29) permite descartar las dos últimas hipótesis, y la misma observación de que los enterramientos Ciempozuelos del Duero Medio se produzcan ante todo en fosas simples (30), no en los dólmenes como ocurre en las penillanuras salmantinas o en el foco meridional del País Vasco, parece avalar igualmente que, al menos desde el 2000, estos monumentales sepulcros se encontraban totalmente fuera de uso.

### III. ENTERRAMIENTOS COLECTIVOS EN CUEVA DEL SECTOR ORIENTAL DEL SISTEMA CENTRAL

La utilización de cuevas naturales como necrópolis o lugares de enterramiento colectivo es característica durante el III Milenio de los grupos prehistóricos asentados en las zonas montañosas del Sureste de la Meseta, manifestándose dicho rasgo de forma muy intensa en las estribaciones septentrionales del Sistema Central a la altura de las provincias de Segovia y Soria, y más atemperado en otros sistemas montañosos locales de Burgos o Guadalajara (31). En este espacio, en el que faltan virtualmente los sepulcros megalíticos, da la impresión de que las poblaciones locales permanecen un tanto aisladas, aunque no lo suficiente como para evitar impregnarse de la idea de la tumba colectiva o sustraerse al uso de elementos de ajuar del más puro signo megalítico. Parece asistirse, pues, a una cierta resistencia a la colonización dolménica, a un intento por parte de los grupos neolíticos establecidos en el territorio desde fines del V Milenio de preservar su propio ritual funerario, con toda probabilidad ya en cuevas y seguramente no muy alejado —al menos en lo que al carácter colectivo se refiere— respecto al megalítico (32).

Las evidencias para intentar definir este singular grupo no son muy escasas, pero sí de extremada-

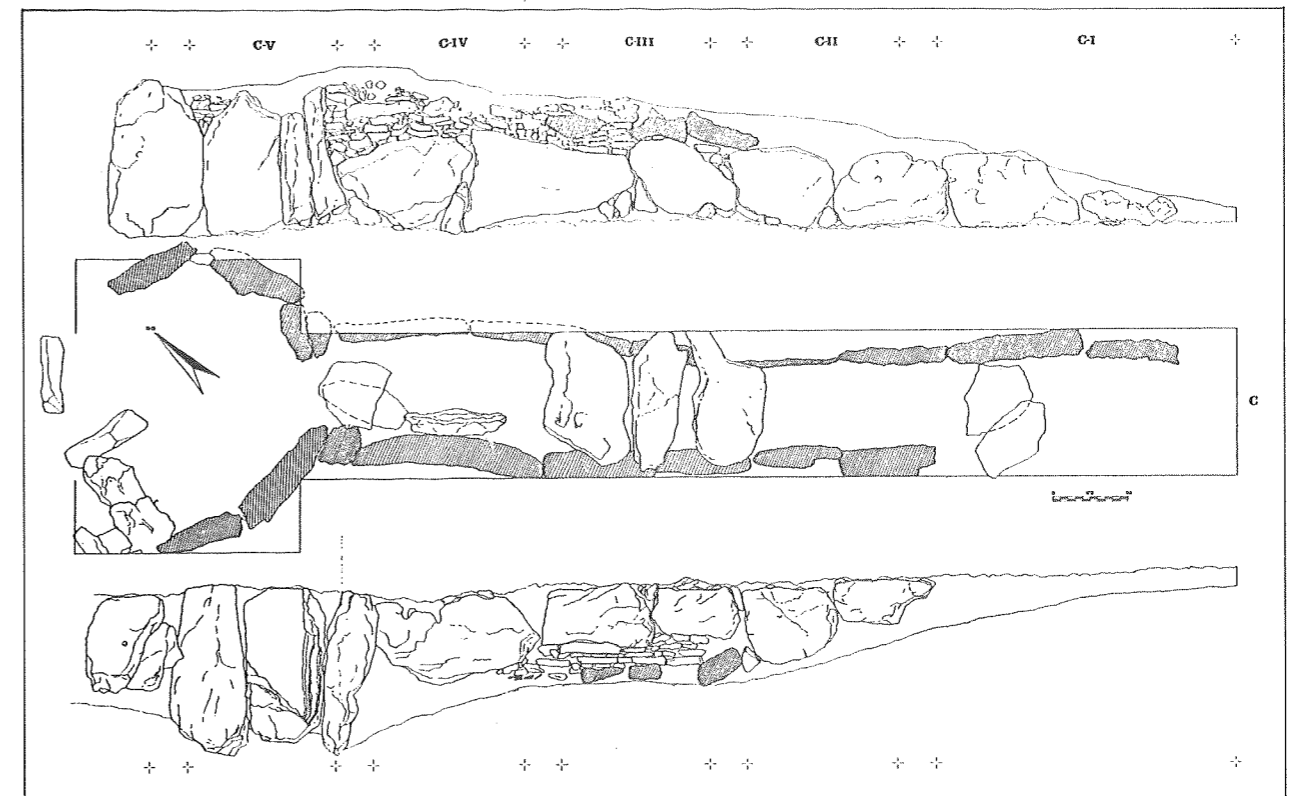


Figura 3. Planta del sepulcro de corredor de Las Arnillas, Moradillo de Sedano (Burgos).

mente baja calidad, ya que proceden en su gran mayoría de trabajos antiguos e, incluso, en muchas ocasiones, de investigaciones poco fidedignas arqueológicamente. No obstante, los testimonios de La Solana de la Angostura en Encinas, de Pedraza, de Prádena y de Sepúlveda, pese a la ambigüedad de sus datos, resultan concluyentes a la hora de perfilar la personalidad funeraria del grupo en consideración. La cueva de *La Solana*, entre Encinas y Navares de Ayuso, ya aparece descrita como importante lugar sepulcral en antiguos trabajos de Vilanova y Pierá en los que se alude a numerosos esqueletos, así como a cuchillos de sílex y hachas pulimentadas que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional. Alcobé precisará más tarde que las inhumaciones detectadas corresponden a 11 individuos, 7 varones, 2 hembras y 1 niño sin posibilidad de determinación de sexo, todos los cuales considera prototípicos del «Cromagnon carpetovetónico», coincidiendo en ello con la opinión de Hoyos Sainz, que, sin embargo, propondría para los mismos un estadio cultural «pre-neolítico» (33). En Pedraza, donde las cuevas con material prehistórico son abundantes, se señala la existencia de una de ellas, ya reconocida por Llorente el siglo pasado, cerca de la línea divisoria con Requijada. Calleja y Guijarro dirá de la misma que fue gran necrópolis del Bronce Inicial, habiendo proporcionado decenas de esqueletos humanos, algunos fosilizados por una brecha calcárea, y junto a ellos distintos vasos cerámicos lisos y acordonados, alguna cuenta de collar en forma de tonelete, en piedra verde, y otros restos líticos y de hueso, parte de los cuales aún se conservan en el Museo de Segovia (34). Las informaciones de la cueva de *Las Grajas de Prádena*, también de muy deficiente calidad tras los tra-

bajos de Moreno Sorli y Ruiz Argilés, se reducían a la descripción de unas catas practicadas en la entrada que dieron como resultado el hallazgo de 5 cráneos, 32 mandíbulas inferiores, cuchillos de sílex, cerámicas, punzones de hueso y defensas de jabalí perforadas, además de algunas puntas de retoque plano y cuentas de collar de piedras duras. Por fortuna, sin embargo, los modernos trabajos de Municio en el yacimiento, de los que sabemos por su amabilidad, mejorarán sustancialmente el conocimiento de esta estación, permitiendo incluso relacionar sus depósitos fúnebres con los grabados y pinturas localizados en su interior (35). Finalmente la *cueva del Tisuco*, en Sepúlveda, fue objeto de rebuscas en 1901 por parte del antropólogo Hoyos Sainz, quien extrajo de ella más de 20 cráneos humanos, 4 largos cuchillos de sílex, 3 hachas de piedra pulimentada y varios fragmentos de cerámica. El diagnóstico de Alcobé sobre los restos óseos es más preciso, ya que señala que los mismos corresponden no a 20 sino a 23 individuos —14 masculinos y 9 femeninos— todos ellos propios de una población eneolítica. En uno de los cráneos, según Mac White, se documentan claras señales de trepanación (36).

Los documentos citados, si bien pobres y manifiestamente incompletos, permiten vislumbrar los principales rasgos de este grupo prehistórico que intentamos definir y que encuentran constatación así mismo en las estaciones de Colle, Entebanvela, Juarros de Riomoros, Languilla, Losana de Pirón, Montejo de la Vega, Requijada, etcétera, todas ellas de la provincia de Segovia. Abanco Cabreriza Torrevicente y otras, en la de Soria (37). Mencionemos, por último, los recientes descubrimientos de la Cueva de Casla,

descritos por Municio, como magnífica muestra de la vecindad de los ajueres funerarios de esta facies eneolítica —con cuchillos, puntas de flecha, punzones de hueso o muy variadas cuentas de variscita— con respecto a los de la dolménica más pura del occidente meseteño (38).

Sobre la cronología del fenómeno sepulcral en cuevas apenas podemos decir algo con cierta precisión. Maluquer de Motes en 1959 expone la idea de que el mismo es reflejo inequívoco de los enterramientos dolméticos, precisamente en territorio donde el fenómeno megalítico no termina de cuajar, lo cual querría decir su posición cronológica es necesariamente posterior a la de aquel (39). Por el contrario, Apellániz, utilizando la información reunida personalmente en varias excavaciones de yacimientos funerarios del Sur del País Vasco, sitúa ciertos niveles de cuevas sepulcrales con enterramientos colectivos —por ejemplo los más viejos de Los Husos— por delante de los más antiguos monumentos dolméticos —ahora San Martín—, dando a entender que, al menos en este área, el ritual colectivo de las cuevas no se impuso por asimilación del dolménico más inmediato (40). Hoy, empero, las investigaciones llevadas a cabo en la cueva alavesa de Fuente Hoz por Baldeón, identifican un horizonte funerario de inhumaciones colectivas con un ajuar de geométricos asimilable al del nivel inferior del sepulcro de corredor de San Martín, el cual parece en términos absolutos más antiguo que los antes mencionados de Los Husos, ratificando la coetaneidad de ambas manifestaciones en los últimos siglos del IV Milenio (41). Para las tierras segovianas y sorianas no poseemos por el momento informaciones análogas, y se diría que no hubo una fase de enterramientos en cueva anterior a la aparición de las puntas de retoque cubriente ya que no se tiene constancia por ahora de la existencia de geométricos en contextos de estas características. Sin embargo esta afirmación peca en cierto modo de simplista y tiene algo de contradictoria si, como hemos creído entender, ha de atribuirse, en parte, la impermeabilidad de la zona respecto a las novedades arquitectónicas del megalitismo a la fuerte personalidad cultural de los grupos neolíticos de la zona (42). Tal planteamiento nos obliga, en efecto, a considerar como un *continuum* el pasado neolítico-eneolítico de las montañas segovianas, e, indirectamente aboca a pensar que con toda probabilidad ya hubo cuevas de enterramiento colectivo —en las que se hibridarían costumbres indígenas y ritos exóticos— en los últimos años del IV Milenio. Intentar establecer un límite entre las deposiciones funerarias anteriores a la incidencia dolménica y aquellas claramente influidas por esta última podría resultar extremadamente difícil, máxime si recordamos que la costumbre del osario colectivo ya se hallaba bastante introducida entre las poblaciones de la Cultura neolítica de Las Cuevas, a juzgar por los testimonios, entre otros, de Los Murciélagos de Albuñol o Fourninha (43).

Algo que parece claro, en cualquier caso, es que el óptimo de esta facies coincidió con el desarrollo del III Milenio, alcanzado en algunas de sus manifestaciones —por ejemplo bastantes de los ajueres de Las Grajas de Prádena— los últimos siglos del mismo (44). Por último, los materiales campaniformes de ciertas cuevas como las de Castroserna, Santibáñez

de Ayllón, La Tarascona o Valle de Tabladillo (45) podrían ilustrar el postrer episodio de este mundo, máxime si, como tiende a hacerse actualmente, se valoran tales materiales no como el exponente de una cultura nueva sino como los signos distintivos de unas élites surgidas en el seno de las propias poblaciones indígenas. No debería olvidarse, empero, que la gran mayoría de estos ajueres campaniformes segovianos —salvo los de Castroserna— han aparecido al margen de los grandes osarios colectivos, en yacimientos perfectamente individualizados respecto a aquéllos, lo que ya en otras ocasiones nos ha hecho reflexionar sobre la posibilidad de una ruptura cultural entre ambos horizontes.

#### IV. EL FENOMENO MEGALITICO EN LAS TIERRAS DEL ESTE DE LA MESETA

Casi podría simplificarse y hablar del megalitismo de la provincia de Burgos, ya que la gran mayoría de los sepulcros dolméticos de este sector se localizan dentro de sus límites. Sin embargo, hemos optado por una titulación más amplia con el claro deseo de que encuentren representación en ella igualmente los sepulcros de corredor de la zona de Sigüenza, en Guadalajara, el recientemente descubierto de Carrascosa de la Sierra, en el Norte de Soria, y así mismo otros de la Montaña palentina (46), todavía insuficientemente conocidos. Los segontinos, excavados por el Marqués de Cerralbo, aparecen citados ya en los clásicos trabajos de Leisner habiéndose publicado monográficamente sólo uno de ellos, el llamado del Portillo de las Cortes, por parte de Osuna, en los años 70 (47). Los burgaleses, de cuya existencia comienza a saberse seriamente desde 1954, cuando L. Huidobro da noticia del Moreco de Nucedo con motivo de la celebración en Burgos del IV Congreso Arqueológico Nacional, tenemos hoy mejor información gracias a los trabajos de Osaba y a los posteriores efectuados por uno de nosotros (48). De Carrascosa, en cambio, no existe hasta el momento más que alguna leve referencia, encontrándose en vías de ser publicada por parte de Jimeno la monografía correspondiente a su excavación (49).

Aunque, como decimos, la gran mayoría de los sepulcros de corredor del oriente de la Meseta se concentran en Burgos, no se trata de una concentración uniforme. En efecto, existe sobre todo una fuerte agrupación de dólmenes en La Lora y otra algo inferior en La Bureba, resultando por lo demás bastante escasos en el resto de la provincia. Entre estos últimos, pese a todo, valdría la pena destacar el de Cubillejo de Lara (50) o los de las proximidades de Atapuerca (51), por haber sido objeto de excavaciones modernas, debiendo sin embargo ser descaftado el del monasterio de La Vid, anotado por el P. Morán, por no tratarse en realidad de un verdadero megalito (52).

Una de las vertientes más novedosas de nuestra investigación en el denso foco dolménico de la zona de Sedano, en torno a la desembocadura del Rudrón y el Ebro, radica en el reconocimiento de una cierta diversidad de enterramientos correspondientes en su totalidad al IV y al III Milenios. Es cierto que la mayor parte de los descubiertos responden al clásico esquema de los sepulcros de corredor, caracterizándose

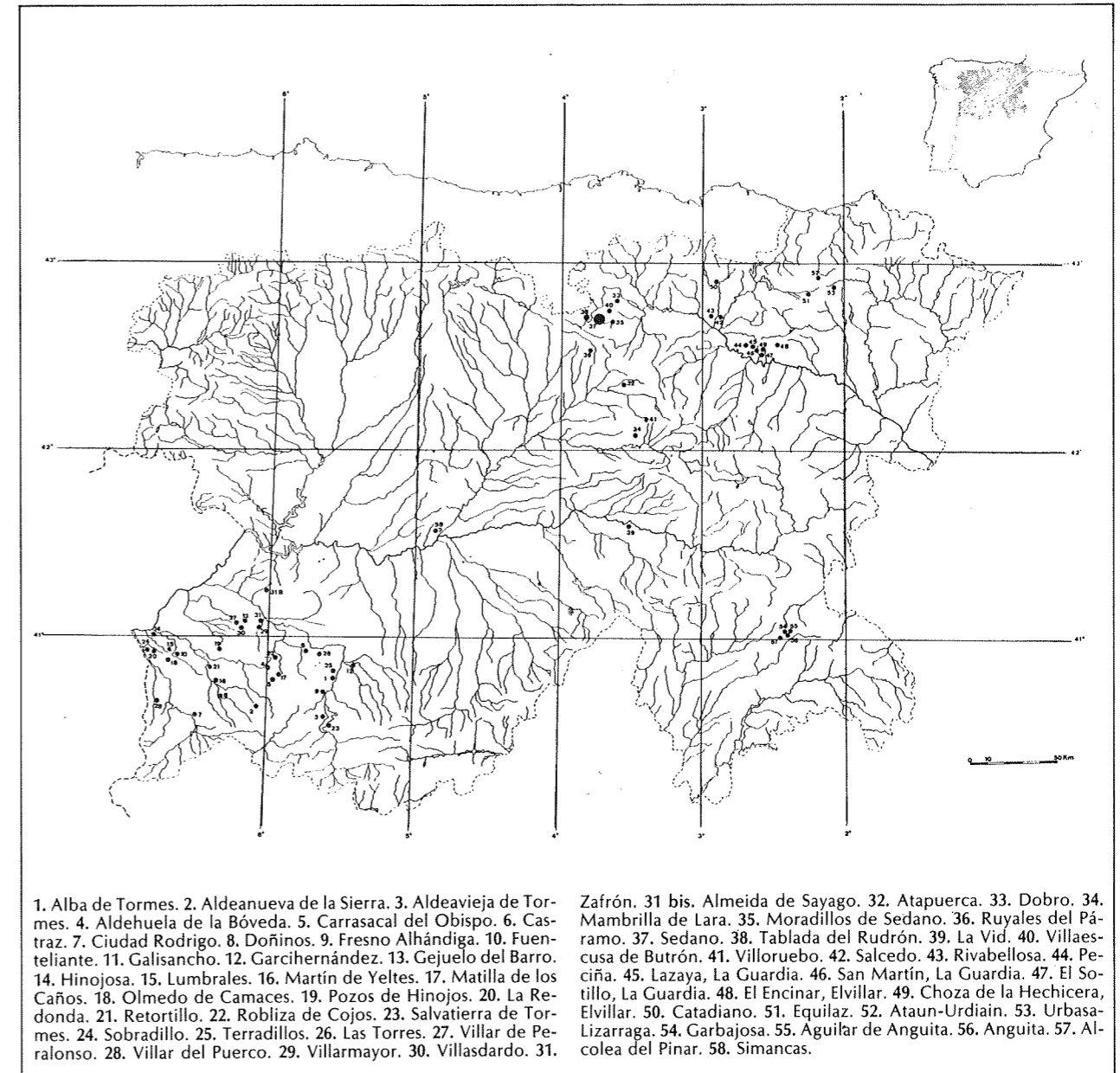


Figura 4. Distribución de Sepulcros de Corredor en el Valle del Duero y Alto Ebro.

se por poseer una cámara circular —o levemente poligonal—, que se centra en medio de un túmulo redondo, y un largo pasillo de acceso que puede alcanzar los 12 metros de longitud, pero junto a ellos igualmente se han podido documentar simples cistas de carácter megalítico y, asimismo, algún túmulo no dolménico de enterramiento colectivo. Entre los primeros merecen citarse los monumentos de Moradillo de Sedano, Porquera de Butrón, Sargentos de la Lora, Sedano o Tubilla del Agua; la única cista excavada se localiza en Villaescusa de Butrón, habiéndose reconocido otras en el Valle del Rudrón; y entre los túmulos no dolméticos nos cabe destacar sólo por el hecho de haber sido exhumado, ya que en realidad parecen ser numerosísimos, el de La Mina en Sedano.

Lo verdaderamente significativo de estas tumbas es que, a juzgar por sus ajueres —en todos ellos se

constatan casi los mismos elementos, resultando sobre todo representativos los microlitos geométricos—, todas debieron utilizarse simultáneamente, lo que también podría resultar extensivo a algunas cuevas de la zona (53). Esto nos hace pensar que la idea del enterramiento colectivo, único elemento común a todos ellos, debió llegar a la región, desde fuera, siendo asimilada de muy distintas formas por las poblaciones locales. Si seguimos las tesis de G. Daniel, la única forma dolménica «primaria» de las mencionadas sería el sepulcro de corredor, mientras las restantes resultarían «secundarias» o derivadas (54), lo cual nos induce a pensar que la idea megalítica original, aquella que aparejó el concepto de enterramiento colectivo, se instauró en la zona a partir de la asunción de tales modelos dolméticos.

El momento en que dicho acontecimiento tuvo lugar podría ya no resultar tan oscuro como la ha sido

hasta hace poco tiempo. Con excesiva frecuencia, en efecto, se han vertido en relación con el fenómeno dolménico opiniones cronológicas arbitrarias, ajenas por completo a planteamientos arqueológicos serios, mediante las cuales, por ejemplo, estas colosales manifestaciones arquitectónicas podían pasar por ser el exponente de grupos de la Edad de los Metales afeitados en la búsqueda de mineral de cobre. La realidad, según nos permiten afirmar algunos testimonios de cronología absoluta, concretamente de C-14, es bien otra, de manera que mucho antes de inaugurarse el Calcolítico, a fines del IV Milenio, sabemos se había procedido ya a fundar alguno de los panteones dolménicos de la región, p. e. los de Ciella, en Sedano, o El Moreco, en Nocedo (55).

Los ajuares de los enterramientos de esta primera etapa se caracterizan, como ha sido dicho con anterioridad, por la presencia de microlitos geométricos y hojas-cuchillo de sílex, hachas pulimentadas de ofita, cuentas de collar de variscita, calcita, asta, lignito y pizarra, y algún útil de hueso, coincidiendo, pues, en lo esencial con las muestras de los sepulcros de corredor del centro de la Meseta o de La Rioja (56). Tal proximidad, unida a la analogía de las plantas de los enterramientos de todas estas zonas —como vemos, sepulcros de corredor—, y a la presencia en la Cabaña de Sargentos de un fragmento de «espátula» en hueso que recuerda a las de San Martín en Alava o las de El Miradero y Simancas en Valladolid (57), confiere al conjunto dolménico de La Lora un papel relevante como eslabón en la cadena que catapultó al fenómeno megalítico desde el occidente ibérico al Pirineo Vasco. Y, sin embargo, con tal afirmación no pretendemos decir que las poblaciones megalíticas de La Lora fueran simple resultado de una colonización o flujo humano llegado desde el Oeste, ni que sus relaciones se redujeran exclusivamente a sus vecinos del centro de la Cuenca del Duero; de hecho desconocemos hasta qué punto algún tipo de población local, neolítica, no constituía el sustrato de tales gentes, y desde luego la presencia en Cubillejo de Lara y Las Arnillas de Moradillo de adornos de *pecten* y conchas de *cipraea*, respectivamente, avala la existencia de unos contactos, quien sabe si también de un auténtico comercio, con el Mediterráneo, a través del valle del Ebro.

## NOTAS

(1) Tanto para el detalle de la historia de las investigaciones como para una exposición completa de los datos conocidos, remitidos a Delibes, G.; Santonja, M.; Frades, M. J., y Piñel, C.: «El fenómeno megalítico en Salamanca», Excma. Diputación Provincial, Salamanca, 1986. También puede consultarse Santonja, M.: «El fenómeno megalítico en el S. O. de la región del Duero», *Portugalia*, vol. IV/V, páginas 53-62; Oporto, 1984.

(2) Santonja, M. et alii: «El túmulo megalítico de El Torrión (Navamorales). Observaciones sobre la extensión del megalitismo en el sur de Salamanca», *Rev. Provincial de Estudios*, número 13, página 109 y ss., Salamanca, 1984.

(3) En Cabeza de Framontanos nos encontramos ante una posible cista dolménica que sería semejante a las descritas en Ciudad Rodrigo —vid. Delibes et alii, ob. cit.—. Nada tiene que ver con las pretendidas cistas de Salvatierra de Tormes en realidad construidas en fecha muy moderna.

El desarrollo subsiguiente de este brote megalítico de La Lora, que sabemos surge antes del 3.000, no se encuentra por el momento muy bien ilustrado. Sólo la presencia en algunos sepulcros —Ciella, Las Arnillas— de puntas de flecha con retoque cubriente, normalmente romboidales con ligeros muñones y casi nunca con el pedúnculo muy diferenciado, parece sugerirnos que los monumentos continuaban en uso durante el III Milenio, aunque ciertamente no haya depósitos de esa época bien individualizados. Con todo estas piezas, que recuerdan en sus tipos más a los modelos de flecha de los dólmenes del País Vasco que a los de los megalitos salmantinos, seguramente ya se encontraban en pleno apogeo hacia 2.600/2.500, a juzgar por sendas dataciones radiocarbónicas del sepulcro de corredor de Las Arnillas en Moradillo de Sedano y del túmulo-dolmen de Kurtzabide, en Letona (58).

Con posterioridad se produce la incidencia campaniforme, concretamente Ciempozuelos. El registro de cerámicas incisas de este signo en Ciella y Las Arnillas, de una punta Palmela en La Mina, o de un brazal de arquero de arenisca en Porquera de Butrón, confirma que los dólmenes mantenían su condición de enterramientos algo después del 2.000, si bien no despeja definitivamente qué significaron tales monumentos para las gentes campaniformes (59). Maluquer, en este sentido, propugnaba el carácter puntual de la presencia Ciempozuelos en los megalitos, cual si de una mera intrusión aislada se tratara, argumentando para ello, por un lado, que los depósitos de este signo del dolmen de San Martín sólo llegaron a encontrar acomodo en el yacimiento cuando su estructura arquitectónica se hallaba considerablemente derruida, y, por otro, que las más típicas tumbas de Ciempozuelos consistían en fosas simples, para inhumaciones individuales (60). Sin embargo, pese al reconocimiento en el valle del Rudrón de una tumba específicamente campaniforme, tumular y con sólo dos enterramientos (61), conviene valorar igualmente que la presencia Ciempozuelos en los megalitos de estas tierras burgalesas, así como en los de Alava o Logroño, reviste un carácter muy sistemático, lo que supone un serio inconveniente para intentar segregar de forma drástica, como hasta ahora se ha hecho, la población que llamamos propiamente dolménica de la campaniforme (62).

(4) Una discusión de este aspecto puede verse en Delibes et alii, ob. cit.

(5) Los dólmenes excavados —La Veguilla, Galisancho, Villarmayor, Coto Alto— se encontraban o intensamente saqueados o muy degradados, como parece suceder también en los explorados por Morán, quizá con la excepción de El Teriñuelo de Aldeavieja.

(6) Estas excavaciones se desarrollaron fundamentalmente en los veranos de 1981 y 1982. Actualmente se prepara el estudio monográfico correspondiente.

(7) En el túmulo de Kurtzabide (Letona) se explica de manera similar la presencia de piezas de talla, sílex en este caso. Vegas, J. I. 1981: «Túmulo-dolmen de Kurtzabide (Letona)», *Est. de Arq. Alavesa*, vol. X, páginas 19-66, cf. página 63.

(8) Únicamente, según las observaciones de César Morán, parece posible que el de Aldeavieja se encontrara in-

tacto, por eso es más de lamentar su temprana excavación. Morán, C.: «Excavaciones en los dólmenes de Salamanca», *Mem. de la J. S. E. A.*, número 113, Madrid, 1931.

(9) El estudio de este dolmen ha sido objeto de la Memoria de Licenciatura de N. Benet —cerámica—; R. Pérez Martín —objetos de adorno—, y N. Soler —industria lítica—. Una memoria recogiendo estos trabajos se encuentra en este momento en preparación.

(10) Arribas, A. et alii: «Estudio mineralógico de Parazuelo de las Cuevas, Zamora (España)», *Studia Geologica*, II, Salamanca, 1971.

(11) Delibes, G.: «El vaso campaniforme en la Meseta Norte española», *Studia Archaeologica*, Valladolid, 1977.

(12) Benet, N.: *El dolmen de La Veguilla: estudio sobre la cerámica*, Memoria de Licenciatura inédita leída en la Universidad Complutense (Madrid, 1984); López Plaza, S.: «Coto Alto, La Tala (Salamanca): nuevo yacimiento con cerámica campaniforme y de Boquiña en la Meseta», *Arqueología* (G. E. A. P.), 9, página 59 y ss.

(13) Pérez Martín, M. R.: «Hallazgo de un torques de paletas en el dolmen de La Veguilla (Salamanca)», *Actas XVII CNArq.*, Logroño, 1983, página 171 y ss.

(14) Concretamente nos referimos al de La Corvera, en Béjar, excavado el verano de 1985 por el Museo de Salamanca bajo la dirección de J. F. Fabián.

(15) Vide, nota 12.

(16) Morán, C.: «Excavaciones en dólmenes de Salamanca y Zamora», *Mem/STA*, número 135, Madrid, 1935.

(17) Delibes, G. et alii: «El fenómeno megalítico...», ob. cit.

(18) Prácticamente todos sus trabajos, o al menos los más importantes, reunidos en un volumen editado por la Diputación de Alava que lleva por título *Excavaciones arqueológicas en Alava (1957-1968)*, Vitoria, 1971.

(19) Sobre el problema Delibes, G.: «Poblamiento eneolítico en la Meseta Norte», *Sautuola*, II, Santander, 1977, página 141 y ss.

(20) Delibes, G.: *Colección Arqueológica don Eugenio Merino de Tierra de Campos*, León, 1975, página 113.

(21) Wattenberg, F.: «Prospecciones arqueológicas en el área de Villabrágima (provincia de Valladolid)», *BSAA*, XV, 1949, páginas 201-209.

(22) Palol, P. de: «Sílex del Eneolítico y del Bronce de Herrera de Pisuerga, Palencia», *BSAA*, XXXIX-XXXV, 1969, páginas 294-5.

(23) Vide, nota 20.

(24) Delibes, G.: «Materiales de la Edad del Bronce en el Museo Diocesano de León», *Archivos Leoneses*, 68, 1980, páginas 385-389.

(25) Prácticamente todos ellos en estudio, aunque sobre los dos primeros hayan aparecido algunas notas preliminares. Las excavaciones correspondientes han corrido a cargo de diferentes miembros del Departamento de Prehistoria de la Universidad de Valladolid.

(26) Todos éstos citados en Delibes, G.: *Colección Arqueológica...*, ob. cit., páginas 125-126. Los de Castronuevo y Villalonso descubiertos por nuestro amigo Alberto Campano, a quien deseamos desde aquí expresar nuestra gratitud por su desinteresada información.

(27) Estas son, al menos, las únicas recuperadas hasta el momento. Sólo en Villanueva de Los Caballeros se han recuperado dos puntas con retoque plano, pero significativamente fuera del osario principal y vinculadas a una inhumación secundaria, desplazada a la periferia tumular.

(28) Barandiarán, J. M. y Fdez. Medrano, D.: «Excavación del dolmen de San Martín (Laguardia)», *Bol. Inst. Sancho El Sabio*, VIII, 1964, páginas 41-66.

(29) Wattenberg, F.: «Dos puntas de tipología dolménica», *BSAA*, XXIX, 1963, página 236, figura 1; Delibes, G.: *Colección Arqueológica...*, ob. cit., página 103; Delibes, G.: «Nuevos yacimientos de la Edad del Bronce en la Meseta Norte», *BSAA*, XXXIX, 1973, páginas 386-390; Monte Verde, L.: «La colección Monte Verde de Burgos», *NAHisp.*, X-XII, 1966-68, Madrid, 1969, página 225.

(30) Conocemos bien este fenómeno entre el Eresma y el Guareña: Delibes, G.: *La cultura del Vaso Campaniforme...*, ob. cit.

(31) Una visión general en Delibes, G.: «Poblamiento eneolítico...», ob. cit.

(32) Sobre esta población neolítica apenas sabemos algo más de lo que nos enseña el yacimiento de La Vaquera (Zamora Canellada, A.: *Excavaciones de la cueva de La Vaquera, Torreiglesias. Segovia (Edad del Bronce)*, Segovia, 1976).

(33) Llorente, T.: «Datos referentes a diversos yacimientos de la provincia de Segovia», *Bol. Com. Mapa Geol. de España*, XXV, 1898, página 1 y ss.; Vilanova y Piera, J. y Rada Delgado, J.: *Geología y protohistoria ibéricas*, Madrid, 1898, páginas 473-4; Hoyos Sainz, L.: *Antropología Prehistórica Española*, tirada aparte de la *Historia de España* dirigida por don Ramón Menéndez Pidal, Madrid, 1947, página 154 y ss.; *Catálogo Sumario del Museo Arqueológico Nacional. Antigüedades Prehistóricas*, Madrid, sin fecha, páginas 16, 18, 22, 36 y 38; Alcobé, S.: «Guía para el estudio antropológico de las poblaciones prehistóricas de España», *Actas IV Cong. Internacional de la UISPP*, Madrid, 1954, páginas 24-25; San Valero Aparisi, J.: «El neolítico hispánico», *Actas IV Cong. Internacional de la UISPP*, Madrid, 1954, página 12; Bosch Gimpera, P.: «Cultura megalítica portuguesa y culturas españolas», *Rev. Guimarães*, LXXVI, 3-4, 1966, páginas 255-256.

(34) Vilanova y Piera, J. y Rada Delgado, J.: *Geología...*, ob. cit., página 435; Calleja Guijarro, T.: «Leyenda en torno a las vegas de Pedraza», *Estudios Segovianos*, XVII, 49, 1965, páginas 7-10; Molinero Pérez, A.: «Aportaciones de las excavaciones y hallazgos casuales (1941-1959) al Museo Arqueológico de Segovia», *E. A. E.*, número 72, Madrid, 1971, página 95.

(35) Moreno Sorli, F.: «Noticario», *NAHisp.*, VIII-IX, 1964-65, Madrid, 1966, página 345; Cabellos, E.; Gómez, E., y Llobet, A.: «Grabados esquemáticos de la cueva de Prádena», *Actas IX CNArq.*, Valladolid, 1965, Zaragoza, 1966, página 166 y s.; Molinero Pérez, A.: «Aportaciones de las excavaciones...», ob. cit., página 108. Agradecemos a L. Municio la información que sobre el yacimiento nos prestó.

(36) Hoyos Sainz, L.: «Los yacimientos prehistóricos de Sepúlveda», *Actas de la Sociedad Española para el Progreso de las Ciencias*, 1908, página 345; Idem «Cranes prehistóricas de Sepúlveda (Espagne)», *Compte rendu du Congrès d'Anthropologie et Archeologie Prehistorique de Genève*, Genève, 1914, t. II; Sentenach, N.: «Los Arévacos», *RABM*, XXX, 1914, página 182; Mac White, E.: «Notas sobre la trepanación prehistórica en la Península Ibérica», *C. H. P.*, I, 2, Madrid, 1946, página 61 y siguientes; Gil Farrés, O.: *Nuevas adquisiciones del Museo Arqueológico Nacional (1940-1945)*, Madrid, 1947, página 157 y ss.; Alcobé, S.: «Guía para el estudio antropológico...», ob. cit., páginas 24-25.

(37) Todas ellas recogidas en Delibes, G.: *El Bronce Inicial en la Meseta Norte española*, Tesis Doctoral inédita leída en la Universidad de Valladolid en 1975.

(38) Municio, L.: «Materiales de la cueva sepulcral calcolítica de Casla (Segovia)», *Numantia*, 1, 1981, página 171 y ss.

(39) Maluquer de Motes, J.: «Bases para el estudio de las culturas metalúrgicas de la Meseta», *Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*, septiembre, 1959, Pamplona, 1960, página 131.

(40) Apellániz Castroviejo, J. M.: «Avance al estudio del Grupo de Los Husos durante la Prehistoria con cerámica», *Est. de Arq. Alavesa*, 6, 1973, página 73.

(41) Baldeón, A. et alii: «Excavaciones en el yacimiento de Fuente-Hoz (Anúcita, Alava)», *Est. de Arq. Alavesa*, 11, 1983, páginas 7-67.

(42) Vide, nota 32.

(43) Sobre Los Murciélagos, el ya conocido trabajo de Góngora y Martínez, M.: «Antigüedades prehistóricas de Andalucía, monumentos, inscripciones, armas, utensilios y otros importantes objetos pertenecientes a los tiempos más remotos de su población», Madrid, 1968, páginas 25-56. Una buena referencia a Fourninha en Guilaine, J. y Veiga Ferrei-

ra, O. da: «Le Neolithique ancien au Portugal», *BSPF*, 67, 1970, página 315.

(44) Agradecemos a L. Municio estos datos inéditos de sus excavaciones.

(45) Delibes, G.: *El vaso campaniforme...*, ob. cit.

(46) Alcalde Crespo, G.: «La Montaña palentina», *Apuntes Palentinos*, 1985.

(47) Osuna, M.: «El dolmen del Portillo de Las Cortes (Aguilar de Anguita, Guadalajara)», *NAHisp.*, 3, 1975.

(48) Toda la bibliografía sobre este tema aparece recogida en Delibes, G. et alii: «Dólmenes de Sedano. I El sepulcro de corredor de Ciella», *NAHisp.*, 14, 1982, página 149 y ss.

(49) Agradecemos la noticia de la existencia del monumento de Carrascosa a nuestro amigo Alfredo Jimeno.

(50) Osaba, B. et alii: «El dolmen de Cubillejo de Lara de Los Infantes (Burgos)», *NAHisp.*, XV, 1971, páginas 109-123.

(51) Referencias verbales de J. L. Uríbarri, su excavador, que desde aquí agradecemos.

(52) Morán, C.: «Tres monumentos megalíticos», *AERq.*, XV, 1942, páginas 247-248. El reconocimiento reciente del supuesto túmulo que permite descartarlo como tal se debe a A. Palomino y J. del Val.

(53) En la propia zona del Rudrón-Ebro se reconocen varias cuevas con indicios de enterramientos colectivos, por ejemplo la del Nispero de Orbaneja del Castillo.

(54) Daniel, G. E.: «The dual nature of the megalithic co-

lonisation of prehistoric Europe», *P. P. S.*, 7, 194, páginas 7-49.

(55) Delibes, G.: «Fechas de radiocarbono para el megalitismo de la Meseta española», *Arqueología (G. E. A. P.)*, 10, 1984, página 99 y ss.

(56) Para el centro de la Meseta véase Delibes, G.; Alonso, M., y Galván, R.: «El túmulo colectivo de El Miradero, en Villanueva de Los Caballeros, Valladolid», en prensa (*homenaje Prof. Beltrán*). Para la Rioja, Pérez Arrondo, C. L. y Rodanes Vicente, J. M.: «Excavaciones en la zona dolménica de Peña Guerra (Nalda, Rioja)», *Cuadernos de Investigación del C. U. de Logroño*, V, 2, 1979.

(57) Delibes, G.; Alonso, M., y Galván, R.: «El túmulo colectivo...», ob. cit.

(58) Para las burgalesas véase nota 55. Las de Kurtzebide en Vegas, J. I.: «Túmulo-dolmen de Kurtzebide...», ob. cit.

(59) Delibes, G. et alii: «Dólmenes de Sedano...», ob. cit., páginas 182-187.

(60) Maluquer de Motes, J.: «Nuevos hallazgos de la cultura del vaso campaniforme en la Meseta», *Zephyrus*, XI, 1960, páginas 119-130.

(61) Bohigas, R. et alii: «Carta arqueológica de la provincia de Burgos. Partidos de Sedano y Villarcayo», *Kobie*, XIV, 1984, páginas 20-21.

(62) Sobre este tema presentamos una comunicación en el reciente Congreso de Oxford, sobre «El Vaso Campaniforme en el Occidente del Mediterráneo», en colaboración con M. Santonja, aludiendo al problema concreto del Valle del Duero.

## APENDICE

Relación de monumentos megalíticos conocidos en el área occidental.

Municipio	Denominación (*)	Bibliografía
1. Salamanca		
Alba de Tormes	<i>El Torrejón</i>	Morán, 1939, p. 6
Alba de Tormes	La Veguilla I	Delibes et al., 1985
Alba de Tormes	La Veguilla II	Delibes et al., 1985
Alba de Tormes	La Veguilla III	Delibes et al., 1985
Aldeavieja de Tormes	<i>El Teriñuelo</i>	Morán, 1931, pp. 52-60.
Aldehuela de la Bóveda	<i>El Castillo</i>	Morán, 1931, pp. 42-51
Barbalos	Hondura	López Plaza, 1982
Cabezuela de Salvatierra	<i>El Teriñuelo (?)</i>	Delibes et al., 1985
Carrascal de Obispo	Los Huelmos I	Morán, 1935, pp. 12-14
Carrascal de Obispo	Los Huelmos II	Delibes et al., 1985
Carrascal del Obispo	Vega de Olleros	Delibes et al., 1985
Castraz	Vega de Sepúlveda I	Morán, 1931, pp. 33-34
Castraz	Vega de Sepúlveda II	Delibes et al., 1985
Castraz	<i>La Terroña</i>	Morán, 1931, pp. 34-36
Castraz	<i>Pedraza</i>	Morán, 1931, p. 36
Castraz	<i>El Tiriñuelo</i>	Morán, 1931, pp. 36-38
Ciudad Rodrigo	Rabida I	Leisner y Schubart, 1964
Ciudad Rodrigo	Rabida II	Morán, 1931, p. 38; Leisner y Schubart, 1964
Ciudad Rodrigo	Pedro Toro	Morán, 1926, p. 23; Leisner y Schubart, 1964
Ciudad Rodrigo	<i>Las Piedras Hincadas</i>	Morán, 1931, pp. 38-40; Leisner y Schubart 1964
Doñinos de Ledesma	Zafrón	Morán, 1931, pp. 12-13
Doñinos de Ledesma	Tozas	Martín, e. p.
Ejeme	<i>El Canturral</i>	Delibes et al., 1985
Fresno Alhándiga	<i>El Teriñuelo</i>	Morán, 1931, pp. 51-52
Fresno Alhándiga	<i>Los Torrejones (I y II)</i>	Morán, 1931, p. 52
Fuenteguinaldo	La Huerta de las Animas	Duque y Cerrillo, 1980
Fuenteliante	El Valle de las Cañas	Morán, 1931, pp. 29-30
Fuenteliante	El Caño	Morán, 1931, p. 14
Fuenteliante	El Rodeo	Morán, 1935, pp. 14-16
Fuenteliante	Las Eras	Morán, 1931, p. 31
Galindo y Perahuy	<i>La Torrecilla</i>	Gómez Moreno, 1967, p. 8; Delibes et al., 1985
Galindo y Perahuy	Carrascalino	Delibes et al., 1985
Galiancho	<i>La Ermita</i>	Delibes et al., 1985
Garcihernández	<i>El Turrión</i>	Morán, 1939, p. 6 y 1946, p. 107
Gejuelo del Barro	<i>La Casa del Moro</i>	Morán, 1931, pp. 15-16
Hinojosa de Duero	Nava del Rocío (I y II)	Morán, 1931, p. 26
Ledesma	Cuadrilleros	Martín, A., e. p.
Lumbrales	Lumbo de Valdesancho	Morán, 1931, pp. 19-22
Lumbrales	<i>La Navalito</i>	Gómez Moreno, 1967, p. 6
Lumbrales	Prado en Polo	Gómez Moreno, 1967, p. 6
Lumbrales	<i>Prado de los Hitos</i>	Gómez Moreno, 1967, p. 6
Martín de Yeltes	Castillejo I	Morán, 1931, pp. 32-33
Martín de Yeltes	Castillejo II	Delibes et al., 1985
La Mata de Ledesma	<i>El Mesón</i>	Benito y de Manuel, 1984
La Mata de Ledesma	El Gejo de Diego Gómez	Martín, A. e. p.
Matilla de los Caños	Linejo	Morán, 1939, pp. 4-5
Navamorales	<i>El Torrión</i>	Santonja et al., 1984
Olmedo de Camaces	<i>Torrecilla Mal Cantada</i>	Morán, 1935, pp. 16-17
Olmedo de Camaces	Hernandinos	Morán, 1931, pp. 31-32
Pozos de Hinojo	<i>Casa del Moro (I y II)</i>	Morán, 1935, pp. 17-20

(\*) Aparece en cursiva cuando alude específicamente al megalito o al túmulo.



Municipio	Denominación (*)	Bibliografía
La Redonda	Los Pedazos de la Mata	Morán, 1931, pp. 28-29
La Redonda	Los Cortinales	Delibes <i>et al.</i> , 1985
Robliza de Cojos	Santa Teresa (I y II)	Morán, 1931, p. 4 y 1935, p. 10
Robliza de Cojos	<i>Los Torrejones (I y II)</i>	Morán, 1931, p. 4 y 1935, p. 10-11.
Robliza de Cojos	Los Francadales	Morán, 1931, p. 4
Salvatierra de Tormes	Prado Nuevo	Morán, 1931, pp. 60-61
Salvatierra de Tormes	Prado de la Nava	Morán, 1931, pp. 61-62
Salvatierra de Tormes	<i>El Teriñuelo</i>	Morán, 1931, pp. 62-67
Salvatierra de Tormes	Viña de Esteban García	Morán, 1931, p. 65
Sobradillo	La Nava Cardosa	Morán, 1931, pp. 26-28
Tabera de Abajo	Berrocal de la Espinera	Martín, e. p.
La Tala	<i>El Hito (?)</i>	López Plaza, 1984
Terradillos	<i>La Torrecilla</i>	Morán, 1935, pp. 5-9
Vecinos	<i>La Torre (?)</i>	Delibes <i>et al.</i> , 1985
Villar de Argañán	<i>Los Castillos (I y II)</i>	Gómez Moreno, 1967, pp. 7-8
Villar de Peralonso	Sahelicejos	Morán, 1931, pp. 17-19
Villarmayor	<i>El Torrejón</i>	López Plaza, 1982
Villarmayor	El Guijo de las Navas	Jorda, 1982
Villasdardo	<i>La Casa de los Moros</i>	Morán, 1926, pp. 13-14; Gómez Moreno, 1967, p. 5
Villavieja de Yeltes		López Plaza, 1982
2. Zamora		
Almeida de Sayago	Casal del Gato	Morán, 1935, pp. 21-25
Arralbe	<i>Casa de los Moros</i>	Delibes, 1975
Brime de Urz	<i>La Piedra Fincada</i>	Morán, 1935, pp. 26-27
Fariza		Morán, 1935, p. 25
Gallegos del Pan		Delibes, 1975
Granucillo	<i>Las Peñezuelas</i>	Gómez Moreno, 1927, pp. 3-4
Granucillo	San Adrián	Morán, 1935, pp. 28-31
Granucillo	La Vega	Morán, 1935, pp. 31-32
Granucillo	Las Piedras Fincadas	Morán, 1935, p. 32
Morales de Toro	Los Lastros	
Sanzoles		
Villalonso		Delibes, 1975

(\*) Aparece en cursiva cuando alude específicamente al megalito o al túmulo.

## BIBLIOGRAFIA

Benito, L. y Manuel, J. de (1984): «El dolmen de El Mesón en Porqueriza (Mata de Ledesma, Salamanca)», *Rev. Provincial de estudios: Salamanca*, vol. 11-12, págs. 9 y ss.

Delibes, G. (1975): *El Bronce Inicial en la Meseta Norte española*, Tesis Doctoral inédita, Valladolid.

Delibes, G.; Santonja, M.; Frades, M. J., y Piñel, C. (1985): *El fenómeno megalítico en Salamanca*, Salamanca.

Duque, J. M. y Cerrillo, J. (1980): «El dolmen de La Huerta de Las Animas en Fuenteguinaldo (Salamanca)», *Zephyrus*, XXX-XXXI, pág. 247 y ss.

Gómez Moreno, M. (1927): *Catálogo Monumental de España. Provincia de Zamora*, Madrid.

*Idem*, 1967 (1901): *Catálogo Monumental de España. Provincia de Salamanca*, Madrid.

Jorda, F. (1982): en *Arqueología 81*, Ministerio de Cultura, Madrid, pág. 113.

Leisner, V. y Schubart, H. (1964): «Dólmenes de Ciudad Rodrigo», *Zephyrus*, XV, págs. 47 y ss.

López Plaza, S. (1982): *Aspectos arquitectónicos de los sepulcros megalíticos de las provincias de Salamanca y Zamora*, Ediciones Universidad de Salamanca.

*Idem*, (1984): «Coto Alto, La Tala (Salamanca): Nuevo yacimiento con cerámica campaniforme y de Boquique en la Meseta norte española», *Arqueología (G. E. A. P.)*, 9, págs. 59 y ss.

Martín Izquierdo, A. (en prensa): «Yacimientos arqueológicos en la zona de Ledesma», *Rev. Provincial de estudios: Salamanca*.

Morán, C. (1926): «Prehistoria de Salamanca», *O Instituto*, vol. 73 (Imprenta Univ. de Coimbra).

*Idem*, (1931): «Excavaciones en los dólmenes de Salamanca», *MemJSEA*, núm. 113, Madrid.

*Idem*, (1935): «Excavaciones en dólmenes de Salamanca y de Zamora», *MemJSTA*, núm. 135, Madrid.

*Idem*, (1939): «Los dólmenes de Salamanca», *Las Ciencias*, año IV, 4, Madrid.

Santonja, M.; Benet, N.; Fabián, J. F.; Fernández, A., y García Morales, M. (1984): «El túmulo megalítico de El Torrión de Navamorales. Observaciones sobre la extensión del megalitismo en el Sur de Salamanca», *Rev. provincial de Estudios: Salamanca*, vol. 13, pág. 109 y ss.

## *Incineración parcial en los enterramientos colectivos eneolíticos del Sudeste español\**

José Félix Idáñez Sánchez

La aparición de los huesos carbonizados en la necrópolis eneolítica de Murviedro (Lorca) (1), nos ha llevado a estudiar este fenómeno en otros enterramientos colectivos eneolíticos de la Región de Murcia y áreas limítrofes.

La incineración parcial en los enterramientos colectivos eneolíticos, no es un hecho aislado, sino que se repite con frecuencia.

Pero este aspecto no ha sido tratado muy a fondo, ni de manera minuciosa en las excavaciones antiguas, habiéndose realizado de una manera superficial, como algo anecdótico.

En la actualidad la práctica de la incineración parcial está bien comprobada en algunos casos, sobre todo en las excavaciones realizadas recientemente.

En ocasiones no solamente aparecen quemados los huesos, sino también parte del ajuar, planteándonos la problemática siguiente: ¿La incineración se produce en el mismo lugar del enterramiento o en una zona alejada del mismo? Si la incineración es pequeña se puede realizar en la cueva o dolmen, sin dejar ennegrecida la pared y el techo, en cambio, si el fuego es de mayores proporciones éste dejaría huellas que serían fáciles de apreciar. También hemos de tener en cuenta el tamaño y las dimensiones del enterramiento que podrían facilitar o impedir la realización de fuego en su interior.

La incineración parcial la tenemos documentada en los diversos tipos de construcción de los sepulcros colectivos eneolíticos: cuevas naturales y artificiales, megalitos y sepulcros de tipo *tholos*.

A continuación exponemos los hallazgos encontrados en la Región de Murcia y en sus áreas limítrofes: Andalucía y el País Valenciano.

En la Región murciana tenemos tres zonas muy bien delimitadas (2), como son el Valle del Guadalentín, Comarca del Noroeste y Mazarrón, todas ellas

en contacto con las provincias de Almería y Granada, de las que recibirían influencias en este período.

En el Valle del Guadalentín destacan dos grandes yacimientos: los Blanquizaes de Lébor (Totana) y Murviedro (Lorca).

Las cuevas de los Blanquizaes de Lébor, excavadas por Cuadrado Ruiz (3), en la primera de las cuatro que excavó, encontró «Noventa y dos adultos, de ellos una cuarta parte carbonizados, y cuya cremación debió hacerse dentro de la misma cueva, a juzgar por las señales que el fuego dejó en las paredes de la misma y en muchos de los objetos que formaban parte de su ajuar funerario» (4).

En Murviedro (5) necrópolis de construcción mixta, en la que podemos distinguir claramente el aprovechamiento de la roca natural y la utilización de losas megalíticas, la mayor parte de los huesos se encontraban quemados, habiendo sufrido una incineración parcial y apareciendo en su mayor parte muy fraccionados, existiendo también probablemente huesos quemados en el interior de algunas vasijas (6). En la excavación fueron hallados un total de 15.728 fragmentos de hueso, de los que más de la mitad se encontraban incinerados aunque en muy diverso grado, siendo los restos de cráneo los que acusaban una incineración mayor (de 3.081 fragmentos, 2.025 se encontraban totalmente quemados, es decir, un 65 por 100) que contrasta con las piezas dentarias (de 518 aparecidas sólo se encontraban 27 quemadas, lo que representa un 5,3 por 100).

También pudimos apreciar la presencia de paredes ennegrecidas por el fuego en casi todo el sepulcro, sobre todo en el ángulo noreste y en la parte frontal, habiendo de destacar la abundancia de numerosas cenizas y pequeños carboncillos, casi siempre inferiores a los dos o tres centímetros, además de dos pequeños hoyos rodeados de piedras (7) con una profundidad de unos 30 centímetros y de anchura semejante, encontrándose completamente rellenos de ceniza, no apareciendo ningún hueso.

Todo ello nos confirma la presencia de fuego en el interior de la sepultura.

En la Comarca del Noroeste, con abundantes cuevas naturales, también tenemos documentada la incineración parcial en algunos yacimientos encontrados en Caravaca de la Cruz, Cehegín y Moratalla. En la cueva natural de la Represa (Caravaca) Miguel San Nicolás (8) destaca la práctica de la incineración parcial de los cadáveres, así como en las cuevas de Peñarrubia (Cehegín). Tenemos que tener en cuenta que en estas cuevas naturales, debido a sus características, el fuego no se produce en el interior, sino fuera del lugar del enterramiento, aunque en las mismas aparecen capas de ceniza.

Es muy interesante la presencia de un monumento megalítico en Moratalla —el dolmen de Bagil (9)— en el que «hay que señalar la presencia de huesos fragmentados y parcialmente calcinados en la cámara funeraria». No existiendo restos de fuego ni en el interior ni en el exterior del sepulcro.

En Mazarrón, tenemos la presencia de un sepulcro megalítico en el Cabezo del Plomo (10), donde la práctica de la incineración ha sido bien comprobada. Pero al igual que ocurría en el dolmen de Bagil, éste se encontraba muy destruido en el momento de realizarse la excavación.

Tenemos que destacar también la existencia en la Región de Murcia de una serie de enterramientos colectivos eneolíticos en los que no hay incineración, tales como: la cueva artificial de la Loma de los Peregrinos (Alguazas) (11), y en las naturales de Los Alcores (Caravaca) (12) y Barranco de la Higuera (Fortuna) (13). Resaltando el hecho de que los sepulcros de Fortuna y Alguazas, situados en la parte oriental de la Región, no tengan incineración parcial, por encontrarse alejados del área donde se produce con mayor frecuencia, a saber, la parte oriental de Granada, de Almería y la occidental de Murcia.

En contacto con la Región de Murcia se encuentra al este —el País Valenciano— y al suroeste —Andalucía— área esta última de que se reciben numerosas influencias, encontrándose bien probada la incineración en yacimientos situados en las provincias de Almería y Granada.

En la necrópolis de los Millares (Almería) (14) es frecuente el hallazgo de esqueletos parcialmente quemados, ahora bien, «el porcentaje de huesos afectados por el fuego es mínimo en el osario de una misma sepultura... que no se sabe si representan purificaciones rituales efectuadas dentro o fuera de las tumbas», buscando paralelos en Oriente, en determinados *tholos* de Mesara, en donde se han encontrado restos de fuego, en el *tholos* B de Kumana etc.

En Almizaraque (Almería) (15), en la sepultura de La Encantada I, con unos cincuenta cadáveres, alguno de ellos están calcinados; y en La Encantada II, donde junto a los huesos que estaban inhumados, aparecieron algunos de ellos quemados. Estas tumbas megalíticas presentan restos de fuego, pero es difícil precisar si corresponden las marcas a este período cronológico que estudiamos, al ser utilizadas las mismas como hogares en épocas posteriores.

En Almería se encuentra también la necrópolis del Barranquete (16) en la que se aprecia «la aparición

constante en casi todas las sepulturas (sep. 1, 5, 6, 7, 8, 9 y 11) de restos de fuego y huesos parcialmente quemados... nunca el esqueleto entero, sino solamente alguna parte muy pequeña del mismo, generalmente el cráneo».

El sepulcro megalítico del Cabecico de Aguilar (Mójarcar), Arribas (16) en su estudio destaca la cremación parcial de algunos individuos, dato que había sido comprobado por Siret.

En Granada, García Sánchez y Spahni (17), se plantean la misma problemática en los sepulcros megalíticos de la región de Gorafe, al estudiar el rito funerario, observan la presencia de huesos carbonizados en numerosos dólmenes, que les induce a pensar en una cremación incompleta de los cadáveres, aunque piensan que en algunos casos haya podido producirse este fenómeno por fogatas encendidas por pastores, sobre todo cuando los huesos carbonizados proceden de sepulturas violadas.

La incineración parcial en el País Valenciano es muy escasa, la tenemos documentada con seguridad en Alicante, mientras que en Valencia y sobre todo Castellón son más difíciles de precisar.

En Alicante, la cueva de Bolumini, excavada por Pascual Pérez (18) encontró a unos 30 centímetros, con abundantes restos de carbones y restos óseos de diferentes animales, un cráneo humano con los huesos de la cara en el interior de la bóveda craneana y con huellas de haber sufrido una fuerte cremación.

En Valencia tenemos la coveta del Barranc del Castellet (19), en la que no se nos dice nada de que los seis enterramientos estuviesen incinerados, pero sí de la presencia de una capa de cenizas y carbones en un espacio de unos 60 centímetros de diámetro que le indica la existencia de un hoyo en la salida de humo. Según Plá la cueva sería utilizada anteriormente como habitación, para pasar después a convertirse en un enterramiento colectivo.

Más al norte, la provincia de Castellón en la cueva de Torre de Malpaso, Jordá (20) se pregunta sobre la posibilidad de que la tierra podría contener restos de ceniza, pero no lo hace de una forma segura.

Como conclusión a todo lo expuesto hemos de afirmar que la incineración parcial de los cadáveres no es un fenómeno aislado y casual, sino una práctica corriente en las necrópolis eneolíticas del sudeste español. Hay que descartar totalmente la idea expuesta por algunos autores de que podría tratarse de fuego producido por algunos pastores, o bien tratarse de hogares de épocas posteriores.

La incineración la encontramos en las diversas formas constructivas del período eneolítico, en sepulturas tipo *tholos* (Almizaraque, Los Millares, Barranquete); dólmenes (Bagil); cuevas naturales (La Represa); cuevas artificiales (Blanquizaes de Lébor), y en construcciones mixtas (Murviedro).

Un aspecto interesante es el hecho de que esta cremación se produzca en ocasiones en el interior del mismo sepulcro, comprobado sobre todo en Murviedro, y con toda probabilidad en el Barranquete y en Blanquizaes de Lébor. La causa de la incineración en el mismo sepulcro posiblemente sea de-

bido a que ésta ofrezca posibilidades de poder realizarse en su interior, como pueden ser los sepulcros de tipo *tholos*; en cambio en algunas cuevas este hecho no se podría dar debido a la imposibilidad de prender fuego en ellas.

También es posible señalar, a manera de hipótesis, basándonos sobre todo en Murviedro, que los cadáveres fuesen quemados por dos veces, una primera incineración en algún lugar fuera de la tumba (21) y posteriormente en su interior volverían de nuevo a ser quemados los huesos y los objetos del ajuar de una manera parcial.

## NOTAS

(\*) Ante el interés del ritual comentado, el comité de redacción ha decidido incluir esta comunicación en el presente volumen.

(1) Recientemente excavada por el autor del presente trabajo.

(2) Son las que están siendo objeto de estudio y, por tanto, las mejor conocidas.

(3) Cuadrado Ruiz, J.: «El yacimiento eneolítico de 'Los Blanquizaes de Lébor' en la provincia de Murcia». *A. E. A.*, V. VI, 1930, págs. 51-56.

(4) Según Cuadrado Ruiz son cuevas naturales, pero nosotros creemos que a pesar de encontrarse en la actualidad casi totalmente destruidas, posiblemente sean artificiales.

(5) Idáñez Sánchez, J. F.: «Estudio de una sepultura eneolítica en Murviedro (Lorca)». Memoria de Licenciatura inédita, marzo, 1984.

(6) En la excavación realizada en Murviedro la sepultura se encontraba saqueada casi en su totalidad. Los materiales fueron donados por los saqueadores al Museo Arqueológico Provincial de Murcia.

(7) Posiblemente fueran pequeños lugares donde se encendía fuego, aunque ello es difícil de precisar.

(8) San Nicolás del Toro, M.: «Un nuevo ídolo del Bronce I procedente de la cueva sepulcral de La Represa de Caravaca». *Argos*, año 2, 1981, pág. 28.

(9) San Nicolás del Toro, M. y Martínez Andreu, M.: «El dolmen de Bagil, Moratalla (Murcia), Análisis Palinológico». *Pyrenae*, núms. 15-16, pág. 124.

(10) Muñoz Amilibia, A.: «El Eneolítico en el País Valenciano y Murcia», I Jornadas de Arqueología de la Universidad de Alicante, Elche, 1983.

Hay que destacar que los huesos del cráneo son los que ofrecen un mayor grado de incineración, dato demostrado en Murviedro y en Barranquete.

La finalidad de la incineración posiblemente sería religiosa, en la que el fuego tendría un carácter purificador, como sucede en Oriente.

Todas estas hipótesis que hemos realizado nos las podrán confirmar futuras excavaciones arqueológicas, realizadas de manera sistemática y científica, las cuales nos darán la respuesta a esta problemática planteada.

(11) Nieto, G.: «La cueva artificial de la Loma de los Peregrinos. Alguazas (Murcia)». *Ampurias* XXI, 1959.

(12) García del Toro, J.: «Cueva sepulcral eneolítica de 'Los Alcores' Caravaca de la Cruz (Murcia)». *A. U. M.* Facultad de Filosofía y Letras, Vol. XXXVII, núms. 1-2.

(13) García del Toro, J. y Lillo Carpio, P.: «Enterramiento humano colectivo del Eneolítico en la cueva del Barranco de la Higuera, Fortuna (Murcia)». *Murcia*, 2.º trimestre.

(14) Almagro, M. y Arribas, A.: «El poblado y las necrópolis megalíticas de Los Millares (Santa Fe de Mondéjar)». *B. P. H.* Vol. III, 1983, pág. 173.

(15) Almagro Gorbea, M. J.: «Las tres tumbas megalíticas de Almizaraque». *T. P.* 1965.

(16) Almagro Gorbea, M. J.: «El poblado y la necrópolis de El Barranquete». *A. A. H. G.*, 1973, pág. 188.

(17) García Sánchez, M. y J. C. Spanni.: «Sepulcros megalíticos de la región de Gorafe». *A. P. L.*, Vol. VIII, 1959.

(18) Pascual Pérez, V.: «Un nuevo ídolo oculado procedente de la cueva Bolumini (Alicante)». *A. P. L.*, Vol. VI, 1957.

(19) Plá, E.: «La coveta del Barranc del Castellet, Carrícola, (Valencia)». *A. P. L.*, Vol. V, 1954, págs. 35-64.

(20) Jordá, Cerdá, F.: «Los enterramientos de la cueva de la Torre del Mal Paso, Castelnovo (Castellón de la Plana)». *A. P. L.*, Vol. VII, 1958.

(21) En la sepultura excavada en Murviedro observamos que los restos óseos se encontraban muy fracturados, al igual que el ajuar, parcialmente quemados, faltando numerosos fragmentos en la reconstrucción de las vasijas, que unido a la ausencia de carbones de mayor tamaño, es por lo que creemos que posiblemente la incineración también se produjera fuera de la sepultura.